SIMONE DE BEAUVOIR

Escritos feministas

en negativo ediciones

Escritos feministas

Simone de Beauvoir

Se nos ha encargado hacer lo negativo;
lo positivo ya nos ha sido dado
Franz Kafka

ennegativo ediciones *es un proyecto editorial nacido en Medellín (Colombia) en el año 2018 con la intención de contribuir a la propagación de la cultura. Con un enfoque marcadamente político, pretende convertirse en referente de pensamiento crítico en la ciudadanía y el país.*

La negatividad que nos nombra no es al azar. Ella indica el posicionamiento de nuestra actividad en medio de las condiciones hostiles del mundo capitalista, pues abiertamente negamos las lógicas opresivas en que éste se desarrolla. Desde ennegativo rechazamos cualquier juicio justificatorio que reproduzca los modos malogrados de existencia promovidos por esta sociedad, rechazo que llevamos a cabo desde la lucha que conocemos: la de las palabras.

Entre nuestros intereses editoriales se encuentra la traducción de obras inéditas en español, la reedición de obras que han dejado de publicarse y que son consideradas fundamentales, así como la publicación de nuevos textos con enfoque crítico y divulgativo. Además de la publicación de obras impresas, en la editorial hemos concebido, como estímulo a los lectores, una plataforma virtual que cuenta con textos para descarga sin ninguna restricción, contribuyendo así a la difusión de la cultura libre. Consecuentes con este espíritu, los textos impresos de ennegativo se ofrecen al público a un bajo costo y sin restricciones de reproducción, siempre y cuando ésta se haga con fines formativos y no lucrativos.

Si usted desea presentar una contribución en la línea de traducción, reedición o divulgación puede enviar su solicitud al correo electrónico de la editorial ennegativoediciones@gmail.com, describiendo el tipo de contribución que desea realizar. El comité editorial juzgará, a partir de criterios epistemológicos, éticos y políticos, la pertinencia de la publicación de la obra. Si usted desea información sobre estos criterios u otros asuntos relativos a las publicaciones, adquirir ejemplares publicados o apoyar materialmente el funcionamiento de la editorial, puede comunicarse a través del mismo correo.

Escritos feministas

Simone de Beauvoir

Traducción
Melissa Hincapié Ochoa y Leandro Sánchez Marín

en negativo
ediciones

Beauvoir, Simone
Escritos feministas
Traducción: Melissa Hincapié Ochoa y Leandro Sánchez Marín
Diseño de portada: Melissa Hincapié Ochoa
ennegativo ediciones
ennegativoediciones@gmail.com
Medellín, 2019
ISBN: 978-958-48-6699-8

Índice

Prólogo por Melissa Hincapié Ochoa……..9

Prefacio a *Historias del Movimiento de Liberación de las Mujeres francesas*……..25

Prólogo a *Las crónicas del engaño: del Movimiento de Liberación de las Mujeres a una marca comercial*……33

Feminismo: vivo, bien y en constante peligro…..……..…37

Cuando todas las mujeres del mundo……...…….51

Conferencia de prensa del Comité Internacional para los Derechos de las Mujeres……...55

La urgencia de una ley antisexista……...…..…….57

Mujeres, anuncios y odio…….……61

Sexismo cotidiano……..……..……..…..…….67

Feminidad: la trampa……..…….69

La condición femenina……....……..……...77

La situación de la mujer hoy..…….....89

Las mujeres y la creatividad..…...……...……...111

Brigitte Bardot y el síndrome Lolita……133

Respuesta a algunas mujeres y a un hombre..…….…....155

Prefacio a *El gran temor a amar: crónicas de una mujer en la medicina*..……...……...165

Prefacio a *La "planificación" familiar*..……...…...……...171

Madres solteras: contra el orden moral…...…….....…….....175

Testimonio de Beauvoir en el juicio Bobigny……..179

Prefacio a *Aborto: una ley en juicio. El caso Bobigny*.…….....185

Mi punto de vista: un asunto escandaloso.……193

El aborto y los pobres…..……...195

Manifiesto de las 343 putas……...…….……...199

Manifiesto de la Liga de los Derechos de la Mujer.....…...205

Prefacio a *Divorcio en Francia*.……...….....211

Amor y política……..…….217

Ya es hora de que la mujer ponga una nueva cara al amor……..….221

Qué es y qué no es el amor…….……..…….227

Prefacio a *Mihloud*…….…….……233

Introducción a *Las mujeres insisten*……239

Prefacio a *Miradas de las mujeres*……...……243

Mujeres de letras……...…….....247

Problemas de la literatura femenina……...…...…253

Prefacio a *Djamila Boupacha*……...……...…...…261

Pro Djamila Boupacha……...……...…….277

Prólogo

La prostitución "pro-vida"

Existen dos códigos de moral, dos conciencias diferentes, una del hombre y otra de la mujer. Y a la mujer se la juzga según el código de los hombres. [...] Una mujer no puede ser auténticamente ella en la sociedad actual, una sociedad exclusivamente masculina, con leyes exclusivamente masculinas, con jueces y fiscales que la juzgan desde el punto de vista masculino.

Henrik Ibsen.

¿Qué es este ser dividido, introducido en el lenguaje a través del género? Es un ser imposible, un ser que no existe, un chiste ontológico.

Monique Wittig.

Centro de mi gleba pecadora, manceba de contrarias potestades. ¿Por qué, alma, por dentro languideces y por fuera te pintas tan festiva? Siendo el plazo tan breve, ¿por qué vistes de ornatos tu morada transitoria? Los gusanos serán quienes la hereden y engorden con las galas de tu cuerpo.

Alma, vive de la perdición de tu sierva. Aumenta con sus desgracias tus caudales. Compra lo eterno al precio de las heces. Por dentro rica, despojada fuera. Te alimentarás de la Muerte, que se alimenta de los hombres. La muerte matarás, y no habrá muerte.

William Shakespeare.

La mala fe en las mujeres, cuando se presenta por su condición de mujer, parte de querer tener de sí una mirada que complazca al mundo de los hombres. Ser aceptadas en él o compadecidas en esa condición creada en él. No podemos existir sino en ese mundo, no hay un afuera definitivo, hasta ahora éste es nuestra posibilidad. Para nosotras, existir tiene como condición un punto de partida negativo: nuestra propia imposibilidad para existir genuinamente en un mundo patriarcal y masculino que nos ofrece sus formas de independencia para la nuestra propia: el trabajo asalariado, el dinero, la opresión, la competencia, la construcción de relaciones formales, las cuales se nos presentan a menudo con la apariencia de ser las únicas posibilidades de realizarnos como individuos. Se nos exige ser mujeres *verracas*, es decir, como un cerdo padrón, siempre que como mujeres soportemos la feminidad como condición. Ser feminista es, en primer lugar, rechazar cualquier forma inauténtica de las propias posibilidades y hacer de ese modo de existir uno que en la colectividad exista para otro mundo y por fuera de la obligatoriedad de encerrar nuestros cuerpos en una condición sexual.

La mayoría de los hombres y, absurdamente, de las mujeres difícilmente asumen la necesidad de las reivindicaciones feministas:

> […] están demasiado imbuidos del ideal democrático como para no reconocer que todos los seres humanos son iguales [...] pueden convencerse de que entre los sexos ya no existen jerarquías sociales y que más o menos, a pesar de las diferencias, la mujer es una igual. […] Cuando [el hombre] mantiene con la mujer una actitud de colaboración y buena voluntad, desarrolla el principio de la igualdad abstracta; sin embargo, la desigualdad concreta que puede comprobar, no es él quien

> la enuncia. Ahora bien, en cuanto entra en conflicto con ella, la situación se invierte: desarrolla el principio de la desigualdad concreta y se permitirá incluso negar la igualdad abstracta. […] Por ejemplo, el hombre declara que no encuentra disminuida en nada a su mujer por el hecho de que no tenga una profesión: 'las tareas del hogar son igualmente nobles', etc. No obstante, a la primera pelea, exclama: 'No serías capaz de ganarte la vida sin mí'[1].

Este mismo esquema se reproduce como patrón en las demás instituciones sociales y representa para todas las mujeres una verdadera condena. El número de feminicidios se incrementa cuando cumplir a título de destino el que se nos asigna en razón de nuestro sexo biológico, se convierte para nosotras en una frustrante e incapacitante realización de nuestras verdaderas expectativas; cuando reclamamos nuestra libertad en contra de la norma.

Lombroso y Ferrero, criminalistas que hicieron escuela (la cual, por cierto, a pesar de su abominable legado para toda la sociedad, sigue siendo la pauta en las ciencias sociales, jurídicas, psicológicas y otras), consideraban que:

> […] las mujeres tienen muchos rasgos en común con los niños, […] su sentido moral es deficiente, […] son resentidas, celosas e inclinadas a venganzas de crueldad refinada. En casos comunes estos defectos se neutralizan con la compasión, la maternidad, la ausencia de pasión, la frialdad sexual, la tendencia al orden y una inteligencia subdesarrollada. Pero […] cuando la compasión y los sentimientos maternales están ausentes y en su lugar se desatan fuertes pasiones y tendencias intensamente eróticas, cuando la fortaleza muscular y una inteligencia superior para la concepción y ejecución de la

[1] BEAUVOIR, Simone. *El segundo sexo*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2015, pp. 58-60.

> maldad se desarrollan […] es claro que lo inocuo semi-criminal presente en la mujer normal debe transformarse en una criminal nata más terrible que cualquier hombre[2].

El incremento de feminicidios es el castigo absoluto a las mujeres que no cumplen con ese mandato social: nos asesinan no por ser mujeres sino por su denegación. Y digo castigo absoluto porque la experiencia de la mujer en una sociedad masculina es la experiencia del suplicio. Las mujeres representamos la alteridad absoluta de los valores culturales masculinos, no la cara complementaria, no el fetiche romántico; estos son *chistes ontológicos*. La conciencia que es otredad absoluta es un ser imposible, un ser escindido. ¿Y entonces qué reclama el feminismo? La posibilidad de existir aquí y ahora, en contra de toda misoginia y de todo paternalismo, así, en contra de todo el mundo. Hoy el feminismo es la condición material de las posibilidades de existencia de otro mundo. Ahora, afirmar la existencia, no es afirmar una existencia privilegiada, pero parte de conocer nuestras limitaciones para su realización, sean cuales fueren nuestras posibilidades concretas para ello. Y en cambio, en contra de nuestra existencia se afinca el castigo para nosotras en la forma primordial en que éste se ha instaurado en nuestra sociedad: en instituciones de encierro. En estas se refuerza el ideal de la mujer por características que se le asignan a su supuesta naturaleza. Y la familia es la primera de ellas: "'*Kinder, Küche, Kirche*' (niños, cocina, iglesia): el niño es necesario para mantener a las mujeres en la cocina"[3].

---

[2] LOMBROSO, Cesare & FERRERO, Guglielmo. *La donna delinquente.* Nápoles*:* Torino Fratelli Bocca, 1973, p. 151.
[3] *Infra.*, p. 190.

Manifestar la necesaria abolición de estas instituciones: de la familia, de la maternidad y del matrimonio, suena extravagante, exagerado e irracional[4] y, cuando más, una intromisión en "la vida privada" y en la "libertad de elección" de "cada quien", que garantiza "la pluralidad de pensamiento". Es éste *el pensamiento político de la derecha:*

> A esa diversidad corresponde el pluralismo de las civilizaciones: entre estas existen ciertas relaciones de causalidad, pero no por ello su sucesión deja de ser discontinua; el reemplazo de un equipo por otro es un avatar sin finalidad alguna, si una moral de la ataraxia está al servicio del egoísmo individual del burgués, su egoísmo de clase sigue siendo combativo: al condenar la Historia, quiere valorizar, sin embargo, el

[4] "¡Querer abolir la familia! Hasta los más radicales se indignan ante este infame designio de los comunistas. ¿En qué bases descansa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. La familia, plenamente desarrollada, coexiste más que para la burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y, en la prostitución pública. La familia burguesa desaparece naturalmente al dejar de existir ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital. ¿Nos reprocháis el querer abolir a la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen. Pero decís que destruimos los vínculos más íntimos, sustituyendo la educación doméstica por la educación social. Y vuestra educación, ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad a través de la escuela, etcétera? Los comunistas no han inventado esta injerencia de la sociedad en la educación, no hacen más que cambiar su carácter y arrancar la educación a la influencia de la clase dominante. Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen a los padres con sus hijos, resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia, para el proletario y transforma a los niños en simples artículos de comercio, en simples instrumentos de trabajo" MARX, Karl. *El manifiesto comunista*. Caracas: Monte Ávila, 2007, p. 30.

> momento de la Historia que hace de él un privilegiado. Después de reducir al hombre a la nada, la élite se salva divinizándose[5].[6]

Para el privilegiado, si la Historia se mueve es porque hay conflictos entre élites donde unas dejan de existir y otras triunfan. En su concepción de la Historia no existe, en realidad, la voluntad individual y, por lo tanto, esa vida privada existe al margen de las disputas de poder en las cuales las clases dominantes defienden, ellos sí, sus intereses privados como fines universales[7]. Dicen los(as) provida, que los valores se están perdiendo, que de la mujer ya no quedan casi "buenos ejemplares". Su catastrofismo se produce con el ideal de "inventar una justicia superior, en nombre de la cual la justicia se sentirá justificada"[8].

> […] hoy se proclama a menudo que la Mujer se pierde, que está perdida. Pero, ¿y el Hombre? ¿Acaso hay aún, en medio

[5] "El privilegiado acepta, por cierto, con toda humildad, el lugar que se le asigna en ese mundo. Dios lo ha escogido, y ello basta para fundar su derecho. En cuanto a los desheredados, sólo la resignación les permitirá merecer las compensaciones celestes que restablecen la justicia a través de la eternidad. 'Todo poder viene de Dios', escribía hacia el año 1000 un monje de Saint-Laud, 'Dios mismo ha querido que entre los hombres unos fuesen señores y los otros siervos, de modo tal que los señores deben venerar y amar a Dios, y los siervos deben venerar y amar a sus señores'" BEAUVOIR, Simone. *El pensamiento político de la derecha*. Buenos Aires: Ediciones Leviatán, 1956, p. 48.

[6] *Ibid.*, p. 57.

[7] "Caeríamos en una indiferencia nihilista si, después de haber sumido al hombre en la abyección, fracasáramos en salvar al burgués. Después de haber negado la importancia de las diferencias materiales que oponen concretamente a las clases, restableceremos entre ellas otra especie de heterogeneidad: la clase privilegiada participa de una realidad trascendente que sublima su existencia. El cinismo reaccionario se acompaña necesariamente de una mística" *Ibid.*, p. 49.

[8] *Ibid.*, p. 21.

> de este siglo, un ejemplar válido del Hombre? Si la *élite* catastrófica parece dispuesta, por momentos, a excluirse a sí misma de la humanidad, es sólo porque se siente en peligro: se fascina sobre la imagen de lo que ella misma ha sido, porque condena con nostalgia el presente en nombre de un pasado más clemente. Su pretensión, sin embargo, es tan integra como antes. Más allá de las categorías singulares, monopoliza la categoría suprema: lo humano. Los pensadores burgueses […] necesitan creer que el Hombre habla por su boca. El Hombre indivisible, unánime, único. La burguesía se empeña en presentarse como clase universal. A partir de la particularidad burguesa se constituirá, pues, la idea de Hombre. 'El hombre es lo que son los hombres', dice Marx; ese realismo impide toda mistificación. Pero el idealista se eleva a la Idea eliminando en sus encarnaciones todo lo que él considera accidental: es él quien decide lo que mirará como esencial. Y una vez declarado que sólo él encarna al Hombre, ¿quién tendrá derecho a contradecirlo?[9]

Ser *pro-opción,* en cambio, es asumir irrevocablemente que la "libertad de elección" es libertad determinada. Se elige ser madre por encima de ser mujer, no a condición de serlo; se elige por encima de sí misma. Se prohíbe abortar como una pieza de todo un engranaje de sumisión. La posición de la mujer que decide no parir es la de una perpetua infante: "nunca se realizará como mujer", dicen. Primero se cuestiona nuestra capacidad de elegir: a los 20 o 25 años se es demasiado joven para hacerlo, pero a los 30 años comenzamos a estar viejas para ser madres. "¿Y si te arrepientes?"; esta pregunta nunca se formula en el sentido contrario: "¿Te arrepientes de ser madre?", a pesar de que se nos imponen embarazos no deseados, al proscribir social y legalmente el aborto, se presupone que al ser madres se modifica instintiva y automáticamente ese no deseo en

[9] *Ibid.,* p. 89.

deseo. Los embarazos no deseados son obligatoriamente hijos deseados.

La pregunta, claramente, no se formula porque la estructura patriarcal reprende a cualquier madre que cuestione su rol y promueve que su arrepentimiento por haber parido sea autocensurado. Este autoengaño o mala fe, se reproduce entre particularismos elevados a modelo universal y la que se niega a nivelar su deseo con el masculino, corre el riesgo de ser devuelta a su lugar de imposibilidad, a su pura naturaleza; es la "madre desnaturalizada".

No tenemos derecho a arrepentirnos. Por esto, somos nosotras y no los hombres quienes tenemos sobre nuestros cuerpos la carga de la anticoncepción. A pesar de lo que ello representa para nuestros ciclos hormonales y nuestra salud. Hoy está demostrado, por ejemplo, además de todos los efectos secundarios que conlleva la anticoncepción hormonal, el vínculo entre los anticonceptivos hormonales combinados con el cáncer de endometrio y entre aquellos que sólo contienen progesterona, con el cáncer de mama; mientras que un aborto realizado en condiciones hospitalarias seguras es incluso menos riesgoso que un parto. Un hombre que está agobiado por las cargas de ser padre no tiene la doble condena —moral y biológica—, quizás sólo un reproche social, si abandona su hogar. Para una mujer, esto implica desaparecer de cualquiera que haya considerado un círculo suyo: ¡nosotras somos despatriadas por abandonar un "vínculo privado"; un hogar!

Ahora, es cierto que para las mujeres hoy existen muchas más posibilidades de experimentar la maternidad, pero siempre a costos muy altos para la propia vida. Y en realidad, no para todas las mujeres. No todas las mujeres

tenemos las mismas posibilidades de acceder a anticonceptivos, ni vivimos en condiciones dignas para educar un hijo. Ni siquiera, recibimos educación sexual en las mismas condiciones que esas privilegiadas, aun así, un misterioso deseo de ser madre se nos impone a todas. Para ser una decisión ha de partir de la negatividad de la maternidad, pues la positividad se nos ha impuesto a todas, en esas condiciones ninguna maternidad es una opción, ninguna es elegida. Todos los partos son, por principio, no deseados. El supuesto pluralismo de opiniones y opciones de pensamiento que reclama la derecha, en realidad, sólo promueve la definición de esencias autoproclamadas a nombre del patriarcado.

> Hemos visto que los teóricos burgueses profesan un subjetivismo psicofisiológico: las ideas reflejan no el objeto pensado, sino la mentalidad del sujeto pensante. Esta mentalidad es un complejo harto misterioso que depende parcialmente de factores exteriores, pero que expresa ante todo una determinada esencia: hay un alma negra, un carácter judío, una sabiduría amarilla, una sensibilidad femenina, un sentido común campesino, etc. La naturaleza de su esencia define la región del ser que es accesible a cada cual. Por lo tanto, esta filosofía subjetivista es también anti intelectualista: no es una filosofía de la conciencia, sino del ser[10].

Judith Butler apunta que "la misión política es mostrar que la teoría nunca es simplemente teoría, en el sentido de contemplación sin compromiso, e insistir que es completamente política (*phronesis* o incluso *praxis*)[11]". El antimar-

[10] *Ibid*., p. 75.

[11] BUTLER, Judith. "Imitación e insubordinación de género" en: GIORDANO, Raúl & GRAHAM, Graciela (Ed.) *Grafías de Eros. Historia, género*

xismo y el antifeminismo que profesa la derecha, asumiendo estar limpia de ideología, ha hecho de su defecto, una virtud: tener un pensamiento contra-pensamiento; o no pensar. Su antisepsia compulsiva, va más lejos, hoy se les permite decir "ideología de género" y graduarse con tesis sobre el "castrochavismo" o la "traición a Uribe". El feminismo y el marxismo necesariamente son contraideológicos, si no, son una contraexperiencia. La palabra ideología, tiene una raíz a menudo descuidada, sin embargo, esta palabra se usa indiscriminadamente. Curiosamente, la práctica de esta palabra revela su sentido. La etimología de *idea* significa "apariencia" y "forma". La ideología es la razón (*logos*) sobre ese modo de conocer el mundo: una inmediata a los sentidos, una de lo que se capta viendo superficialmente. La ideología por eso se alimenta de prejuicios machistas, de tradiciones formales y llenas de rectitud, de saberes populares, de chistes que avalan el mundo de opresión en el que estamos, etc. Tanto el feminismo como el marxismo se oponen a la ideología, sin embargo, no creen estar "afuera" de la ideología, sólo en contra y a su pesar:

> Estar 'afuera' siempre depende hasta cierto punto de estar 'adentro'; gana su significado dentro de la polaridad. Por lo tanto, el hecho de estar 'afuera' debe producir el *closet* una y otra vez para mantenerse como 'afuera'. En este sentido, el afuera sólo puede producir una nueva opacidad; y el *closet* produce la promesa de una revelación que puede, por definición, no realizarse nunca[12].

---

e identidades sexuales. Buenos Aires: Ediciones de La École Lacanienne de Psychanalyse–EDELP, 2000, p. 89.

[12] *Ibid*., p. 91.

La única razón que enarbola el ideólogo de derecha es la razón del hombre puesta en el burgués que "prefiere condenar la humanidad a lo absurdo, a la nada, antes que ponerse a sí mismo en discusión"[13]. El único pensamiento que hoy puede tenerse por tal es el feminista, puesto que su principio es la negatividad y la negatividad es su praxis. La derecha también niega, niega abstractamente el mundo que teme perder y cuya perdición es su propia victoria, el mundo no le importa si no es un mundo para sí. Es por eso que no asumimos más el eterno romanticismo de "esas esfinges sin enigma que velan ante el portal de la Estética clásica"[14].

> Decidir cómo organizar el cuidado de los niños es un problema, pero es una mentira afirmar que no podrían florecer en ningún otro lugar mejor que en medio de la familia. Los padres llevan a sus hijos a sus juegos sadomasoquistas, proyectándoles sus fantasías, obsesiones y neurosis. Ésta es una situación eminentemente insalubre. Sin siquiera contar el abuso infantil, el mundo de los niños neuróticos que produce nuestra sociedad es considerable. Además, la familia es el intermediario por el cual este mundo patriarcal explota a las mujeres, extorsionándoles miles de millones de horas de 'trabajo invisible' cada año[15].

La "mujer normal", la "mujer mujer", su infantilidad, su capacidad intelectual inferior, su semejanza con la naturaleza, la maternidad, su "sentido moral deficiente", sus frivolidades; su feminidad es su alteridad. Todo lo repudiable como anormal que para la construcción del mundo

---

[13] BEAUVOIR, Simone. *Op. Cit.,* 1956, p. 26.
[14] BAUDELAIRE, Charles. *Edgar Allan Poe*. México: Fontamara, 1989, p. 111.
[15] *Infra.*, p. 157.

que hemos realizado es criminal. La ruptura de esos valores ha supuesto el castigo social porque afrontar los valores sociales masculinos ha representado, en una cultura machista, la ruptura de una supuesta igualdad natural: la abstracta. Lo cual nos niega la posibilidad de nuestra singularidad, de ser iguales en lo concreto en un mundo en el que los valores masculinos se arrogan el derecho a incriminar.

> El pasado no prueba nada en contra del futuro de las mujeres, principalmente porque nunca tuvieron una oportunidad, pero arroja luz sobre el presente. Una niña aprende temprano a dedicar su admiración a los hombres: los héroes tradicionales. Muy a menudo, no siente nada más que lástima y desprecio por la vida de la pequeña ama de casa de su madre, sus enfermedades, sus lágrimas, sus frivolidades, sus preocupaciones. Por el contrario, la personalidad de su padre es exaltada; es él quien representa la fuerza, el poder y la ventana hacia el mundo, la vida y el futuro. En su deseo de identificarse con él, la niña reconoce y admite la superioridad del hombre sobre la de la mujer que ella está destinada a ser […] Todo el tiempo la instan a volverse hacia los hombres, a buscar ayuda desde el exterior […] Las mujeres frívolas o graves permanecen siempre serias. En otras palabras, aceptan el mundo: su esfuerzo es sólo para encontrar sus lugares apropiados en él. Las mujeres temen que si pierden ese sentimiento de inferioridad también perderán lo que les da valor a los ojos de los hombres: la feminidad[16].

La defensa de la propia feminidad es lo que definitivamente resulta inaceptable: hacer de la propia opresión una bandera antifeminista. La mala fe, la inautenticidad de esa posición es casi tan repulsiva como la del feminicida: en ambos casos, lo que no se soporta es que existan condicio-

[16] *Infra.,* pp. 73-74.

nes en el mundo para que otras formas de la vida sean expresadas, aun cuando ya esas condiciones sean adversas y hostiles, ambas son formas reaccionarias que se esfuerzan por mantener el *statu quo* y una forma de existencia de "privilegios" insignificantes y exiguos.

No encuentro nada más desdeñable que la posición de una mujer pro-vida, mucho más que la de un hombre, pues los privilegios de éste, como hombre, son verdaderos en esta sociedad, con todo y la miseria que representen, pero para una mujer, que no tiene ningún privilegio derivado de esa condición —y que, los que el sentido común asume como tales, no son más que la constatación de su inferioridad—, consentir a título de una esencia miserable, una existencia malograda es, en realidad, estar en la posición más desgraciada ante la *vida*. No se puede defender la maternidad a condición de ser madre, sin querer imponer un modelo moral para otras, como justificación de una esencia bien asumida como si fuera propia y única[17].

A consecuencia de vivir en una condición secundaria, en un mundo masculino, donde las decisiones que lo construyen han recaído en los hombres, las mujeres hemos vivido en la *marginalidad* de este mundo y lo hemos conocido sólo a través de otros ojos. A través de los ojos de los hombres que lo realizan directamente, nuestras vidas han sido relegadas a lo privado, aun para las que hayan asumido papeles de hombres. Es un conocimiento indirecto del mundo, uno mediado por otros deseos. Nuestro deseo, el deseo de la mujer, ha sido marginalizado y prostituido.

[17] Hablo de las mujeres porque la figura de los hombres pro-vida sólo representa una caricatura patética. Análogamente, lo único que defienden, es ser hijos (del patriarcado, por supuesto).

Nuestro grito: "¡TODAS SOMOS PUTAS!", es tanto reivindicativo como acusativo. Todas nos vendemos, vendemos la feminidad como sexo, cada vez que accedemos al deseo de un hombre como si fuera el nuestro, cada vez que nos ponemos por encima de otra mujer en una posición de superioridad moral, cada vez que vemos a otra como competencia, cada vez que se mira a través de los propios ojos con unos ojos masculinos y se exaltan los valores de su mundo. El puritanismo pro-vida del ama de casa que se pinta en pasteles para diferenciarse de la puta estrambótica y finge orgasmos que ¡ni siquiera son remunerados! para diferenciarse de las demás, para valorizarse ante los ojos masculinos, se pone por encima de todas las demás putas vulgares y a título de *señora de… (*para no tener muchos nombres) reclama la dignidad de su estilo de vida y de los privilegios de su macho (*maritus*). Es la puta respetuosa que asume sobre sí y a nombre de todos los hombres la violencia sobre nuestros cuerpos, donde el suyo se gloria de la indignidad de no elegir. Es mala fe porque, sin embargo, sabe muy bien que cuando no elige, lo hace; elige, y es mala fe porque llama "libre" a ese privilegio de su supuesta elección.

Lo personal es político porque incluso la indiferencia es connivencia con el opresor: aceptar la menor desigualdad entre los dos sexos es consentir la opresión, la violencia y nuestras muertes. Es tan feminicida el macho que asesina a su compañera como la conciencia tranquila que nos deja morir en abortos insalubres.

Nosotras, las putas vulgares, que ahora somos muchas más, denunciamos a las señoras por su atrofia, pues es también su responsabilidad que nos asesinen y denuncia-

mos al patriarcado por hacernos putas hasta que lo abolamos. No creemos en negaciones abstractas que sólo afirman el mundo positivo. Nuestra negación es determinada: las feministas somos las únicas putas que luchamos por la abolición de la prostitución y no queremos estar a la altura de sus camándulas. La dignidad de nuestra lucha nos sobrepone a nuestros ovarios.

> […] el futuro no nos pertenece. Y es por eso que nadie tiene el derecho de condenar el futuro en nombre del presente. En todas las épocas ha habido quienes lamentan el mundo del futuro simplemente porque prometía ser diferente del pasado […] nuestra falta de imaginación desacredita, despopulariza a estos tiempos más allá de nuestro conocimiento[18],

Afirma Beauvoir. Pero nuestra existencia, como nuestros cuerpos, los afirmamos nuestros, los tenemos hoy, no son nuestra vida privada. Son nuestra propia vida.

Las feministas no queremos usufructuar el miedo del Hombre a su muerte. No nos alimentaremos de *la Muerte, que se alimenta de los hombres*. Si *matamos la muerte* y no nos queda más muerte que negar, tampoco, por ende, ninguna vida que defender. Esas muertes que son las nuestras propias, esos feminicidios que son reales. La defensa metafísica de una vida que *no existe*, no es pro-vida. Al contrario, es asesina. Promueve la muerte sistemáticamente y por eso la condenamos.

[18] *Infra*., p. 226.

Prefacio a *Historias del Movimiento de Liberación de las Mujeres francesas*[*]

En agosto de 1970, hace apenas seis años, unas pocas mujeres se manifestaron en el Arco de Triunfo en honor a "la esposa del soldado desconocido". Y así, por primera vez, los periódicos mencionaron el MLM (*Movimiento de Liberación de las Mujeres*). Este nombre, similar al estadounidense "Women's Lib", fue dado al movimiento por la prensa, y las militantes se lo tomaron para sí mismas. Desde entonces, el MLM se ha hecho muy conocido, o más bien muy poco conocido, porque la imagen que se propaga sobre ellas es de musarañas histéricas y lesbianas. El mérito principal de este libro es refutar completamente este cliché.

El libro no cuenta la historia del MLM. Tal historia es actualmente imposible de escribir. El MLM no es un partido político, ni siquiera una coalición unificada. A pesar de un elemento común, que es la revuelta contra la opresión de las mujeres, diversos grupos coexisten dentro del MLM, a menudo en oposición o enfrentamiento entre ellos. De ahí que el libro se titule *Historias del MLM*. Dos militantes de los primeros días relatan sus experiencias en este li-

[*] Prefacio escrito por Beauvoir para el libro de Annie de Pisan & Anne Tristan *Histoires du MLM*. Paris: Calmann-Lévy, 1977 (*N. de los T.*)

bro. Sus historias se suceden cronológicamente, Anne participó en la creación del Movimiento en el que Annie no ingresó hasta un poco más tarde.

A través de sus historias y sus descripciones mutuas, aparecen como mujeres reflexivas y equilibradas, y, al conocerlas bien, puedo testificar sobre la verdad de esta descripción. No hay nada extravagante en su apariencia exterior o acciones, nada escandaloso en su lenguaje. Dos mujeres similares a muchas otras, diferentes sólo en que han sentido la esclavitud de las mujeres con una fuerza excepcional y han tratado con excepcional perseverancia de liberar a sus hermanas.

Con seriedad nos dicen los motivos de esta revuelta y de esta terquedad. Su infancia y adolescencia tuvieron lugar en circunstancias muy diferentes, pero ambas sufrieron la condición infligida a las mujeres y la rechazaron vehementemente. La experiencia formativa de Anne fue la más dolorosa debido a la brutalidad de su padre. Annie estaba fuertemente motivada por el desprecio hacia las mujeres y las injusticias que sufren en el ámbito profesional. Ambas son de origen extranjero, y eso explica en parte cómo podrían retroceder para evaluar nuestra sociedad. Esta distancia les permitió escapar del papel "normalmente" impuesto a las mujeres. Mucho antes de que existiera el MLM, decidieron deliberadamente no ser ni esposas ni madres. Se entregaron a carreras que les interesaban y les aseguraran su independencia.

Annie revela muy pocas cosas sobre su vida personal. Anne, por el contrario, ha elegido compartirla con nosotros. Ella cree que el feminismo no es sólo una empresa pú-

blica, sino que también debe vivirse en la vida privada. Habiendo asumido primero el papel de "perra" —en oposición a la suave sumisión de la maternidad— su camino finalmente la llevó a decidir renunciar a los hombres. Al hablarnos sobre su transición a la homosexualidad, intenta mostrar qué significa la búsqueda de una relación humana auténtica. Dos seres que comparten la misma condición y las mismas experiencias vividas —piensa ella— tienen una mejor oportunidad de entenderse y amarse que dos personas separadas por la diversidad de su experiencia.

Antes de llevar a cabo esta revolución íntima, Anne se involucró en una acción colectiva. El comienzo fue difícil. Cuando, después de haber sido activistas en el *Mouvement démocratique féminin* por falta de algo mejor, Anne y su amiga Jacqueline Feldman crearon *Féminin Masculin Avenir* (FMA); el grupo incluyó sólo alrededor de quince miembros, hombres y mujeres. Su número aumentó repentinamente en 1968 después de un debate sobre la condición de las mujeres organizado por Anne en la Sorbona, pero se disolvió rápidamente. En 1970, solamente quedaban seis miembros, dos de los cuales eran hombres. Pero el intento de Anne se produjo dentro de un contexto histórico favorable. Otros grupos, persiguiendo metas análogas, se habían formado y habían hecho contacto con el FMA. Un día, treinta mujeres se reunieron, lo que le pareció milagroso a Anne. Graves diferencias de opinión aparecieron de inmediato. Los otros grupos reprocharon al FMA por aceptar hombres y mujeres. Anne y sus amigas estaban de acuerdo; depende de las mujeres y sólo de las mujeres liderar la lucha por la liberación de las mujeres. Este principio nunca fue cuestionado nuevamente. Pero no hubo una posible conciliación en otro punto; ciertos militantes querían subordinar la lucha de las mujeres a la lucha de clases.

En el FMA se declararon radicalmente feministas; la lucha de las mujeres les parecía fundamental y no secundaria. Esta es también mi posición. En países de todo el mundo he oído decir —tanto de hombres como de mujeres— que primero hay que preocuparse por la revolución, el triunfo del socialismo y la seguridad nacional; luego uno podría interesarse en los problemas de las mujeres. Pero desde mi experiencia, esto significa más tarde que nunca. Por supuesto, ambas luchas deben estar relacionadas. Pero el ejemplo de los países conocidos como socialistas demuestra que un cambio económico de ninguna manera conduce a la descolonización de las mujeres.

A veces Anne y Annie han sido criticadas por su actitud apolítica, en otras palabras, su desinterés en la política de los hombres. Pero es precisamente porque no estaban confinados a ningún partido, y debido a que ninguna ideología las estaba cegando, fueron capaces de apreciar correctamente el valor subversivo de un compromiso feminista. A pesar de estos desacuerdos, todos los grupos se fusionaron en el vasto movimiento que desde entonces se llamó MLM. Las reuniones generales se llevaron a cabo en la escuela de Bellas Artes dos veces al mes. De inmediato surgió un problema que nunca se resolvió: el de la organización. En oposición a las jerarquías y la burocracia masculina, las mujeres rechazaron toda organización. Esto resultó en reuniones tumultuosas que Anne califica como "vigorizantes", pero que desconcertaban a los recién llegados. Annie, quien se unió al MLM después de haber leído el número especial de *partidarios* llamado *Liberación de las mujeres: año cero*, publicado por Maspero en 1970, admite que se sintió muy incómoda en las reuniones generales, lo que le provocó un comienzo difícil como militante. Para decir la verdad, a pesar del rechazo de la organización, no había una

verdadera democracia dentro del MLM. Las mujeres que tenían las voces más fuertes o estaban más dotadas con el habla dominaron las reuniones. En última instancia, los más motivados y los más comprometidos asumieron el máximo de responsabilidad y, como resultado, se encontraron con el poder de un líder. Así es como fue para Anne. Se sintió halagada por un tiempo, pero pronto este papel como líder la abrumaba, especialmente porque despertaba cierta hostilidad o al menos desafío en sus camaradas. Era necesario no sólo luchar contra el mundo masculino hostil, sino contra las muchas facciones que, mientras perseguían el mismo objetivo, diferían radicalmente en los medios para alcanzarlo.

El milagro es que, a pesar de estas disputas e inconsistencias, se llevaron a cabo acciones: el *Manifiesto de las 343 Putas*[1] sobre el aborto y las audiencias públicas en el salón de reuniones de Mutualité fueron éxitos brillantes. Así que Anne y Annie experimentaron momentos de alegría triunfal que compensaron sus esfuerzos. Pero reconciliar su activismo con sus trabajos provocó un cansancio excesivo que a veces las hizo querer renunciar a todo. Para movilizar a la masa de mujeres, fue necesario un esfuerzo agotador de imaginación e invención. Después de la Feria de Mujeres y la creación de un Centro de Mujeres en Trévise, 1974 le pareció a Annie "el año más negro del movimiento".

Sin embargo, se mantuvieron firmes. Crearon la Liga de los Derechos de la Mujer, que planea liderar una campaña anti-sexista en muchos frentes. Annie describe en detalle

[1] *Cfr., Infra,* p. 199.

sus diversas actividades y los obstáculos que se encontraron. En el corazón del MLM surgió una división entre la Liga y otros grupos que rechazaron cualquier recurso al sistema legal. Acusaron a la Liga de reformismo. En cuanto a mí, creo que extraer reformas del gobierno puede ser un paso en el camino hacia la revolución, siempre y cuando uno no esté satisfecho con eso, por supuesto, y en cambio lo convierta en un punto de partida hacia nuevas demandas. Mientras desarrollaba proyectos para leyes anti-sexistas, la Liga también se dedicó a acciones específicas e importantes. Inició una campaña para condenar la violación. Creó S.O.S. Alternativas para ofrecer ayuda a mujeres maltratadas. Recurrió a medios legales, buscando la intervención de Françoise Giroud[2], y medios ilegales, como ocupar el Ayuntamiento de Plessis-Robinson, para garantizarles un refugio.

Esta lucha contra las violaciones y la violencia sufrida por las mujeres fue duramente criticada por los periodistas, tanto hombres como mujeres. Enjuiciar a un hombre en Estrasburgo que golpeó violentamente a su esposa con los puños o exigir que se lo considere una felonía, nos dijeron, es aceptar la justicia burguesa. Annie responde muy bien a esta objeción. Si un trabajador migrante es maltratado o asesinado, los periodistas no tienen problemas con el enjuiciamiento de su agresor o asesino. Y con razón. Pero ¿por qué las mujeres deberían darse por vencidas y aceptar algo? Hoy en día, cualquier actitud revolucionaria implica una cierta cantidad de compromiso con el estado actual de

[2] Françoise Giroud (1916-2003) fue una periodista y escritora francesa que se desempeñó como Secretaria de Estado para la Mujer (*Secrétaire d'État à la Condition féminine*) desde 1974 hasta 1976, y Ministra de Cultura francesa entre 1976-1977 (*N. de los T.*)

las cosas. Negarnos los medios para rebelarnos es rechazar nuestra rebelión.

Uno ve que este libro está lejos de ser anecdótico. Desde el comienzo, te sumerge en el corazón de los problemas que plantea el nacimiento y el desarrollo de un movimiento revolucionario, porque para mí es indudable que la descolonización de las mujeres implica un derrocamiento radical de la sociedad. ¿Cómo se pueden reconciliar la democracia y la eficacia dentro del movimiento? ¿Cómo pueden evitarse las trampas del poder y el desorden? ¿Qué compromisos uno puede aceptar o no debería aceptar con el mundo tal como es?

Tales son las preguntas que atraen al lector, de una manera que no es abstracta, ya que participamos en la experiencia vivida de dos mujeres que han dedicado su existencia a resolverlas. Al discutir estas preguntas para nosotros, Anne y Annie arrojaron una luz vívida y cruel sobre la condición de las mujeres. Al contar las historias de su lucha, nos hacen comprender las razones de esta lucha. Y espero que todos —hombres y mujeres por igual— que dicen desconocer estas razones terminen este libro con una sensación de inquietud.

Prólogo a *Las crónicas del engaño: del Movimiento de Liberación de las Mujeres a una marca comercial*[*]

En 1971, cuando me puse en contacto con el MLM sobre el manifiesto que 343 mujeres firmaron diciendo que habían abortado, sólo me encontré con algunas representantes aisladas. Más tarde supe que pertenecían a diferentes grupos con diversas tendencias que coexistían sin intentar organizarse. El movimiento cuestionó cualquier intento militante centralizado, burocrático o jerárquico, y por lo tanto no tenía un líder. Para pertenecer, era suficiente ser una mujer, consciente de la opresión que sufren las mujeres y ansiosas por combatirla. Esto resultó en un cierto desorden, a veces molesto, pero en general enriquecedor. La unidad se realizó a través de acciones realizadas en común. Había oído hablar de un grupo que era más cohesivo que los otros, cuya líder era una mujer llamada Antoinette Fouque[1]. Este grupo se caracterizó por "una extraña mezcla de izquierdismo revisada por un feminismo que no se

[*] Prefacio a *Chroniques d'une imposture: du mouvement de libération des femmes à une marque commerciale*. París: l'Association Mouvement pour les Luttes Féministes, 1981 (*N. de los T.*)

[1] Antoinette Fouque (1936-2014) fue una psicoanalista que participó en el Movimiento de Liberación de las Mujeres francesas. Ella era la líder

declaró a sí mismo, todo lo cual se expresó en un lenguaje erudito que era absolutamente incomprensible para cualquiera que no hubiera leído a Marx o no haya pasado tiempo con Lacan"[2]. Se llamó *Psych et Po*[3] y, en ese momento, casi nunca apareció públicamente. En 1972, cuando vio que, después de meses de reuniones, las audiencias públicas en la sala Mutualité denunciando crímenes contra las mujeres iban bien, finalmente decidió involucrarse, pero sin brindarnos ningún apoyo financiero, lo que hubiera sido muy útil y que *Psych et Po* podría haber hecho ya que el grupo tenía recursos enormes debido a la presencia de una riqueza heredada. Lo mismo ocurrió con la "Feria de las Mujeres" (*Vincennes, 1973*) y con la Marcha por el aborto (París, 6 de octubre de 1979): cuando parecía claro que las empresas iban a tener éxito, *Psych et Po* pasó lo largo, pero sin contribuir de ninguna manera a su éxito.

Este cenáculo fue muy cerrado y pronto se dedicó casi exclusivamente a una editorial llamada *Éditions des Femes*. Cultivando la paradoja, o más exactamente, mintiendo, este grupo era parte del MLM, sin embargo, se llamó a sí mismo antifeminista; tenía fondos considerables a su disposición, pero se decía que era anticapitalista; e incluso llegó a decir que, como grupo, no estaba participando en la Feria del Libro de Niza, a pesar de que tenía un puesto

---

de uno de los grupos que originalmente formaron la Liberación de Mujeres Francesas (MLM), y más tarde registró la marca comercial MLM específicamente bajo su nombre. Ayudó a fundar "Éditions des femmes", así como la primera colección de audiolibros en Francia, "Bibliothèque des voix" (Biblioteca de voces). Su posición en la teoría feminista era principalmente esencialista y estaba fuertemente basada en el psicoanálisis (*N. de los T.*)

[2] *Cfr.* Anne Tristan, Annie de Pisan. *Histoires du MLF.* París: Calmann-Lévy, 1977.

[3] Psicoanálisis y política (*N. de los T.*)

allí. Cuando tres mujeres que habían sido publicadas por ellas se hicieron públicas contando de las dificultades que habían experimentado al tratar con ellas, las líderes de las *Éditions des Femmes* volvieron las tornas sobre las demandantes y las demandaron por difamación. Sin embargo, ellas fueron las que difamaron a todas las demás feministas al construir una imagen ridícula y desagradable de las feministas y luego usar su fortuna para montar una campaña publicitaria que inundó a la prensa con esta imagen. Con los años, las feministas de los otros grupos trataron de defenderse, pero tímidamente. Pensaron que era mejor "lavar la ropa sucia en casa" y evitar dar a sus adversarios —tanto hombres como mujeres— el espectáculo de sus disensiones.

Esta política de silencio no dio resultado. Por el contrario, alentó a *Psych et Po* a desatar sus ambiciones. Durante mucho tiempo, esta pequeña secta se afirmó en el extranjero como la única encarnación válida del MLM. Fue mucho más allá de eso en octubre de 1979 al registrarse como una asociación sin fines de lucro legalmente conocida como *Mouvement de Libération des Femmes*. Las iniciales MLM se convirtieron así en su propiedad. Todos los otros grupos feministas en Francia firmaron manifiestos de protesta. Y en 1980, en la gran reunión de mujeres celebrada en Copenhague[4], once editoriales feministas redactaron un tratado denunciando la apropiación de las iniciales MLM por las *Éditions des Femmes*. Diez de ellas eran extranjeras; sólo *Éditions Tierce* era francesa, y la sociedad de responsabilidad limitada *Éditions des Femmes* (creada por *Psych et*

[4] Esta fue la segunda Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada cinco años después de la primera en la Ciudad de México, ambas organizadas por la ONU como parte de su iniciativa del Decenio para la Mujer (*N. de los T.*)

Po) presentó una demanda comercial en su contra por "competencia desleal". Tierce, cuyos medios son muy modestos, y que sólo intentaba distribuir ideas feministas sin obtener necesariamente ganancias, ahora está amenazada de destrucción por una secta de feministas antifeministas, capitalistas anticapitalistas e ideólogas mercenarias. En respuesta a esta amenaza, varias feministas auténticas y desinteresadas decidieron llevar este asunto a la atención del público. Espero que el público no piense que esto es simplemente una cuestión de disputa local frívola. Reducir al silencio a miles de mujeres al decir que hablan en su lugar es ejercer una tiranía repugnante; y en cualquier forma que sea, el rechazo de esta tiranía nos concierne a todos. Este abuso es aún más escandaloso considerando que Antoinette y sus seguidores dicen ser amantes de la justicia social y en rebelión contra el mundo de los ricos. Sin embargo, su afluencia es lo que les ha permitido lograr esta toma del poder que ha sido su único objetivo durante mucho tiempo. Debemos leer este documento, en contra del triunfo del dinero que una vez más ha triunfado, y contra las calumnias y mentiras que ha perpetuado, debemos ayudar a las mujeres a recuperar sus voces y expresarse a través de sus dificultades e incluso sus contradicciones dentro de su verdad multifacética.

Feminismo: vivo, bien y en constante peligro*

El movimiento feminista francés 1970–1982

Después de la Primera Guerra Mundial, el feminismo francés cayó abruptamente y desapareció completamente de la escena política durante medio siglo. Durante las décadas de 1940 y 1950, se publicaron varias obras escritas por mujeres sobre su propia situación: *La situation des femmes françaises aujourd'hui*, de Andrée Michel y Geneviève Texier; *Demain les femmes* de Evelyne Sullerot; y, antes, *El segundo sexo*. Pero estos análisis aparecieron en ausencia de cualquier acción política. Muchas organizaciones de mujeres existían, pero estaban afiliadas a los tres principales partidos políticos; su objetivo era menos defender los derechos de las mujeres que "llevar a las mujeres a la política", en otras palabras, reclutar mujeres para las membresías de los partidos.

En el clima intelectual de mayo de 1968, varias mujeres comenzaron a discutir su propia situación y, al hacerlo, hicieron uso de los trabajos analíticos mencionados anterior-

* Este texto corresponde a la contribución de Beauvoir para el compendio de Robin Morgan *Sisterhood Is Global: The International Women's Movement Anthology*. Nueva York: Anchor Press/Doubleday, 1984 (*N. de los T.*)

mente. Pero el pasado feminista militante, francés y extranjero, no fue recordado ni evocado; sólo quedaba la imagen despectiva que había soportado, incluida la palabra "sufragista", con sus connotaciones deliberadamente trivializadas que provocaban burla e histeria.

Después de la euforia de la "revolución" de mayo-junio de 1968 (una revolución más deseada que lograda), el período subsiguiente de normalización diezmó los pocos grupos de mujeres que se habían formado. No obstante, varios, aunque debilitados, lograron sobrevivir a la pérdida de este impulso. Estos grupos desconocían la existencia de otros, pero en dos años habían reinventado el feminismo.

En 1969, escuchamos por primera vez del movimiento de liberación de las mujeres estadounidenses, y esta emocionante noticia reforzó a las pocas feministas francesas dispersas en su determinación de que era posible construir un movimiento propio. En el clima político francés de esa época, tal idea era un anatema para todos los hombres e incluso para la mayoría de las mujeres. Para la gran mayoría de los autodefinidos progresistas, la idea de una organización feminista, especialmente una que excluyera a los hombres, era simplemente impensable. Aquellos, en la izquierda, fueron, de hecho, sus opositores más firmes: cualquier lucha que no fuera del "corazón de la clase trabajadora" —o del corazón de aquellas organizaciones que reclaman dedicación para defender los intereses de la clase trabajadora— fue vista como contrarrevolucionaria y divisoria. Además, para muchos de estos revolucionarios, la "cuestión de la mujer" era al menos un "problema pequeñoburgués" o, en el mejor de los casos, algo que el socialismo resolvería, *después* de su triunfo, por supuesto.

Sin embargo, en 1970, uno de estos grupos de mujeres logró publicar un artículo titulado "Pour la libération des femmes" (*Para la liberación de las mujeres*) en una publicación mensual de izquierdas que desde entonces dejó de publicarse[1]. Por fin, se rompió el silencio. Las feministas aisladas descubrieron que cada una no estaba sola, y comenzaron a organizarse.

La primera reunión, a la que asistieron cuarenta mujeres, llevó a la formación de un movimiento de liberación de mujeres embrionario. Lo que ahora se considera el comienzo del movimiento feminista francés contemporáneo fue una manifestación en solidaridad con la huelga organizada por mujeres estadounidenses, el 26 de agosto de 1970[2], en la que el término "liberación de las mujeres" hizo su primera aparición pública en Francia. Nueve mujeres portaban una pancarta hacia el Arco de Triunfo con las palabras "Más desconocida que el soldado desconocido: su esposa". Al día siguiente, esta acción simbólica apareció en los titulares de las primeras páginas de los principales diarios de París. Desde su aparición, esta ola del movimiento feminista francés se situó dentro de una militante perspectiva de izquierda. Ya sea que fueran trotskistas o maoístas, ya sea que hubiesen surgido de estos partidos o que nunca

[1] Beauvoir se refiere a *L'Idiot Internationale* que fue un periódico francés fundado en octubre de 1969 por Bernard Thomas y dirigido por Jean-Edern Hallier (*N. de los T.*)

[2] Una huelga llamada *Alice Doesn't Day*, con grandes manifestaciones y marchas en las principales ciudades de los Estados Unidos; las demandas abarcaban todos los temas básicos: libertad reproductiva y libertad de elección sexual, igual remuneración y acceso al trabajo, igualdad en la educación, guarderías infantiles, Enmienda de Igualdad de Derechos, fin de la violencia cotidiana contra las mujeres: violación, acoso sexual, pornografía, etc. y el fin de la discriminación basada en la raza, preferencia sexual, edad y distinciones de clase entre las mujeres (*N. de los T.*)

hubiesen formado parte de ellos formalmente, todas las mujeres que ayudaron a fundar el MLM original (*Mouvement de Libération des Femmes*) estuvieron en un diálogo continuo con la extrema izquierda que era tanto su amiga elegida como su peor enemiga. Y esto se ha mantenido hasta hace muy poco. Sin embargo, desde su inicio, el MLM se organizó en una plataforma innovadora que rompió con las plataformas de los partidos políticos y con otras organizaciones de mujeres. Sus principales principios fueron claros desde el comienzo:

1. Sería un movimiento de un solo sexo; esta fue su característica más sorprendente, y la más disputada por los excluidos.
2. Sería un movimiento extraparlamentario inspirado en la tradición de la "acción directa"; por lo tanto, estaba en desacuerdo con los partidos políticos tradicionales que buscan el poder a través del voto, y también con los partidos de la extrema izquierda que utilizan las elecciones como una oportunidad para dar a conocer sus opiniones al público en general.
3. Es un movimiento, no un partido o una organización; rechazaría la estructura jerárquica y piramidal de los grupos políticos tradicionales, así como los conceptos de representación y delegación de poder, y funcionaría como una "democracia directa".
4. Finalmente, el movimiento de mujeres sería totalmente independiente de cualquier partido u organización existente; en este punto no hubo unanimidad, y el asunto, de hecho, conduciría a numerosos debates, lo que finalmente provocaría una división entre feministas radicales y feministas socialistas.

Las diferentes tendencias

La división entre "feministas radicales" y "feministas socialistas"

La necesidad y la conveniencia de un movimiento de mujeres no era evidente para muchas mujeres que habían estado activas en la izquierda, y al principio lucharon contra su aparición. Cuando el movimiento se arraigó a pesar de su oposición, algunas de ellas decidieron participar después de todo, pero con objetivos que las feministas radicales no compartían: hacer que sus propias organizaciones acepten el feminismo y (en nombre de la relación estructural entre la lucha de clases y la lucha de género) para colocar el movimiento de mujeres, en efecto, bajo la tutela de sus respectivas organizaciones.

La tensión entre las mujeres que permanecieron activas en la izquierda y las feministas que habían roto con ella se expresó temprano al organizarlas en grupos separados. A partir de 1971, las mujeres socialistas se agruparon bajo la bandera *Libération des femmes, tendence lutte de classes*. Celebraron reuniones separadas a las que asistieron todos los grupos que formaban parte de la *Coordination des Groupes-Femmes de Paris*, a los que posteriormente se unieron mujeres pertenecientes al *Groupes-Femmes d'Entreprises*. De 1973 a 1976, estos grupos trabajaron juntos hacia el supuesto objetivo de crear un "movimiento de mujeres autónomo". Dado que el MLM ya era autónomo, esto significaba en realidad la creación de un segundo movimiento distinto del MLM, al cual los grupos de izquierda leales consideraban "sexista" y "pequeñoburgués". De hecho, de naturaleza relativa y meramente organizativa. El intento fracasó,

pero en 1976 la misma coalición creó la *Coordination Nationale des Groupes-Femmes*, que funcionaba como un cuerpo representativo. Sin embargo, entre 1978 y 1982 fue reabsorbido gradualmente por el MLM.

La tendencia radical feminista

El ala "radical" nunca creó una estructura organizativa formal en absoluto. Fuertemente influenciadas por los "grupos de sensibilización" de los Estados Unidos, las feministas radicales francesas intentaron alentar una práctica similar. Si bien los grupos de sensibilización de estilo estadounidense no se afianzaron en Francia, los pequeños grupos de discusión basados en intereses compartidos, en lugar de la proximidad geográfica como los de la tendencia socialista, siguen siendo el modelo dominante. La visión radical-feminista del movimiento permite la yuxtaposición de muchos grupos pequeños, creados espontáneamente, cada uno completamente autónomo en relación con los demás, pero idealmente compartiendo alguna forma de comunicación. Sin embargo, dado que rechazaron cualquier delegación formal de poder o estructura, las feministas radicales no lograron establecer una red de información, y como resultado sus grupos tienen pocas formas de comunicarse entre sí. Esto hace que la tendencia feminista radical —así como sus grupos específicos— sea prácticamente invisible: los recién creados rara vez pueden encontrarlos. Los grupos socialistas, por otro lado, están organizados por vecindario y son de fácil acceso para las mujeres "de afuera"; en consecuencia, reciben a la mayoría de los recién creados.

El problema de la invisibilidad radical-feminista se volvió particularmente agudo después de 1972, cuando se

abrieron las reuniones en París, que habían sido infiltradas y casi asumidas por *Psych et Po*, fueron gradualmente abandonados. El problema fue parcialmente resuelto por los centros de mujeres, que funcionaban como lugares donde las mujeres podían reunirse y compartir información. Pero estos centros generalmente han sido de corta duración y ha habido intervalos en los que una gran parte del movimiento simplemente no pudo ser localizada por otras, o incluso, a veces, por sus propias integrantes.

"Psych et Po"

En 1972 surgió una tercera tendencia: el grupo *Psychanalyse et Politique*, abreviado como *Psych et Po*. Su línea política no estaba clara en sus inicios, y sigue sin estar clara hasta el día de hoy. Las feministas radicales no perdieron tiempo en llamarlo reaccionario debido a su temprana denuncia del feminismo en general y su posterior adopción de la ideología de la neo-feminidad. *Psych et Po* poseía una inmensa fortuna de origen desconocido, que creó una editorial (*Des Femmes*) y varias librerías del mismo nombre —todas ellas muy lujosas— tanto en Francia como en el extranjero. No contento con haberse apropiado del nombre genérico *Des Femmes* para sus empresas comerciales y luego para su revista semanal *Des Femmes-hebdo*, en 1979 este grupo logró registrar las palabras *Mouvement de Libération des Femmes* como una marca registrada con derechos de autor.

A partir de ese momento, todas las otras tendencias se unieron contra *Psych et Po*. Las feministas socialistas —que hasta entonces habían visto el conflicto entre feministas radicales y *Psych et Po* como un mero conflicto interno dentro del "sexista y pequeñoburgués MLM"— se dieron cuenta

de que este grupo representaba una grave amenaza para todo el movimiento de mujeres. Además, ese mismo año (1979), las feministas socialistas abandonaron sus intentos antes implacables de construir un movimiento alternativo de mujeres, y una vez que se definieron como participantes activas en el Movimiento de Liberación de Mujeres francés ya existente, de repente se preocuparon por su apropiación.

Análisis y acciones

Cada una de las tres tendencias principales —y debe notarse que muchas feministas activas en el movimiento de mujeres francesas no se identifican con ninguna de las tres— difiere no sólo en la estructura sino también en un análisis de la opresión de las mujeres. Estos análisis, y las diferencias entre ellas, no son fundamentalmente diferentes de las variaciones comparables encontradas en los movimientos de mujeres de otros países occidentales. Quizás la especificidad de las feministas socialistas francesas en relación con sus contrapartes inglesas y estadounidenses reside en su mayor lealtad a los grupos mixtos (hombres y mujeres) de la extrema izquierda. La posición socialista-feminista, por supuesto, ha evolucionado a lo largo de los años, hacia una línea política más radical.

La especificidad de las feministas radicales francesas puede estar en su desarrollo teórico más completo en la posición internacional de feminismo radical. Al igual que las feministas radicales en otros lugares, las francesas creen que las mujeres constituyen una clase oprimida dentro de un sistema particular, el patriarcado, y por lo tanto insisten en la absoluta autonomía de la lucha feminista. Desde esta perspectiva, argumentan una línea menos "biológica" que

sus contrapartes anglosajonas, quizás porque en Francia aquellos análisis que otorgan a la biología un papel importante en la configuración de la opresión de las mujeres están vinculados a posiciones políticamente reaccionarias como las del grupo *Psych et Po*, que cree que las mujeres, en lugar de ser "oprimidas", son "reprimidas", que a los hombres se les ha negado la expresión del yo femenino, y que se debe buscar la liberación en la reafirmación de la "naturaleza femenina" única de las mujeres. La llamada naturaleza femenina profunda tiene un curioso parecido con la imagen de feminidad construida por el patriarcado. La consecuencia política de este análisis en la práctica es que no es necesario que las mujeres luchen contra las condiciones materiales de su opresión. De hecho, según *Psych et Po*, no existe una base material para la opresión de las mujeres; más bien, la lucha debe ser "cambiar nuestras propias cabezas". Llaman a una "revolución simbólica".

Esto, sin duda, explica por qué la celebración de los valores femeninos tradicionales es tan sospechosa en Francia: se ha relacionado con el rechazo a la necesidad de luchar por el cambio social. En los Estados Unidos, por otra parte, tal celebración parece ser capaz de inspirar un activismo paralelo, pero en Francia el "culto a la feminidad" es inseparable de la actitud a la que la mayoría de las feministas estadounidenses se oponen: el "feminismo cultural", a saber, la renuncia a la acción política.

Las principales campañas feministas han seguido el mismo curso en Francia que en otros países, comenzando en 1970 con la demanda del derecho al aborto y luego expandiéndose en la lucha contra la violación. El movimiento contra la violación en otros países condujo a una amplia campaña contra todas las formas de violencia contra las

mujeres (Inglaterra) y a las campañas contra el acoso sexual y la pornografía (Estados Unidos). En Francia, la lucha contra la pornografía se desactivó pronto, y en este momento no hay un solo tema en torno al cual se movilice a las mujeres.

Todas las campañas y debates principales —en particular sobre la heterosexualidad y la homosexualidad— fueron lanzados por feministas radicales. Esto no significa que las feministas socialistas no jugaran ningún papel; desde el principio se movilizaron en torno a temas como la igualdad salarial y la defensa del derecho al trabajo de la mujer, algo que las feministas radicales llamaron "reformista" porque estos temas no exploraban las raíces de la opresión de las mujeres. Sin embargo, hoy se puede ver que estos son derechos importantes por los cuales luchar en un período de recesión, cuando las mujeres son devueltas a sus hogares y el movimiento se ve forzado a una posición defensiva en lugar de ofensiva. Además, incluso si la facción socialista-feminista no inició ninguna campaña importante (e incluso si luchó contra ellos al principio, como lo hizo, por ejemplo, con la campaña contra la violación), prestó su apoyo eventual y sostenido. En cuanto al aborto, por ejemplo, las feministas socialistas continuaron trabajando para cambiar la conciencia pública y luchando también dentro de sus propias instituciones mucho después de que las feministas radicales hubieran abandonado ese terreno virtualmente, pasando a otros temas.

Por lo tanto, con cierta retrospectiva, se puede suponer que, si bien cada uno de ellos aportó a la lucha análisis muy diferentes, estas dos tendencias operaron con cierta complementariedad; las feministas radicales —paradójicamente, porque se oponen a la idea— funcionaron como

vanguardia, mientras que las feministas socialistas proporcionaron la base. El carácter específico de la relación entre estos dos grupos, comparado con el de otros países, radica en parte en esta relación y en parte en el hecho de que, en Francia, la teoría ha emanado casi exclusivamente de las feministas radicales.

El estado actual del Movimiento de Liberación de Mujeres francés (MLM)

En sus doce años de existencia, el Movimiento feminista ha tenido un impacto en la sociedad francesa desproporcionado con respecto al número de miembros activos, sus medios limitados y, sobre todo, su reducido acceso a los medios. La distorsión de las ideas feministas, el desdén y el ridículo que han caracterizado la cobertura de los medios sobre el Movimiento de mujeres, han sido un doloroso disgusto para las feministas francesas militantes. La sociedad francesa está impregnada de pensamiento feminista, pero en el proceso, las ideas, con o sin malicia, se desvitalizan hasta el punto de ser irreconocibles. Las propias feministas, a pesar de que concibieron las ideas que en su mayor parte han tenido aceptación, todavía son vistas con desafío (por decir lo menos) en todos los círculos. Este proceso de dos caras constituye la cooptación que se ha convertido casi en una obsesión de las feministas francesas.

Los medios de comunicación, junto con otras instituciones, han jugado su parte en este proceso. Ya en 1974, por ejemplo, la prensa anunció alegremente la muerte del movimiento. A partir de 1976, las propias feministas comenzaron a preocuparse por la existencia de su movimiento. Parecía existir una reducción en los números y una falta de cuestiones centrales para la movilización; "¿A dónde se

han ido las feministas?" fue la portada de una revista en 1981. Sin embargo, en lugar de la desaparición del movimiento, sin embargo, es la transformación del movimiento lo que deberíamos discutir.

A lo largo de los últimos años, el movimiento de mujeres francesas ha seguido el mismo curso observable en otros países: los grupos de discusión feministas radicales y los grupos vecinales feministas han dado paso gradualmente a grupos organizados en torno a temas o proyectos específicos: grupos en apoyo de mujeres golpeadas, grupos que organizan seminarios, publican una revista o periódico, dirigen una librería o cafetería, etc. Este aspecto práctico está muy poco desarrollado en Francia en comparación con países como Alemania, Inglaterra o los Estados Unidos; ciertamente el número de proyectos concretos es mucho menor. La cantidad total de servicios ofrecidos a las mujeres por ser mujeres es ridícula en comparación con los que se ofrecen, por ejemplo, en los Estados Unidos. Ninguna ciudad francesa tiene más de dos centros de mujeres, y muchas carecen de ellos. Ciertos proyectos, como las cajas de ahorros para mujeres, no existen en absoluto. Esto puede deberse en parte al hecho de que en Francia los grupos privados en general y los grupos feministas en particular no suelen obtener financiamiento oficial del gobierno federal o municipal. Con la elección del gobierno socialista en 1981, algunas nuevas aperturas parecen posibles, pero aún son muy estrechas. (El Centro de Mujeres de París no recibe fondos en efectivo, por ejemplo, pero debe pagar una renta mensual de 1.500 dólares estadounidenses). Obviamente, las dificultades materiales restringen el desarrollo de instituciones alternativas para las mujeres, al igual que lo hacen para otros grupos sociales. Sin embargo, una guía reciente de recursos feministas enumera no menos de

doscientos grupos de mujeres en toda Francia. Y uno de estos grupos publica una agenda anual que enumera los grupos principales bajo los siguientes encabezados:

1. Bibliotecas y centros de información (más de 20, en su mayoría gestionados oficialmente).
2. Cafeterías/restaurantes (16).
3. Librerías para mujeres (10).
4. Centros de mujeres (16).
5. Proyectos diversos (grupos contra la violación, grupos de teatro, grupos audiovisuales, grupos de lesbianas, grupos de organización contra la mutilación sexual, etc.)
6. Refugios para mujeres maltratadas.
7. Grupos de mujeres del Tercer Mundo (negras, argelinas, etc.).
8. Grupos barriales y regionales.
9. Prensa y editoriales (19 publicaciones nacionales, 8 regionales).

El movimiento de mujeres francesas por lo tanto está vivo y bien. Pero está en constante peligro, debido a la existencia de grupos como *Psych et po*, que se hacen pasar por el Movimiento de Liberación de Mujeres y ejercen una influencia considerable, gracias a la desafortunada acogida por parte del público en general que les ha dado su ideología, una neofeminidad conveniente desarrollada por escritoras como Hélène Cixous, Annie Leclerc y Luce Irigaray, la mayoría de las cuales no son feministas, y algunas de las cuales son descaradamente antifeministas. Desafortunadamente, éste es también el aspecto del movimiento de mujeres francesas más conocido en los Estados Unidos. Libros como *Nuevo feminismo francés* de Elaine Marks dan una imagen totalmente distorsionada del feminismo francés

presentándolo, por un lado, como si existiera sólo en teoría y no en acción y, por el otro, como si la suma de esa teoría emanara de la escuela de la neo-feminidad, que celebra los ciclos, los ritmos y los fluidos corporales de las mujeres, junto con la "escritura del cuerpo" (*écriture du corps*) y el "pensamiento circular" de las mujeres. Por el contrario, una de las contribuciones más interesantes para la verdadera teoría feminista francesa es la crítica feminista radical de la neo-feminidad que ha surgido, particularmente en *Questions Féministes* (ahora *Nouvelles Questions Féministes*).

Sin embargo, otros peligros amenazan. Uno ha sido durante mucho tiempo dirigido por la izquierda al movimiento de mujeres, un intento de dividirlo; en 1981, una tendencia separatista lesbiana también contribuyó al cisma; finalmente, después de que el gobierno socialista llegó al poder, comenzó un difícil debate sobre la relación del movimiento de mujeres con las instituciones nacionales (*la question des institutions*), es decir, sobre la conveniencia de abrir un diálogo con los que están en el poder. Este problema también corre el riesgo de dividir el movimiento, porque el movimiento feminista francés, a diferencia de su contraparte estadounidense, no tiene la opción de delegar negociaciones comparables a un grupo reformista tan grande como *NOW* (*Organización Nacional de Mujeres*) en los Estados Unidos. Aun así, hasta ahora, el feminismo francés ha sobrevivido a todos estos conflictos, y es muy probable que encuentre muchos más. Y sobrevivirá a ellos también.

Cuando todas las mujeres del mundo…*

Desde el 4 de marzo hasta el 8 de marzo de 1976, se celebrará en Bruselas el Tribunal Internacional de Delitos contra las Mujeres. No es por casualidad que este Tribunal abra justo después del final del risible "Año de la Mujer", organizado por la sociedad masculina para la mistificación de las mujeres. Las feministas reunidas en Bruselas quieren tomar su destino en sus propias manos. Contrariamente a lo que sucedió en México[1], no tienen el mandato de ningún partido político, ni de las naciones, ni de ningún grupo político o económico. Ellas se expresarán a sí mismas como mujeres. De hecho, cualesquiera que sean los regímenes, las leyes, la moralidad y el entorno social, todas las mujeres están sometidas a una opresión específica. Se están reuniendo en Bruselas para denunciarla. Con razón la declaran criminal. De hecho, en formas institucionalizadas o

* "Quand toutes les femmes du monde…" fue publicado en *Le nouvel observateur* en marzo de 1976 (*N. de los T.*)

1 La primera Conferencia Mundial sobre la Mujer se celebró en la Ciudad de México, del 19 de junio al 2 de julio de 1975. Más de 100 naciones estuvieron representadas y 22 gobiernos adoptaron el "Plan de Acción Mundial" que luego fue adoptado como una resolución de la ONU. La Conferencia dio inicio a la "Década de las Mujeres" de las Naciones Unidas (1976-1985) y le siguieron otras tres Conferencias Mundiales de las Naciones Unidas sobre la Mujer; en Copenhague, 1980, en Nairobi, 1985 y en Beijing, 1995 (*N. de los T.*)

no, da como resultado verdaderas violaciones contra la persona humana.

La libertad de una mujer es violada cuando se le imponen embarazos no deseados; su cuerpo está espantosamente mutilado cuando es esterilizada sin su consentimiento, cuando se le aplican ciertos tratamientos médicos o psiquiátricos, cuando se la somete a la cruel operación que practican una gran cantidad de personas islámicas: la ablación. Desde un punto de vista económico, las mujeres son víctimas de una discriminación tan inaceptable como la discriminación racial condenada por la sociedad en nombre de los derechos humanos. El trabajo doméstico no remunerado extorsiona a las mujeres, están condenadas a realizar las tareas menos apreciadas, y sus salarios son inferiores a los de sus contrapartes masculinas.

A pesar del estatus inferior al cual los hombres las han reducido, las mujeres son el objeto favorito de su agresividad. Casi en todas partes —incluso en los Estados Unidos y en Francia— el número de violaciones va en aumento; la crueldad física se considera normal, incluso los ataques psicológicos o francamente brutales a los que se enfrentan las mujeres, por ejemplo, cuando caminan solas en la calle. Esta violencia generalizada se ignora por unanimidad y se pasa por alto en silencio. Incluso contra la flagrante violencia —violaciones, lesiones corporales graves— no existe un recurso legal en la inmensa mayoría de los casos. Parece que la suerte de las mujeres es sufrir y permanecer en silencio.

Las mujeres que se van a reunir en Bruselas se niegan con valentía. Para liderar esta lucha, han formado grupos

en muchos países desde hace mucho tiempo. Pero separados por la distancia y las dificultades de comunicación, estos grupos son más o menos inconscientes el uno del otro. Por primera vez, se unirán y las mujeres de todo el mundo se darán cuenta del núcleo común de opresión que subyace en la diversidad de sus problemas. Desarrollarán tácticas de defensa, la primera es precisamente la que están preparando para poner en práctica: hablar entre ellas, hablar, arrojar luz sobre las verdades escandalosas que la mitad de la humanidad trata de ocultar con tanta dificultad. En sí mismo, el Tribunal de Bruselas es un acto. Por la solidaridad internacional que va a crear entre las mujeres, anuncia muchos otros. Dado el impacto que tendrá este Tribunal en el proceso de descolonización de las mujeres, creo que debe considerarse como un gran evento histórico.

Conferencia de prensa del Comité Internacional para los Derechos de las Mujeres*

¡Bien! Hemos creado el *Comité international du droit des femes* (CIDF) en respuesta a las llamadas de un gran número de mujeres iraníes, cuya situación y revuelta nos conmovieron enormemente. Hemos decidido crear este comité con varias tareas en mente. La primera tarea: información. Se trata de informar sobre la situación de las mujeres en todo el mundo, una situación que, en gran medida, es extremadamente difícil, dolorosa e incluso diría que es odiosa. Por lo tanto, deseamos informarles, en casos muy precisos, de esta situación. Deseamos informar a otros sobre esto; es decir comunicar a través de artículos el conocimiento que hemos adquirido. Y finalmente, queremos apoyar la lucha de las mujeres que luchan contra la situación que las afecta. Esa es la idea general del CIDF.

Y la primera tarea asignada a nosotras se refiere a un caso muy, muy ardiente hoy. Es la tarea de informar, comunicar nuestro conocimiento y apoyar la lucha de las mujeres iraníes. Debido a que hemos recibido una llamada de

* "Discours d'introduction" ofrecido en conferencia de prensa del Comité Internacional para los Derechos de las Mujeres en marzo de 1979 (*N. de los T.*)

un gran número de ellas, y también hemos visto, sin siquiera tener una llamada directa, cómo estaban luchando, cómo estaban peleando, qué estaban haciendo. Hemos apreciado la profundidad de la total humillación con la que están amenazadas, y, por lo tanto, hemos resuelto luchar por ellas.

Y entonces, el primer acto práctico que va a concretar nuestro llamado a la acción es una acción precisa: estamos enviando una delegación de mujeres a Teherán, para informarlas, esencialmente para informarse. Hemos enviado un telegrama al Sr. Bazargan[1], preguntándole si nos puede atender. Digo que a mí, aunque personalmente, por razones de salud, no voy a ir. Pero tengo muchas amigas que irán allí el lunes. Entonces, hemos pedido que nos reciba. Si él no responde, ¡bien! En ese caso, vamos a ir allí de todos modos. Pero en ese caso, ya no será un diálogo con un jefe de Estado, sino únicamente un esfuerzo de recopilación de información. A menos que nos rechacen de inmediato, lo cual es aún muy posible. Es muy posible que la misión falle, ya que podrían rechazarla en el momento en que llegue. Sin embargo, la suerte se habrá echado, y es importante ofrecer una demostración de solidaridad de un gran número de mujeres occidentales, mujeres francesas, italianas u otras, con la lucha de las mujeres iraníes. Pero repito que este asunto es esencialmente un esfuerzo de reunir información, una misión de recopilación de información para ponernos en contacto con las mujeres iraníes, a fin de conocer sus demandas y las formas en que planean luchar.

[1] Mehdi Bazargan (1907-1995) fue un erudito islámico y activista prodemocracia que sirvió brevemente como primer ministro de Irán después de la revolución iraní en 1979 (*N. de los T.*)

La urgencia de una ley antisexista*

El tribunal penal de Yvelines ha absuelto recientemente al Sr. Leber (véase *Le monde*, 24 de enero), que había golpeado fatalmente a su esposa y que la había dejado morir lentamente en el suelo de la cocina toda la noche.

Lo que estamos cuestionando son las motivaciones sexistas que han llevado a esta absolución. Por haber roto algunas ventanas, los jóvenes son condenados a años de prisión. Por haber matado a su esposa, el Sr. Leber no recibirá ninguna multa con el pretexto de que este delito cae bajo el dominio del "amor" o la relación conyugal. Vale la pena cuestionar un sistema judicial donde las circunstancias que generalmente son agravantes se convierten, en este caso, en circunstancias atenuantes.

El argumento de la defensa, que ganó el apoyo del jurado, es el siguiente: el daño físico grave no implica necesariamente la intención de matar. En verdad, especialmente cuando se repite, la violencia es siempre una forma, más o menos disfrazada, de querer matar al otro. Los miles de llamadas que mujeres golpeadas han hecho a S.O.S. Femmes-Alternative y las mujeres recluidas en el refugio

* "De l'urgence d'une loi antisexiste" fue publicado en *Le monde* en marzo de 1979 (*N. de los T.*)

Flora-Tristan[1] nos han confirmado que un hombre violento se disfraza regularmente. Los delitos posteriores son, en todos los demás casos, circunstancias agravantes; ¿Por qué hacen una excepción cuando se trata de violencia conyugal? Del mismo modo, el alcoholismo se considera agravante cuando se trata de conducir un automóvil, pero se atenúa en casos de violencia conyugal. De manera general, los crímenes pasionales son circunstancias atenuantes. ¿Amar, entonces, autoriza implícitamente el asesinato?

El veredicto de Yvelines nos parece extremadamente revelador de la mentalidad sexista. Al contrario de lo que la gente dice, nosotras, las feministas, no deseamos vengarnos de los hombres. Pero el hecho es que no tenemos elección; para proteger a las mujeres, ciertos hombres deben ser guardados. No consideramos eso suficiente; nos gustaría eliminar la violencia, y para eso es necesario atacar sus raíces.

La violencia es perpetrada principalmente por hombres (el 95% de ella, según el informe Peyrefitte)[2]. Pero eso no es algo inmutable dado a la naturaleza. Uno no nace, sino que se convierte en un *hombre*. El Ministro de Justicia realiza un falso análisis de la violencia cuando la limita a su apariencia exterior. La violencia echa raíces en la intimidad del individuo. La manifestación de violencia fuera de uno

[1] Flora-Tristan, 7, rue du Landy, 92 Clichy.

[2] En 1977, una comisión presidida por Alain Peyrefitte, que era entonces ministro de Justicia francés, publicó un informe titulado "Réponses à la violence". Este informe fue un estudio de la violencia en Francia en ese momento, en particular los primeros casos de disturbios violentos en las *banlieues* (suburbios) y contenía recomendaciones sobre políticas que el gobierno podría implementar como reacción a esta violencia (*N. de los T.*)

mismo es en general lo que lógicamente sigue a la violencia "dentro de uno mismo".

Nos gustaría actuar sobre estas mentalidades masculinas convertidas en agresión contra las mujeres por todo el entorno cultural: anuncios, pornografía, literatura. Una ley antisexista nos permitiría denunciar públicamente cada caso de discriminación sexista. A largo plazo, crearíamos un reflejo antisexista que habría evitado que la señora Leber muriera. No se habría permitido ser golpeada, no se habría atrevido a golpearla sistemáticamente, los vecinos habrían intervenido, los servicios sociales habrían respondido… Para que las mujeres, en el corto plazo, puedan preservar sus vidas y su dignidad, y para que la violencia de los hombres, a largo plazo, no sea más que un mal recuerdo, basta con agregar una pequeña palabra a la ley que prohíbe el racismo: la palabra *sexo*. Ya han pasado cinco años desde que comenzamos, en esta misma columna (*Le monde*, 8 de marzo de 1974), una campaña para una ley antisexista. Me parece que es hora de que pase.

Mujeres, anuncios y odio*

Si no fuera tan inquietante, la avalancha de misoginia puesta en marcha por la ley antisexista de la Sra. Yvette Roudy justificaría carcajadas[1]. Estos caballeros y damas que reprochan a las feministas por carecer de sentido del humor están demostrando lo que lamentablemente falta en ellos mismos. Con mucha pompa invocan su sentido de la responsabilidad y su conciencia profesional para reclamar el derecho de cubrir las paredes con imágenes que —en su mente— llenarán mejor sus bolsillos. Son rápidos en invocar los valores culturales más elevados: según ellos, los anuncios nos inundan de belleza, y se necesitaría una completa falta de sensibilidad estética para no comparar estas creaciones con las pinturas más famosas del Louvre y sus "mensajes" con el de las mejores obras de la literatura francesa.

¡Tales pretensiones pesadas son asombrosas! Pero, sobre todo, dicen estar inspirados por el respeto a la libertad sacrosanta: ¿qué libertad? La ley que permite a las mujeres

* "La femme, la pub et la haine" fue publicado en *Le monde* en mayo de 1983 (*N. de los T.*)

[1] Yvette Roudy (1929) es una política francesa que ha apoyado la causa feminista. Miembro del Partido Socialista (PS), fue eurodiputada (1979-1981), Ministra de Derechos de las Mujeres (1981-1986), luego diputada al Parlamento y alcaldesa de Lisieux (1989-2001) (*N. de los T.*)

elegir libremente sus maternidades supuestamente es "una interferencia en la vida personal" y, por lo tanto, un ataque a la libertad. (Es cierto que hace cien años, cuando se abrió la primera escuela secundaria para niñas en Rouen, hubo hombres que declararon que se trataba de un ataque a la libertad).

¡Libertad! ¡Qué idioteces se pronuncian en tu nombre! La libertad se utiliza como excusa, por ejemplo, para comparar a Yvette Roudy con un ayatolá, pero no me consta que ella haya exigido a sus compatriotas que se cubran con velos, ni pidió la lapidación de las adúlteras. ¿Y qué relación hay entre la reina Victoria y la mujer que encabezó la legalización del aborto libre? No veo nada gracioso o ingeniosamente inteligente en estos sarcasmos torpes y odiosos.

Algunos prefieren argumentos que les parecen ser más serios. *La Croix*[2], cuyos continuos esfuerzos a favor de la liberación sexual son bien conocidos, acusa a Yvette Roudy de querer prohibir el amor y el placer. La Sra. Giroud, entre otros, le reprocha haber restringido "el derecho a las fantasías"[3]. ¿Esto significa que las personas sólo pueden inventar sus sueños a partir de las imágenes planas de los anuncios? No es necesario ser un gran psicólogo para saber que las fantasías tienen orígenes completamente diferentes. Sin embargo, "guiños de comprensión" y "empujones" cómplices no son suficientes para responder a estos ataques

[2] *La Croix* es un diario francés asociado a la Iglesia Católica Romana que cubre temas de interés general (*N. de los T.*)

[3] Françoise Giroud (1916-2003) fue una periodista, guionista, escritora y ministra del gobierno francés. También fue vicepresidenta del Partido Radical y Radical Socialista y de la Unión por la Democracia Francesa (*N. de los T.*)

porque esta pequeña minoría de especuladores, que se han vuelto locos como perros amenazados con perder sus huesos, podría causar daño debido a su campaña sólidamente orquestada. Son apoyados por muchos periodistas ya que la prensa —excepto *Le canard enchaîné*, que en realidad no ha tomado partido en esta campaña[4]— vive en gran parte de los anuncios publicitarios. Por lo tanto, debemos denunciar con mayor precisión la mala fe de los argumentos que reúnen.

En primer lugar, pasan por alto importantes distinciones. La ley no afecta libros, películas, pinturas o cualquier creación artística; no va tras las críticas o revistas. Sólo los anuncios son dirigidos porque sólo ellos, en lugar de ser *ofrecidos* a libertades individuales, son impuestos a todos los ojos que están sujetos a ellos, voluntariamente o no. Nadie está indignado por limitar la libertad de exhibicionistas, y ciertas exhibiciones publicitarias no son menos impactantes. Me parece lógico proteger a los transeúntes. Además, esta protección es muy discreta. Enarbolan la palabra *censura*, pero no es en absoluto una cuestión de censura. La ley simplemente otorga a las mujeres que se sienten atacadas el poder de disputar un anuncio, es decir, el derecho de oposición en una democracia. Al final, habrá jueces para decidir si sus protestas están bien fundadas o no.

¿Por qué las mujeres? Porque ellas son las que están en cuestión: son las que se muestran en las imágenes degradantes que muestran los anuncios para vender productos,

[4] *Le canard enchaîné* es un periódico semanal satírico francés conocido por sus informes de investigación y por presentar entrevistas falsas, caricaturas políticas e información privilegiada sobre políticos y funcionarios franceses (*N. de los T.*)

nunca un hombre. Excepto, en el pasado, donde eran los negros. Pero la ley antirracista hizo obsoletos los avisos "*y'a bon*" de mi niñez de Banania[5]. Nos dicen que las leyes no pueden hacer nada y que el racismo ha permanecido igual de vivo desde la ley antirracista. Hay mil razones por las que no se ha erradicado, pero al menos ya no se puede expresar sin ningún tipo de castigo. Ciertas pantallas públicas se han eliminado de nuestras paredes. Después de algunos pleitos, los cafés ya no se atreven a negarse a servir "bicots"[6] o "niggers". Una ley no cambia las mentalidades de la noche a la mañana, es cierto. Pero juega un papel en la formación de ellos. Un tonto preguntó en *Le nouvel observateur*, "¿Las imágenes encendidas serán suficientes para liberar a las mujeres?" Por supuesto que no, eso sería demasiado simple. Pero no es inútil actuar sobre las imágenes. Los niños también tienen ojos y las imágenes les impresionan. Evitar que estas imágenes inspiren en ellos un desprecio por las mujeres ya sería una victoria.

A estos señores les parece inconcebible que el cuerpo de una mujer pueda ser usado como "material publicitario" sin infligirle una actitud degradante. Rechazar esta degradación sería prohibir cualquier imagen de una mujer y, por extrapolación, cualquier imagen. Un mundo sin imágenes ¡Esa sería la austeridad tiránica de los países del Bloque del Este! ¡El gulag no se queda atrás! Estas absurdas insinua-

[5] Banania es una popular bebida francesa de chocolate, cuyo empaque y anuncios mostraban a un sonriente senegalés que decía "y'a bon", que supuestamente era la forma en que los soldados senegaleses decían "Está bien" en francés (*N. de los T.*)

[6] Este es un insulto racial extremadamente ofensivo utilizado contra los árabes o los franceses de ascendencia árabe (*N. de los T.*)

ciones encuentran una audiencia receptiva entre los enemigos del régimen porque no debemos olvidar que esta campaña también es —y quizás esencialmente— política.

Sin embargo, este aspecto está más o menos oculto. Serán denunciados enérgicamente los excesos que las feministas llevarán a cabo si se aprueba la ley Roudy. Los anunciantes reiteradamente insisten en que debemos tener confianza en las mujeres. ¿Entonces?, las feministas no son mujeres. Los argumentos más rebuscados se usan en su contra. Son "atormentadas y sexualmente inadaptadas", declaró el Sr. J.-F. Fabry, el eminente inventor de los anuncios con una mujer atada vestida con jeans Buffalo. "Son intelectuales que no tienen contacto con la realidad", diagnostica otro. Conozco feministas que son doctoras, abogadas, ingenieras y madres a tiempo completo. No me parece que el director de una agencia de publicidad tenga, a priori, una mejor conexión con la realidad, a menos que la "realidad" signifique dinero para él, con el que ciertamente tiene una experiencia más enriquecedora. En cualquier caso, y repito, las asociaciones no resolverán nada, pero los jueces lo harán. Todo lo que esperamos es que la perspectiva de una demanda tenga —como con el racismo— un efecto disuasivo. Lo que es inquietante en todo este asunto es la verdadera razón detrás de este clamor general.

Bajo coacción, los hombres abandonan abiertamente alardeando su superioridad en el ámbito económico y están liderando una lucha más solapada contra la igualdad de remuneración y contra la finalización de la discriminación laboral basada en el sexo. Pero siguen profundamente convencidos de que la mujer es un objeto manipulable y de que son los dueños de esta manipulación. No se cambiarán

tan fácilmente. Pero cada paso que obstaculiza sus pretensiones de dominación debe ser recibido con gratitud, no sólo por las feministas, sino por todas las mujeres, al menos por todas aquellas que se niegan a dejarse gobernar por un puño de hierro, incluso si ese puño está lleno de diamantes.

Sexismo cotidiano*

Un individuo que llama a otro un "sucio negro" frente a testigos, o que imprime comentarios insultantes sobre judíos o árabes puede ser llevado a juicio y condenado por

* Simone de Beauvoir escribió este prefacio a la columna titulada 'Sexismo cotidiano' en *Les temps modernes* 329, diciembre de 1973. Los artículos seleccionados de la columna 'Sexismo cotidiano' en *Les temps modernes* se recopilaron en un libro llamado *Le sexism ordinaire*. París: Editions du Seuil, 1979, con un nuevo prefacio de Beauvoir donde comenta cómo evolucionó la columna desde su inicio: "El chovinismo masculino es la cosa más extendida en el mundo, y se expresa descaradamente, con una monotonía desalentadora". Los editores de *Sexismo cotidiano* no se ajustaron a enumerar las citas que repetían incansablemente los mismos clichés usados en exceso. Prefirieron analizar artículos, libros y películas donde el sexismo se disfraza más sutilmente. [Sexismo] es una palabra que no apareció en las ediciones anteriores del diccionario *Petit Robert*. Gracias a los autores de *Le sexism ordinaire*, entre muchos otros, aparece en la edición de 1978. Uno podría pensar que ésta es una victoria menor, pero estaría equivocado. Nombrar algo es revelarlo, y la divulgación ya es una acción. La discriminación basada en las diferencias entre razas ha sido condenada durante mucho tiempo con el nombre de racismo, pero la discriminación basada en las diferencias entre los sexos se ha pasado por alto en silencio, lo cual es una forma de negarlo. Nos sorprende que las llamadas ciudades democráticas, como Atenas y Roma, hayan aceptado la esclavitud sin ver que iba en contra de sus principios. Sin duda, la posteridad se preguntará cómo una sociedad 'igualitaria' podría dar por sentada la opresión de las mujeres. Se podría decir que, incluso para aquellos individuos que desaprueban indignadamente la opresión, existe una especie de punto ciego: literalmente no ven la opresión a la que están sometidas las mujeres. Al crear la columna 'Sexismo cotidiano' en *Les temps modernes*, hemos intentado abrir los ojos" (*N. de los T.*)

"calumnia racial". Pero si un hombre le grita públicamente a una mujer, la llama "una puta", o si en su trabajo escrito acusa a la mujer de traición, estupidez, inestabilidad o comportamiento histérico, no corre ningún riesgo. La noción de "calumnia sexista" no existe. Un cierto número de mujeres, incluida yo misma, han emprendido la creación de una Liga de los Derechos de la Mujer. Uno de los muchos objetivos establecidos por esta asociación es combatir la discriminación contra las mujeres en anuncios públicos, trabajos escritos y discursos. Exigiremos que la "calumnia sexista" también sea considerada como un crimen. Mientras tanto, *Los tiempos modernos* pretende denunciar los casos más flagrantes de cada mes; ese es el significado detrás de esta nueva columna que comienza hoy. Pedimos a nuestras lectoras (y a nuestros hombres lectores) que colaboren aquí enviándonos artículos o hechos que cuenten sobre los atropellos en contra de las mujeres. Si las mujeres son responsables de ellas, no hace falta decir que no dudaremos en denunciarlas porque el sexismo de ciertas mujeres es tan virulento como el sexismo de los hombres.

Feminidad: la trampa*

Los franceses nunca han sido feministas. Por supuesto, siempre han amado a las mujeres, pero a la manera de los pueblos del Mediterráneo, que es la forma en que los ogros aman a los niños pequeños, para su consumo personal. En la Edad Media, la ley negaba a las mujeres francesas la posesión de tierras y las separaba de la escena política. Más tarde, el Código Civil les negó los mismos derechos que a los hombres. También se sabe con qué terquedad los antiguos senadores se han hecho de oídos sordos constantemente cuando las feministas reclamaron el voto y los plenos derechos de ciudadanía. Desde la guerra de 1914-1918, la situación ha cambiado un poco. La falta de mano de obra llevó a las mujeres a muchos campos para reemplazar a los hombres, y comenzaron a adquirir independencia económica. Esta guerra completó la evolución. En la Resistencia, en los campos de concentración, las mujeres demostraron su derecho a participar en la reconstrucción de su país en igualdad de condiciones que los hombres. El Código Civil fue modificado a su favor y se les dio el derecho de votar, de ser elegidas; hay pocos trabajos que hoy están prohibidos. Parece, por lo tanto, que en Francia se resuelve la vieja disputa entre feministas y antifeministas, y no hay ninguna razón para volver a ella. Pero me pregunto si, por el

* Originalmente publicado en inglés como "Femininity, the trap… A French View" en *Vogue*, el 15 de marzo de 1947 (*N. de los T.*)

contrario, no es hoy que la cuestión se eleve más agudamente. El mundo de los hombres está abierto a las mujeres; es ahora cuando deben probarse a sí mismas. Los hombres las han reconocido como iguales, pero ¿qué va a ser exactamente el lugar de las mujeres, y obtendrán las mismas oportunidades que los hombres?

Sé que la simple declaración de estas preguntas irritará a más de una mujer. Los hombres en Francia, como en América, piensan que de una vez por todas las mujeres son iguales a los hombres y que debemos hablar de otra cosa. Pero si es verdad que todos los seres humanos que son conscientes y libres poseen el mismo valor, la misma dignidad, también es cierto que la posición y las oportunidades determinan las preguntas que pertenecen a cada uno.

Yo misma creo que no hay ningún mito más irritante y más falso que el del eterno femenino que fue inventado, con la ayuda de mujeres, por hombres, que las describen como intuitivas, encantadoras, sensibles. Los hombres tienen la capacidad de dar a estas palabras una resonancia favorecedora, hasta el punto de que la imagen absorbe a muchas mujeres. Ella despliega los misterios de su corazón, el secreto de sus aleteos íntimos; dócilmente ofrece a los hombres el reflejo de sus propios deseos y los respalda en el sentido de su superioridad. Pero lo que los hombres realmente quieren decir cuando hablan de la sensibilidad de la mujer es la falta de inteligencia, la necedad cuando dicen encanto, la traición cuando dicen capricho. No seamos tontos. Es evidente que sólo en los documentos legales y en los registros civiles los dos sexos parecen iguales. Incluso la palabra Hombre, en muchos países, significa al mismo tiempo el varón y la raza humana.

A menudo me molestaba que un hombre me diga: "piensas eso porque eres una mujer". Creo que sólo puedo responder: "creo que es cierto". Se da por sentado que está en su derecho a ser hombre, y que soy yo quien debe estar equivocada. Es él quien representa el tipo humano ideal. Y todo por lo cual se diferencia a las mujeres es su culpa y se considera una falta. Se supone que las mujeres deben pensar con sus glándulas; los hombres magníficamente olvidan que ellos también tienen glándulas y hormonas. Se consideran a sí mismos como puramente espirituales y objetivos.

Los hombres intentan justificar racionalmente este pensamiento apoyándose en gran medida en las observaciones de lo que ellos llaman "naturaleza". Es cierto que las mujeres son físicamente más débiles que los hombres. Que son esclavas de las duras funciones de tener hijos. Las mujeres se manejan con dificultad o torpeza en un mundo de hombres porque es sólo como huéspedes que son admitidas en este mundo. Todavía no están cómodas allí; es un mundo no creado por ellas, y aún no conquistado por ellas.

Originalmente, el mundo se construyó con la fuerza física. En la actualidad, a menudo no se necesita más que la presión de un dedo para poder, con la ayuda de las máquinas, comandar fuerzas inmensas; es por el pensamiento y no por el ejercicio muscular que el mundo es ahora conquistado. Es por eso por lo que la desigualdad física ha perdido casi por completo su importancia. El empuje del presente hacia el futuro, que en verdad define a la humanidad, se realizó por primera vez sólo por los hombres. Las mujeres eran amas de casa y madres, y como tales, ningún principio de progreso podría provenir de ellas. Como guardia-

nas del hogar, se volvieron hacia la tradición, hacia el pasado muerto. Los hombres solos inventaron el futuro. El papel del ama de casa no consiste en una construcción positiva sino en luchar contra la destrucción.

Es una de las tareas más extenuantes, porque no es directamente productiva. Todo el mundo conoce la historia del ayudante de cámara que, cuando le reprocharon no haber pulido las botas de su amo, respondió con cansancio: "¿De qué sirve? Esta noche sólo estarán sucios otra vez". En este sentido, cada ama de casa es Penélope. Cada noche deshace el trabajo de su día. Si en esta posición, radicalmente dependiente, las mujeres fueron o no capaces de encontrar la felicidad es una pregunta vana; más bien se debe preguntar si los hombres estaban más felices y mejor en los días en que no había máquinas. El hecho es que hoy en día hay máquinas. El hecho es que, por muchas razones, las mujeres de hoy deben trabajar y quieren trabajar, lo cual es otra forma de decir que quieren independizarse de los hombres.

Lo que estamos tratando de definir aquí es cómo la novedad de este esfuerzo es experimentada por las mujeres. En las mitologías, en los cuentos de hadas leídos a los niños, a las mujeres siempre se les asignan los mismos roles. Son Ariadna abandonada, Penélope en su costura, Andrómeda en cadenas. Son la Cenicienta, o la Bella durmiente que espera ser salvada por el Príncipe encantador. Ellas son las que esperan, las que no pueden encontrar su lugar en el mundo excepto por el amor de un hombre. Consideremos lo que habría sucedido si Shakespeare hubiera tenido una hermana tan talentosa como él. Sin cultura, sin independencia, ella sólo podía haberse expresado a través

de aventuras tontas que sin duda terminarían trágicamente.

Un futuro signo de interrogación

El pasado no prueba nada en contra del futuro de las mujeres, principalmente porque nunca tuvieron una oportunidad, pero arroja luz sobre el presente. Una niña aprende temprano a dedicar su admiración a los hombres: los héroes tradicionales. Muy a menudo, no siente nada más que lástima y desprecio por la vida de la pequeña ama de casa de su madre, sus enfermedades, sus lágrimas, sus frivolidades, sus preocupaciones. Por el contrario, la personalidad de su padre es exaltada; es él quien representa la fuerza, el poder y la ventana hacia el mundo, la vida y el futuro. En su deseo de identificarse con él, la niña reconoce y admite la superioridad del hombre sobre la de la mujer que ella está destinada a ser.

El gusto por complacer es profundo en todos los niños. A los niños les encanta sentirse vivos. En los juegos, obtienen un sentido de la independencia de la vida, pero es igualmente importante para ellos sentir que por encima de sus cabezas está el límite tranquilizador de la aprobación de los adultos. El niño pequeño aprende temprano que, para obtener esta estima del adulto, no tiene que tratar de complacerlos demasiado. Debe ser fuerte, independiente, aventurero, para obligarse a sí mismo a conquistar el mundo y dominar a sus camaradas. Pero la niña es alentada por padres, maestros, amigos; el mundo entero, de hecho, la alienta a desarrollar su poder de seducción, a ser amable, bien vestida, cordial. Estos requisitos le impiden saborear tan espontáneamente como el niño los placeres del juego, el deporte y la camaradería.

Un círculo vicioso comienza a apretarse. Cuanto más dócilmente la mujer se ajusta a este ideal que se le impone, cuanto menos desarrolla sus posibilidades personales, menos encuentra recursos dentro de sí misma. Todo el tiempo la instan a volverse hacia los hombres, a buscar ayuda desde el exterior. Su sentido de dependencia y debilidad crece. Cuando era estudiante en la Sorbona, me llamó la atención escuchar a unas jóvenes decirme con humildad: "es un libro para hombres. Simplemente no podemos superarlo". El hecho de que creyeran en aquél hizo que su inferioridad se volviera real.

La aceptación, una falla

De esta manera, uno puede explicar por qué las mujeres rara vez lograron lo que se llama genio. Los genios son personas excepcionales que se han atrevido, en casos específicos, a lo que nadie se atrevió antes que ellos. Esto en sí mismo presupone soledad y orgullo. Supone que no buscaron ansiosamente los rostros de otros para descubrir la aprobación o la culpa, sino que miraron valientemente hacia horizontes todavía insospechados. La educación —de hecho, todo el mundo— enseña a las mujeres la timidez. Esa es la razón por la que normalmente carecen de la semilla de la locura, la mezcla de humor y pathos que se encuentra entre ciertos hombres que se sabe que se elevan por encima de la carrera ordinaria de los humanos para juzgar y dominar a la humanidad.

Las mujeres frívolas o graves permanecen siempre serias. En otras palabras, aceptan el mundo: su esfuerzo es sólo para encontrar sus lugares apropiados en él. Las mujeres temen que si pierden ese sentimiento de inferioridad también perderán lo que les da valor a los ojos de los hombres: la feminidad. La mujer que se siente femenina no se

atreve a involucrarse en sus actividades políticas e intelectuales ni a considerarse igual al hombre. Sin embargo, a la inversa, si una mujer es despojada de su complejo de inferioridad hacia los hombres, si tiene éxito en los negocios, en la vida social, en su profesión, a menudo sufre un complejo de inferioridad en comparación con otras mujeres. Se siente menos encantadora, menos amable y menos agradable porque está privada de esta feminidad.

Ella sabe que a los ojos de los hombres su éxito no constituye una ventaja, sino que, por el contrario, corre el riesgo de alejarlos de ella. Un hombre, por otro lado, tiene que luchar en un solo nivel. Él tiene una unidad perfecta en la forma en que trata de integrar su personalidad. Si adquiere poder en el mundo, prestigio a los ojos de otros hombres y una orgullosa seguridad en sí mismo, adquiere al mismo tiempo una mayor masculinidad en los campos sentimental y sensual porque es precisamente la independencia y la fuerza lo que las mujeres buscan en un hombre. Esta es la contradicción que aflige a muchas mujeres hoy en día. O renuncian en parte a la integración de sus personalidades, o abandonan en parte su poder de seducción sobre los hombres. Es un mundo masculino; los hombres, por sus deseos, esperanzas y miedos, crean las condiciones que las mujeres están tratando de combatir en su camino a la superficie.

Si uno se cuestiona sobre el futuro de las mujeres, se da cuenta de que los hombres son los primeros que deben ser adoctrinados; además de todas las razones económicas y sociales, son ellos los que lamentan la evolución de las mujeres. Todo hombre espera pruebas de su superioridad y poder, y sólo puede encontrarlo a través de alguien que es inferior. Él no tiene poder, excepto si existen objetos para

obedecerlo. Hay plantas y bestias a las que se les permite dominar, pero que permanecen silenciosas e inertes y no salen de su soledad. Una mujer es a la vez naturaleza y conciencia; ella es flor, fruto, pájaro y piedra preciosa; ella es humana, capaz de amar y querer. Tan bien parece "naturalmente inferior" por ello es posible dominarla sin sentido de injusticia.

A los hombres les gusta pensar que vienen a ella en el papel de caballeros generosos listos para luchar en su defensa. Pero para necesitar esta generosidad ella debe ser frágil o estar encadenada. Es posible entregar a Andrómeda sólo si ella no es libre; para despertar a la Bella durmiente se necesita que ella esté dormida. Los hombres buscan en las mujeres una proyección de sus propios deseos, el logro de su propia voluntad de poder. Si las mujeres hubiesen ganado totalmente su independencia de modo que su asociación con los hombres fuera perfectamente igual, perderían cierta docilidad para los hombres. Son conscientes de esto, y es su resistencia —admitida o rechazada— la que crea el mayor obstáculo que las mujeres deben vencer en el mundo y dentro de sus propios corazones.

La condición femenina*

La conclusión que sorprende al lector al final de este estudio es que en Francia las cosas no están yendo bien para las mujeres[1]. No les va bien a los adolescentes ni a los ancianos ni a los niños ni a los adultos varones. El país está enfermo y todos sus miembros son testigos de esta enfermedad. Es imposible curar a ninguno de ellos mediante la enmienda de la ley, sin embargo, considerablemente, todo el cuerpo

* "La condition féminine" fue publicado en *La nouvelle équipe française* en enero-marzo de 1961. La siguiente nota editorial acompañó el artículo: "Hemos llegado al final del estudio realizado por *La nouvelle équipe française* sobre la situación de "la francesa de hoy". En el primer número, apareciendo en octubre de 1960, *La nouvelle équipe française* estudió la relación entre las mujeres francesas y el trabajo. En este número actual, *La nouvelle équipe française* cubre los problemas sobre "mujeres y amor". No afirmamos que este estudio sea completo y definitivo. Somos conscientes de que hay muchos aspectos de "la francesa de hoy" que no pudimos abordar y que no hemos incluido aquí. Sin embargo, creemos que los artículos publicados en estos dos números de *La nouvelle équipe française* proporcionan nuevas investigaciones e información para el estudio de una pregunta que uno podría pensar que es bien conocida, pero al leer estos artículos, uno verá que en realidad es muy poco entendida. Esta imagen de la condición de las mujeres en Francia en 1960 necesitaba una conclusión, que le hemos pedido a Simone de Beauvoir que escribiera".

1 Beauvoir se refiere a la investigación sobre la condición de las mujeres francesas para entonces, realizada por el periódico francés *La NEF*, y publicada en octubre de 1960 y enero-marzo de 1961. Los artículos del número de octubre-diciembre se centraron en las cuestiones de la mujer y el trabajo, mientras que el número de enero-marzo de 1961 se centró en las mujeres y el amor (*N. de los T.*)

debe ser tratado. Debido a que las estructuras de nuestra sociedad no se han movido, la condición de las mujeres no ha mejorado desde 1919 y, como ha demostrado claramente Andrée Michel, incluso se ha degradado al mismo tiempo que la democracia ha retrocedido[2]. La única esperanza permisible para las mujeres francesas es que Francia podría cambiar.

Las mujeres sufren aún más que los hombres por la agitación, la injusticia y el anacronismo en que vivimos. Está en el interés de los hombres afirmar que el segundo sexo nunca ha estado mejor, y ciertas mujeres, cuya primera preocupación es complacer a los hombres, están de acuerdo. "Bueno", dicen, "las estadísticas muestran que el 39.6% de las mujeres son asalariadas, mientras que cerca de dos tercios se quedan en casa, lo que significa que cada una es libre de elegir según sus aspiraciones entre esas dos vidas. Los hombres no son tan afortunados; están obligados a trabajar, lo quieran o no". Se necesita una gran cantidad de mala fe para dejarse llevar por este sofisma. Primero, en la mayoría de los casos, las mujeres no tienen otra opción, y para los casos raros, a quienes se les da una opción, no la tienen por una ventaja sino una situación difícil. Ciertamente, ninguno de estos dos caminos da como resultado una situación satisfactoria. He recibido una gran cantidad de cartas de mujeres durante los últimos diez años y he hablado con muchas mujeres, y estudios recientes confirman mi experiencia personal: sus dificultades sólo han aumentado y se deben esencialmente a las condiciones actuales del trabajo de las mujeres. Excepto por unas pocas privilegiadas, todas las mujeres trabajan. Algunas —amas

[2] *Cfr*. MICHEL, Andrée & TEXIER, Geneviève. *La condition de la Française d'aujourd'hui*. Paris: Denoël Gonthier, 1964.

de casa, campesinas, obreras o empleadas de una empresa familiar— no reciben remuneración; otras ganan un salario. Todas tienen razones serias para quejarse.

En cuanto a la vida del ama de casa, mi opinión no ha cambiado. En diversos grados, de acuerdo con sus recursos monetarios y el número de sus hijos, está agotada por tareas infinitas y conflictivas que no son reguladas por la legislación social y que no le permiten adquirir habilidades comercializables. Si el marido de una mujer, que ha trabajado como esclava durante veinte años en la casa, muere o la abandona, o si ella quiere abandonarlo, no tendrá nada que mostrar, ni siquiera un certificado que ayude a una cocinera a encontrar un trabajo, y a medida que crezca, verá disminuir su valor económico. Nadie voluntariamente contrata a una mujer de cuarenta años sin habilidades especializadas. De hecho, está tan indisolublemente unida a la casa como el siervo a la gleba en los viejos tiempos. Socialmente, ella es reducida al aislamiento; los vagos intercambios entre vecinos no son un sustituto de la solidaridad profesional que se crea en la fábrica, oficina o sindicato. El único grupo en el que está integrada es la familia, lo que refuerza su dependencia con respecto a su marido. Psicológicamente, la dependencia sigue siendo su suerte, ya que no recibe otra compensación que la gratitud y el afecto de su cónyuge e hijos, una recompensa precaria que a menudo falta, que convierte su vida en una serie de tareas áridas a las que se somete con un creciente resentimiento. En general, durante algunos años el "ama de casa" encuentra un cierto equilibrio al aceptar sus mutilaciones y dejarse llevar por la devoción; y luego la resignación se convierte en rencor. Si puede, ella decide trabajar fuera del hogar y deplora los años perdidos; ella habría conseguido una me-

jor posición si hubiera continuado sus estudios o empezado antes en su carrera. Muchas no tienen las oportunidades o el coraje necesarios para separarse de su estancamiento, pero cuando se dejan al descubierto los sentimientos, la esclavitud doméstica se experimenta como una degradación. Entonces florece el odio conyugal, y la pareja lucha en uno de esos infiernos tan numerosos y tan comunes que apenas se nota, y sin embargo es una de las peores plagas de nuestra sociedad.

Sin embargo, las mujeres asalariadas tampoco pueden felicitarse por su destino. Incluso para los hombres, en este mundo de explotación capitalista y soledad individualista, el trabajo generalmente no es más que una necesidad ingrata; raramente posee un interés intrínseco. Pero al menos los hombres son estimulados por una doble ambición: ganar dinero y afirmarse socialmente a través del éxito profesional. Las mujeres prácticamente no tienen ningún recurso contra la monotonía del trabajo. Desde el comienzo, a las niñas se les ofrecen muchas menos posibilidades que a los niños. Andrée Michel informa que, para los niños, las escuelas técnicas ofrecen 392 ocupaciones; para las chicas sólo 174 están disponibles, y estas son específicamente femeninas: costura, moda, etc. Están condenadas a tareas monótonas, mal pagadas y sin futuro. En su libro sobre *Le Temps des femmes*, Célia Bertin[3] señala que, en lo que respecta a las profesiones, los padres están dispuestos a hacer una inversión considerable para la educación y la formación de su hijo, pero considerarían imprudente invertir en una niña; ella se casará y en cualquier caso no subirá muy

[3] Célia Bertin (1920-2014) fue una escritora, periodista, biógrafa, luchadora de la Resistencia francesa y ganadora del Premio Renaudot de 1953 (*N. de los T.*)

alto. Una situación como secretaria o enfermera es suficiente para ella; es inútil hacer sacrificios para entrenarla como abogada o médica. Entonces las barreras entran en juego, y en este punto, todos los testimonios están de acuerdo. Yo personalmente he reunido algunos apasionantes. En igualdad de condiciones —trabajo, ambición, capacidades— las mujeres permanecen confinadas en posiciones inferiores mientras sus homólogos masculinos se elevan; la clientela no tiene confianza en una abogada o una doctora, y sus colegas no las respaldan. En el espíritu de la competencia, los hombres mantienen deliberadamente el mito de la inferioridad femenina, y esta propaganda es efectiva. Las mujeres contribuyen a hacer que las barreras sean insalvables por su certeza de tener que enfrentarlas. "En cualquier caso, una mujer no puede *llegar a la cima*, por lo que es inútil luchar". Se siente cómoda con la mediocridad que se le impone y, con su ejemplo y sus palabras, alienta a otras mujeres a la misma resignación. Pero de esta manera, casi no obtiene ningún beneficio de sus esfuerzos. Sus tareas mediocres en sí mismas no le proporcionan alegría; no le permiten llenar felizmente sus bolsillos y no halagan su orgullo. Sólo queda la satisfacción real pero austera de ganar el pan de cada día.

Lo que es aún más grave es que esta autonomía es muy costosa. Obviamente, la mujer que realiza el salario no renuncia al amor, y el amor provoca hijos. Y, además, ella quiere hijos; pero para reconciliar sin problemas su ocupación con la maternidad, debe, gracias a los métodos anticonceptivos, poder decidir cuándo procrear. Los orfanatos, las guarderías, la ayuda doméstica y todos los elementos organizados efectivamente por los Estados que alientan a las mujeres trabajadoras deben existir a gran escala. En nuestro país, los niños nacen por casualidad, la madre los

cría sin ayuda, y las convenciones requieren que ella asuma la responsabilidad casi exclusivamente; la cooperación del padre es secundaria incluso si ella trabaja y gana tanto como él. Con dos o tres hijos y recursos modestos, no puede continuar ejerciendo su profesión sin realizar acrobacias extenuantes. Una doctora, empleada de una gran fábrica parisina, me decía que las trabajadoras que también eran madres de una familia vivían constantemente al borde de una depresión nerviosa. "Duermen sólo cinco horas; siempre están somnolientas y cansadas; nunca lo inventan. Todo lo que necesitan es poco —una enfermedad, un gasto inesperado, una gran preocupación— y todo se desmorona; colapsan". Incluso en los estratos más acomodados de la sociedad, una mujer que trabaja y cría niños experimenta fatiga crónica, un desequilibrio que a menudo conduce a un *break-down*. Hace tres días, recibí una carta de una mujer ingeniera que tiene treinta y cinco años y ahora acaba de salir de una de estas crisis. En su carta, ella me dijo:

> Sí, pensé que sería posible llevar varias vidas al mismo tiempo: la vida de una esposa, una madre, una profesional y una participante en el mundo que me rodea. Sentí que podría coordinarlos. Bueno, debido a las condiciones personales y de alojamiento, llevé la vida de una equilibrista, y luché para no empantanarme con los quehaceres domésticos. ¿Estaba tratando de mantener viva mi mente por las trepidaciones resultantes del corazón y los horarios imposibles? Si simplemente hubiera sido la madre de una familia que creía en las actividades de su hogar, ¿no estaría más equilibrada? O si quisiera una vida profesional, ¿debería haberme negado a tener hijos, niños aceptables sólo en un mundo futuro "hecho de grandes comunidades con parques y guarderías"? Es lo mismo para las otras mujeres que conozco. El matrimonio ha clasificado a las chicas intelectuales entre las muchas que regresaron a la

> vida tradicional de ama de casa y las pocas que buscaron vivir para casarse con hijos y al mismo tiempo para el intelecto. Ninguna de este último grupo tiene serenidad (son ingenieras, profesoras universitarias, artistas de la moda, etc.)

Lo que más me impresionó en esta carta es el interrogatorio ansioso: "¿Estaba equivocada?" A menudo he escuchado esto; el ama de casa abrumada por sus gemidos de esclavitud, "¡Si tan sólo tuviera una ocupación!" mientras que la que tiene una ocupación murmura, "¡Si tan sólo no necesitara trabajar!" o si la necesidad es menos acuciante, duda: "No querría ¿Será mejor si renuncio a esto?"

En verdad, con sólo unas raras excepciones, las mujeres no eligen su tipo de vida. Solteras o casadas con un hombre que gana poco, las mujeres trabajadoras y las empleadas no podrían vivir sin su paga. De manera negativa, por lo tanto, menos visible, pero igual de imperioso, se impone el confinamiento doméstico al ama de casa; para dos tercios de las mujeres francesas no hay perspectivas de carrera fuera del hogar. Sin embargo, debido al hecho de que una doble vida se está abriendo a las mujeres —mientras que los hombres sólo conocen una— cada mujer cree que ve una especie de contingencia en el corazón de su destino, lo que lo hace más insoportable. Un hombre descontento culpa a los mismos fundamentos de la sociedad; piensa que en este mundo como es, las cosas no podrían haber sucedido de otra manera para él. Las mujeres —porque son víctimas de una mistificación cuidadosamente orquestada y porque, debido a su situación como seres secundarios, están menos sólidamente integradas en la colectividad— dan mucha más importancia a causas ocasionales. Creen que están tratando no con un sistema, sino con personas; los responsables de sus problemas son sus padres, un

cierto jefe, sus maridos o ellas mismas. Repiten: "es su culpa" o "es mi culpa". El rencor y el remordimiento pueden convertirse fácilmente en neurosis, e incluso más que la fatiga, el replanteamiento perpetuo de su destino conduce a un desequilibrio en ellas. Aquellas que tenían la libertad de elección reaccionan al fracaso con sentimientos de culpa; se reprochan a sí mismas haber sacrificado su hogar, a sus hijos o, por el contrario, haber eludido su trabajo. Se reprochan a sí mismas por vivir como parásitos en lugar de llevar dinero a casa. Terminan decidiendo cambiar su camino; la mujer doméstica busca un trabajo y la abogada cierra su oficina; y se topan con nuevos obstáculos. Algunas se desgastan en este ir y venir. Lejos de dar una ventaja a las mujeres, el espejismo o la existencia de otra posibilidad alimenta su insatisfacción.

Sin embargo, entre las dos situaciones que acabo de describir, no hay equivalencia; los estudios han demostrado que la mayoría de las mujeres aspiran a un trabajo remunerado. Hablé con algunas empleadas en las fábricas de Hispano-Suiza una tarde; ninguna de ellas habría aceptado renunciar a su trabajo. Todas enfatizaron el sentimiento de *dignidad* que derivaban de él, y protestaron enérgicamente cuando un hombre objetó que estaban descuidando sus deberes como madres. "Nuestros hijos están bien educados y son tan felices como cualquier otro. Nosotras nos ocupamos de ellos". En septiembre de 1958, durante la campaña del referéndum, conocí a algunas mujeres jóvenes que encontraron formas de mantener reuniones hasta la medianoche, y que a las seis de la mañana distribuyeron volantes y colgaron carteles, quienes despertaron sus niños a las siete y les dieron el desayuno, y que tenían que estar en su oficina a las ocho y media; parecían serenas. Tal vez se ago-

taron en el largo plazo. Pero las depresiones nerviosas causadas por este tipo de esfuerzo excesivo, tan dramáticas como podrían ser, se pueden curar. El lento desgaste de la esclavitud doméstica no es tan notorio, sin embargo, las mutilaciones que ellas soportan, el disgusto y el rencor que las consumen, son incurables. Las cartas más dolorosas que he recibido provienen de amas de casa.

Así que no se trata de ir hacia atrás. Además, la historia nunca vuelve a ser lo que solía ser. En todo el mundo, las mujeres se están emancipando. La única solución para ellas es seguir adelante; las mujeres de hoy en día sufren el tirón en todas las direcciones, pero eso llegará a su fin cuando este período de transición haya terminado.

Las mujeres más equilibradas que he conocido están en China, entre profesionales de alto rango: médicos e ingenieros. Tuvieron la suerte de haber participado a través de su trabajo en un gran esfuerzo colectivo: la construcción de la Nueva China, por la cual se preocuparon apasionadamente. Pero lo que fue especialmente interesante para mí fue que en su vida privada no estaban preocupadas por ningún conflicto. En su opinión, el trabajo era un hecho. Prácticamente, todo se puso en marcha para que pudieran, al igual que los hombres, dedicarse a sus familias y a su ocupación al mismo tiempo, y dentro de su profesión, ninguna discriminación funcionó en su contra. Ideológicamente, no fueron víctimas de ningún prejuicio, ningún mito; los chinos saltaron de la familia feudal a la familia conyugal sin pasar por el paternalismo. Pero durante este mismo período en Occidente, los hombres internalizaron, en la forma de un complejo de superioridad, los valores tradicionales, que permanecen grabados en sus corazones, mientras que el chino rechazó las tradiciones y los valores

de una sola vez. En cualquier caso, la ideología es práctica en la medida en que se articula en palabras; tratadas como iguales, se piensa que las mujeres son iguales. El Estado las necesitaba, lo que dio lugar a su promoción; faltaban profesionales de alto rango, y movilizar a las élites de ambos sexos los llevó a tratarlas con equidad perfecta.

Si un día la economía francesa, de una manera similarmente ingeniosa, hiciera un llamamiento a las mujeres francesas para que trabajasen, veríamos que todas las objeciones blandidas por los antifeministas se desmoronarían. El gobierno crearía las leyes y las instituciones necesarias para la reconciliación de la fábrica y el hogar; las barreras, las victimizaciones y los bloqueos que obstaculizan el éxito de las mujeres serían abolidos. Los llamados problemas psicológicos que reflejan, en verdad, una situación objetiva, desaparecerían inmediatamente; ya no habría escrúpulos, rencor, remordimiento, dudas, ni neurosis. Si los hombres consideraran natural que sus esposas trabajasen, se verían obligados a asumir las consecuencias de esta situación y adaptar su sensibilidad y sexualidad a ellas. Las mujeres serían liberadas del miedo a desagradarse por lograrlo. ¿Y los niños? Supuestamente requieren la presencia constante de su madre y se quejan: "La vecina al otro lado de la calle se queda en casa todo el día. ¿Por qué trabajas? ¿Es porque papá no gana suficiente dinero?" Nos olvidamos de que un niño no es una espontaneidad inocente, ni la voz de la naturaleza; está condicionado por su séquito, y nadie es más conformista que un niño. Sólo la anomalía de la situación es impactante; la aceptaría incondicionalmente si se la diese por hecho.

¿Y la "*petite différence*"? Los datos fisiológicos seguirán existiendo, comenta el Sr. d'Ormesson en su artículo sobre

este tema[4]. Sabemos que la fuerza física pierde importancia con el progreso de la automatización. En cuanto a resistencia y habilidad, las mujeres tienen mucho de eso. Una economía bien organizada facilitaría el espacio para las licencias de maternidad; si son planificadas y aceptadas, no obstaculizarán ni a la producción ni a la trabajadora. Lo único que queda es el ciclo menstrual, en el que, según el Sr. d'Ormesson, radica la especificidad del destino de las mujeres. Tranquilicémoslo: si tienen salud mental y buena higiene, la mayoría de las mujeres lo cuidan muy bien. La mitología masculina lo convierte en un signo angustioso y algo vergonzoso de nuestra debilidad; si se les impusiera a los hombres, encontrarían el don mensual de su sangre magníficamente viril. Mientras las mujeres sigan siendo un sexo subdesarrollado, económicamente hablando, cualquier singularidad masculina simbolizará, para los hombres, su propia superioridad.

Todo cambiaría: ideologías, mitos, relaciones entre los cónyuges y dentro de cada persona, entre padres e hijos, y entre todos y la sociedad, si la sociedad fuera transformada. Inversamente, sólo una agitación económica finalmente puede convertir a las mujeres en individuos de pleno derecho. Esto en el mejor interés de un régimen basado en la explotación para mantener las discriminaciones

[4] Jean d'Ormesson, apodado Jean d'O, cuyo nombre completo era Jean Bruno Wladimir François-de-Paule Le Fèvre d'Ormesson (1925-2017) fue un novelista y cronista francés. Fue miembro de la Academia Francesa, donde ocupó el asiento número 12. Su carta a los editores de *La nouvelle équipe française* se incluyó en el número de enero-marzo de 1961 de su serie sobre "La condition de la Française d'aujourd'hui". *Cfr.* D'ORMESSON, Jean. "Lettre à *La NEF* sur la 'petite différence' entre les hommes et les femmes" en: *La NEF* N° 5, enero-marzo de 1961 (*N. de los T.*)

entre individuos; la igualdad no puede aparecer sin la llegada de un socialismo. Esta condición, aunque necesaria, no es satisfactoria de inmediato. Históricamente, el segundo sexo ha tenido un mal comienzo porque, durante los tiempos de la tecnología elemental, como la caza y la pesca, y en el contexto de la escasez, la diferencia fisiológica entre hombres y mujeres funcionaba a favor de los hombres. Estos milenios pasados pueden continuar condicionándonos por mucho tiempo. Para que las mujeres obtengan esta igualdad profesional de la que todo lo demás depende, debe haber trabajo para todos. Esto implica un gran aumento de la prosperidad terrenal y una racionalización de la producción a escala universal. En vano especulamos sobre estos mañanas de nuestra prehistoria. Lo cierto es que esta marcha hacia la abundancia y la razón sólo puede ocurrir si se produce un derrocamiento del sistema de producción. Si las mujeres no quieren contentarse con encontrar soluciones individuales a sus problemas particulares, deben luchar al lado de los hombres que quieren acelerar el derrocamiento.

La situación de la mujer hoy*

Voy a hablarles de la condición de las mujeres hoy: eso no significa que me voy a dirigir solo a la mitad de esta reunión, pues considero que esto es un problema que concierne tanto a los hombres como a las mujeres. Voy a hablarles particularmente sobre la condición de la mujer francesa, porque la conozco mejor, pero creo que lo que voy a decirles se aplica a su país tanto como al mío, porque los problemas de las mujeres en Francia y en Japón son muy similares. De hecho, en ambos países justo después de la guerra, las mujeres, que hasta entonces no tenía derechos políticos, se les concedió todos estos derechos: el derecho al voto, el derecho a ser elegidas a cargos, etc., etc. Además, ha habido una gran oleada de mujeres ingresando al mundo del trabajo. Ya había en Francia —creo que en menor medida en su país— mujeres que ejercieron las profesiones liberales, pero fueron muchas más quienes comenzaron en ese momento. Vimos incrementar el número de abogadas, doctoras e ingenieras; algunas de ellas se involucraron muy activamente en las luchas políticas e incluso hay algunas que se embarcaron con éxito en carreras políticas. Vimos más mujeres escritoras que antes. En resumen, en todos los dominios, hubo lo que ha sido llamado en mi

* "Situation de la femme d'aujourd'hui" *Les écrits de Simone de Beauvoir*. Paris: Gallimard, 1979. Este texto es una transcripción de una conferencia que ofreció Simone de Beauvoir el 20 de septiembre de 1966 en Tokio, Japón (*N. de los T.*)

país un verdadero "progreso de las mujeres". Y esta oleada fue tan considerable que en 1950 cuando escribí *El segundo sexo*, en el cual yo estaba peleando contra la alienación de las mujeres y por su liberación, expresaba, al final, la esperanza de que este libro perdiera pronto su vigencia. Y pensé que así sería. Quiero decir que esperaba que en los siguientes diez o quince años el "problema de la mujer" se plantearía de manera completamente diferente y las mujeres alcanzarían esa igualdad concreta, real y total que yo deseaba para ellas.

De hecho, fue completamente diferente. De alguna manera, en Francia hoy en día, se piensa en ciertos círculos que *El segundo sexo* está obsoleto. Pero eso no es así, en absoluto, por las razones que había imaginado. Las personas sienten, por el contrario, que las mujeres de hoy han entendido su verdadera vocación de ser solo una esposa hogareña, madre, encerrada en su casa. Éste es un fenómeno bastante sorprendente en Francia. En cuanto a mí, lo encuentro desafortunado y deprimente porque veo en él una verdadera regresión. Soy muy consciente de que no todos están de acuerdo en este punto, ya que existe un movimiento antifeminista muy fuerte en Francia y, creo que en el mundo entero.

Expliqué largamente en *El segundo sexo* por qué la condición de una mujer confinada en su vida privada, reducida al estado de un ser familiar, me parece inferior a la de la mujer que se realiza a través de un trabajo, a través de una carrera, a través de la acción social o política. Voy a repetirles brevemente mis razones, ya que es precisamente sobre este punto que se ha creado una controversia. Primero, creo que la mujer que acepta vivir en total dependencia económica de un hombre, que es el destino de la

esposa tradicional, también acepta vivir en dependencia moral y psicológica, en una completa dependencia interna. Y creo que ningún ser humano debería aceptar algo así.

La mujer dependiente lo acepta, porque la condición material de la vida es la base de su vida entera. Si una mujer es incapaz de mantenerse a sí misma, está obligada a cumplir con los deseos del hombre. Y en particular si, y esto sucede con frecuencia, un matrimonio se vuelve amargo y una mujer deja de amar a su esposo, se ve obligada, por razones materiales, a hacer muchos sacrificios. Es incitada al engaño moral, a la mala fe, al auto engaño, en resumen, a todo un conjunto de comportamientos que juzgo profundamente reprensibles. Al mismo tiempo, su felicidad está en juego: depende de la libertad del otro, de la libertad del hombre. He visto muchos ejemplos desgarradores de esto: si el hombre deja de amar a su esposa, si decide dejarla, muy a menudo ella se encuentra sin recursos de ningún tipo, ya sean materiales o morales, porque apostó todo por el amor de su marido. Ella era, en su ser más íntimo y en la parte más profunda de sí misma, completamente dependiente hasta el punto de que ya ni siquiera sabe quién es o por qué está viva, cuando ya no es amada.

Además, las mujeres de hoy, como los hombres, viven mucho más tiempo que antes, y una mujer de cuarenta años todavía tiene una larga existencia por delante. Ahora, una mujer de cuarenta años que ha criado a sus hijos, que ha vivido sólo para ellos y para su esposo, se encuentra en un estado a menudo trágico de angustia y tristeza. Ella realmente ya no sabe qué hacer consigo misma. Ella trata de interesarse por las familias de sus hijas e hijos, lo cual

no es lo mismo que atender su propia vida. Su falta de autonomía se expresa en ese punto por el sentimiento de su propia inutilidad y por una profunda infelicidad. Por lo tanto, desde el punto de vista de lo que llamaré su dignidad personal, desde el punto de vista de su felicidad y su equilibrio, una mujer no puede lograrlo si se limita a ser esposa y madre. Las personas a veces responden con el ejemplo de las mujeres estadounidenses que, si bien dependen materialmente del hombre, podrían dominarlo psicológica y moralmente, por así decirlo. En realidad, esto no es cierto. Mi propia experiencia durante mis viajes a Estados Unidos ha sido confirmada por conversaciones con feministas estadounidenses que reconocieron que la situación de sus compatriotas era exactamente igual, fundamentalmente, que la de las mujeres francesas. En la medida en que es el hombre quien, según su profesión, determina el presupuesto del hogar y el lugar de residencia, la mujer es dependiente. Ella gasta lo que su marido le da para gastar; el destino de vacaciones se elige finalmente de acuerdo con la cantidad de dinero que el esposo tiene a su disposición. Ella sólo puede hacer algunas variaciones sobre esta base como consumidora. Puede molestar a su marido por cosas pequeñas; ésta es la venganza de las mujeres americanas. Pero hacer que la vida de un hombre sea insoportable en el hogar no es una forma genuina de ser libre. Y, consecuentemente, en mi opinión, este ejemplo confirma lo que le estoy diciendo en lugar de invalidarlo.

Además, si consideramos la vida social y pública de una mujer, ella renuncia a esto al aceptar estar encerrada en su hogar. Nosotras, las mujeres francesas y ustedes, las mujeres japonesas, tienen derecho a votar, pero es un derecho completamente abstracto si no está de acuerdo con las actividades fuera del hogar. La participación real en la vida

social está ayudando a construir el mundo en el que vivimos. Está ayudando a construirlo mediante un trabajo que, de una forma u otra, se integra con la vida social.

Además, la única influencia política real que se puede tener, la única conexión práctica y concreta con el mundo en el que vivimos es la conexión que se tiene a través de luchas sindicales o la pertenencia a un determinado grupo de intereses especiales, en todo caso, estando vinculado con otros en una forma de solidaridad activa y concreta. Ahora, la mujer que está encerrada en su casa trabaja mucho e incluso a veces más que la mujer que ejerce una profesión. Pero ella trabaja de una manera que no le da independencia económica ya que no gana un salario. Al comparar su suerte con la de un trabajador no calificado, una mujer me dijo con amargura: "Al menos al final del día, él tiene la satisfacción de saber que se ha ganado su propia vida mientras trabajó ocho o diez horas por día, al final del día yo no he ganado un centavo. Todavía tengo que pedirle dinero a mi esposo si quiero comprar algo para mí o para los niños". La mujer que vive así dentro de la casa está aislada de los demás en lugar de estar vinculada con ellos; no tiene dominio sobre el mundo que le permitiría cambiar su propia condición o el estado de la sociedad en general.

Hay, pues, una doble renuncia: en el plano de la autonomía personal, por un lado, y por otro, en la realización de un ser humano que tiene un papel social y político por desempeñar. Por eso considero el pasaje del estatus de mujer trabajadora al de ama de casa como regresión. No me detendré más en estas ideas porque las desarrollé extensamente en *El segundo sexo*. Más bien, me gustaría explorar por qué las mujeres de hoy son víctimas de esta regresión.

La primera razón es por los contratiempos con los que se encuentran a nivel profesional. Las carreras en las profesiones liberales se han abierto a ellas y muchas personas afirman que hoy sus oportunidades son iguales a las de los hombres. Pero esto es absolutamente falso. Sigo volviendo a Francia, pero creo que hay analogías con lo que está ocurriendo aquí; si consideramos primero la capacitación profesional de mujeres, una gran cantidad de encuestas y estadísticas han demostrado que los padres no están dispuestos de ningún modo a hacer las mismas inversiones cuando se trata de la educación de una niña que la de un niño. La crianza de un hijo, empujado a ir lejos en sus estudios, digamos, por ejemplo, en cuanto a una residencia en medicina, requiere de los gastos de los padres que a menudo son bastante grandes y que incluso pueden representar un verdadero sacrificio. Los padres hacen estos sacrificios por un hijo, no por una hija, por varias razones. Primero, la gente piensa que la hija siempre puede arreglárselas de otras formas: siempre puede casarse; es realmente tonto gastar tanto dinero, cuando no se tiene, si una hija se conformará después con el hecho de convertirse en esposa y madre.

Además, es comprensible que los padres no se deshonran al establecer a su hija en una profesión muy subordinada, precisamente porque todavía no vivimos en un mundo en el que haya igualdad entre hombres y mujeres. Está muy bien que la hija sea secretaria o enfermera; mientras que en ciertos entornos no sería aceptable que un hijo sea solo secretario o enfermero. Él debe ser un médico o un abogado; debe brillar por el honor de sus padres.

Todas las personas interiorizan lo que está sucediendo alrededor de ellos en el mundo: por lo tanto, a las mujeres

les resulta natural sacrificarse a su hermano o a su prometido; al respecto, tengo muchos ejemplos que podría darles. Hay una pareja que atrajo particularmente mi atención porque el esposo y la esposa se dieron cuenta de una cuasigualdad en su vida diaria, pero sobre la base de una desigualdad radical. Se trata de una mujer joven y un hombre joven, ambos estudiantes, que se conocieron cuando tenían veinte años y se enamoraron. Decidieron casarse. Pero esta boda y la organización del servicio de limpieza requirieron sacrificios financieros que no permitieron que ambos continuaran sus estudios: estudios médicos costosos. Decidieron que la joven se conformaría con un grado de enfermería y el hombre completaría la escuela de medicina, que es lo que hicieron. Formaron una pareja que no es infeliz, pero en la que hay una profunda desigualdad que la mujer siente dolorosamente.

Desde el principio se entendió: si uno de los dos debía continuar sus estudios mientras que el otro no, era el hombre. Si uno piensa en las profesiones liberales, inmediatamente se encuentra con esta segregación de los dos sexos. Si ahora consideramos a las trabajadoras que pertenecen al proletariado, encontraremos una diferenciación análoga. En Francia, hay muy pocas escuelas de formación laboral abiertas para mujeres: alrededor de trece, creo, mientras que hay unas cincuenta para hombres. Hay alrededor de cincuenta áreas en las que los hombres pueden hacer su aprendizaje, lo que significa alrededor de trescientas posibilidades de elección, mientras que la elección de una mujer se limitará a unas trece áreas. Y ésta no es la única diferencia entre los dos: las posibilidades que están abiertas a una chica generalmente son callejones sin salida. Será sólo una asistente de modista toda su vida; no saldrá de esta condición nunca, mientras que para el chico que trabaja

como mecánico o electricista, hay muchas posibilidades, y puede avanzar en su oficio; la chica no puede. Así, tanto en la clase burguesa como en la clase obrera, las oportunidades que se dan a los hombres y a las mujeres son muy desiguales desde el principio. Como resultado, acabo de decir que para las mujeres de la clase trabajadora no surge la cuestión del progreso. En teoría, sin embargo, en las profesiones liberales, una abogada o una joven doctora pueden tener logros más o menos brillantes. Pero en realidad, sus oportunidades son desiguales en el ejercicio mismo de su profesión. Muchas mujeres me lo han dicho, tanto en Francia como en Japón: existen barreras terribles que condenan a las mujeres, salvo algunas excepciones extremadamente raras, a la mediocridad.

Primero, la contratarán mucho menos fácilmente que a un hombre. Conozco a una joven química que le fue extremadamente bien en sus estudios, y que lo intentó tempranamente, por lo tanto, tenía todas las probabilidades de ser exitosa consiguiendo un trabajo en fábricas de tintes o en industrias alimentarias. Pero ella siempre recibió la misma recepción de los gerentes: "¿Qué espera, señorita? Cuando las calificaciones son iguales, preferimos contratar a un joven porque, después de todo, usted podría casarse y renunciar a su trabajo. Todos los costos en los que incurriré en estos primeros años mientras usted adquiera las habilidades necesarias, no se compensarán. Si acaso usted no abandona su trabajo cuando tenga su primer hijo, estaré obligado a pagarle una licencia de maternidad. En general, prefiero por mucho tratar con un hombre que no me hará incurrir en este tipo de gastos". Una mujer tiene muchas más dificultades para ser contratada que un hombre. Una vez que ella finalmente inicie una carrera, la gente confiará mucho menos en ella. En el caso de las mujeres, así como

los hombres, existe una desconfianza con respecto a una abogada o una doctora tan pronto como se enfrenten a un caso que sea un poco difícil, se dice a sí misma: "Oh, en cualquier caso, prefiero consultar a un hombre". Esto porque hay una cierta antipatía por parte de las mujeres que no trabajan con respecto a las que lo hacen, las clientas y los clientes irán mucho más dispuestas a ver a un hombre, incluso si la competencia de la mujer es en realidad exactamente la misma.

Desde que ella no llegue nunca a tratar los casos realmente difíciles, siempre permanecerá en la parte inferior de la escalera. Por ejemplo, en Francia tenemos muchas mujeres apoderadas (abogadas dependientes), pero en general solo son asistentes en prácticas que pertenecen a hombres. Hacen pequeñas tareas secundarias y ganan cantidades muy insignificantes de dinero. Son sus colegas masculinos quienes dirigen las prácticas, discuten todos los casos importantes y resuelven todos los asuntos interesantes. Del mismo modo, las mujeres médicas generalmente se limitan a la ginecología o la pediatría. Tienen una clientela limitada; no se convierten en las dueñas de una gran práctica; no tienen una clientela brillante como sus colegas masculinos. Si consideramos que las mujeres que están en la administración se enfrentan a una barrera que sus colegas, jefes y superiores masculinos colocan automáticamente; se puede decir que en este caso una verdadera masonería masculina se opone sistemática y deliberadamente al progreso de las mujeres. No se les otorgan responsabilidades análogas a las de los hombres porque las personas desconfían de ellas a priori: por lo tanto, no pueden probar que serían capaces de asumirlas. Si, por casualidad, se les asigna una tarea importante, esta importancia no será re-

conocida; en realidad, estarán haciendo el trabajo de un gerente de oficina y serán tratadas como un asistente administrativo. Hablé con uno de mis antiguos alumnos, una mujer que ha trabajado en Shell durante veinticinco años y ha hecho un muy buen trabajo. No tiene problemas familiares, ya que está casada pero no tiene hijos y todos reconocen su capacidad. Sin embargo, después de cierto punto, en cierto nivel, vio a todos sus colegas masculinos de la misma edad y experiencia fueron promovidos por encima de ella. Ella nunca se elevó por encima de cierto rango. Y ayer vi a una joven japonesa que me dijo lo mismo. "Trabajo tan bien como un hombre, pero nunca pasaré más allá de un cierto nivel. La organización de la empresa para la que trabajo se opone absolutamente a ello". Esto provoca una disparidad en el salario; además, hay países donde esta disparidad es aceptada. Para regresar a Francia, hubo un momento en que el principio de desigualdad fue aceptado con el pretexto (cuyo sorprendente argumento fue asumido por la gente), de que las mujeres tienen menos necesidades que los hombres. En consecuencia, por el mismo trabajo, la misma cantidad de horas y los mismos resultados, a las mujeres les pagaron dos tercios de lo que les pagaban a los hombres. Ahora esto está absolutamente prohibido por la ley, pero hay muchas formas de hacer trampa. Y, por ejemplo, como les decía, una mujer recibe el trabajo de una gerente y se le paga como asistente administrativa. En todos los dominios, ya sea en las profesiones liberales o en la clase trabajadora, se ve que sucede exactamente lo mismo. Muy recientemente en Inglaterra hubo grandes proclamaciones de trabajadoras que establecieron como su objetivo principal la lucha por la igualdad salarial entre hombres y mujeres. Pero su portavoz agregó que no había ninguna esperanza de lograrlo durante diez o incluso quince años. Hace tres o cuatro meses también hubo un

movimiento muy apasionante en Bélgica: las mujeres obreras se reunieron, realizaron manifestaciones masivas y marcharon a las calles pidiendo la igualdad salarial. Por sus protestas y huelgas, lo lograron en ciertas firmas. Esta victoria representa una esperanza, un ejemplo, pero es la excepción. En este sentido, una mujer está generalmente en una gran desventaja en comparación con un hombre. Ella no tendrá una carrera brillante, no tendrá un nivel de éxito satisfactorio, y se le pagará menos que a él.

Además, una mujer debe reconciliar este trabajo, que en sí mismo no es muy satisfactorio, con su vida como esposa, madre y ama de casa. En Francia, no se hace nada para facilitar esta reconciliación. Hay algo que las mujeres japonesas han logrado que las francesas no tenemos: en su país, la anticoncepción se usa mucho y se permite el aborto si existe una razón válida para realizárselo. En nuestro país, por el contrario, la anticoncepción se limita a grupos muy pequeños; no tenemos el derecho de informar ampliamente a las personas sobre este problema; en cuanto al aborto, está estrictamente prohibido. Por lo tanto, una mujer a menudo tiene un hijo que no quiere y que la obliga a dejar de trabajar. Esto limita enormemente los logros de una mujer en cualquier carrera o profesión. Además, se espera que las tareas domésticas sean realizadas casi exclusivamente por la mujer. Ahora, estas tareas son muy exigentes. Como no hay guardería, ni otra ayuda externa prestada a la mujer, es ella quien debe ser totalmente responsable del cuidado de los niños, las tareas domésticas, las compras, la lavandería, etc., etc., que consume, cuando tiene dos o tres hijos, algo así como cuatro o cinco horas de su tiempo. Si una mujer ha trabajado ocho horas al día en el trabajo y trabaja cinco o seis horas más en casa, al final de

la semana se encuentra en un estado de agotamiento absolutamente aterrador. Todavía no es del todo habitual que el hombre ayude realmente a la mujer; a veces la ayuda un poco, e incluso hay una cierta tendencia a tomar forma en esa dirección. Pero, de hecho, en el caso más positivo que he visto, el de la pareja de la que hablé antes, en el que la joven es enfermera y su esposo es médico, ella se maravilla de que él haga una tercera parte de las tareas del hogar. En general, me dijo, el hombre hace a lo sumo una quinta o una décima de estas tareas; y muy a menudo ninguna en absoluto. Y esta es una profunda desigualdad, completamente concreta, que hace que la mujer esté más desgastada que el hombre al final de la jornada laboral. Debo agregar que un desgaste psicológico acompaña esta fatiga fisiológica porque, especialmente en el contexto actual, dada la campaña organizada hoy en favor de que las mujeres se queden en casa, la mujer que trabaja fuera del hogar está asolada por la conciencia del mal (la culpa). La gente le explica que sus hijos estarían mejor cuidados y más felices si pasara todo el día con ellos, y que su marido también preferiría que ella no hiciera nada más que cuidar de él.

Entonces, ella piensa que su hogar no se maneja tan bien como el de su vecino al otro lado de la calle. Se compara con mujeres que sólo son amas de casa; ella se encuentra menos bien vestida, se siente mal. Ella intenta tener éxito en todas las áreas al mismo tiempo; cuidará de su hogar tan bien como el del vecino que no hace nada más, al mismo tiempo que se esfuerza por brillar en su profesión. Así es como nacen los corazones rotos, las obsesiones y las neurosis, que son cada vez más numerosas en las mujeres francesas de hoy. Este problema es tan grave en nuestro país que en los últimos dos años se ha escrito mucho al respecto. Ha dado lugar a mucha reflexión, muchas reuniones

y discusiones; se han propuesto medidas para brindar alivio a la mujer trabajadora, a fin de ayudarla a mejorar su condición. Pero todas las medidas que se proponen hoy de manera más o menos no oficial conducen a reducir la participación de las mujeres en la fuerza laboral y a disminuir la productividad de las mujeres, lo que limita sus oportunidades de realizarse como trabajadoras; la gente no está procurando relevarlas de sus tareas domésticas. Por ejemplo, se ha propuesto algo llamado el principio del reciclaje de las mujeres. Una mujer trabajaría, digamos hasta que tuviera veinticinco años, luego, cuando se casara y tuviera hijos, abandonaría su profesión por diez o quince años; al final de este tiempo, tendría que ser recontratada y recibir la misma promoción que una mujer que hubiese seguido su carrera durante esos quince años. Uno puede ver el peligro de inmediato: si al contratar a una mujer, alguien piensa que va a trabajar durante cuatro años y luego tendrá que volver a contratarla quince años después, cuando haya perdido sus habilidades profesionales, preferirá no contratarla. Pero lo que se ha discutido sobre todo es la jornada laboral reducida. Se consideró extraoficialmente un proyecto de ley, para que una mujer recibiese el mismo salario que un hombre por un día de trabajo que durara sólo tres cuartos. Se han dedicado muchas reuniones a discutir este problema y, por razones tácticas, el Partido Comunista Francés sostuvo que era necesario obtener para las mujeres el mismo salario que los hombres, aunque la mujer solo trabajaría las tres cuartas partes del día.

Debo decir que, hasta ahora, ha sido muy desgarrador ver a mujeres como las que les he estado contando, venir a explicar durante esas reuniones: "Trabajo como un hombre. Tengo unas jornadas de ocho horas muy duras por día y luego está el tiempo que debo dedicar a cocinar, a lavar

la ropa, a cuidar a los niños. Estoy exhausta, estoy agotada, sería justo que me paguen lo mismo por trabajar tres cuartos del día y no un día entero". Esta demanda es muy comprensible y puede parecer justa. Sin embargo, es muy peligrosa porque, a la larga, terminaría manteniendo la segregación entre hombres y mujeres. Adoptar esta medida sería socavar las oportunidades para las mujeres en la esfera profesional. De hecho, incluso con una economía controlada por el Estado y un mercado laboral controlado por el Estado, sería muy peligroso establecer a priori una distinción entre hombres y mujeres con respecto al trabajo. En una sociedad como la nuestra, una sociedad de la libre empresa es completamente absurdo imaginar que cualquier hombre de negocios sería tan filántropo como si acordara pagar un cierto precio por tres cuartos de un día de trabajo cuando podría tener un día completo por el mismo precio. El resultado sería que ser contratada, lo que, como he dicho, ya es difícil para las mujeres, se volvería completamente imposible. En consecuencia, dar un paso así, a la larga, sería absolutamente desastroso para la condición de la mujer.

Y estoy pensando en esto porque en nuestro país, el debate ha sido y sigue siendo extremadamente apasionado. Realmente, lo único que debe hacerse para mejorar la suerte de la mujer trabajadora no es reducir su trabajo, sino reducir, por el contrario, sus responsabilidades familiares y domésticas. Para hacer esto, necesitaríamos guarderías para bebés y niños, servicios públicos y también un cambio en los hábitos de modo que los hombres estuvieran de acuerdo en compartir realmente con las mujeres todo el trabajo doméstico. Esto no es en absoluto imposible en sí mismo: es una cuestión de mentalidad, una tradición que hay que combatir.

Desafortunadamente, esta no es en absoluto la dirección que está tomando la sociedad francesa actual. Por el contrario, existe una clara voluntad de oponerse a las mujeres que trabajan y de traer a las mujeres de vuelta al hogar. Durante aproximadamente diez años ha habido una campaña considerable en esta dirección en los Estados Unidos. Una feminista estadounidense, Betty Friedan, ha escrito un excelente libro titulado *La mística de la feminidad* en el que describe el compromiso tan deliberado de las empresas estadounidenses para transformar a la mujer en la consumidora ideal[1]. El mercado estadounidense busca aumentar el número de consumidores o al menos multiplicar el número de objetos comprados por cada persona. Las estadísticas han demostrado que el consumidor ideal no es la mujer trabajadora porque compra rápidamente, según sus necesidades, sin tener cuidado en la selección; tampoco es el ama de casa tradicional, porque compra lo mismo que compró su madre y se conforma con lo que compró dos años antes: la consumidora ideal es ella, que fue educada para tener una vida de libertad, una carrera, una vida intelectual, y quien está luego confinada en el hogar. En ella, hay una especie de inquietud, una insatisfacción que expresará comprando refrigeradores, televisores, cambiando los coches cada tres meses y las aspiradoras cada semana, lo que se adapta perfectamente a quienes venden autos y aspiradoras. Moldear a estas mujeres ha sido un trabajo realizado tanto por agencias de publicidad como por todas

[1] Betty Friedan (1921-2006) fue una teórica y líder feminista estadounidense de las décadas de 1960 y 1970. Formada en psicología social en 1963 escribió *La mística de la feminidad* un libro clave en la historia del pensamiento feminista y considerado como uno de los libros de no ficción más influyentes del siglo XX (*N. de los T.*)

las grandes empresas: han logrado aumentar las necesidades de consumo de los estadounidenses a través del consumidor ideal, que es esta mujer.

Resulta una propaganda completa: la mujer sólo puede realizarse a sí misma en su hogar cumpliendo las tareas domésticas que, además, como se explica a las mujeres estadounidenses, son tareas creativas: en la forma en que prepara un plato, limpia la casa. Puede demostrar, según le dicen, tanto poder creativo como si estuviera escribiendo las obras de Shakespeare. Así, hay una gran campaña orquestada en esta dirección. En Francia, estamos viendo un desarrollo muy similar, por razones que son un poco diferentes, ensalzamos todos los valores tradicionales, todos los valores de la feminidad y, en particular, la maternidad. Declaramos que, en primer lugar, una mujer debe cumplir con su "trabajo de mujer", que ser mujer es en sí misma una profesión, que una mujer se mutila y se traiciona a sí misma si no se entrega por completo a las tareas del hogar. Y ésta es la razón por la que les dije que muchas mujeres hoy en día, e incluso las mujeres que hasta este momento les había gustado *El segundo sexo*, declaran hoy que han cambiado, que han comprendido que hay un trabajo de mujeres por realizar que no es en absoluto el mismo trabajo de los hombres. Pero es interesante comprender la respuesta a esta pregunta: ¿por qué se ha detenido el progreso en la situación de las mujeres, que comenzó a tomar forma en su país en 1945? ¿Por qué estamos viendo una regresión en Francia?

Creo que en ambos casos tenemos la misma explicación: pertenecemos a las democracias burguesas y en el corazón de la democracia burguesa hay una contradicción que puede notarse en muchos dominios y entre ellos en el de

las mujeres. Por un lado, la democracia burguesa se llama a sí misma democracia, es decir, un sistema de gobierno en el que existe una igualdad perfecta entre todos los ciudadanos. No hay discriminación, ya sea por motivos de raza o, por supuesto, por motivos de sexo. En consecuencia, las mujeres son iguales a los hombres. Para demostrar esto nos dieron derechos políticos justo después de la guerra, en particular el derecho a votar, y se consideró que estábamos satisfechas con esto, que al otorgarnos estos derechos realmente nos reconocían como iguales a los hombres. Pero, por otro lado, la democracia burguesa es burguesa, lo que implica que el liderazgo del país descansa en cierta clase; esta clase naturalmente desea conservar sus privilegios, su papel principal, es decir, el orden establecido. Estamos tocando un punto extremadamente importante aquí. Se trata de dar la impresión de que estamos viviendo en una democracia y al mismo tiempo mantener el orden establecido que se basa en la desigualdad. En particular, las mujeres se mantendrán en un estado de inferioridad.

Hay varias razones muy precisas para esto. Primero, hay razones económicas. En Francia tenemos alrededor del 26% de las mujeres como fuerza laboral. Creo que en su país la cifra es aproximadamente del 45%, que es mayor, pero en ambos casos no todas las mujeres trabajan y en nuestro país es incluso una clara minoría. Obviamente, si solo el 26% de las mujeres trabajan en Francia, es porque nuestra sociedad actual no exige más. De lo contrario, habría un llamado, presión, y la cantidad de mujeres trabajadoras aumentaría. Esto es lo que sucedió en Francia justo después de la Primera Guerra Mundial: muchos hombres habían muerto en la guerra; se necesitaban mujeres y se recurría a la fuerza laboral femenina. Esto es lo que ayudó a las mujeres a emanciparse. Pero hoy en día, no se puede

aumentar la fuerza laboral femenina. Para dar trabajo a todas las mujeres, se verían obligadas a "tomar", como ellos dicen, "puestos de hombres"; una sociedad a la que le gustaría que las mujeres trabajen en igual cantidad al número de los hombres, hoy en día, requeriría sacar a algunos de los hombres del trabajo. Ninguna sociedad consiente en esto, porque el desempleo masculino se considera una anomalía, lo que demuestra que la sociedad no está bien, mientras que nos parece absolutamente normal que la mayoría de las mujeres no trabajen. Una sociedad que es saludable puede tener un alto porcentaje de mujeres que no tienen empleo. Por lo tanto, no se puede tratar de quitarle el empleo a los hombres para distribuir el trabajo que se realiza entre hombres y mujeres por igual. Se desalentaría la oleada de mujeres con ímpetu para profesionalizarse: se recomendará a las mujeres que se queden en casa y no busquen empleo.

Junto a estas causas económicas y relacionadas con ellas, hay una causa que llamaré de tipo político. Como estaba diciendo más temprano, la política no consiste simplemente en poner una boleta en una urna. Estar verdaderamente politizado significa tomar partido en las luchas sociales, y la única forma de controlar la sociedad, de integrarse realmente en ella, de manera tal que sea capaz de actuar con eficacia, es pertenecer a sindicatos o grupos de presión, para demostrar solidaridad con los demás. Si una mujer está privada de estas posibilidades, también está privada de toda eficacia política. Y el hecho es que, en Francia, salvo algunas excepciones, por supuesto, las mujeres en general están despolitizadas. Sí, votan, pero ¿qué es un voto que no está basado en convicciones, en participación en la vida pública? Toma la apariencia de una abdicación. Y, de hecho, a menudo las mujeres votan para no tener que

preocuparse por la política, lo que significa que votan por el poder establecido. No es en absoluto una casualidad que en nuestro país haya una regresión en el estatus de las mujeres y la existencia de un poder personalista. El poder personal[2] está tanto mejor establecido cuando la nación en su conjunto está más despolitizada. Por lo tanto, es apropiado que las mujeres sean despolitizadas y que constituyan un componente de la despolitización, por lo tanto, que sean garantes de la permanencia del poder establecido. Por lo tanto, por razones económicas y políticas, la sociedad considera ventajoso mantener a las mujeres en el hogar.

Hay una tercera razón: por supuesto, la clase dominante quiere hacer que sus valores morales y sus tradiciones prevalezcan. Ahora, nuestra burguesía moderna, que es industrial y tecnocrática, está volviendo a los valores de la burguesía tradicional: estos son, entre otros, los valores de la maternidad y la subordinación de las mujeres a los hombres. Se retoman de nuevo en el nivel de la superestructura al mismo tiempo que en la infraestructura de la sociedad; la relegación de las mujeres a un papel subordinado es muy útil para mantener el mundo burgués tal y como existe. Por lo tanto, ves que hay un fuerte vínculo entre el estatus de las mujeres y el de la sociedad. Es por eso por lo que comencé por decirles que, en mi opinión, al hablar sobre la condición de las mujeres, les estaba hablando tanto a los hombres como a las mujeres. Porque el hecho de que las mujeres estén subyugadas a los hombres conduce a la esclavitud de los hombres a la sociedad.

[2] "Poder personal" en referencia al gobierno de Charles de Gaulle, quien, como presidente de Francia tenía control personal sobre las políticas del gobierno (*N. de los T.*)

Esto es muy sorprendente en Estados Unidos. La gente ha perpetuado el mito de que el hombre estadounidense está subyugado por la mujer estadounidense. Esto no es cierto en absoluto, como han señalado ciertas feministas estadounidenses en algunos libros excelentes. Los hombres están esclavizados a la organización por medio de mujeres; por ejemplo, si un hombre está obligado por su estatus social a darle un abrigo de piel a su esposa, no es ella quien lo obliga a darle este abrigo. Pero juntos, ellos dos anhelan demostrar su opulencia; se lo deben a sí mismos para mantener su estatus. Y por los gastos que esta exigencia requiere de él, el hombre está a merced de la organización: debe obedecer a las demandas de la sociedad a la que pertenece. Esto es muy sorprendente en América con respecto al consumo. En Francia, el problema es un poco diferente es, sobre todo, político; la actitud apolítica de las mujeres provoca la de los hombres. Si la mujer se encierra en el hogar, también va a encerrar al hombre con ella. Hoy en día, los hombres están mucho menos interesados en las luchas sindicales o en las luchas sociales; en lugar de militar, pasan la tarde con mucho gusto viendo la televisión, lo que les hace encomiar, de una manera totalmente concertada al orden establecido o que les entretiene con películas escapistas. El hombre se encuentra encerrado dentro de la casa por su esposa y con su esposa. Se vuelve más y más despolitizado.

A la inversa, se puede ver que en todos los grandes periodos de emancipación de la mujer también hubo un esfuerzo progresivo dentro de la sociedad. El mejor ejemplo es quizás el de la emancipación de las mujeres estadounidenses en el siglo XIX, antes de la abolición de la esclavitud. Algunas mujeres muy valientes lideraron, de manera concertada, la lucha por su propia emancipación y por la

de los negros. Algunas de ellas comenzaron a ir de ciudad en ciudad hablando en contra de la esclavitud. Fueron atacadas; se les aconsejó: "Ustedes son mujeres, deben quedarse en casa". Fueron llevadas, al hablar en nombre de los negros, a hablar también por sí mismas. Y a la inversa, hubo algunos que comenzaron defendiendo su propia causa y que luego comprendieron que tenían que ampliar su lucha: ya que estaban pidiendo la emancipación de cierto grupo de seres humanos, deberían pedir la de todos aquellos que son oprimidos. Y así, la lucha feminista y la lucha abolicionista se llevaron a cabo en los Estados Unidos en un sólo movimiento. Uno podría encontrar muchos otros ejemplos. Siempre y en todas partes, la lucha por la emancipación de las mujeres está vinculada a la lucha por el progresismo en general. Y a la inversa, diría que no hay posibilidad de emancipación para las mujeres, que no puede haber un verdadero cambio en la condición de las mujeres; sin una transformación de las estructuras económicas.

No quiero decir que el socialismo sea una condición suficiente para que las mujeres sean verdaderamente iguales a los hombres. No conozco ningún país en el que se haya realizado esta igualdad. En la URSS, en Polonia, el estatus de la mujer es claramente inferior al de los hombres. No hay mujeres que sean lideresas políticas importantes, administradoras de alto nivel o funcionarias públicas de alto rango; uno apenas puede citar dos o tres excepciones. Sin embargo, en la URSS, el 95% de las mujeres trabajan. No tienen las situaciones de más alto nivel, pero, sin embargo, han alcanzado un tipo de dignidad, de participación en la vida pública, de autorrealización que no he encontrado en otros países.

Si el socialismo no es una condición suficiente, ciertamente es una condición necesaria. Todas las mujeres trabajarán a partir del día en que haya trabajo para todas las personas, cuando exista una necesidad de sus trabajos, no antes. Pero este trabajo solamente será necesario, el uso completo de los esfuerzos humanos solamente serán necesarios el día en que veamos una reestructuración completa del mundo de la producción.

Concluiré entonces, diciendo que, en mi opinión, el feminismo dista mucho de estar obsoleto y que, por el contrario, debemos mantenerlo vivo. Oponerle algo o negarlo no es una superación, sino una regresión. Pienso que el feminismo es una causa que es común a hombres y mujeres, y que los hombres solo vendrán a vivir en un mundo más justo, mejor organizado, un mundo más decente, cuando las mujeres tengan un estatus más justo y decente. La adquisición de la igualdad entre los sexos es asunto de ambos. Además, las mujeres no deben limitarse a demandas específicas. Deben ampliar su alcance y también deben luchar al lado de los hombres para lograr un cambio general en la sociedad, porque sólo podrán conseguir el triunfo de su propia causa ayudando en el progreso de toda la humanidad.

Las mujeres y la creatividad*

Voy a hablarles hoy sobre la condición de las mujeres otra vez, porque me parece que este es un tema tan candente en Japón como lo es en Francia. Lo voy a considerar desde un ángulo particular. La pregunta que me gustaría examinar es esta: a lo largo de la historia de la humanidad, es claro que los logros de las mujeres en todos los ámbitos —políticos, artísticos, filosóficos, etc.— han sido considerablemente inferiores en número y calidad a los de los hombres. ¿Por qué? ¿Podría haber, como afirman algunos antifeministas, una inferioridad en la naturaleza de las mujeres que les impida unirse con éxito a los logros de los hombres? ¿O la condición de la mujer, tal como la forma la sociedad, influye en sus posibilidades de logro al mantenerla en un estado de inferioridad? Por supuesto, esta última opinión es mía y me gustaría explicarte por qué. Hay una escritora inglesa muy famosa que me gusta mucho, y con la que algunos de ustedes están muy familiarizados: su nombre es Virginia Woolf. Ella ha respondido en cierto nivel a la pregunta que planteo, habiéndose preguntado por qué, en el ámbito literario, las obras de las escritoras inglesas eran muy raras y, en general, de menor calidad. Y en un pequeño libro muy bonito llamado *Una habitación propia*, ella

* Este texto, el segundo de tres conferencias impartidas por Beauvoir durante un viaje a Japón, se presentó el 22 de septiembre de 1966. La transcripción francesa apareció en *Les écrits de Simone de Beauvoir*. Paris: Gallimard, 1979 (*N. de los T.*)

ha respondido de una manera muy simple y verdadera, creo. La primera condición para escribir es tener una habitación propia, un lugar donde uno pueda retirarse durante varias horas, sin interrupciones, donde uno pueda reflexionar, escribir, releer lo que ha hecho, criticarse a sí misma y estar sola consigo misma. En otras palabras, la habitación es a la vez una realidad y un símbolo. Para poder escribir y para poder lograr algo, primero uno debe pertenecer a sí misma. Pero tradicionalmente, las mujeres no se pertenecen a sí mismas. Una mujer pertenece a su esposo y a sus hijos. En cualquier momento, el esposo o los hijos pueden ir a pedirle una explicación, una mano o un favor que ella está obligada a cumplir. Ella pertenece a la familia, al grupo; ella no pertenece a ella misma. Bajo estas condiciones, escribir es, si no imposible, al menos una tarea extremadamente difícil. Virginia Woolf tomó el ejemplo de Shakespeare. Ella imagina lo que hubiera pasado si una niña extremadamente talentosa hubiera nacido en el lugar de Shakespeare, exactamente en su lugar. Ella muestra que le hubiera sido imposible crear algo. Ella se habría quedado en casa, cocinando y cosiendo; se habría casado y habría tenido hijos. Es imposible imaginar que hubiese obtenido la educación que Shakespeare tuvo, o que se hubiera convertido en actriz o dramaturga. Ella no habría sido Shakespeare; ella no habría sido nada. También intenté, en *El segundo sexo*, un análisis similar sobre Van Gogh[1]. Intenté mostrar que una niña nacida en el lugar de Van Gogh no habría tenido las oportunidades que él tenía; su vida en Borinage, los contactos sociales que le permitieron desarrollar sus pensamientos y su personalidad, y el resto de su existencia. En resumen, estoy completamente de acuerdo

[1] *Cfr*. Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2015, p. 883 (*N. de los T*.)

con Virginia Woolf. Hemos dicho lo mismo: no importa cuán talentoso sea un ser en el momento del nacimiento, estos dones permanecerán estériles si las condiciones sociales o las circunstancias circundantes impiden su explotación. Eso es lo que Stendhal, que era un gran feminista, expresó en este llamativo giro de la frase: "Cualquier genio que nace mujer está perdido para toda la humanidad".

Muy bien, uno podría decir; ha sido así hasta ahora. Pero durante al menos veinte años, las mujeres han tenido las mismas oportunidades que los hombres; ellas votan, pueden elegir las profesiones que desean, y, sin embargo, no hemos visto durante estos últimos veinte años ningún logro verdaderamente grande por parte de las mujeres. Es verdad. Pero me gustaría mostrar de hecho que es absolutamente falaz afirmar que las mujeres y los hombres han tenido las mismas oportunidades durante los últimos veinte años. Voy a mostrar precisamente cómo esto no ha sucedido.

Primero consideremos las carreras de mujeres: ya he hablado un poco sobre esto en mi conferencia anterior, pero quiero volver a abordar este tema desde un ángulo diferente. Ciertamente es cierto que hay mujeres abogadas, doctoras, ingenieras y arquitectas, pero los nombres más importantes de abogados, ingenieros, médicos y arquitectos en Francia son los nombres de los hombres. ¿Por qué? ¿Hay algo dentro de las mujeres que las destina a la mediocridad? Echemos un vistazo más cuidadoso. En primer lugar, como dije el otro día, sólo un número muy limitado de mujeres ejercen estas profesiones. Ahora, una ley estadística establece que cuanto mayor sea el grupo, mayores serán las posibilidades de que uno de sus miembros se distinga. Si, en igualdad de condiciones, seleccionara al azar

un grupo de cien estudiantes de medicina y luego un grupo de diez más, y si me preguntaran qué grupo produciría un gran líder o un gran investigador que sería ilustre en el campo de la medicina, apostaría a priori en el grupo de cien. Y tendría una oportunidad de diez a uno de ganar. Es una verdad muy básica, pero desafortunadamente muy poco conocida. Las mujeres en todas estas ramas son mucho menos numerosas que los hombres, por lo que las posibilidades son mucho mayores de que sea un hombre y no una mujer quien logre grandes cosas. En segundo lugar, las mujeres enfrentan una barrera en todas las profesiones. Esta barrera las detiene en un cierto punto; no ganan tanto dinero como los hombres, no alcanzan el mismo nivel o título, y lo que parece incluso más importante para mí, no logran adquirir el mismo talento. El talento no es algo dado como lo que se llama genio. Es algo que se conquista. Si tiene que enfrentar dificultades y trabaja para superarlas, se lleva a superarse. Si permanece en un dominio fácil, se mantendrá en un nivel fácil. Si, por prejuicio antifeminista, uno se niega a confiar casos difíciles a una abogada o una doctora, nunca tendrán la oportunidad de demostrar realmente de lo que son capaces. Demostrar de lo que eres capaz siempre es superar, de alguna manera, de lo que eres capaz; es ir aún más lejos: atreverse, buscar, inventar. Es entonces cuando se afirma, descubre y realiza un valor. Pero esta oportunidad se les niega a las mujeres. Ellas mismas dudan en aventurarse en dominios muy difíciles. En primer lugar, están sujetas a todas las servidumbres familiares de las que hablé el otro día. Tienen preocupaciones y están obligadas a pensar en otras cosas además de sus carreras; deben compartir su tiempo entre su trabajo profesional y el trabajo que hacen en casa. Entonces no se atreven a lanzarse por un camino difícil. Y creo que aquí estoy tocando lo que quizás sea lo más importante. Las mismas

mujeres, en la medida en que intentan algo, no lo intenten con la misma audacia y la misma esperanza que los hombres. Son golpeadas antes de que comiencen porque saben que la sociedad no les dará su oportunidad. ¿De qué sirve aspirar a practicar medicina general o convertirte en una gran psiquiatra o una gran especialista cuando sabes que no tendrás el apoyo necesario o la clientela necesaria? Entonces, muy sabiamente, te limitas a la ginecología, la pediatría o la enfermería; aceptas puestos menores que tus colegas masculinos no quieren, porque piensas que después de todo, si muestras más ambición estás perdiendo tus esfuerzos. Esto, de hecho, les ha sucedido a muchas mujeres que sirven como un ejemplo desalentador para las demás. Además, dado todo lo que acabo de decirles —el pequeño número de mujeres que trabajan y el hecho de que las mujeres trabajadoras siguen siendo la excepción— la ambición de una mujer se encuentra automáticamente más limitada que la de un hombre. Me llamó mucho la atención la reacción de una joven directora de cine en un momento en que las mujeres nunca ejercían esa profesión. Le estaba preguntando sobre sus ambiciones y sus proyectos. Y ella respondió: "¡Oh! Ya es bastante difícil, ya lo suficientemente excepcional como para ser una mujer directora en Francia. ¡Si además tuviera que ser una gran directora, sería demasiado!". Estaba completamente satisfecha de ser una directora, incluso una mediocre. Su ambición era limitada por dos razones al mismo tiempo: porque no creía que nadie le diera los medios para hacer grandes películas, y porque era suficiente para ella, dada la situación, hacer películas menores.

Finalmente, hay otra razón que convence a las mujeres para que estén contentas con poco. Dado el carácter dividido de la condición de la mujer, y dado que la mujer que

trabaja también quiere tener una vida feliz, un hogar exitoso y una vida amorosa, le parece prudente ser modesta en el plano profesional. Un hombre tiene el privilegio de que cuanto más grande sea un médico, cirujano o abogado, más atractivo se le considera. Su esposa lo admira y está feliz por eso. Una mujer, por el contrario, si tiene demasiado éxito, corre el riesgo de desalentar, molestar y humillar a su marido. Ella no se atreve. Hace veinte años, cuando visité algunas universidades femeninas en América, hablé con estudiantes que parecían, a juzgar por sus conversaciones, capaces de gran brillantez y cuyos profesores me dijeron que sólo obtuvieron calificaciones mediocres. Entonces me pregunté por qué. Muchos me dijeron francamente: "Bueno, nuestras notas no deben ser demasiado bajas porque entonces pareceríamos imbéciles, pero si nuestras notas son demasiado altas, parecemos pedantes e intelectuales, y por lo tanto no nos casaremos. Queremos hacerlo bien en nuestros estudios, siempre y cuando no impida que un hombre se case con nosotras". He visto otros casos, entre parejas casadas. Tenía una amiga, más joven que yo, que se estaba preparando para una *agrégation* en filosofía[2]. Su marido también lo era. Mi amiga sólo tenía un temor: que ella sería aceptada y que su marido fracasaría. Y al final, a pesar de que estaba perfectamente preparada, hizo todo lo posible para fallar, mientras su marido fracasó. Son una pareja bastante feliz, pero la joven todavía siente algo de arrepentimiento porque cree que podría haber tenido éxito en su vida profesional mejor que él. Muchos casos similares se pueden encontrar hoy en Francia. Se puede decir entonces, que la mediocridad profesional

[2] La *agrégation* es el examen de último nivel para acceder a la formación de posgrado en Francia (*N. de los T.*)

de las mujeres se explica por una serie de circunstancias que vienen, no de su naturaleza, sino de su situación.

Ahora consideremos el dominio que es más particularmente el tema de esta conferencia: el de la creación artística y literaria. Se podría decir que en este dominio uno depende mucho menos de los demás que cuando uno persigue una carrera. Uno no tiene jefe ni clientes. La mujer que se queda en casa tiene mucho tiempo libre. Ella tiene mucho más tiempo para crear y autorrealizarse que el hombre que pasa sus días en una oficina. ¿Por qué no aprovecha mejor su libertad?

Primero, pregúntenos por qué, durante todo el tiempo y aún hoy, vemos muy pocas mujeres que son pintoras y escultoras. Tratemos de examinar su situación en detalle. Primero, vamos a ver los mismos factores en juego como aquellos que se presentan en el curso de una carrera. Un niño que quiere convertirse en escultor o pintor encuentra poco apoyo en su familia, por lo que está más o menos obligado a luchar por ayuda en su largo aprendizaje de pintura o escultura. Pero para una mujer es peor. Ella es tratada como una loca y es redirigida a trabajos más femeninos: estenografía o corte y confección. Muy, muy raras son las mujeres que logran recibir una formación seria en pintura o escultura. De nuevo, naturalmente, las estadísticas desempeñan un papel: cuantas menos mujeres hay que intenten esculpir o pintar, menos habrá que tengan éxito en la producción de grandes obras. Luego, la barrera de la que he hablado también juega un papel aquí, porque estas son ocupaciones que requieren grandes sumas de dinero. Es costoso tener un estudio, yeso o mármol, tubos de pintura y lienzo. Estas ocupaciones requieren un considerable apoyo financiero. A veces, amigos o familiares pueden

brindar este apoyo. Lo proporcionarían para un hombre, pero no para una mujer. Consideremos lo que Theo Van Gogh hizo por su hermano Vincent, lo apoyó económicamente durante toda su vida y por lo tanto le permitió convertirse en un gran pintor. Es difícil imaginar a un hermano o padre haciendo lo mismo por una hermana o una hija. Ellos carecerían de confianza; el caso les parecería anormal; no existe ningún ejemplo de tal comportamiento.

Además, para ganar dinero, uno debe contar con el respaldo de los marchantes o coleccionistas de arte. Ahora estoy bastante familiarizada con el mundo del arte, y sé que un coleccionista de arte o un distribuidor no invertiría en una mujer joven. Él encontraría razones; él diría: "se casará y dejará de pintar", o si ya está casada, "tendrá hijos y luego dejará de pintar", o si ya tiene hijos, "tendrá más hijos y abandonará la pintura". Siempre piensan que un día la mujer lo abandonará; ella es, por lo tanto, una mala inversión. En realidad, esta racionalización esconde un pensamiento mucho menos racional: la verdad es que se piensa: "Ella es una mujer; por lo tanto, ella no tiene talento". Y al hacerlo, se niegan los medios para adquirirlo o se muestra que tiene algo de eso, lo que termina reforzando el prejuicio: ella es una mujer; por lo tanto, ella no tiene talento.

Además, las dificultades que una mujer tiene que enfrentar si al principio no se gana la vida como artista son absolutamente aterradoras. Un niño que apenas se gana la vida como pintor y que dirige lo que se llama un estilo de vida bohemio, pobremente alojado, mal vestido, sin estatus social, pasando el rato en cualquier café antiguo, es considerado un artista. Él encaja en una categoría y es aceptado; su originalidad es un signo de su vocación y una

promesa de talento. Si una mujer vive de la misma manera, ella sufre más. No tener una casa y vestimenta adecuada es mucho más contrario a la imagen tradicional que se le ha dado a ella. Debe entenderse que cada mujer, incluso la más emancipada, está profundamente influenciada por su educación. Una mujer dudaría; muchas no tendrían el coraje de llevar ese tipo de vida. Y si una de ellas tiene el coraje, sería señalada: no sería una artista, sino una loca, un monstruo. Se necesita mucho más coraje para que una mujer se enfrente a este tipo de vida que para un hombre. Además, si se casa y tiene hijos, se vuelve absolutamente imposible para ella seguir trabajando. Conozco a muchas mujeres jóvenes que comenzaron a pintar, pero que se vieron obligadas a dejar el hábito porque esa ocupación exige ocho o diez horas de trabajo cada día, y no es posible encontrar ese tipo de tiempo mientras dirigen la vida de una ama de casa, esposa y madre. A lo sumo, si el esposo tiene buena voluntad, su esposa podría lograr pintar o esculpir, pero con la condición de no tener hijos. Ahora bien, esta es una decisión grave que debe tomar una mujer; para muchas mujeres, la elección entre la maternidad y una carrera creativa genera un conflicto amargo. Los hombres no tienen que enfrentar esta elección; ellos pueden perfectamente ser un padre, tener un hogar, una esposa, hijos y una vida afectiva plena y exitosa, todo mientras se es creativo.

Hay mujeres obstinadas que eligen sacrificar todo para pintar o esculpir. Pero prestan tanto esfuerzo en esta lucha, tanta energía al confrontar a la opinión pública y triunfar sobre sus resistencias internas, que se encuentran mucho menos disponibles para su trabajo que un hombre que se libra de estas dificultades. Ahora la disponibilidad es una de las condiciones más necesarias para el florecimiento de lo que se llama genio. Para elevarse a un nivel de creación

notablemente superior, uno debe apuntar exclusivamente a ese objetivo, en completa libertad y sin preocupaciones externas. Hay un gran artista al que conocía bien y al que admiro profundamente con el que seguramente está familiarizado: su nombre es Giacometti. Su modo de vida era absolutamente extraordinario. Incluso cuando ganaba mucho dinero, era tan indiferente a las contingencias materiales que vivía en una especie de choza que se filtraba en los días lluviosos; recolectaba el agua en cuencos que tenían agujeros, por lo que el agua corría por el suelo y no le podía haber importado menos. Tenía un pequeño e incómodo estudio donde trabajaba toda la noche, durmiendo siempre que le daba la gana: a las cinco o las seis de la mañana o al mediodía. Arrojaba cualquier cosa vieja para vestirse, usaba un cordel como cinturón para sostener sus pantalones, y sus manos estaban cubiertas de yeso. No le importó ni un poco, y todos pensaron que era normal que él viviera de esa manera; él era un artista; todo lo que hizo fue aceptado. Y, en particular, su esposa se sometió a este tipo de existencia. Por lo tanto, no tenía absolutamente ninguna preocupación, excepto su esculpir. No es necesario hacer un gran esfuerzo de imaginación para ver cuál sería el destino de una mujer que intentara imitar a Giacometti. Ella sería ingresada en un manicomio, o al menos sería considerada una loca. No se puede suponer que un marido acepte acomodarse a tal ritmo de vida; cualquier vida social estaría prohibida para ella. Y, en verdad, ella misma rechazaría este tipo de existencia; ella no tendría ningún conocimiento interno de esta libertad suprema que era la de Giacometti. Y es por eso por lo que tenemos mujeres escultoras en Francia y mujeres pintoras —hay incluso al-

gunas a las que considero artistas muy grandes como Germaine Richier[3] y Vieira da Silva[4]— que, sin embargo, no han alcanzado la grandeza de un Giacometti o un Picasso. Y aquí llego al punto esencial que nos permitirá comprender por qué en el dominio de la literatura, un dominio que parece muy accesible para las mujeres, éstas siguen siendo, salvo raras excepciones, inferiores a los hombres. Cuando se trata de explicar los límites de los logros de las mujeres, su condicionamiento interior es mucho más importante que las circunstancias externas de las que he hablado hasta ahora.

Con la literatura, abordamos el dominio donde los antifeministas parecen tener las mejores cartas de triunfo. De hecho, aunque una niña de dieciocho años no ha adquirido los rudimentos de la escultura o, incluso, a menudo la pintura, cada joven que pertenece a la clase privilegiada ha aprendido el arte de la escritura, y muchas veces de una manera muy extensa. La literatura no es un dominio extraño para ella. Ella ha leído. Ha escrito documentos, ensayos y cartas. Ella habla y se expresa a sí misma. En este dominio ha tenido un entrenamiento tan sólido como su hermano. Y es mucho más fácil sentarse en la esquina de

[3] Germaine Richier (1904-1959) fue una escultora francesa de figuras provocativas y biomórficas. La controversia mayor que rodeaba la obra de Richier vino con su creación de una estatua de Cristo para la iglesia de Notre-Dame de Toute Grâce du Plateau d'Assy. Pretendía representar el tormento espiritual y físico de Cristo, se ordenó que la escultura se ocultara por orden del obispo de Annecy (*N. de los T.*)

[4] Mariea Elena Vieira da Silva (1908-1992) fue una pintora portuguesa de composiciones intrincadas y semiabstractas. Tuvo que emigrar a Brasil durante el periodo de la Segunda Guerra Mundial y una vez finalizado este conflicto bélico de talla mundial, regresó a Europa instalándose en París definitivamente hasta su muerte (*N. de los T.*)

una mesa con un lápiz y papel que tener un estudio, lienzos y pinturas.

Sí, en la superficie, la situación parece favorable para la mujer que quiere escribir. Hay un cierto número de ellas que viven en la condición descrita por Virginia Woolf: no tienen habitación propia. Pero también hay quienes tienen algo de tiempo para sí mismas, una vez que sus hijos crecen, e incluso antes, en familias acomodadas donde la mujer tiene ayuda. Ni la falta de entrenamiento ni la falta de tiempo les impide darse cuenta. La mejor prueba es que hay muchas mujeres que escriben. De la avalancha de manuscritos recibidos cada año por editoriales francesas, un tercio de ellos están escritos por mujeres. Sé por experiencia que las mujeres tienen tiempo para escribir, porque personalmente recibo una gran cantidad de manuscritos provenientes de mujeres que, al no tener nada que hacer, deciden probar suerte en la literatura. ¿Por qué hay tan pocos de tantos que valen algo? Y entre los que valen algo, ¿por qué hay tan pocos de ellos realmente de primera clase?

La primera razón es que, contrariamente a lo que creen las mujeres que escriben porque no tienen nada que hacer, uno no se convierte al azar en escritora. Escribir es el resultado de una vocación; es la respuesta a una cierta apelación, algo que generalmente se escucha a una edad muy temprana. Hay excepciones, vocaciones que vienen más tarde en la vida, como la de Jean-Jacques Rousseau, por ejemplo. Pero la mayoría tiene sus raíces en el individuo desde la infancia. La vocación de Mozart se decidió a los cinco años, la de Flaubert a los nueve, y podría citar muchos otros ejemplos. Pero en este plano, todo alienta al niño a ser ambicioso, mientras que nada alienta a la niña en esa dirección. Uno debe tener una enorme ambición de querer

escribir, es decir, volver a crear el mundo de cierta manera y hacerse cargo de él nuevamente para mostrarlo a los demás. Se alienta al niño a ser ambicioso porque pertenece a la casta superior. Le dicen de inmediato: "Eres un niño; no debes comportarte así; eres un niño, entonces debes obtener buenas calificaciones en la escuela; no debes llorar, etc." Este ideal viril se le presenta de inmediato y presupone que siempre debe superarse a sí mismo. Al niño se le enseña que él mismo debe superarse a sí mismo. Además, el psicoanálisis nos enseña que el complejo de Edipo en niños pequeños se manifiesta por el amor a su madre y por una rivalidad muy violenta con su padre. Quiere igualar a su padre e incluso superarlo. La ambición, por lo tanto, se implanta en él mediante su educación y su afectividad espontánea, lo que significa que las raíces de su ambición son extremadamente profundas. Ahora bien, el correlato de esta exigencia que la sociedad le impone es un sentido bastante trágico de abandono y soledad. Se le pide que se destaque por encima de todos los demás, para elevarse por encima de todos sus compañeros; se siente solo; está asustado y abrumado. Experimenta lo que el existencialismo ha llamado desesperanza. Y lo experimenta con angustia. Y una de las razones que impulsa a la mayoría de los artistas y escritores a crear es precisamente su reacción contra el abandono y la angustia. Ambicioso y al mismo tiempo sintiéndose contingente y abandonado, el niño realmente tiene todas las razones para querer "hacer algo" y en particular para querer crear, escribir. Si consideramos a la niña, las cosas pasan completamente de otra manera. Clásicamente, comienza a identificarse con su madre, que en la mayoría de los casos es una mujer tradicional: un ser relativo y secundario. Entonces aprende a identificarse con un ser relativo y secundario. En sus juegos, fantasías y mi-

tos, sueña consigo misma de esta manera, que es una manera de negar y eliminar la ambición. Más tarde se identifica más o menos con su padre. Pero en ese momento, cuando el complejo de Edipo se desarrolla en ella y comienza a ver a su madre como rival y estar más o menos enamorada de su padre, ya tiene once o doce años; ella ya está acostumbrada a la modestia y ama a su padre humildemente, considerándose a sí misma como inferior a él. Ella no pretende igualarlo. Todo lo que ella quiere es ser su discípulo, su reflejo, algo muy modesto comparado con lo que él mismo era. Y como ama a su padre, si él, como la mayoría de los hombres, tiene una imagen tradicional de mujer y quiere que su hija se convierta en una buena esposa, una buena madre, una mujer de sociedad y una ama de casa consumada, ella controlará un poco de la ambición que podría tener y elegirá convertirse en una madre y ama de casa consumada. Además, debido a que carece de ambición y se considera a sí misma como un ser relativo, se siente protegida por la sociedad. No se le pide que destaque o sea autosuficiente, y cree que primero su familia y luego su esposo se harán cargo de ella a lo largo de su vida; ella experimenta el abandono y la angustia de existir menos que el niño pequeño, y por lo tanto tiene menos necesidad de superar y recrear este mundo en el que ha sido arrojada. Se siente la necesidad de construir una obra mucho menos que como el niño lo hace; ella es más conformista que él, y el conformismo es todo lo contrario de la creación, que comienza cuestionando la realidad dada. Por lo tanto, por todos estos motivos, las niñas pequeñas tienen una vocación creativa mucho más raramente que los niños. Sin embargo, les sucede a ciertas chicas, y no tengo tiempo suficiente para ampliar este punto, pero creo que sería muy interesante considerar las condiciones particulares en las

que ciertas mujeres han tenido una vocación como escritoras en un momento determinado a edad temprana.

Al examinar varios casos, una cosa me llamó la atención: la mayoría de las mujeres que habían tenido la vocación de escribir se salvaron de la identificación con su madre, o al menos tenían un padre que era ambicioso para ellas y que las empujó a convertirse en escritoras. Virginia Woolf es un ejemplo sorprendente. Cuando era muy pequeña, su padre la trataba como a un niño; todas las ambiciones que podría haber tenido para un niño fueron transferidas a ella. Ella siempre había sido animada a escribir; ella se convirtió en la escritora en la que se convirtió de acuerdo con los deseos paternos. Lo que me sorprendió al estudiar a la gran escritora Murasaki Shikibu[5], fue encontrar la presencia de su padre en sus recuerdos de la infancia. Ella dice que cuando su hermano estudió chino, tuvo muchos problemas para aprender los caracteres de esa lengua, mientras que ella los aprendió muy rápido. Y el padre básicamente dijo: "¡Qué lástima que ella no sea el niño!" Es sólo una pista, ya que ella no relata muchos detalles de su infancia, pero esta pista me parece muy interesante porque en el origen de esta gran obra realizada por una mujer —la obra más grandiosa del mundo, creo, que ha sido realizada por una mujer— hay una presencia paterna que comienza en la infancia. Pero no tengo tiempo para expandirme sobre eso; requeriría un estudio muy detallado y matizado. Simplemente quería hacerte reconocer y entender que el talento y el genio son la respuesta a una vocación. Pero tal vocación no se fomenta en las mujeres, como regla general,

[5] Murasaki Shikibu (973-1024) fue una escritora japonesa autora en el siglo XI de la primera novela japonesa: *Genji Monogatari* (La novela de Genji), obra que también se ha considerado la primera novela moderna del mundo (*N. de los T.*)

mientras que, por el contrario, todo en la educación del niño lo impulsa hacia ello.

Ahora, consideremos la situación de las mujeres adultas. Vamos a ver que es favorable hasta cierto punto, pero sólo hasta cierto punto, para la realización de una obra literaria. Para crear, como decía, uno debe tener la voluntad de darse al mundo para ser visto; por lo tanto, uno debe verlo, y por lo tanto uno debe estar a cierta distancia de él. Cuando uno está completamente inmerso en una situación, uno no puede describirlo. Un soldado no puede escribir sobre una batalla cuando está luchando en ella. Pero si uno es completamente ajeno a una situación, tampoco se puede escribir al respecto. Si alguien trata de *contar* una batalla *fruto de la casualidad*, sin haber visto una, sería detestable. La posición privilegiada es la de la persona que está ligeramente marginada: un corresponsal de guerra, por ejemplo, que comparte en parte los riesgos de los combatientes, pero no completamente; él está incluido, pero no completamente involucrado. Él es el que está mejor ubicado para describir una batalla. Bueno, las mujeres están, en cierta medida, en esa situación.

Como este es un mundo masculino, las grandes decisiones, las grandes responsabilidades y las acciones importantes recaen en los hombres; las mujeres viven en los márgenes de este mundo. Acceden a él solo a través de su vida privada, a través de los hombres, de manera mediata, en lugar de hacerlo directamente. Las mujeres tienen mucho más tiempo de ocio que los hombres, es decir, no sólo el tiempo sino también la disposición interna para vigilar, observar y criticar. Son espectadoras listas, y esa es una posición privilegiada para cualquiera que quiera escribir. Una

vez más, tomaré como ejemplo a su gran escritora Murasaki Shikibu. Estaba maravillosamente bien situada para escribir la gran novela que escribió, que ofrece la imagen más extraordinaria imaginable de la corte a principios del siglo XI. Ella vivía en la corte; ella era lo que en Francia llamamos una dama de honor, muy cercana a la Emperatriz, y sin embargo no tenía las responsabilidades de un hombre; ella no era ni una funcionaria importante del gobierno, ni guerrera, ni diplomática; ella no actuó. Fue incluida sin involucrarse, que es una posición privilegiada. No es tan sorprendente, después de reflexionar, que fue una mujer y no un hombre quien escribió *La novela de Genji*. La compararía con una mujer cuyas obras son mucho menos importantes, pero que es muy querida y significa mucho para nosotros en Francia: Madame de La Fayette[6]. Ella también, varios siglos después, describió en una novela las costumbres y modales de la corte francesa. Los describió con un impresionante don de observación, sensibilidad crítica y mucho talento. Madame de La Fayette también estaba vinculada a la Corte sin que, sin embargo, se le imputaran cargos oficiales allí. Ella estaba admirablemente situada para darnos una descripción de sus modales. Como podemos ver, las mujeres, situadas algo al margen de la sociedad, se encuentran en una buena posición para escribir obras literarias. Es por eso por lo que existe una gran cantidad de obras exitosas e importantes de mujeres.

Sin embargo, en los trabajos de las dos mujeres que acabo de comparar, algo me sorprende: ambos se mantienen de acuerdo con la sociedad de su tiempo. Murasaki

[6] Marie-Madeleine Piochet de la Vergne, condesa de La Fayette, más conocida con el nombre de Madame de La Fayette (1634-1693) fue una escritora francesa que escribió la primera novela histórica francesa *La Princesa de Cléves* (*N. de los T.*)

Shikibu, por ejemplo, tiene mucho cuidado de decirnos: "Soy mujer, así que no hablo chino", lo cual es falso, pero ella no quiere parecer pedante ni ser un marimacho. De vez en cuando, ella también se para y dice: "No contaré esta historia en particular; no es apropiado para una mujer". Básicamente ella está jugando, de una manera completamente encantadora, por cierto, a ser la mujer tradicional, la mujer que no sabe nada y que cuenta una historia como por casualidad, pero que no es en absoluto pedante y no rompe con la imagen tradicional de las mujeres. Del mismo modo, Madame de La Fayette no cuestiona la moral y los modales que ella nos describe. Ella los aprueba. Ella aprueba, al menos en su novela, la desigualdad que existe entre hombres y mujeres en la vida sexual y conyugal de su tiempo. Es por eso por lo que he dicho que las mujeres están bien posicionadas para describir la sociedad, el mundo y la época a la que pertenecen, pero sólo hasta cierto punto. Las grandes obras de arte son las que ponen en tela de juicio el mundo entero. Pero las mujeres no hacen eso. Critican y cuestionan los detalles, pero para poner en tela de juicio al mundo por completo, uno debe sentirse profundamente responsable de ese mundo. Sin embargo, las mujeres no son responsables del mundo, en la medida en que es un mundo de hombres; no efectúan esta toma de control nuevamente que caracteriza a los grandes creadores. No desafían radicalmente al mundo, y es por eso por lo que ninguna mujer en la historia de la humanidad ha creado un gran sistema religioso o filosófico, o incluso una gran ideología. Para eso, uno debe de alguna manera hacer una *tabula rasa* de todos los datos —como Descartes hizo una *tabula rasa* de todo conocimiento— y comenzar de nuevo. Y debido a su condición, ¡las mujeres no están en posición de hacer eso!

Habrá objeciones de que todo esto es ciertamente válido cuando se trata de mujeres en el pasado, pero para las mujeres de hoy, la situación ha cambiado por completo. Las mujeres deberían poder hacerse cargo del mundo de nuevo y sentirse tan responsables de él como los hombres. Por lo tanto, podrían impugnarlo de la misma manera, demolerlo para reconstruirlo. Pero esto no es cierto, porque no debemos subestimar la importancia no sólo de la educación, sino de todo el contexto en el que se inscribe la vida de una mujer y que sigue siendo la misma que en el pasado.

Las mujeres están marcadas, repito, no sólo por la educación que reciben directamente de sus padres y maestros, sino también por lo que leen y los mitos que se les comunican en los libros que leen, incluidos los escritos por mujeres. Están marcadas por la imagen tradicional de la mujer, y romper con ella es algo muy difícil para ellas. A menudo, una mujer escribirá mientras está encerrada en su mundo privado, permaneciendo confinada en ese pequeño universo suyo. Así que ella escribe más o menos para matar el tiempo, y hay una expresión muy poco amable utilizada para designar este tipo de libro: se llaman *ouvrage de dames*. Y, de hecho, muy a menudo uno tiene la impresión de que las mujeres escriben a medida que bordan o pintan con acuarelas: para pasar el tiempo. Algunas muestran talento, es decir que son bastante buenas para describir este pequeño mundo muy cerrado, muy limitado, que es el suyo. Sus libros son encantadores y se leen con cierta cantidad de diversión, pero tienen poco impacto. Además, los factores que mencioné anteriormente con respecto a las carreras de las mujeres —la timidez ante los hombres y el temor a perturbar la paz del hogar si uno tiene demasiado éxito— también juegan un papel en este ámbito. Recuerdo

a una mujer joven que me había traído un manuscrito que no estaba tan mal, y le dije que con un poco de audacia y un poco de confianza en sí misma, y también en el trabajo, tendría éxito en escribir un buen libro. Su respuesta fue: "Sí, me gustaría escribir un buen libro, pero en el fondo no quiero. Mi esposo está muy feliz de que escriba porque me mantiene en casa. No salgo, no coqueteo, y eso está muy bien. Pero si tuviera éxito, no sé qué ocurriría con mi matrimonio". He visto a otras mujeres que han escrito un primer libro exitoso, y que se han detenido allí porque su éxito causó problemas entre ellas y sus maridos. Obviamente, esas eran mujeres cuyas vocaciones no eran muy firmes. Pero quién sabe hasta dónde podrían haber llegado si no hubieran sido detenidas desde el principio por tantas consideraciones que no tienen nada que ver con la literatura.

Por supuesto, no todas las mujeres son así. Algunas desafían esta imagen tradicional e intentan crear trabajos exigentes e importantes. Aprenden lo esencial de sus vidas en sus escritos. Hoy en Francia, escribir es lo que cuenta sobre todo para ciertas mujeres, y todo lo demás está subordinado a ellas. Su vida práctica se organiza en torno a su escritura y, es más, están interesadas en el mundo; tienen actividades sociales y políticas y son iguales a muchos hombres escritores en su modo de vida y en sus logros. De todos modos, en ninguna de estas mujeres se puede encontrar lo que yo llamaría un cierto extremismo porque siguen obsesionadas por los mitos de la feminidad. Una vez más, tomo el ejemplo de Giacometti; estaba un poco loco cuando dijo que quería "retorcer el cuello de la escultura". Era una ambición desmesurada y podría haber parecido arrogante si no fuera al mismo tiempo un acto de fe y una exigencia.

Cuando Giacometti hablaba de retorcer el cuello de la escultura, era hermoso porque significaba varias cosas: "Creo que podré producir estatuas que nadie ha hecho antes y resolver problemas que nunca se resolvieron, y si no, entonces ni esculpir ni pintar lo valen. Podré eliminar la porción de fracaso contenida en cualquier trabajo". Pero este acto de fe fue al mismo tiempo la declaración de una exigencia, lo que significaba: "No estaré contento con ninguno de los bustos o estatuas que tengo hechos hasta ahora, incluso si todo el mundo los admira e incluso si alguien me paga millones por ellos. Eso no es lo que quiero. Exijo más; espero mucho más de mí mismo". Esta fe y esta exigencia, empujadas a tal punto, se encuentran en sólo cinco o seis personas por siglo. Las condiciones deben ser las adecuadas para que puedan florecer, y la primera de estas condiciones es ser un hombre. Una mujer no tiene suficiente confianza en sí misma porque nadie más tiene suficiente confianza en ella, y tampoco ella tiene la más alta exigencia, lo que por sí sólo puede conducir al más alto logro. Por falta de exigencia, ella no tiene esa paciencia larga que Buffon dijo que era la verdadera esencia del genio. Estas cualidades le son negadas no por un defecto en su naturaleza, sino por todo el condicionamiento al que está sujeta.

Por lo tanto, en conclusión, diré que muchas personas han tenido una idea absolutamente errónea sobre lo que es la creación. Imaginan que es una secreción natural, que el artista o escritor produce obras de arte como una vaca da leche, y que la naturaleza de las mujeres es tal que impide esta fertilidad. En verdad, la creación es un proceso extremadamente complejo, condicionado por la sociedad como un todo. Es comprensible, entonces, que dado que las circunstancias son absolutamente diferentes para hombres

que para mujeres —la condición de las mujeres es desigual a la de los hombres y sus posibilidades son muy inferiores— sus logros también serían inferiores. No se puede afirmar que las mujeres, con las mismas oportunidades, tendrían menos éxito que los hombres, si sus posibilidades fueran realmente iguales. No lo son, nunca lo han sido, y no están hoy en ningún país del mundo. Tal vez una mujer que tiene veinte años hoy sorprenderá a la posteridad, no podemos saberlo. Lo cierto es que su madre y su abuela han sido condicionadas por modelos tradicionales. Las mujeres de veinte años o sus nietas tal vez produzcan obras iguales en número y valor a las de los hombres. No podemos saberlo ya que nunca se han cumplido las condiciones de igualdad. E insisto en esto, y lo he elegido como tema para esta conferencia, porque es un círculo vicioso del cual me gustaría que las mujeres escapen. La gente les dice una y otra vez que las mujeres en el pasado no han hecho nada grandioso para desalentarlas. Básicamente están diciendo: "Sean razonables; nunca harán nada grandioso, así que no vale la pena intentarlo". Y, dada la enorme presión de la opinión pública, las mujeres con demasiada frecuencia se dejan convencer. Me gustaría que entiendan que las cosas no son para nada así. Es porque no han tenido la oportunidad de haber hecho algo más. Si luchan por sus posibilidades, están luchando por sus logros al mismo tiempo. No deben dejarse intimidar por el pasado porque, en general, en este dominio como en todos los demás, el pasado nunca puede usarse para negar el futuro.

Brigitte Bardot y el síndrome Lolita*

En la víspera de Año Nuevo, Brigitte Bardot[1] apareció en la televisión francesa. Se presentó como de costumbre: jeans, suéter y pelo revuelto. Tumbada en un sofá, ella tocó una guitarra. "Eso no es difícil", dijo una mujer. "Podría hacerlo igual de bien. Ella ni siquiera es bonita. Tiene el rostro de una criada". Los hombres no podían evitar devorarla con sus ojos, pero ellos también rieron. Sólo dos o tres de nosotros, entre una treintena de espectadores, pensamos que era encantadora. Luego hizo un excelente número de baile clásico. "Ella *puede* bailar", admitieron los otros a regañadientes. Una vez más pude observar que Brigitte Bardot no agradaba en su propio país. Cuando *Y Dios creó a la mujer*[2] se mostró en casas de primera fila en los Campos

* "Brigitte Bardot and the Lolita Syndrome" fue publicado originalmente en inglés en traducción de Bernard Frechtman para Esquire en agosto de 1959 y luego se publicó, también en inglés, como *Brigitte Bardot and the Lolita Syndrome*. New York: Reynal & Co, 1960. Posteriormente apareció en *Les écrits de Simone de Beauvoir*. Paris: Gallimard, 1979 (*N. de los T.*)

1 Brigitte Bardot (1934) es una actriz y cantante francesa, icono de la moda y símbolo sexual de mediados del siglo XX. Además, es activista de derechos de los animales, fundadora y presidenta de la fundación que lleva su nombre (*N. de los T.*)

2 *Y Dios creó a la mujer* (en francés, *Et Dieu… créa la femme*) fue una coproducción francoitaliana de 1956, escrita y dirigida por Roger Vadim y

Elíseos, la película, que costó ciento cuarenta millones de francos, consiguió menos de sesenta millones. Los recibos en los Estados Unidos han llegado a $4.000.000, el equivalente a la venta de 2.500 Dauphines. Brigitte Bardot ahora merece ser considerada un producto de exportación tan importante como los automóviles Renault.

Ella es el nuevo ídolo de la juventud estadounidense. Está clasificada como una gran estrella internacional. Sin embargo, sus compatriotas continúan alejándose de ella. No pasa una semana sin artículos en la prensa que cuenten sobre sus estados de ánimo y aventuras amorosas recientes u ofrezcan una nueva interpretación de su personalidad, pero la mitad de estos artículos y chismes hierven con rencor. Brigitte recibe trescientas cartas de admiradores por día, de niños y niñas por igual, y cada día las madres indignadas escriben a los editores de periódicos y a las autoridades religiosas y civiles para protestar contra su existencia. Cuando tres jóvenes de familias respetables asesinaron a un anciano dormido en un tren en Angers, la Asociación de Padres y Maestros denunció a Brigitte Bardot frente al Sr. Chatenay, el vicealmirante de la ciudad. Ella, dijeron, fue realmente la responsable del crimen. *Y Dios creó a la mujer* había sido mostrada en Angers; los jóvenes habían sido pervertidos de inmediato. No me sorprende que los moralistas profesionales de todos los países, incluso los EE. UU., hayan intentado prohibir sus películas. No es algo nuevo para las personas de mente alta identificar la carne con el pecado y soñar con hacer una hoguera de obras de arte, libros y películas que lo representen con complacencia o franqueza.

---

protagonizada por Brigitte Bardot, Curd Jürgens, Jean-Louis Trintignant y Christian Marquand en los papeles principales (*N. de los T.*)

Pero esta prudencia oficial no explica la peculiar hostilidad del público francés hacia Brigitte Bardot. Martine Carol[3] también se desvistió de manera bastante generosa en sus películas de éxito, y nadie le reprochó, mientras que casi todos están dispuestos a considerar a Brigitte Bardot como un monumento de inmoralidad. ¿Por qué este personaje, fabricado por Marc Allégret[4] y particularmente por Vadim[5], despierta tanta animosidad?

Si queremos entender lo que Brigitte Bardot representa, no es importante saber cómo es realmente la joven mujer llamada Brigitte Bardot. Sus admiradores y detractores están preocupados con la criatura imaginaria que ven en la pantalla a través de una tremenda nube de alboroto. En la medida en que está expuesta a la mirada pública, su leyenda ha sido alimentada tanto por su vida privada como por sus papeles cinematográficos. Esta leyenda se ajusta a un mito muy antiguo que Vadim intentó rejuvenecer. Inventó una versión resueltamente moderna del "eterno femenino" y así lanzó un nuevo tipo de erotismo. Es esta novedad la que atrae a algunas personas y resulta chocante a otras. El amor puede resistir la familiaridad; el erotismo no puede. Su papel en las películas disminuyó considerablemente cuando las diferencias sociales entre los dos sexos

---

[3] Martine Carol (1920-1967) fue una actriz cinematográfica francesa. Su verdadero nombre era Marie-Louise Jeanne Nicolle Mourer, y nació en Saint-Mandé, Francia. Estudió interpretación bajo la dirección de René Simon (1898–1966), debutando como actriz teatral en 1940 y en el cine en 1943 (*N. de los T.*)

[4] Marc Allégret (1900-1973) fue un director de cine suizo que realizó la mayor parte de su trabajo en Francia (*N. de los T.*)

[5] Roger Vadim Plemiannikov (1928-2000), director cinematográfico, realizador, actor y escenógrafo francés. Se casó con Brigitte Bardot cuando tenía dieciocho años, dirigió la película que llevó a los dos a la fama: *Et Dieu créa la femme* (*N. de los T.*)

disminuyeron. Entre 1930 y 1940 dio paso al romanticismo y el sentimentalismo. El vampiro fue reemplazado por la novia, de la cual Jean Arthur era el tipo más perfecto. Sin embargo, cuando en 1947 el cine fue amenazado con una grave crisis, los cineastas volvieron al erotismo en un esfuerzo por recuperar el afecto del público. En una época en que las mujeres conducen automóviles y especulan en la bolsa de valores, una era en la que exhiben su desnudez sin ceremonias en las playas públicas, cualquier intento de revivir al vampiro y su misterio estaba fuera de cuestión. Las películas intentaron atraer, de una manera más cruda, a la respuesta del hombre a las curvas femeninas. Las estrellas fueron apreciadas por la evidencia de sus encantos físicos en lugar de por su mirada apasionada o lánguida. Marilyn Monroe[6], Sophia Loren[7] y Lollobrigida[8] son una amplia prueba del hecho de que la mujer en toda regla no ha perdido su poder sobre los hombres. Sin embargo, los comerciantes de sueños también se estaban moviendo en otras direcciones. Con Audrey Hepburn[9], Françoise

---

[6] Norma Jeane Mortenson, posteriormente Norma Jeane Baker y más conocida por su nombre artístico Marilyn Monroe —seudónimo que luego registraría legalmente (1926-1962) fue una actriz de cine estadounidense, una de las más populares del siglo XX, considerada como un icono pop y un símbolo sexual (*N. de los T.*)

[7] Sophia Loren, nombre artístico de Sofia Villani Scicolone (1934) es una actriz italiana de las más destacadas de la segunda mitad del siglo XX y considerada como una de las grandes estrellas del cine. (*N. de los T.*)

[8] Gina Lollobrigida (1927) es una actriz italiana de cine y televisión, reconocida con diversos galardones como cinco premios David de Donatello (dos de ellos honoríficos) y un Globo de Oro (*N. de los T.*)

[9] Audrey Kathleen Ruston (1929-1993) más conocida artísticamente como Audrey Hepburn, fue una actriz, modelo, bailarina y activista belga de la época dorada de Hollywood, considerada por el American Film Institute como la tercera mayor leyenda femenina del cine estadounidense y formando parte de la Intenational Best Dressed List Hall of Fame (*N. de los T.*)

Arnoul[10], Marina Vlady[11], Leslie Caron[12] y Brigitte Bardot inventaron el eructo erótico. Para un papel en su próxima película, *Les Liaisons dangereuses*, Vadim se ha comprometido con una niña de catorce años. La niña-mujer está triunfando no sólo en las películas. En *A View from the Bridge*, la obra de Arthur Miller[13], que ha sido un éxito en los Estados Unidos y gran éxito en Inglaterra y Francia, la heroína está a punto de alcanzar la edad de la pubertad. *Lolita* de Nabokov, que se ocupa de las relaciones entre un hombre de cuarenta años y una "ninfómana" de doce, estuvo en la parte superior de la lista de los libros más vendidos en Inglaterra y América durante meses. La mujer adulta ahora vive en el mismo mundo que el hombre, pero la mujer-niña se mueve en un universo al que no puede ingresar. La diferencia de edad restablece entre ellos la distancia que parece necesaria para desear. Al menos eso es lo que los que han creado una nueva Eva fusionando los tipos de "fruta verde" y "*femme fatale*" han depositado sus esperanzas. Veremos las razones por las que no han tenido éxito tanto en Francia como en los Estados Unidos.

Brigitte Bardot es el espécimen más perfecto de estas ninfas ambiguas. Visto desde atrás, su esbelto y musculoso cuerpo de bailarina es casi andrógino. La feminidad triunfa en su delicioso seno. Las largas y voluptuosas tren-

[10] Françoise Arnoul (1931) es una actriz francesa, que alcanzó popularidad durante la década de 1950 (*N. de los T.*)
[11] Marina Catherine de Poliakoff-Baydaroff más conocida como Marina Vlady, es una actriz francesa nacida el 10 de mayo de 1938 (*N. de los T.*)
[12] Leslie Caron (1931) es una actriz y bailarina francoestadounidense nominada a los Óscar, ganadora de un Globo de Oro y un Emmy. Caron dijo de sí misma: "No soy una bailarina. Me defiendo" (*N. de los T.*)
[13] Arthur Asher Miller (1915-2005) fue un dramaturgo y guionista estadounidense (*N. de los T.*)

zas de Melisande le llegan hasta los hombros, pero su peinado es el de una negligente abandonada. La línea de sus labios forma una mueca infantil, y al mismo tiempo esos labios son muy besables. Ella va descalza, se da vuelta la nariz ante la ropa elegante, joyas, fajas, perfumes, maquillaje, en absoluto artificio. Sin embargo, su caminar es lascivo y un santo le vendería su alma al diablo simplemente para verla bailar. A menudo se ha dicho que su rostro tiene una sola expresión. Es cierto que el mundo exterior apenas se refleja en ella y que no revela grandes perturbaciones internas. Pero ese aire de indiferencia se convierte en ella. Brigitte Bardot no ha sido marcada por la experiencia. Incluso si ha vivido —como en *En cas de malheur*— las lecciones que la vida le ha dado son demasiado confusas para que ella haya aprendido algo de ellas. Ella no tiene memoria, ni pasado, y, gracias a esta ignorancia, conserva la inocencia perfecta que se atribuye a una infancia mítica.

La leyenda que se ha construido alrededor de Brigitte Bardot por la publicidad la ha identificado durante mucho tiempo con este personaje infantil y perturbador. Vadim la presentó como "un fenómeno de la naturaleza". "Ella no actúa", dijo. "Ella existe". "Eso es correcto", confirmó Brigitte Bardot. "La Juliette in *Y Dios creó a la mujer* es exactamente como yo. Cuando estoy delante de la cámara, soy simplemente yo misma". Se decía que Brigitte no se molestó en usar un peine, sino en arreglarse el pelo con los dedos. Se decía que detestaba todas las formas de mundanalidad. Sus entrevistas la presentaron como natural y sin pretensiones. Vadim fue aún más lejos. La pintó como ingenua hasta el absurdo. Según él, a la edad de dieciocho años pensó que los ratones ponían huevos. Ella era temperamental y caprichosa. En la presentación de gala de su película, *Por favor, Sr. Balzac*, la productora esperó en vano a

que apareciera. En el último minuto, informó a la audiencia que ella no venía. Ella fue descrita como una criatura de instinto, como cediendo ciegamente a sus impulsos. De repente, le desagradaba la decoración de su habitación y luego, y allí, tiraba de los tapices y comenzaba a pintar los muebles. Es temperamental, cambiante e impredecible, y aunque conserva la limpidez de la infancia, también ha preservado su misterio. Una pequeña criatura extraña, en general; y esta imagen no se aparta del mito tradicional de la feminidad. Los roles que sus guionistas le han ofrecido también tienen un lado convencional.

Ella aparece como una fuerza de la naturaleza, peligrosa mientras permanezca indomable, pero le corresponde al hombre domesticarla. Ella es amable, tiene buen corazón. En todas sus películas, ella ama a los animales. Si alguna vez hace sufrir a alguien, nunca es deliberadamente. Su volatilidad y su comportamiento son excusables porque es muy joven y por las circunstancias. Juliette tuvo una infancia infeliz; Yvette, en *En case de malheur*, es una víctima de la sociedad. Si se extravían, es porque nadie les ha enseñado nunca el camino correcto, pero un hombre, un hombre de verdad, puede llevarlas de vuelta a él. El joven esposo de Juliette decide actuar como un hombre, le da una buena bofetada y Juliette se transforma a la vez en una esposa feliz, contrita y sumisa. Yvette acepta alegremente la exigencia de su amante de ser fiel y de imponerle una vida de reclusión virtual. Con un poco de suerte, este experimentado hombre de mediana edad habría traído su redención. Brigitte Bardot es una niña perdida y patética que necesita un guía y un protector.

Este cliché ha demostrado su valor. Halaga la vanidad masculina; tranquiliza a las mujeres maduras. Uno puede

considerarlo como obsoleto; no puede ser acusado de osadía. Pero los espectadores no creen en esta victoria del hombre y del orden social tan prudentemente sugerido por el escenario, y es precisamente por eso que la película de Vadim y la de otro director francés, Autant-Lara[14], no caducan en la trivialidad. Podemos suponer que el "pequeño bribón" se tranquilizará, pero Juliette nunca se convertirá en una esposa y madre modelo. Ignorancia e inexperiencia pueden remediarse, pero Brigitte Bardot no es sólo poco sofisticada sino también peligrosamente sincera. La perversidad de una "Baby Doll" puede ser manejada por un psiquiatra; hay formas y medios de calmar los resentimientos de una niña rebelde y ganarla para la virtud. En *The Barefoot Contessa*, Ava Gardner[15], a pesar de su libertinaje, no ataca los valores establecidos; ella condena sus propios instintos al admitir que le gusta "caminar en el barro". Brigitte Bardot no es ni perversa ni rebelde ni inmoral, y es por eso por lo que la moralidad no tiene ninguna posibilidad con ella. El bien y el mal son parte de convenciones a las que ella ni siquiera pensaría inclinarse.

Nada arroja una luz más nítida sobre el personaje que interpreta que la cena de bodas en *Y Dios creó a la mujer*. Juliette se va inmediatamente a la cama con su joven esposo. En medio del banquete, aparece de repente en una bata de baño y, sin molestarse en sonreír ni siquiera mira a los desconcertados invitados, saca de entre sus narices una langosta, un pollo, fruta y botellas de vino. Desdeñosa y

[14] Claude Autant-Lara (1901-2000) fue un director de cine francés y más tarde diputado al Parlamento Europeo (*N. de los T.*)

[15] Ava Lavinia Gardner (1922-1990) fue una actriz de cine estadounidense nominada a los Premios Óscar, considerada una de las grandes estrellas del siglo XX y como uno de los mitos del séptimo arte (*N. de los T.*)

tranquilamente se va con la bandeja cargada. A ella no le importa la opinión de los demás. Brigitte Bardot no intenta escandalizar. Ella no tiene demandas que hacer; ella no es más consciente de sus derechos que de sus deberes. Ella sigue sus inclinaciones. Ella come cuando tiene hambre y hace el amor con la misma simplicidad, sin ceremonias. El deseo y el placer le parecen más convincentes que los preceptos y las convenciones. Ella no critica a los demás. Ella hace lo que quiere, y eso es lo que le molesta. Ella no hace preguntas, pero trae respuestas cuya franqueza puede ser contagiosa. Los lapsos morales pueden corregirse, pero ¿cómo podría curarse Brigitte Bardot de esa virtud deslumbrante: de la autenticidad? Es su propia sustancia. Ni los golpes ni los buenos argumentos ni el amor pueden quitársela.

Ella rechaza no sólo la hipocresía y las reprimendas, sino también la prudencia, el cálculo y la premeditación de cualquier tipo. Para ella, el futuro sigue siendo uno de esos inventos para adultos en los que no tiene confianza. "Vivo como si fuera a morir en cualquier momento", dice Juliette. Y Brigitte nos confiesa: "Cada vez que estoy enamorada, creo que es para siempre". Morar en la eternidad es otra forma de rechazar el tiempo. Ella profesa gran admiración por James Dean[16]. Encontramos en ella, en una forma más suave, ciertos rasgos que alcanzan, en su caso, una intensidad trágica: la fiebre de la vida, la pasión por lo absoluto, el sentido de la inminencia de la muerte. Ella también encarna, más modestamente que él, pero con bastante claridad, el credo de que ciertos jóvenes de nuestro tiempo se

[16] James Byron Dean (1931-1955) fue un actor estadounidense de cine, teatro y televisión. Su muerte prematura en un accidente automovilístico cimentó su estatus de leyenda (*N. de los T.*)

oponen a los valores seguros, a las esperanzas vanas y a la fastidiosa restricción.

Es por eso por lo que una retaguardia vasta y de mentalidad tradicional declara que "Brigitte Bardot brota y expresa la inmoralidad de una época". Las mujeres decentes o no deseadas podían sentirse tranquilas cuando se veían confrontadas con Circes clásicos que debían su poder a oscuros secretos. Eran criaturas coquetas y calculadoras, depravadas y reprobadas, y poseían una fuerza maligna. Desde lo más alto de su virtud, la prometida, la esposa, la amante de gran corazón y la madre despótica condenaron enérgicamente a estas brujas. Pero si el Mal adquiere los colores de la inocencia, están furiosas. No hay nada de la "mala mujer" sobre Brigitte Bardot. La franqueza y la bondad se pueden leer en su rostro. Ella es más como un pequinés que un gato. Ella no es depravada ni venal. En *En cas de malheur*, ella se ata la falda y le propone un trato cruel a Gabin. Pero hay un tipo de candor desarmante en su cinismo. Ella es floreciente y saludable, silenciosamente sensual. Es imposible ver en ella el toque de Satanás, y por esa razón parece más diabólica para las mujeres que se sienten humilladas y amenazadas por su belleza.

Todos los hombres se sienten atraídos por la seducción de Brigitte Bardot, pero eso no significa que estén amablemente dispuestos hacia ella. La mayoría de los franceses afirman que las mujeres pierden su atractivo sexual si renuncian a sus artificios. Según ellos, una mujer con pantalones enfría el deseo. Brigitte les demuestra lo contrario, y no están en absoluto agradecidos con ella, porque no están dispuestos a renunciar a su papel de amo y señor. El vampiro no fue un desafío para ellos en este sentido. La atracción que ejerció fue la de una cosa pasiva. Se precipitaron

a sabiendas en la trampa mágica; fueron a su perdición como uno se arroja por la borda. La libertad y la plena conciencia siguieron siendo su derecho y privilegio. Cuando Marlene mostró sus muslos cubiertos de seda mientras cantaba con su voz ronca y miraba a su alrededor con ojos sensuales, estaba organizando una ceremonia, estaba lanzando un hechizo. Brigitte Bardot no lanza hechizos; ella está en camino. Su carne no tiene la abundancia que, en otros, simboliza la pasividad. Sus ropas no son fetiches y, cuando se desnuda, no está desvelando un misterio. Ella muestra su cuerpo, ni más ni menos, y ese cuerpo rara vez se instala en un estado de inmovilidad. Ella camina, baila, se mueve. Su erotismo no es mágico, sino agresivo. En el juego del amor, ella es tan cazadora como presa. El hombre es un objeto para ella, así como ella lo es para él. Y eso es precisamente lo que hiere el orgullo masculino.

En los países latinos, donde los hombres se aferran al mito de "la mujer como objeto", la naturalidad de Brigitte Bardot les parece más perversa que cualquier posible sofisticación. Despreciar las joyas y los cosméticos, los tacones altos y las fajas es negarse a transformarse en un ídolo remoto. Es afirmar que uno es compañera e igual del hombre, reconocer que entre la mujer y él hay deseo y placeres mutuos. Brigitte es similar a las heroínas de Françoise Sagan[17], aunque dice que no siente afinidad por ellas, probablemente porque le parecen demasiado atentas.

Pero el hombre se siente incómodo si, en lugar de una muñeca de carne y hueso, tiene en sus brazos a un ser consciente que lo está evaluando. Una mujer libre es todo lo

[17] Françoise Sagan, cuyo nombre real era Françoise Quoirez (1935-2004), fue una escritora francesa, a menudo considerada como integrante de la *Nouvelle Vague*, pues también dirigió varias películas (*N. de los T.*)

contrario de una mujer fácil. En su papel de mujer confundida, de putita sin hogar, Brigitte Bardot parece estar disponible para todos. Y, sin embargo, paradójicamente, ella es intimidante. Ella no está defendida por la ropa cara o el prestigio social, pero hay algo obstinado en su rostro enfurruñado, en su cuerpo robusto. "Te das cuenta", me dijo una vez un francés medio, "que cuando un hombre encuentra atractiva a una mujer, quiere poder pellizcarla". Un gesto obsceno reduce a una mujer a una cosa que un hombre puede hacer a su antojo sin preocuparse por lo que sucede en su mente, corazón y cuerpo. Pero Brigitte Bardot no tiene nada de "chica tranquila" sobre ella, la cualidad que le permitiría a un hombre tratarla con este tipo de diversión.

No hay nada grosero en ella. Tiene una especie de dignidad espontánea, algo de la gravedad de la infancia. La diferencia entre la recepción de Brigitte en los Estados Unidos y en Francia se debe en parte al hecho de que el hombre estadounidense no tiene el gusto del francés por el humor general. Él tiende a mostrar un cierto respeto por las mujeres. La igualdad sexual que el comportamiento de Brigitte Bardot afirma sin palabras ha sido reconocida en Estados Unidos durante mucho tiempo.

Sin embargo, por una serie de razones que se han analizado con frecuencia en Estados Unidos, se siente cierta antipatía hacia la "mujer real". Él la considera una antagonista, una mantis religiosa, un tirano. Se abandona ansiosamente a los encantos de la "ninfa" en la que la formidable figura de la esposa y la "Mamá" aún no es aparente. En Francia, muchas mujeres son cómplices de este sentimiento de superioridad en el que los hombres persisten.

Sus hombres prefieren el servilismo de estas adultas a la altivez desvergonzada de Brigitte Bardot.

Ella los perturba aún más en eso, aunque desalienta su jolgorio, sin embargo, no se presta a la sublimación idealista. Garbo fue llamada "La Divina"[18]; Bardot, por otro lado, es de la tierra. El rostro de Garbo tenía una especie de vacío en el que cualquier cosa podía proyectarse: nada puede leerse en la cara de Bardot. Es lo que es. Tiene la presencia directa de la realidad. Es un obstáculo para las fantasías lascivas y los sueños etéreos por igual. A la mayoría de los franceses les gusta disfrutar de vuelos místicos como un cambio de obsenidad, y viceversa. Con Brigitte Bardot no llegan a ninguna parte. Ella los acorrala y los obliga a ser honestos consigo mismos. Están obligados a reconocer la crudeza de su deseo, cuyo objeto es muy preciso: ese cuerpo, esos muslos, ese trasero, esos pechos. La mayoría de las personas no son lo suficientemente valientes como para limitar la sexualidad a sí misma y reconocer su poder. Cualquiera que desafíe su hipocresía es acusado de ser cínico.

En una sociedad con pretensiones espiritistas, Brigitte Bardot aparece como algo deplorablemente materialista y prosaico. El amor se ha disfrazado con trampas tan falsamente poéticas que esta prosa me parece sana y tranquila. Apruebo que Vadim trate de llevar el erotismo a la tierra. Sin embargo, hay una cosa por la cual lo culpo, y es por

[18] Greta Garbo (1905-1990) es el seudónimo de Greta Lovisa Gustafsson, una actriz sueca nacionalizada estadounidense que vivió la mayor parte de su vida en Estados Unidos y adquirió reconocimiento internacional por participar en varias producciones cinematográficas de Hollywood, tanto mudas cuanto sonoras, en los años 20 y 30 del siglo XX. Se retiró de la actuación en 1941 (*N. de los T.*)

haber llegado a deshumanizarlo. El "factor humano" ha perdido algo de su importancia en muchas esferas. El progreso técnico lo ha relegado a una posición subordinada y en ocasiones insignificante. Los implementos que el hombre usa —su vivienda, su ropa, etc.— tienden hacia la racionalización funcional. Él mismo es considerado por los políticos, agentes de publicidad, militares e incluso educadores, por todo el "mundo de la organización", como un objeto a ser manipulado. En Francia, hay una escuela literaria que refleja esta tendencia. La "nueva novela" —como se llama a sí misma— está empeñada en crear un universo tan carente como sea posible de significados humanos, un universo reducido a desplazamientos de volúmenes y superficies, de luz y sombra, al juego del espacio y el tiempo; los personajes y sus relaciones se quedan en el fondo o incluso se abandonan por completo. Esta búsqueda sólo interesa a un pequeño número de iniciados. Ciertamente no ha influenciado a Vadim, pero él también reduce el mundo, las cosas y los cuerpos a su presencia inmediata.

En la vida real, y generalmente en buenas novelas y películas, los individuos no se definen sólo por su sexualidad. Cada uno tiene una historia, y su erotismo está involucrado en cierta situación. Incluso puede ser que la situación lo cree. En *African Queen*, ni Humphrey Bogart[19] ni Katharine Hepburn[20], que se presentan envejecidas y gastadas,

[19] Humphrey DeForest Bogart (1899-1957) fue un actor de cine y teatro estadounidense. El estilo cínico y moralmente dudoso de muchos de sus personajes, el eterno cigarrillo siempre entre sus dedos y su condición de galán poco convencional son algunos de los rasgos más recordados de su filmografía (*N. de los T.*)

[20] Katharine Houghton Hepburn (1907-2003) fue una actriz estadounidense. Conocida por su fuerte independencia y personalidad enérgica, fue una primera actriz en Hollywood durante más de sesenta años (*N. de los T.*)

despiertan el deseo de antemano. Sin embargo, cuando Bogart pone su mano sobre el hombro de Katharine por primera vez, su gesto desata una intensa emoción erótica. Los espectadores se identifican con el hombre, o la mujer, y los dos personajes se transfiguran por la sensación que cada uno inspira en el otro. Pero cuando el héroe y la heroína son jóvenes y apuestos, cuanto más se involucra el público en su historia, más se siente su encanto. Por lo tanto, debe interesarse por él. Por ejemplo, en *Juegos de verano* de Ingmar Bergman, el idilio que se relaciona no se establece en el pasado arbitrariamente. Como resultado de este dispositivo, somos testigos de las celebraciones de dos adolescentes en particular. La joven, que nos conmovió y despertó nuestro interés, evoca su felicidad juvenil. Ella aparece ante nosotros, a la edad de dieciséis años, ya agobiada con todo su futuro. El paisaje que la rodea no es un mero entorno, sino un medio de comunicación entre ella y nosotros. Lo vemos con sus ojos. A través del chapoteo de las aguas y la claridad del cielo nocturno, nos fusionamos con ella. Todas sus emociones se vuelven nuestras y la emoción borra la vergüenza. Los "juegos de verano" —caricias, abrazos, palabras— que Bergman presenta es mucho más "amoral" que las aventuras de Juliette en *Y Dios creó a la mujer*. Los dos amantes apenas han surgido de la infancia. La idea del matrimonio o del pecado no se les ocurre. Se abrazan con ansia vacilante e ingenuidad impúdica. Su osadía y júbilo desafían triunfantemente lo que se llama virtud. El espectador no sueña con ser sorprendido porque experimenta con ellos su conmovedora felicidad. Cuando vi *Y Dios creó a la mujer*, la gente se reía durante las escenas. Se rieron porque Vadim no apela a nuestra complicidad. Él "des-sitúa" la sexualidad, y los espectadores se convierten en *voyeurs* porque no pueden proyectarse en la pantalla. Esto justifica parcialmente su malestar. La deslumbrante

joven a quien sorprenden, al comienzo de la película, en el acto de exponer su desnudez al sol, no es nadie, es un cuerpo anónimo. A medida que avanza la película, ella no logra convertirse en alguien. Combinando de manera despreocupada la convención y la provocación, Vadim no se digna atraer al público hacia la trampa de una historia convincente. Los personajes son tratados de manera alusiva; el de Brigitte Bardot está cargado con demasiadas intenciones para que cualquiera pueda creer en su realidad. Y la ciudad de St-Tropez es simplemente un escenario que no tiene una conexión íntima con las vidas de los personajes principales. No tiene ningún efecto en el espectador. En *Juegos de verano*, el mundo existe; refleja para los jóvenes enamorados su confusión, su deseo ansioso, su alegría. Una salida inocente en un bote es tan significativa desde el punto de vista erótico como la noche apasionante que le precede y la que le sigue. En la película de Vadim, el mundo está ausente. Sobre un fondo de colores falsos muestra una serie de "puntos altos" en los que se concentra toda la sensualidad de la película: un *strip-tease*, un apasionado amor, una secuencia de mambo. Esta discontinuidad aumenta el carácter agresivo de la feminidad de Brigitte Bardot. La audiencia no se deja llevar de una vez por todas a un universo imaginario. Atestigua sin mucha convicción, una aventura que no la entusiasma y que se rompe con "números" en los que todo se arregla para mantenerlo en vilo. Se protege al reírse. Un crítico ha escrito que la sexualidad de Brigitte Bardot era demasiado "cerebral" para mover a una audiencia latina. Esto equivale a hacer que Bardot sea responsable del estilo de Vadim, un estilo analítico y consecuentemente abstracto que, como dije, pone al espectador en la posición de un *voyeur*. El *voyeur* consentidor que se alimenta de "películas azules" y "espectáculos de

pío" busca gratificaciones distintas a la visual. El espectador que es un *voyeur* a pesar de sí mismo reacciona con fastidio, porque no es divertido presenciar una actuación caliente a sangre fría. Cuando Brigitte Bardot baila su famoso mambo, nadie cree en Juliette. Es Brigitte Bardot quien se exhibe a sí misma. Ella está tan sola en la pantalla como la artista de *strip-tease* está sola en el escenario. Ella se ofrece directamente a cada espectador. Pero la oferta es engañosa, ya que mientras los espectadores la miran, son plenamente conscientes de que esta hermosa joven es famosa, rica, adulada y completamente inaccesible. No es de extrañar que la tomen por una puta y que se venguen de ella agotándola.

Pero los reproches de este tipo no pueden dirigirse contra *En cas de malheur*, la película en la que Brigitte Bardot ha mostrado más talento. La dirección de Autant-Lara, el escenario y el diálogo de Pierre Bost[21] y Aurench[22], y la actuación de Gabin[23] se combinan para agarrar al espectador. En este contexto, Bardot ofrece su actuación más convincente. Pero su reputación moral no es mejor para eso. La película ha despertado furiosas protestas; en realidad ataca el orden social mucho más mordazmente que cualquiera

[21] Pierre Bost (1901-1975) fue un guionista, novelista y periodista francés. Principalmente novelista hasta la década de 1940, fue conocido principalmente como guionista después de 1945 (*N. de los T.*)

[22] Jean Aurenche (1903–1992) fue un guionista francés. Durante su carrera, escribió 80 películas para directores como René Clément, Bertrand Tavernier, Marcel Carné, Jean Delannoy y Claude Autant-Lara. A menudo se le asocia con el guionista Pierre Bost, con quien tuvo una asociación fértil desde 1940 hasta 1975 (*N. de los T.*)

[23] Jean-Alexis Moncorgé (1904-1976) fue un actor de cine francés. Hijo de los artistas de variedades Joseph Gabin y Hélène Petit, trabajó como aprendiz en la empresa constructora Chapelle y como mecánico hasta que en 1920 entró a formar parte del Follies Bergère gracias a la amistad de su padre con el empresario Fréjol. En 1924 cumplió su servicio militar en la Marina (*N. de los T.*)

de sus primeras. El "amoralismo" de Yvette, la heroína, es radical. Se prostituye con indiferencia, organiza un atraco y no duda en golpear a un anciano. Ella le propone a un gran abogado un trato que amenaza con deshonrarlo. Ella se entrega a él sin amor. Luego ella se enamora de él, lo engaña y lo mantiene informado de sus infidelidades. Le confiesa que ha tenido varios abortos. Sin embargo, aunque el escenario indica por un momento la posibilidad de una conversión, no se la presenta como inconsciente de la naturaleza de su conducta y capaz de conquistarla al Bien, tal como lo definen las personas respetables. La verdad está de su lado. Nunca falsifica sus sentimientos. Ella nunca se compromete con lo que parece ser obviamente cierto. Su autenticidad es tan contagiosa que se gana a su amante, el viejo abogado poco ético. Yvette despierta cualquier sinceridad y dinamismo que aún permanezca en él. Los autores de esta película tomaron el personaje creado por Vadim, pero lo acusaron con un significado mucho más subversivo: la pureza no es posible en nuestra sociedad corrupta, excepto para aquellos que la han rechazado o que se han separado deliberadamente de ella.

Pero este personaje ahora está en proceso de evolución. Brigitte Bardot probablemente se ha convencido de que en Francia la disconformidad está a punto de desaparecer. Vadim es acusado de haber distorsionado su imagen, lo que ciertamente no es falso. Las personas que conocen a Bardot hablan de su amabilidad y su frescura juvenil. Ella no es ni tonta ni atolondrada, y su naturalidad no es un acto. Sin embargo, llama la atención que artículos recientes que pretenden revelar la "Brigitte Bardot real", la "Brigitte Bardot vista a través del ojo de la cerradura", "la verdad sobre Brigitte Bardot", mencionen sólo sus rasgos edificantes de carácter. Brigitte, nos dicen una y otra vez, es sólo

una chica simple. Ella ama a los animales y adora a su madre. Ella está dedicada a sus amigos, sufre de la hostilidad que despierta, se arrepiente de sus caprichos, quiere arreglar sus caminos. Hay excusas para sus lapsus: la fama y la fortuna llegaron de repente, le revolvieron la cabeza, pero está recuperando el juicio. En resumen, estamos siendo testigos de una verdadera rehabilitación, que en las últimas semanas ha ido muy lejos. La redención definitiva, para una estrella, viene con el matrimonio y la maternidad.

Brigitte sólo habla vagamente sobre casarse. Por otro lado, a menudo declara con entusiasmo que adora el país y sueña con dedicarse a la agricultura. En Francia, el amor a las vacas se considera una muestra de alta moralidad. Gabin está seguro de ganarse la simpatía del público cuando declara que "una vaca es más sustancial que la gloria". Las estrellas se fotografían tanto como sea posible en el acto de alimentar a sus pollos o cavar en sus jardines. Esta pasión por el suelo es apropiada para la burguesía razonable de la cual, como estamos seguros, Brigitte está empeñada en convertirse. Ella siempre ha sabido el precio de las cosas y siempre ha repasado las cuentas de su cocinera. Sigue de cerca el mercado bursátil y le da instrucciones bien informadas a su agente. Durante un almuerzo oficial, se dice que deslumbró al director del Banco de Francia con su conocimiento. Saber dónde colocar el dinero es una virtud suprema a los ojos de la burguesía francesa. Un periodista particularmente imaginativo ha llegado a informar a sus lectores que Brigitte tiene tal pasión por el absoluto que puede entrar en los caminos del misticismo. Esposa y madre, mujer agricultora, empresaria, monja carmelita, Brigitte Bardot tiene la opción de elegir cualquiera de estos futuros ejemplares. Pero una cosa es cierta: en la pantalla ya

está empezando a convertirse. En su próxima película, *Babette Goes to War* interpretará a una heroína de la Resistencia. Su cuerpo encantador estará escondido de nosotros por un uniforme y un atuendo serio. "Quiero que todos los menores de dieciséis años puedan venir a verte", le han dicho a ella. La película terminará con un desfile militar en el que Babette aclama al general De Gaulle.

¿La metamorfosis es definitiva? Si es así, todavía habrá un número de personas que lo lamentarán. ¿Exactamente quiénes? Muchos jóvenes pertenecen a la vieja guardia, y hay personas mayores que prefieren la verdad a la tradición. Sería ingenuo pensar que hay un conflicto de dos generaciones con respecto a Brigitte Bardot. El conflicto que existe es entre aquellos que quieren que se fijen las costumbres de una vez por todas y aquellos que demandan que evolucionen. Decir que "Brigitte Bardot encarna la inmoralidad de una época" significa que el personaje que ella creó desafía ciertos tabúes aceptados por la época anterior, particularmente, aquellos que le negaron a la mujer la autonomía sexual. En Francia, todavía hay mucho énfasis, oficialmente, en la dependencia de las mujeres de los hombres. Los estadounidenses, que en realidad están lejos de haber logrado la igualdad sexual en todas las esferas, pero que la otorgan teóricamente, no han visto nada escandaloso en la emancipación simbolizada por Brigitte Bardot. Pero es, más que cualquier otra cosa, su franqueza lo que perturba a la mayoría del público y que deleita a los estadounidenses. "Quiero que no haya hipocresía, no hay tonterías sobre el amor", dijo Brigitte Bardot una vez. La desacreditación del amor y el erotismo es una empresa que tiene implicaciones más amplias de lo que uno podría pensar. Tan pronto como se toca un solo mito, todos los mitos están en peligro. Una mirada sincera, por limitada que sea

su alcance, es un fuego que puede extender y reducir a cenizas todos los disfraces de mala calidad que camuflan la realidad. Los niños siempre preguntan ¿por qué?, ¿por qué no? Se les dice que guarden silencio. Los ojos de Brigitte, su sonrisa, su presencia, lo impulsan a uno a preguntarse ¿por qué?, ¿por qué no? ¿Van a silenciar las preguntas que ella planteó sin decir una palabra? ¿Ella también estará de acuerdo en hablar mentirosamente? Quizás el odio que ha despertado se calme, pero ya no representará nada para nadie. Espero que no se resigne a la insignificancia para ganar popularidad. Espero que madure, pero que no cambie.

Respuesta a algunas mujeres y a un hombre*

Algunas de las mujeres que, en sus cartas, afirman que se realizan mediante la maternidad y el cuidado de la casa, exhiben una agresión tan grosera y cáustica que arroja dudas sobre el feliz equilibrio de que se jactan. Otras me reprochan más moderadamente por ver la maternidad como una servidumbre; pero sin lugar a duda, hoy en Francia, esto es cierto. Entiendo que uno puede elegirlo deliberadamente; soy consciente de la alegría que los niños pueden brindar cuando han sido buscados. Pero para mí, que no quería tener ninguno y que lo quería sobre todo para lograr una obra, tuve la suerte de no tener ninguno. No soy alguien que desea imponer mi forma de vivir a todas las mujeres, ya que, por el contrario, estoy luchando activamente por su libertad: libertad para elegir la maternidad, la anticoncepción o el aborto. Las fanáticas son aquellas madres que se niegan a

* "Réponse à quelques femmes et à un homme" fue publicado en *Le nouvel observateur* en Marzo de 1972. En *Le nouvel observateur*, el artículo va precedido de la siguiente introducción: "Simone de Beauvoir recibió una considerable cantidad de correspondencia relacionada con la entrevista sobre "La mujer rebelde" que publicamos en nuestra edición del 13 de febrero. Incapaz de responder a cada uno de sus corresponsales, ella discute aquí sus argumentos principales y también aprovecha esta ocasión para discutir su punto con nuestro amigo Maurice Clavel, quien a menudo ha mostrado su desacuerdo con activistas feministas y que responde a su vez en su columna habitual" (*N. de los T.*)

aceptar que alguien pueda seguir un camino distinto al suyo.

En cuanto a la anticoncepción, varios corresponsales se sorprendieron de que sólo el 7% de las mujeres francesas tomaran la píldora. El propio Sr. Neuwirth admitió que la ley sobre anticoncepción había sido maltratada[1]. No sólo no hicieron ningún esfuerzo por darla a conocer a toda la población, sino que la contrapropaganda ha hecho que la mayoría de las mujeres se desaconseje de usar la píldora. Además, el Papa lo ha prohibido a los católicos.

Me han acusado de despreciar a las madres solteras y negarles el derecho a existir. Eso es falso. Recientemente luché por las jóvenes madres solteras en Plessis-Robinson, y por las de Issy-les-Moulineaux. Pienso muy bien sobre una mujer que elige la maternidad y no se siente obligada a vincular su vida a la de un hombre. Hoy es muy difícil, en Francia, ser una madre soltera o un hijo ilegítimo. Entiendo por qué una mujer que quiere hijos elige el camino del matrimonio; parece ser más seguro. Digo que "parece ser" porque un niño sin padre a menudo es más feliz que uno cuyos padres no se llevan bien.

Mujeres y trabajo

Obviamente, desearía que la maternidad y el matrimonio se disociaran porque estoy a favor de la abolición de la familia. Esta declaración ha conmocionado a muchas personas. Hacen una objeción a la que estoy acostumbrada: ¿cómo

[1] Lucien Neuwirth (1923-2013) fue un político francés conocido por proponer la ley Neuwirth, que legalizó la anticoncepción oral en Francia en 1967 (*N. de los T.*)

puedo, sin estar casado, sin hijos, hablar de familia? Las ciencias humanas serían imposibles si uno no pudiera entender nada más que el propio caso particular. Decidir cómo organizar el cuidado de los niños es un problema, pero es una mentira afirmar que no podrían florecer en ningún otro lugar mejor que en medio de la familia. Los padres llevan a sus hijos a sus juegos sadomasoquistas, proyectándoles sus fantasías, obsesiones y neurosis. Esta es una situación eminentemente insalubre. Sin siquiera contar el abuso infantil[2], el mundo de los niños neuróticos que produce nuestra sociedad es considerable. Además, la familia es el intermediario por el cual este mundo patriarcal explota a las mujeres, extorsionándoles miles de millones de horas de "trabajo invisible" cada año. En Francia, en 1955, se dedicaron cuarenta y tres mil millones de horas al trabajo remunerado, en comparación con cuarenta y cinco mil millones de horas dedicadas al trabajo no remunerado en el hogar.

Pero, dicen, ¿el trabajo remunerado tampoco es alienante? En nuestra sociedad, ciertamente lo es. Al menos permite a las mujeres escapar de la dependencia marital. ¡Cuántas cartas he recibido de mujeres que están atrapadas contra sus deseos en el hogar conyugal porque no pueden ganarse la vida, y lo lamentan amargamente! Al asegurar su autonomía, un trabajo le da a la mujer una influencia directa en el mundo; ella puede luchar para cambiar la sociedad en una fábrica o en una oficina.

Hay, en este punto, una frase pronunciada a toda prisa de la cual me retracto. Al hablar de mujeres de treinta y

[2] Cada año en Francia, 2.500 casos de abuso infantil van a los tribunales, y el número de casos que aún no se denuncia es obviamente mucho mayor.

cinco años o más que están casadas y tienen varios hijos y carecen de cualificación profesional, dije: "Realmente no veo qué pueden hacer para liberarse". Varias mujeres que se encontraron en esa misma situación me han escrito que se puede hacer; han logrado encontrar un trabajo y reconciliarlo con la educación de sus hijos. Digamos entonces, que es una situación difícil, pero no un callejón sin salida.

Algunos corresponsales me han preguntado por qué quiero cambiar la condición de las mujeres dentro de esta sociedad. ¿Por qué no tener confianza en el socialismo? Escuché esta pregunta cuando se publicó *El segundo sexo*, y en mi entrevista una vez más respondí. El socialismo no trajo nada o casi nada a las mujeres. Cuando me dicen que el verdadero socialismo nunca se ha realizado, respondo que, por el momento, el auténtico socialismo con perfecta igualdad sigue siendo una utopía, mientras que existen mujeres reales de carne y hueso, y no tienen tiempo de esperar a que brille algo mañana. Regresaré a este punto más adelante.

Contra la píldora

Como escribo en *Le nouvel observateur* sobre la condición de las mujeres, me gustaría aprovechar esta ocasión para explicarme a Maurice Clavel[3]. Lamento tener que clasificarlo entre los falócratas porque, en muchos puntos, estoy de acuerdo con él. Me consternó cuando, hace bastante tiempo, leí artículos en los que felicitaba al Papa por haber prohibido la píldora. "Nadie está obligado a ser católico", escribió. Sin embargo, él es consciente de que el catolicismo se impone

[3] Maurice Clavel (1929-1979) fue un escritor, periodista y filósofo francés. Escribió para el diario de izquierdas *Combat*, así como para la revista semanal *Le nouvel observateur* (*N. de los T.*)

imperiosamente a todos los pueblos de América Latina, y que, al obligarlos a proliferar, el Papa los condena a morir de hambre. Este descuido, en un hombre generalmente sensible a los sufrimientos de los hombres, es significativo. La explicación radica en el entusiasmo de Clavel por el hecho de que el Papa culpa a la sexualidad. Clavel rechaza "la conciencia sexual fácil y clara", que, de la manera más arbitraria (ya que se puede ver en muchas otras civilizaciones), se vincula con esta sociedad de consumo enajenada y alienante. Sin pretender que "el placer y la muerte están indisolublemente vinculados", proclama su desprecio por "la esperma libre de riesgo". Pero ¿para quién presenta el esperma un peligro? Exclusivamente para las mujeres. Para satisfacer sus fantasías, le parece normal infligir a su pareja el riesgo de un embarazo no deseado o un aborto, que en las condiciones actuales es una experiencia muy dolorosa que en algunos casos puede conducir a la muerte. Se afirma a sí mismo como el señor soberano con la mayor irreflexión y una clara conciencia sexual, reduciendo a las mujeres al rango de instrumentos puros de placer.

Desde la cuna

Esto hace, a priori, bastante sospechoso el inmenso respeto que Clavel muestra por las mujeres; de hecho, este respeto sólo se dirige a aquellas mujeres que se doblegan a sus deseos y sus mitologías. "Debemos ser diferentes para amarnos unos a otros", declara. Y —sin considerar el amor que existe entre los homosexuales— exige que las mujeres cultiven su diferencia, sin preocuparse de que esta diferencia implique una inferioridad económica y social y que sería mejor para las mujeres rechazarla. *Sus* intereses son que ella consiente y, por lo tanto, debe consentir.

Esto lo lleva a formular una pregunta absurda: ¿pretenden las mujeres feministas seguir siendo mujeres? Si las mujeres no feministas son llamadas mujeres, entonces las mujeres feministas obviamente no desean seguir siendo mujeres. Como tales, son infieles a su esencia, piensa Clavel, quien, según él mismo, cree que la mujer se define por "una profunda diferencia cualitativa". ¿Dónde ubica esa diferencia? Obviamente no se adhiere al vago cientificismo profesado por la Sra. Suzanne Lilar, entre otros. ¿Suponemos que las almas tienen sexo? En verdad, la segregación de los sexos no se basa ni en la naturaleza ni en la esencia. Las diferencias genéticas, endocrinas y anatómicas que distinguen a la mujer humana del hombre no son suficientes para definir ni la feminidad ni la masculinidad. Estas son construcciones culturales, y todos los desarrollos recientes en pediatría, pedagogía y psicología lo demuestran.

Quiero enfatizar este tema porque muchos de mis corresponsales lo mencionan: para liberar a las mujeres, su educación debe cambiarse desde la cuna, como me escribieron psicólogos y maestros. En efecto. Los fascinantes experimentos realizados en Harvard entre 1966 y 1968 por Rosenthal y sus colaboradores mostraron que, en cualquier aprendizaje, ya sea que se trate de ratas, niños de escuela primaria o estudiantes universitarios, la actitud del maestro con respecto al aprendiz juega un papel determinante; él obtiene lo que espera[4]. Por lo tanto, los padres esperan algo completamente diferente de una niña que de un niño y se nota en su

[4] *Cfr.* ROSENTHAL, R. & JACOBSON, L. *Pygmalion in the Classroom: Teacher Expectation and Pupils' Intellectual Development*. New York: Rinehart & Winston, 1968.

comportamiento. Las madres "manipulan, acarician y llevan a los niños de forma diferente que a las niñas"[5], escribió el psicoanalista estadounidense Robert J. Stoller[6]. Él abandona resueltamente "la idea desacreditada de que la masculinidad y la feminidad son, desde el principio, producidas biológicamente en los humanos", dice que "los efectos del aprendizaje, que comienzan al nacer, determinan la mayor parte de la identidad sexual… la elección del nombre, el color y el estilo de la ropa, la manera de cargar al niño, la proximidad y la distancia, todo eso y muchas otras cosas comienzan casi desde el nacimiento".

El aprendizaje de la niña la destina a convertirse en el vasallo del hombre. Clavel, en su absurdo, llega a aprobar un despreciable discurso televisivo en el que Jean Cau[7] se opone a Benoîte Groult[8], diciendo que, aunque a las niñas se les dice que no imiten a los niños, a los niños también se les dice que no deben ser como chicas. Pero aquí no hay simetría. La sociedad les asigna a las mujeres un rol diferente al de los hombres; pero es el papel de un inferior, y la sociedad alienta en el maestro la idea de su superioridad.

---

[5] *Cfr.* "Création d'une illusion: l'extrême féminité chez les garçons" (Creación de una ilusión: feminidad extrema en niños) publicado en *La nouvelle revue de psychanalyse*, n. 4, 1971, pp. 55-72.

[6] Robert Stoller (1924-1991) fue profesor de psiquiatría y trabajó en la Clínica de Identidad de Género de la UCLA. Fue autor de muchos libros y artículos, incluido *Sex and Gender: On the Development of Masculinity and Femininity*. New York: Science House, 1968 (*N. de los T.*)

[7] Jean Cau (1925-1993) fue un periodista y escritor francés que fue secretario de Jean-Paul Sartre y ganó el Premio Goncourt por su libro *La pitié de Dieu* (*La compasión de Dios*) en 1961 (*N. de los T.*)

[8] Benoîte Groult (1920) es una escritora y periodista feminista francesa que fue nombrada comandante de la Legión de Honor en 2010 (*N. de los T.*)

Extraña "superioridad"

La feminista se levanta contra esta desigualdad. No es cierto que tenga la intención de "tomar todos los privilegios del hombre sin perder ninguno de los suyos". Ella no exige un "trato especial", por el contrario. Está preparada, si es necesario, para enfrentar la violencia (por cierto, ¿realmente Maurice Clavel tiene la costumbre de lanzar golpes para resolver las diferencias entre él y sus compañeros?). Ella simplemente quiere tener las mismas posibilidades que los hombres, y escapar de la explotación y la opresión que son su suerte. Esta demanda arroja a Maurice Clavel al pánico. Si una mujer habla de igualdad, él supone que apunta subrepticiamente a la superioridad. En lo que respecta al trabajo, dice que exigirá una cuota de casi la mayoría. ¿No vio el programa de televisión sobre mujeres trabajadoras que reveló, entre otras cosas que, en un examen de ingreso competitivo, una administración estatal otorgó cincuenta plazas a mujeres de seiscientas cincuenta, las otras estaban a priori reservadas para hombres? Estamos muy lejos de la igualdad como para acusar a las mujeres de tener reclamos "mayoritarios".

Pero si, a través de sus habilidades y actividades, una mujer se muestra igual que el hombre, entonces se convertirá en su superior, protesta un pánico en Clavel, porque ella, además, posee la facultad de "crear vida". Clavel de repente se vuelve bastante modesto; ¿el hombre no tiene ningún papel en la procreación? Suponiendo que el embarazo y el parto constituyan un "bono de creación", esta ventaja se ve compensada en gran medida por el agotamiento y el dolor que conlleva. Sin mencionar los abortos de los cuales es-

capan muy pocas mujeres. En verdad, ¿qué hombre desearía beneficiarse a tal precio? Cuando denuncia la histeria de las "arpías" feministas, Clavel se vuelve convulsivo. Ningún argumento en absoluto le parece bien. "¿Qué pasará con las mujeres feas después de la revolución sexual?", Pregunta. ¿Y qué pasa con ellas antes? Sus posibilidades serán ciertamente mejores en un mundo que ya no perpetúa el culto del objeto femenino.

Una palabra horrible

En su conclusión, se refugia en divagaciones falaces: las feministas sólo se esfuerzan por integrarse en una sociedad que debe ser destruida. "Usted reclama el derecho al éxito", dice. "Qué palabra tan horrible". Así sea, pero él es quien lo dice. Si los trabajadores se rebelan contra la opresión y la explotación, Clavel es el primero en aprobar; él no los acusa de querer "tener éxito". Sin embargo, las mujeres son doblemente explotadas y oprimidas. Relegar a las mujeres al último peldaño de la escala social con el pretexto de que cualquier jerarquía es injusta es una clara prueba de su machismo.

"¡Quieren reformas y todo debe ser renovado!", Dice Clavel. Aquí nuevamente, su mala fe estalla. Un gran número de feministas también se sitúan en el campo de la lucha de clases. Exigen un mundo sin clases o segregación sexual. No entiendo por qué un hombre que dice ser izquierdista, como Clavel, no muestra solidaridad con ellas. Él no da una razón ideológica válida para su actitud. Como casi todos los antifeministas, sus motivaciones —que son evidentes en cada línea que escribe— son de orden psicológico y sexual, y puramente egoístas. Sería fácil exponerlos, pero

no veo interés en eso. Simplemente quería denunciar la falta radical de objetividad en las columnas que Clavel dedica a las mujeres.

Prefacio a *El gran temor a amar: crónicas de una mujer en la medicina**

"¿Cómo lo hacen otras mujeres?" Este desgarrador *leitmotiv* es repetido a lo largo de la colección de testimonios que nos ha dado hoy la honorable Dra. Weill-Hallé[1]. Las agotadas, acosadas, asustadas y perseguidas mujeres que vienen a pedirle ayuda a ella creen que son las víctimas de alguna maldición singular y oscura. A ellas su desesperación les parece demasiado absoluta para ser anormal. Cada uno imagina que seguramente otras mujeres saben de formas para escapar de las trampas en las que han caído y del insidioso peligro que se incuba en su sangre. Pero, por desgracia, esto está lejos de ser cierto. La Dra. Weill-Hallé relata casos individuales en un estilo deliberadamente lacónico; cada una de estas historias nos hace sentir el latido de

* Prefacio a *La grand'peur d'aimer,* de la Marie-Andrée Lagroua Weill-Hallé; publicado por primera vez por Éditions Julliard-Sequana. París, 1960 (*N. de los T.*)

[1] Marie-Andrée Lagroua Weill-Hallé (1916-1994) fue una ginecóloga, fundadora del movimiento "Feliz maternidad" en 1956, que más tarde se convirtió en el Movimiento francés para la planificación familiar, donde fue presidenta hasta 1966. Posteriormente, cuando la ley sobre el acceso a la anticoncepción en Francia estaba a punto de cambiarse, Weill-Hallé abandonó este movimiento, debido a su desacuerdo con La línea general de movimiento en temas de educación anticonceptiva o legalización del aborto (*N. de los T.*)

una única vida, y, sin embargo, lo tremendo y doloroso de su libro proviene del hecho de que nos da una muestra de tragedias que se repiten mil veces al día. Cada año en Francia, hay al menos quinientos mil abortos, pero ¿cuántos embarazos no deseados sufren en angustia? ¿Cuántos niños nacen no deseados, no amados o maltratados? ¿Cuántos hogares están devastados por las cargas excesivas y cuántas parejas se destrozan por temor a otro embarazo? ¿Cuántas carreras femeninas se han roto y se ha perdido el amor? ¿Cuántas mujeres son torturadas por miedos obsesivos o empujadas a depresiones y neurosis? ¡Qué desperdicio! Pero una complicidad hipócrita lo oculta incluso a las mujeres en cuestión; soportan su destino en una soledad que a menudo se mezcla con vergüenza o incluso remordimiento. Nadie les muestra que su miseria no es, de ninguna manera, accidental, sino que inevitablemente proviene de la situación creada por una legislación que obstinadamente persiste en el oscurantismo. Hoy en Francia, los salarios limitados y el alojamiento insuficiente impiden que las parejas jóvenes críen a más de dos o tres niños en un ambiente saludable. Y aun así los métodos anticonceptivos verdaderamente efectivos están prohibidos para ellos. Ambos cónyuges sufren de esta contradicción, pero la mujer sufre mucho más que el hombre. Es su cuerpo el que experimenta el agotamiento del embarazo y el nacimiento; el hombre puede escapar del infierno doméstico mientras ella es consumida por él. Día a día, hora por hora, ella lucha para completar tareas imposibles; si ella falla, su esposo lo ve como su culpa, y en la mayoría de los casos, él considera que depende de ella evitar embarazos inoportunos. "¿Cómo? ¿Cómo lo hacen otras mujeres?" Este ansioso estribillo nunca le da descanso; a ella se le hiela la sangre, el pánico llena su corazón y sus pensamientos giran en círculos.

La gente proclama rápidamente en estos días que en esta época "la cuestión de la mujer" está resuelta. Las mujeres que escriben columnas de consejos afirman que las mujeres encuentran completa satisfacción en el florecimiento de su feminidad. Las mujeres, dicen los hombres, ahora tienen los mismos derechos y las mismas posibilidades que nosotros; si no los aprovechan, es su propia culpa. Los optimistas exaltan la naturaleza femenina y los pesimistas denuncian sus fallas incurables, pero todos concuerdan en guardar silencio sobre el problema real que las mujeres tienen que enfrentar: ¿Cómo poder, en las actuales circunstancias económicas, tener éxito en una carrera, construir un hogar feliz, levantar niños con alegría, estar al servicio de la sociedad y autorrealizarse, si en algún momento la carga aplastante de un nuevo embarazo puede caer sobre ella? "Para las mujeres, la libertad comienza con el útero", escribió uno de mis corresponsales. Las confidencias recibidas por la Dra. Weill-Hallé confirman que esta libertad elemental —la libertad de concepción— no sólo es demandada por egoístas que están ávidos de "vivir su propia vida", sino mucho más frecuentemente por mujeres que son devotas a esfuerzos en los que han dedicado completamente su razón de ser. Una joven graduada piensa que su existencia será un fracaso angustioso si un tercer hijo le impide completar sus estudios y seguir la carrera a la que aspiraba. Una madre quiere asegurar la felicidad de su esposo y sus hijos, pero si aparece un nuevo bebé, la pobreza y el hacinamiento develarán su fea cabeza y el hogar para ella correrá el riesgo de desmoronarse. ¿Y qué hay del amor? Para millones de mujeres, es el único recurso contra la dureza del mundo. Se desvanece lentamente o muere brutalmente si la pareja está obsesionada con el miedo a un niño. Nadie ayuda a estas mujeres que

resisten y luchan ciegamente contra un destino que consideran inaceptable. Las páginas más dolorosas de las críticas reunidas por la Dra. Weill-Hallé son tal vez aquellas en las que ella describe —sin poder encontrar el motivo— la indiferencia e incluso la hostilidad de los hombres con respecto a sus parejas angustiadas. Uno, que luego se convertiría en un buen marido, abandona a su novia embarazada; otro joven esposo sólo dice a su desalentada esposa: "imagina algo". En los hogares burgueses, donde las mentiras son la regla, una mujer ni siquiera se atreve a confiar en otras mujeres, y si consulta a su médico responderá a sus terrores con una lección de moralidad. Incluso si aquel simpatiza, ¿qué puede hacer por ella? Nada. Al contarnos las tragedias de todas esas mujeres desesperadas que acudieron a su consultorio, la Dra. Weill-Hallé también evoca de manera discreta su propio drama personal: "Cerré la puerta y nunca más volví a verla… Tampoco volví a ver a la señorita X nunca más… Lamento solo haber podido escuchar a la Sra. S". Unas cuantas palabras de consejo bien colocadas aquí y allá son todo lo que un médico puede proporcionar sin caer en la ilegalidad; sus manos están atadas.

Pero la Dra. Weill-Hallé no acepta apenas su impotencia, y es por eso por lo que ha escrito este libro. Ella no está tratando de escribir literatura; ella pinta una imagen de la dura condición de las mujeres francesas hoy en día para que podamos colaborar con ella a fin de encontrar un remedio para ello. Durante muchos años ha tratado de convencer a Francia para que acepte la idea de la "planificación familiar". En un breve libro, no suficientemente conocido, mostró los beneficios de este método para los países que lo pusieron en práctica y que incluyen cuatro quintas partes del mundo. Las estadísticas que cita prueban irrefutable-

mente que cuando se trata de controlar la tasa de natalidad, la libre elección individual puede reconciliarse perfectamente con el progreso demográfico. La mayoría de las mujeres jóvenes que hablaron con la Dra. Weill-Hallé querían tener hijos; simplemente pidieron elegir libremente la fecha de sus próximos embarazos. Las parejas jóvenes están naturalmente inclinadas a propagar la vida, si miran alrededor y encuentran razones para vivir. Una sociedad sana debería preocuparse de proporcionarles algunas de estas razones, y entonces no tendría la necesidad de confiar en la "procreación forzada". En realidad, este sistema de restricciones, lejos de beneficiar el aumento de la población, es pagado por una disminución en su salud, su nivel intelectual y sus posibilidades. Mientras que la conquista sobre la naturaleza por parte del hombre está haciendo progresos cada vez más asombrosos, parece aberrante que, cuando se trata de algo tan esencial como la tasa de natalidad, el lema oficial en nuestro país sea "dejar que la naturaleza siga su curso". La Dra. Weill-Hallé pide con razón la abolición de esta anarquía que es perjudicial para cada uno de nosotros y para todos nosotros en favor de una libertad reflexiva.

Aquellos que lean su libro se sorprenderán, sin duda, de que el doloroso desorden que ella denuncia no haya causado más indignación pública; es monstruoso que, en un número tan alto de casos, la llegada de un niño signifique una catástrofe. La explicación de esta pasividad es el silencio que envuelve a este tema tabú. Sólo un puñado de psiquiatras, algunos doctores y algunos trabajadores sociales conocen la magnitud del daño y casi nadie habla de ello. La Dra. Weill-Hallé ha decidido hablar, y espero que un gran número de mujeres y hombres escuchen las trágicas

confesiones que ella ha transcrito para nosotros, porque estoy segura de que entonces desearán con todo su corazón apoyar sus esfuerzos. Tanto sufrimiento inútil debe eliminarse tan rápido como sea posible. Debemos responder con más que un encogimiento de hombros a la ansiosa súplica: "¿Cómo lo hacen otras mujeres?".

Prefacio a *La "planificación" familiar**

La idea de la "planificación familiar" apenas ha comenzado a abrirse camino en Francia, aunque es una práctica común en cuatro quintas partes del mundo. El libro de la Dra. Lagroua Weill-Hallé muestra los beneficios obtenidos por los países que lo ponen en práctica, y, por el contrario, llama la atención a la escandalosa atrasada legislación a la que están sujetas las familias francesas.

Las cifras son suficientes para demostrar que "Planificación" no significa Maltusianismo. No es un asunto de restricción del incremento poblacional, sino de generarlo dentro de un equilibrio que concilie los intereses de la sociedad con aquellos de las familias y con los individuales. En un momento en que la conquista de la naturaleza por parte del hombre está realizando más y más progresos estupendos, parece aberrante que, cuando se trata de algo tan importante como la tasa de natalidad, el lema oficial en nuestro país siga siendo: "dejar que la naturaleza siga su curso".

Hoy nadie puede continuar ignorando las consecuencias desastrosas de tal oscurantismo. Cada año el número

* Prefacio a *Le "planning" familial* de Marie-Andrée Lagroua Weill-Hallé. Paris: Maloine, 1959 (*N. de los T.*)

de abortos es aproximadamente equivalente al de nacimientos; estiman que había entre 400.000 y 500.000 en 1956. La mayoría de quienes abortan son madres que ya tienen una familia de dos o tres hijos. Para la inmensa mayoría de familias jóvenes, sus recursos limitados y sus insuficientes estancias (incómodas estancias/hogares), les impide radicalmente para tener más hijos. Desde que los métodos que están siendo utilizados actualmente para limitar la fertilidad proporcionan resultados inciertos en el mejor de los casos, muchas mujeres que son embarazadas en contra de su voluntad no tienen más remedio que abortar.

Correctamente realizada, la operación es benigna. Claro que esto no es verdad si se realiza de manera ilícita, como es el caso en Francia, donde las precauciones básicas son negadas ante la pobreza, la urgencia y la desesperación. A veces el resultado es la muerte, a veces la infertilidad permanente, a menudo graves problemas fisiológicos o psicológicos. Las acusaciones contra esta maldición específicamente francesa son numerosas, pero denunciarla es inútil si la gente se niega a prevenirla. Cuando la ilegalidad ha permeado la moralidad hasta este punto, la represión es impotente; estaríamos mejor admitiendo honestamente que la ley es el pecado y que debe ser cambiada. Existe solo una manera de eliminar el aborto inseguro y sus estragos, se trata de autorizar a las mujeres para que se protejan ellas mismas, efectivamente, de los embarazos que sus condiciones de vida o su salud no les permiten llevar a término. Los opositores de Control de Natalidad objetan que algunas mujeres tienen dudas o fracasan en su intento de abortar, ¿pero se atreverían a felicitarse a sí mismos si ellas consideraran el destino de esos "niños a pesar de nosotros" de

los cuales ha hablado Derogy[1] con tanta elocuencia? Los periódicos son los que relacionan los más desgarradores casos de niños golpeados o abandonados, pero nadie habla de aquellos que se desperdician debido a la falta de nutrición y cuidado, y de aquellos que se convierten en adultos psicológica o moralmente deficientes.

Encuentro monstruoso que una ley obligue a las mujeres a traer seres al mundo destinados a penurias y desgracias. El drama de mujeres forzadas a demasiados embarazos muy próximos uno del otro no es menos trágico. Su salud se agota; están agotadas por una carga de trabajo que supera sus fuerzas y sus vidas se convierten en nada más que una pésima lucha contra la desesperación. Se convierten en una carga intolerable para los hombres, ya obsesionados con la preocupación de tantas bocas por alimentar. El miedo de un nuevo embarazo envenena las relaciones conyugales, resultando en frustraciones para ambos esposos que terminan destruyendo sus equilibrios. Así es como tantas familias se convierten en infiernos después de algunos años de matrimonio. Porque la planificación de sus vidas está prohibida para hombres y para mujeres, es imposible para ellos gestionar correctamente el conjunto de su existencia. Prematuramente abrumada de niños, la mujer debe dejar de trabajar, y el hombre debe renunciar a obtener una profesión intelectual o un nivel técnico superior. El futuro les está prohibido, por lo tanto, se conforman con enfrentar las necesidades urgentes que surgen día tras día.

[1] Jacques Derogy (1925–1997) fue un periodista de investigación francés. Su padre, Henri Weitzmann, era periodista. Durante la Segunda Guerra Mundial, se escondieron en el Ardèche con miembros de la resistencia francesa (*N. de los T.*)

Una sociedad que se condena a sí misma a este estancamiento está seriamente impedida en comparación con aquellas que liberan las energías humanas.

Si el aumento de una población se paga por una disminución de su salud, su nivel intelectual y sus posibilidades, entonces no hay nada ganado, sino todo lo contrario.

Ciertamente, la "Planificación familiar" no es suficiente para garantizar un equilibrio. La inclinación a tener hijos, que es natural para parejas jóvenes si nada los inhibe, también debe ser promovida. Esto presupone la construcción de un mundo donde encontrarán motivos para vivir y propagar la vida. Pero si no encuentran ninguno, la procreación forzada solo sería más abominable.

En el terreno donde la Dra. Lagroua Weill-Hallé sitúa su libro, todas sus demandas, y lo que demandan aquellos que están asociados con sus esfuerzos, es la abolición de una anarquía perjudicial para cada uno de nosotros y para todos nosotros, en favor de una libertad reflexiva. El hombre hoy, en cada dominio, se niega a abandonarse a los peligros del destino; organiza, racionaliza, toma su destino una vez más en sus propias manos. ¿Por qué dejaría las cosas al destino cuando su vida familiar está en juego? Los resultados favorables de la "Planificación familiar" en los países que la practican muestran claramente que ninguno de nosotros debería dudar más para comprometerse en este camino.

Madres solteras: contra el orden moral*

El caso del CET Plessis-Robinson[1] es rico en lecciones. Muestra claramente la hostilidad que la sexualidad juvenil encuentra en nuestra sociedad. Ciertas civilizaciones, que la nuestra trata a la altura de primitivas, fomentan los juegos eróticos de los adolescentes. En Francia, no sólo estamos reprimidos, sino que también llegamos a negar las necesidades sexuales de los jóvenes. "Entonces", dijo un sacerdote, "usted admite que una niña de trece años puede tener necesidades sexuales". Al menos esos instintos están ocultos, que siguen sin cumplirse: el Rector Mallet se preocupó de hablar de error y no de culpa, pero esta palabra también implica una idea de culpa.

* "Mères célibataires : contre l'ordre moral" *La Cause du peuple/J'accuse*, enero 20 de 1972 (*N. de los T.*)

[1] El CET de Plessis-Robinson, fue un colegio en la comuna (municipio) Plessis-Robinson de Francia, en el departamento de Altos del Sena, en el distrito de Antony, que desde 1944 recogía a chicas solas y embarazadas entre los doce y los dieciocho años, que habían sido expulsadas de los colegios donde estudiaban antes. Allí se encargaban de su "educación para el trabajo" en situaciones degradantes de explotación laboral y esclavitud (*N. de los T.*)

Niñas-madres, las tratamos como delincuentes

La ideología oficial exalta la maternidad: sin embargo, si una persona menor de 18 años está embarazada, es castigada muy severamente. Es expulsada de la escuela donde estaba estudiando, su futuro profesional está roto y, a veces, parecía que era brillante: esto demuestra hasta qué punto la enseñanza impartida por la universidad es irrisoria. Ni siquiera hay una biblioteca para ocupar el tiempo libre y entrenar las mentes de los prisioneros. Porque es una prisión la que está preocupada: el régimen de salidas y visitas es tan draconiano como si se tratara de mujeres delincuentes; así es como la sociedad las mira. El colegio se niega a que los especialistas les den información sobre la anticoncepción, sin duda creyendo que si "recaen" sería bueno que fueran castigadas nuevamente. Sin embargo, si hay un error o una falta, no son ellos quienes la cometieron: es la sociedad que se niega a proporcionarles educación sexual. Actualmente hay 4.000 menores de 13 a 18 años en Francia que esperan niños: es por ignorancia que se dejan atrapar; educadas, habrían sido más cautelosas, pero no brindamos educación sexual en instituciones públicas, por temor a disgustar a los padres. Y se muestran reacios a informar a sus hijos: ayudaría a emanciparlos mientras quieren mantenerlos bajo su control.

La actitud de los padres que piden la exclusión de las estudiantes embarazadas es característica: al denunciarlas como ovejas negras, los depravados, pueden seguir afirmando que sus propias hijas son niñas asexuales. Por encima de todo, temen que sean informadas por compañeras de clase que podrían hacerlo: para evitar este riesgo, las chicas de preparatoria que se casan generalmente son despedidas. La complacencia de la universidad demuestra

que también condena la existencia de una sexualidad juvenil y muestra su respeto por la autoridad paterna.

Las madres solteras quieren poder decidir el destino de su hijo

Es el principio mismo de esta autoridad el que también está en cuestión y se juega de la manera más paradójica. El matrimonio emancipa automáticamente a una niña de 15, 16 años. La maternidad no, porque las instituciones son mucho más sagradas que las realidades que deben castigar. El derecho a salir, el derecho a recibir visitas y correo, son sus padres quienes se lo otorgan al residente del CET. Y lo que es aún más serio es que deciden el destino de su hijo: no le corresponde a ella elegir mantenerlo o abandonarlo, está obligada a hacerlo. Sin embargo, aquí también ella es madre, debe acceder al estado de los padres, compartir su autoridad sacrosanta: pero no. Ella pasó por la prueba de un embarazo que las circunstancias hicieron particularmente doloroso. Entregada, sucede que sus padres toman en cuenta sus deseos, pero pueden infligirle los gastos de una maternidad que no puede asegurar o arrancar al bebé al que está apegada. De hecho, a menudo tienen pocas opciones: el abandono es necesario debido a la falta de medios para criar al recién nacido. Una de las medidas más escandalosas tomadas por la sociedad es que a la madre de la joven madre se le niegan los subsidios familiares a los que dio derecho con el pretexto de que ya no asiste a la universidad y, en lugar de recibir un subsidio adicional que le permitiría cuidar al hijo de su hija, ve disminuir sus recursos y la joven madre no recibe ninguna ayuda.

Un ejemplo sorprendente de la opresión específica infligida a las mujeres

La situación es repugnante porque las menores embarazadas son víctimas de un doble requisito del régimen que, en su caso, conduce a una contradicción: el Sr. Debré reclama un aumento en la tasa de natalidad, pero, y especialmente cuando se trata de una mujer, la actividad sexual juvenil es considerada libertinaje. Para aumentar la población del país, por lo tanto, a las niñas se les niega un aborto que a menudo ellas y sus padres quieren. Sin embargo, no se les da el respeto con el que están rodeadas las madres: son tratadas como culpables. Si son niñas irresponsables, no es necesario aplicarles la ley a la que están sujetos los adultos: que se les otorgue el derecho a abortar. Si son adultos, emancípalos y ayúdalos a criar a sus hijos. Esto es lo que afirman: es muy seguro que no lo obtendrán.

Su caso es un ejemplo sorprendente de la opresión específica que el sistema inflige a las mujeres. Para escapar del destino de sus vidas, las prácticas anticonceptivas deben difundirse masivamente, el aborto gratuito, las cargas de maternidad aligeradas por guarderías, servicios sociales, subsidios y la sexualidad juvenil debe ser reconocida por las costumbres. Tales cambios implican el derrocamiento de todo el sistema. Algunas de estas jóvenes ya están conscientes de esto y muchas otras lo están haciendo: el director no se ha equivocado al acusarlas de "jugar a la política" cuando decidieron ir a una huelga de hambre. Ya es una acción revolucionaria que iniciaron.

Testimonio de Beauvoir en el juicio Bobigny

La testigo está juramentada[1]

Abogada Halimi: La Sra. Beauvoir es una testigo abonada. Ella conoce a la Sra. Chevalier.

Simone de Beauvoir: La Sra. Chevalier es miembro de la Asociación *Choisir* (*Elegir*)[2], de la cual soy presidenta.

Abogada Halimi: Me gustaría preguntarle a la Sra. Beauvoir por qué esta ley es, ante todo, una ley que oprime a las mujeres.

---

[1] "Déposition de Simone de Beauvoir au procès de Bobigny" fue publicado la primera vez por la *Association Choisir* (*Elegir*) en: *Avortement: Une loi en procès. L'affaire de Bobigny: Sténotypie intégrale des débats du tribunal de Bobigny, 8 novembre 1972*. Paris: Gallimard, 1973. En octubre y noviembre de 1972 tuvo lugar el llamado proceso de Bobigny, donde se juzgaba a una menor, Marie Claire Chevalier, que había abortado tras haber sido violada por el que para entonces era su novio, circunstancia que se agravó por ser el propio violador el que denunció el aborto (*N. de los T.*)

[2] La asociación *Choisir la cause des femmes* (Eligiendo la causa de las mujeres) fue creada en julio de 1971 por personalidades como Gisèle Halimi, Simone de Beauvoir, Jean Rostand, Christiane Rochefort y Jacques Monod. Sus objetivos iniciales fueron: la educación sexual y anticoncepción libre y gratuita; la derogación de la ley represiva de 1920, que condena el aborto; la libre defensa de las mujeres procesadas por aborto (*N. de los T.*)

Simone de Beauvoir: La ley está establecida para oprimir a las mujeres. La opresión de las mujeres es, de hecho, una de las cartas de triunfo disponibles para la sociedad. Esta situación es extremadamente ventajosa para los hombres por más de una razón: desde el punto de vista psicológico, siempre es agradable tener inferiores y sentirse superior a alguien, también económicamente. Un punto que no se enfatiza lo suficiente y que me parece muy importante es que cada año las mujeres en Francia ofrecen una enorme cantidad de trabajo que se puede llamar invisible, clandestino, no remunerado. Es el trabajo doméstico. Una estadística reciente dice que hay 45 mil millones de horas de trabajo doméstico proporcionadas por mujeres en comparación con 43 mil millones de horas de trabajo remunerado.

Entonces, el volumen del trabajo doméstico supera con creces el trabajo remunerado. Si la sociedad tuviera que pagar por este trabajo, sus gastos obviamente se multiplicarían enormemente. Es bastante ventajoso para la sociedad tener mujeres que hacen este trabajo enorme por nada. ¿Cómo lograr que las mujeres hagan este trabajo? Deben estar condicionadas. Como es difícil persuadir a las mujeres de que ellas tienen vocación para lavar los platos, se ha encontrado algo mucho mejor. La maternidad es exaltada porque la maternidad es la forma de mantener a las mujeres en casa y hacer que hagan las tareas domésticas. En lugar de decirle a una niña de dos, tres o cuatro años: "Estarás destinada a lavar los platos", le dicen, "Serás destinada a ser una mami". Le dan muñecas, y la maternidad es exaltada para que cuando se convierta en una mujer joven, piense en una sola cosa: casarse y tener hijos. Ella ha estado convencida de que no será una mujer completa si no tiene hijos. Cuando una mujer no tiene hijos, la

gente dice: "Ella no es una mujer verdadera", pero cuando un hombre no tiene hijos, la gente no dice: "Él no es un hombre verdadero". Por lo tanto, las mujeres deben ser esclavas de la maternidad. Si al menos tuvieran la libertad de ser madres cuando quisieran, como quisieran, planificando el nacimiento de los hijos, les dejaría mucha libertad en todos los niveles. Las mujeres podrían presentarse como rivales profesionales de los hombres. No estarían constantemente encadenadas a la casa, y eso plantearía la cuestión de por qué no son los hombres quienes lavan los platos.

Para evitar que esto suceda, la maternidad debe ser impuesta a las mujeres y en contra de su voluntad. Esta es la razón por la cual, durante el tiempo que ha existido la anticoncepción, su uso nunca se ha facilitado, al punto que actualmente en Francia hay un 7% de mujeres francesas que usan métodos anticonceptivos; eso es todo. También es por esta razón que el gobierno, en este momento, está en proceso de eliminar todos los subsidios de Planificación Familiar, el único movimiento relacionado con la información a las mujeres. Sin embargo, el gobierno reconoce que no tiene una solución alternativa. Y éste es un asunto muy grave. No sólo se está eliminando la planificación familiar y se están eliminando sus posibilidades de acción, sino que no se planea nada para reemplazarla. De este modo, se impide que las mujeres se protejan contra embarazos no deseados y, por lo tanto, quedan embarazadas en contra de sus deseos.

Así que terminan teniendo un aborto, y esto es lo que un millón de mujeres francesas hacen cada año a pesar de que la ley lo impide absolutamente, y por lo tanto no tiene sentido que lo haga. De vez en cuando, para dar a la

ley una apariencia de existencia, se presentan cargos contra unas pocas mujeres elegidas siempre entre las más desfavorecidas porque nunca verías a la esposa de un juez, de un funcionario del gobierno o de un gran industrial, sentada en el lugar donde las acusadas están sentadas hoy. Sin embargo, uno puede estar seguro de que hay tantos abortos en esos medios como en los otros. La ley oprime a todas las mujeres, incluso aquellas que son privilegiadas.

En mi vida, he visto no sólo a mujeres de cuello azul y oficinistas, sino también a mujeres de clase media con dinero llegar a mi casa, llorando. Una vez incluso ayudé a la esposa de un director bancario muy importante. A pesar de todo, las mujeres están aisladas. Incluso con dinero, no siempre tienen las direcciones necesarias; ellas no saben a quién contactar. Como estaba diciendo al principio, tal sentimiento de culpa se ha puesto en los corazones de las mujeres, que el aborto se convierte en algo traumático para ellas, como no sería el caso, en absoluto, si se llevara a cabo bajo condiciones legales.

Hubo un artículo en el *New York Times* y en el *Herald Tribune* que citó al director de servicios de salud del Estado de Nueva York que observó que, desde la legalización del aborto, las mujeres pueden abortar sin sentir ningún tipo de angustia al respecto. "Esperamos", dijo, "que todos los demás Estados de Estados Unidos sigan el ejemplo". No se trata en absoluto de un procedimiento que traumatiza automáticamente a las mujeres. Es un procedimiento que es traumático sólo en la medida en que han sido condicionadas para hacer de la maternidad una verdadera vocación. No entraré en detalles, pero el hecho es que la ley actual es injusta porque, en particular, siempre

recae sobre las mujeres que pertenecen a los estratos menos favorecidos de la sociedad y nunca sobre las demás.

Abogada Halimi: En su opinión, ¿tiene la sociedad el derecho de intervenir en la libertad de las mujeres para dar vida o abortar?

Simone de Beauvoir: En mi opinión, las mujeres tienen libertad corporal. Pueden elegir tener o no tener un hijo y nadie puede intervenir. Para mí no hay dudas al respecto.

Abogada Halimi: ¿Has tenido un aborto?

Simone de Beauvoir: Sí, hace mucho tiempo; pero lo que también he estado haciendo con frecuencia y durante mucho tiempo, es ayudar a las mujeres que vienen a preguntarme cómo abortar. Les doy dinero o se los presto, les doy las direcciones, y algunas veces incluso les presto mi residencia para que el procedimiento se lleve a cabo en buenas condiciones.

Quien preside: Puesto que usted comienza con el principio de la libertad corporal de todos, ¿cree usted, aplicando el mismo principio, que los poderes públicos deberían dar completa libertad a las personas que consumen drogas?

Simone de Beauvoir: Eso no está relacionado con la pregunta.

Quien preside: Entonces admite tener ciertas reservas al respecto.

Simone de Beauvoir: Opino que las personas deberían ser libres de tomar drogas si quisieran, al tiempo que les

den suficiente información sobre las drogas. Las personas deben estar informadas y deben recibir el mismo asesoramiento, y en estas condiciones, entonces, bueno, sí, se les debe permitir esa libertad.

Quien preside: El Tribunal le agradece.

Prefacio a *Aborto: una ley en juicio. El caso Bobigny**

En el exterior, este libro se parece a muchos otros. Sin embargo, es absolutamente inusual. Nunca se habían puesto en conocimiento del público las actas de una prueba de aborto. La Asociación *Choisir* ha decidido publicarlos en su totalidad porque estos procedimientos no son como ningún procedimiento anterior. No era a la Sra. Chevalier a quien se juzgaba, sino a la ley en cuyo nombre se presentaba ante el tribunal. Las mujeres y los hombres tomaron el testimonio, unos tras otros, para acusar a una ley que hace aparecer a Francia como uno de los países más atrasados de nuestro tiempo, una ley que está radicalmente divorciada de la conciencia colectiva y de los hechos ya que se rompe cada año por cerca de un millón de mujeres francesas. "Cuando la práctica diaria en un país se aleja demasiado de la jurisdicción, existe un peligro importante para el equilibrio y la salud mental general de esta colectividad", escribió con razón el juez Casamayor[1]. La experiencia demuestra que la ley no tiene influencia sobre la práctica; por lo tanto, es la ley la que debe cambiarse.

---

* Este texto es el prefacio que Simone de Beauvoir escribió para el texto *Avortement: une loi en procès. L'affaire de Bobigny. Sténotypie intégrale des débats du tribunal de Bobigny, 8 novembre 1972, Association Choisir*. Paris: Gallimard, 1973 (*N. de los T.*)

[1] Casamayor era el seudónimo de Serge Fuster (1911-1988), que era juez y escritor francés (*N. de los T.*)

No dudo en llamarla criminal. Un aborto ejecutado correctamente es una operación que es tan benigna como la extracción de un diente, y menos peligrosa que dar a luz. En Inglaterra, el porcentaje es de veintiuna muertes por cada 100.000 abortos y veinticuatro muertes por cada 100.000 nacimientos. En el Estado de Nueva York, donde desde hace dos años, cualquier mujer embarazada de menos de veinticuatro semanas puede abortar legalmente, el director de Servicios de Salud ha declarado los resultados como "inmensos éxitos". Le gustaría que todos los Estados de Estados Unidos sigan el ejemplo de Nueva York. La legislación francesa, sin embargo, asesina a 5.000 mujeres cada año. Sólo un pequeño número de doctores, parteras o enfermeras dan su consentimiento para interrumpir los embarazos en secreto. En la inmensa mayoría de los casos, la intervención es llevada a cabo por personas incompetentes, en condiciones difíciles, por lo que no se toman las medidas higiénicas más elementales. Es por eso por lo que mueren tantas mujeres que abortan; es por eso por lo que un gran número de ellas se encuentran estériles, enfermas o no han sanado. Muy a menudo, la búsqueda angustiada de una "dirección", la humillación de los pasos que se deben seguir, la inseguridad y el miedo hacen que el aborto sea una experiencia traumática. Y más aún porque, aunque violan la ley, muchas mujeres le temen o incluso la respetan. Se sienten culpables, y esta contradicción a veces provoca neurosis.

Por supuesto, los riesgos de muerte, mutilación y angustia no son compartidos por igual por todas las mujeres. Son las más desfavorecidas quienes pagan el precio más alto. Y es siempre entre esas mujeres que la "justicia" elige a sus víctimas de la represión. La cónyuge de un juez o un

funcionario del gobierno nunca están en el banco del acusado, pero las empleadas por hora, las vendedoras y las secretarias sí lo están. La Sra. Chevalier es empleada del metro y madre soltera.

Un argumento particularmente ridículo, con el que a veces se bromea contra el aborto, es que, al interrumpir un embarazo, se corre el riesgo de deshacerse de un Mozart o un Mao Tse-tung. Pero tal vez salvas al mundo de un Hitler. Todo eso sólo es una tontería. En realidad, es otro crimen de nuestro código que obliga a las mujeres, por la falta de dirección o el dinero necesario, a traer hijos no deseados a este mundo: niños descuidados, niños maltratados, niños abandonados bajo custodia del Estado. La mayoría de los delincuentes y muchos criminales han tenido este triste comienzo en la vida. Son los indigentes que se ahorcan en nuestras cárceles; a menudo terminan sus días en hospitales psiquiátricos. No necesariamente compartirían las mismas opiniones que los funcionarios de alto rango con autoridad judicial, funcionarios como el fiscal del juicio de Bobigny que pueden decir con orgullo: "Todos fuimos fetos alguna vez. Y, en general, todos estamos felices de vivir".

Si examino las razones que oficialmente se oponen a la libertad de aborto, no las encuentro más serias que la que acabo de mencionar. Desde un punto de vista biológico, el profesor Monod y el profesor Jacob, cuyos testimonios vamos a leer más adelante, han demostrado que el aborto no puede considerarse como infanticidio. Considerar al feto como una persona humana es una actitud metafísica que la práctica niega rotundamente. Cuando una mujer aborta en un hospital, la administración arroja el feto a la basura y la Iglesia lo aprueba. No considera un entierro religioso

a esta "persona humana". Lo trata como un simple desperdicio.

De hecho, a menudo se dice que, al reprimir el aborto, el régimen obedece a consideraciones utilitarias; quiere soldados, una fuerza laboral abundante, una gran cantidad de consumidores. Cuestionar tales políticas de tasa de natalidad ni siquiera es necesario aquí. Basta repetir que cada año en Francia hay casi un millón de mujeres que abortan. Hacer legal el aborto sólo las salvaría del sufrimiento inútil y no evitaría el nacimiento de un millón de pequeños franceses cada año. Entonces, ¿por qué la idea de esta libertad encuentra tal oposición? Según mi opinión, hay una razón, sólo una, pero muy pesada: proscribir el aborto es una pieza esencial en el sistema que la sociedad ha puesto en marcha para oprimir a las mujeres.

Claramente, a los hombres les interesa mantener a las mujeres en una condición subordinada. Siempre es psicológicamente ventajoso pertenecer a una casta que se considera superior. Política y socialmente, los hombres no tienen la intención de compartir con las mujeres los poderes que poseen. Todo su esfuerzo tiene como objetivo mantenerlas fuera de la vida pública. Pero es especialmente a nivel económico que la esclavización de las mujeres es rentable. Una estadística reciente indica que en Francia cada año, los trabajadores remunerados proporcionan 43 mil millones de horas de trabajo. Las mujeres proporcionan 45 mil millones de horas de trabajo doméstico *que no se paga*. Lo que el esposo gasta en su mantenimiento no puede compararse con la cantidad que las mujeres ganarían si cada hora de trabajo trajera un salario, incluso el salario de una criada. ¡Qué revuelo sería si exigieran que la produc-

ción privada de trabajo doméstico se convierta en producción pública, que este trabajo "invisible" se industrialice y, por lo tanto, se retribuya! Toda la economía de nuestra sociedad patriarcal implica que las mujeres aceptan estar sobreexplotadas. A partir de sus primeros años de la infancia, una chica está condicionada a fin de extraer este consentimiento de ella misma.

Y para eso confían en un ardid. Es difícil presentar lavar ropa sucia y platos como una función sagrada para una niña pequeña, difícil de convencerla de que esta es su vocación irresistible. Pero si una mujer es mantenida en el hogar por sus hijos, inmediatamente se convierte en esta ama de casa cuyos esfuerzos son extorsionados casi gratuitamente. De modo que desde los primeros años de la infancia la persuaden —por palabras, por ejemplo, por los libros y juegos que se le dan— de que está destinada a la maternidad. Si no tiene hijos, no será una "verdadera mujer", sin embargo, un hombre sin hijos no es acusado de no ser un "verdadero hombre". En general, sigue el camino que se le ha asignado: ella se casa; ella tiene hijos; ella *mantiene la casa*. Y ese es el truco.

Sin embargo, ella no sería una esclava doméstica si tuviera los medios para planificar sus embarazos de acuerdo con sus deseos y sus intereses. Ella podría reconciliarlos con sus estudios, una formación profesional, una carrera. Ella exigiría y ocuparía posiciones que los hombres consideran como su derecho. Y lo que los hombres temen aún más es que las mujeres descubrirían y reclamarían su autonomía en todos los dominios al tomar su destino en sus propias manos. Se negarían a ser los dóciles vasallos que se gastan en tareas no remuneradas dentro de cuatro pare-

des. Debido a que son conscientes de este peligro, los hombres han unido sus fuerzas para sabotear la anticoncepción, lo que lleva a las mujeres a abortar, lo que les prohíben hacer. "*Kinder, Küche, Kirche*" (niños, cocina, iglesia)[2]: el niño es necesario para mantener a las mujeres en la cocina. La mujer que se rebela contra la maternidad forzada está en el camino hacia una rebelión más general. La arrestarán en el camino, prohibiéndole considerar la afirmación de su voluntad como una victoria. Ella ha elegido abortar, que así sea. Todo se pondrá en marcha para convencerla de que debería avergonzarse de ello. Ella es culpada e incluso castigada. He escuchado a los médicos jactarse de haberles hecho "pasar un mal rato" durante el legrado cuando eran internas. Esta es también una de las novedades de este juicio: Marie Claire, incluida como testigo, y la acusada, la Sra. Chevalier y sus amigas, la enfrentaron con la cabeza en alto. Han afirmado que una mujer es libre de controlar su cuerpo, que nadie tiene el derecho de controlarlo por ella.

Por lo tanto, la lucha por la difusión de la anticoncepción y el aborto legal que la Asociación *Choisir* ha emprendido tiene más de un objetivo y más de un significado. En primer lugar, se trata de hacer que el aborto sea irrelevante al poner a disposición métodos anticonceptivos oficialmente autorizados, pero que sólo el 7% de las mujeres francesas están usando. Se trata de defender a quienes han abortado y sus "cómplices" contra una sociedad que, para respirar una apariencia de existencia en una ley agonizante, decide arbitrariamente castigar a las más vulnerables de entre ellos. Se trata de mover la opinión pública, de

[2] Este era un lema utilizado en la Alemania nazi en la década de 1930 y promovido en Francia durante la ocupación nazi de junio de 1940 a noviembre de 1944 (*N. de los T.*)

presionar al régimen para que el aborto ya no se suprima. Al darse cuenta de esta reforma, al mismo tiempo, la superará. Cuando las mujeres —gracias a la difusión de la anticoncepción y la libertad de aborto— hayan obtenido el control sobre sus cuerpos, que ya no serán envenenados por el miedo o el arrepentimiento, estarán disponibles para otras luchas. Comprenderán que deben luchar por cambiar su propio estatus y la sociedad que se lo impone. Las mujeres lucharán. Y espero que llegue un día en que ganen.

Mi punto de vista: un asunto escandaloso*

Al juez que preside la 26ª Cámara:

Habiendo sido informada por Marie Bataille de la situación que, después de dos años de procedimientos, la llevará ante el tribunal penal, deseo transmitirle mi punto de vista sobre este asunto.

Durante mucho tiempo he sido un activista de la maternidad voluntaria. Creo que una mujer tiene el derecho de elegir tener o no tener un hijo, y en el primer caso, elegir el padre de su hijo. Por lo tanto, acogí con satisfacción la reciente ley sobre el aborto y, antes de eso, la ley de filiación de 1972, que exige que se reconozca al niño en su realidad biológica y sociológica. En el caso de Marie Bataille, esa realidad es fácilmente verificable. Su vínculo con A… es confirmado por muchos testigos. Ella ha declarado públicamente que él es el padre del niño, y ella se ha ido a vivir con él y el bebé.

Fue posible realizar análisis de sangre que hubieran probado esta filiación. Sin embargo, independientemente de la ley de 1972, el tribunal de apelación se negó a examinar los hechos y se escondió detrás de la ficción legal de

* "Mon point de vue, par Simone de Beauvoir: une affaire scandaleuse" fue publicado en *Marie Claire* 286 en junio de 1976 (*N. de los T.*)

que el padre de un niño concebido durante el matrimonio es el marido. Basado en esta ficción, el sistema judicial ha negado a la madre su derecho a hablar; no la escuchó.

Es indignante que, contrariamente a la legislación que exige el establecimiento de la verdad, una madre se vea reducida al silencio en una relación que esencialmente le concierne. ¿Por qué esta decisión arbitraria de la corte? Obviamente porque Marie Bataille descaradamente afirma ser una mujer adúltera: una mujer que ha elegido al hombre del que quería un hijo y ha elegido criar a este niño con él. Una jurisprudencia injusta ha atacado su libertad como madre. Por haber querido y afirmado esta libertad, corre el riesgo de pagar un precio muy alto. . .

Uno de los lugares comunes de nuestra sociedad es la glorificación de la maternidad. Sin embargo, en el caso de Marie Bataille, el acto de asumir este papel libre y fielmente es considerado por los tribunales como un delito. El código moral patriarcal triunfa. La mujer está subyugada, incluso en su maternidad, a la voluntad caprichosa de su marido. Él es quien tiene el privilegio de imponer *su* verdad, incluso si al hacerlo, *la* verdad es desafiada.

Así que este asunto va más allá del caso singular de Marie Bataille; muestra a todas las mujeres que el vínculo conyugal sigue siendo para ellas una cadena de esclavitud, a pesar de los esfuerzos de la legislación de 1972. Deseo que una justicia más ilustrada rompa esta cadena y reconozca la verdad y los derechos de Marie Bataille.

El aborto y los pobres*

Cada año en Francia, un millón de mujeres tienen abortos sin ser penalizadas. En la práctica, la ley contra el aborto es ampliamente repudiada por la opinión pública; a menudo se desobedece que los tribunales penales opten por evitarlo. Sin embargo, el 9 de octubre de 1972, Marie-Claire Chevalier fue juzgada en Bobigny por haber tenido un aborto. En el tribunal de menores, ya que ella es menor de edad. ¿Por qué esta medida de excepción? ¿Fue su "crimen" más grave que el de las demás?

Marie-Claire Chevalier tenía quince años y medio cuando permitió que un conocido de diecisiete años la llevara a su habitación, Daniel T. Luego físicamente la obligó a someterse a él. Ella nunca lo volvió a ver. Un poco más tarde, se dio cuenta de que estaba embarazada y se lo confió a su madre. Al no tener los medios para criar a un niño, decidieron interrumpir el embarazo.

Con treinta y nueve años hoy, la Sra. Chevalier fue abandonada por el padre de sus tres hijos después de vivir con él durante cinco años. Ella trabajó duro para satisfacer sus necesidades. Como empleada del Metro, gana 1.500 francos por mes. Una madre perfecta. "Ella es una mujer ejemplar", señala un informe policial. Pero ella sabe cuánto

* "L'avortement des pauvres" fue publicado en *Le nouvel observateur* en octubre de 1972 (*N. de los T.*)

le ha costado. "No quería que mi hija reviviera mi calvario", dijo en el tribunal. Ella tuvo problemas para encontrar el dinero necesario para el procedimiento, que es inofensivo cuando se lleva a cabo en buenas condiciones, cuando la persona en cuestión tiene dinero y conexiones. Para Marie-Claire, fue difícil y la joven tuvo que pasar cuatro días en una clínica.

Daniel T…, quien fue interrogado por la policía por un robo de automóvil, denunció a Marie-Claire. Muchas denuncias no tienen consecuencias. El juez fue libre de decidir desestimar el caso, lo que parece haber sido requerido por las circunstancias.

Primero, esta es la época de la parte "culpable". En muchos países, un aborto se otorga automáticamente a los menores que lo demandan. En Francia, una menor embarazada es tratada como un adulto ya que está sujeta a la misma ley. Si ella infringe la ley, ella comparece ante el tribunal de menores. La maternidad no la emancipa. La sociedad no le da los medios para mantener a su hijo. El futuro del niño lo deciden los abuelos: será entregado a la custodia del Estado si no pueden o no quieren cargar con él. El trabajo del embarazo y del parto son infligidos a la adolescente sin compensación: ¿cómo podría ella no tratar de escapar de esto?

Los modestos recursos de la Sra. Chevalier no le permitiría alimentar una boca más sin la ayuda de un crédito familiar adicional que no le habría sido otorgado. Siempre es una gran responsabilidad traer un ser humano a este mundo. ¿Cómo puede uno consentir esto si uno es incapaz de ayudarlo a encontrar su lugar en la Tierra, si es necesario llevarlo a lo desconocido y, con toda probabilidad, condenarlo a la infelicidad? ¿No debería la juventud de Marie-

Claire Chevalier y la condición económica de la Sra. Chevalier haber sido suficiente para evitar cargos? Sería ingenuo sorprenderse. Estos fueron, por el contrario, las razones para presentar cargos contra ellas.

Como los que están en el poder no quieren abolir esta ley anacrónica, burlada, pisoteada e inoperante sobre el aborto, al menos deben darle una apariencia de existencia al aplicarla. Pero ¡cuidado! No cualquiera. En Francia, la justicia es justicia de clase, y en ninguna parte este hecho es tan flagrante como en este dominio. La llegada de un niño no deseado es más catastrófica en una familia pobre que en una familia adinerada, no sólo el procedimiento es más angustioso, más doloroso y más peligroso para los desfavorecidos que para los privilegiados, sino que es siempre entre los primeros que las fuerzas de represión eligen a sus víctimas. Las mujeres burguesas ricas, las mujeres de la sociedad, las esposas de los directores generales, los líderes industriales, los funcionarios del gobierno y los jueces se encuentran entre los millones de mujeres francesas que han tenido abortos en el transcurso de estos últimos años. Ninguna de ellas ha sido acusada alguna vez. La "justicia" sólo persigue a las mujeres que no tienen ni fortuna ni influencia social: amas de casa, mecanógrafas taquigráficas, vendedoras.

Desde este punto de vista, el caso de Marie-Claire Chevalier es ejemplar; la única razón por la que ha sido tratada como una criminal es que se pensó que estaba indefensa. Fue liberada, pero no olvidará la prueba de los cargos y el juicio. Y su madre será juzgada por complicidad el 8 de noviembre. Pero el riesgo de un juicio y una condena sigue pendiendo sobre las cabezas de todas las mujeres pobres y

humildes que han tenido abortos. La arbitrariedad continuará reinando mientras no se eliminen las leyes contra el aborto. La opinión pública se contenta con ignorarlos; todos lo rodean lo mejor que pueden, de acuerdo con sus propios intereses. Esto no es suficiente. El proceso iniciado contra Marie-Claire denuncia claramente la manera injusta en que se utilizan. Debemos luchar por su abrogación.

Manifiesto de las 343 putas*

Cada año en Francia un millón de mujeres abortan en peligrosas condiciones, por causa de la clandestinidad a la cual se ven condenadas. Esta operación, efectuada en medios hospitalarios, no presenta mayores riesgos. El destino de estas millones de mujeres es silenciado. En consecuencia, yo declaro formar parte de ellas. Declaro haber abortado.

De la misma manera que exigimos la contracepción libre, reclamamos también la libertad de abortar.

Aborto

Esta palabra expresaría y limitaría, de una vez por todas, la esencia de la lucha feminista. Ser feminista es luchar por el derecho al aborto libre y gratuito.

Aborto

Al parecer este asunto sería una cosa de mujeres. Al igual que la cocina y cambiar pañales, es decir algo sucio por definición. Luchar por el aborto libre y gratuito pareciera ser, además, una cosa tan irrisoria y mezquina… Porque siempre debe haber un olor a hospital, a cocina, o a caca detrás de las mujeres.

* "Manifeste des 343 salopes" fue redactado por Simone y publicado en *Le Nouvel Observateur* el 5 de abril de 1971 (*N. de los T.*)

Nuestras emociones unidas a nuestra lucha por el aborto libre son complejas. Ellas demuestran la dificultad que tenemos en asumirnos, a convencernos de que vale la pena luchar por nuestros derechos. A diferencia de los otros seres humanos, nosotras no tenemos el derecho a disponer de nuestro cuerpo. Sin embargo, el vientre es nuestro.

El aborto libre y gratuito no es nuestra única plataforma de lucha. Esta demanda es simplemente una exigencia elemental. Si no se la toma en cuenta, la lucha política no puede ni siquiera comenzar. Recuperar, reintegrar nuestro propio cuerpo constituye para nosotras, las mujeres, una necesidad vital. Frente a la Historia nuestra situación es bastante singular: en una sociedad moderna, como la nuestra, somos seres humanos a quienes se les prohíbe disponer de sus cuerpos. Una situación que en el pasado sólo los esclavos han conocido.

Este escándalo se perpetúa permanentemente. Todos los años hay 1.500.000 mujeres hundidas en la desesperación y la vergüenza. Entre ellas hay 5000 que mueren. Sin embargo, el orden moral de nuestra sociedad no se ve perturbado en absoluto.

Quisiéramos gritarlo en voz alta

El aborto libre y gratuito significa: cesar en el acto de avergonzarse de su cuerpo, poder por fin sentirse libre y orgullosa de él (al igual que todos aquellos que tienen un buen empleo). Dejar de sentirse avergonzada por el hecho de ser mujer. Un ego desbordado, desperdigado, hecho añicos: está es la impresión íntima que resiente una mujer cuando debe hacerse un aborto clandestino.

Ser siempre una misma. No sentir más el miedo a ser "tomada", a ser aprisionada en una trampa. A sentirse desdoblada, impotente, con esa especie de tumor incrustado en nuestro ser. La idea de librar este combate me estimula. Si lo gano, a partir de ese momento comenzaré a sentirme dueña de mí misma. Y no del Estado, de una familia, o de un niño que no deseo.

Esta lucha nos permitiría controlar el flujo de nacimientos. Como cualquier otro productor, las mujeres deben poder controlar su producción. Utilizar este control implica transformar radicalmente las estructuras mentales de las mujeres. Y una transformación, igualmente radical, de las estructuras de la sociedad.

1) Yo tendré un niño, si tal es mi deseo y no sufro ninguna presión moral. Ninguna institución, o imperativos de orden económico, deberían obligarme a hacerlo. Está prerrogativa constituye mi poder político. Al igual que otros agentes productores, yo puedo, si la situación lo exige, presionar a la sociedad con mi producción (huelga de nacimientos).

2) Yo tendré un niño si considero que la sociedad, en la cual nacerá, me conviene. Y si esta misma sociedad no hace de mí una esclava de este niño, su nodriza, su sirvienta, su "cabeza de turco"[1].

3) Yo asumiré la responsabilidad de concebir un niño si este es mi deseo, y si esta sociedad me conviene a mí como a él. Es decir, una sociedad sin riesgos de guerras y sin trabajo esclavizador.

[1] La expresión "cabeza de turco" es utilizada habitualmente cuando se culpa a alguien de algo que no ha hecho (*N. de los T.*)

No a la libertad vigilada

El debate sobre el aborto que tiene lugar, actualmente, ignora a sus principales interesadas, las mujeres. Establecer si la ley debe ser liberalizada; determinar en qué casos el aborto puede ser autorizado, o el problema del aborto terapéutico, todos estos asuntos no tienen ningún interés para nosotras. Está temática no nos concierne en nada.

El aborto terapéutico exige una "buena" razón para obtener el "permiso" de abortar. Esto significa que debemos merecer el derecho de no tener niños. Al igual que antes seguimos siendo desposeídas de nuestro derecho a dar la vida o no. Obligar a una mujer a ser madre seguiría siendo un principio legítimo. Establecer algunas excepciones a esta regla no haría más que reforzar esta legislación. Esta nueva ley, por muy liberal que ésta sea, continuaría ocupándose de nuestro cuerpo. Ahora bien, el uso de nuestro cuerpo no debe ser reglamentado en absoluto. Nunca aceptaremos excepciones; restos de lo que los otros seres humanos disfrutan desde su nacimiento: la libertad de hacer uso de su cuerpo a su antojo.

En nuestra calidad de mujeres nos oponemos a la ley Peyret[2]. Al denominado proyecto A.N.E. Así como a cualquier ley que pretenda, de alguna manera u otra, regular nuestros cuerpos. No queremos que se promulgue una ley más ventajosa para nosotras. Queremos simplemente que no haya ley. No pedimos la caridad, pedimos simplemente justicia. Somos 27 millones en este país, 27 millones de

[2] El 30 de junio de 1970, el doctor Peyret, diputado U.D.R. del departamento en Vancihère, presenta el proyecto de ley número 1.347 sobre el aborto (*N. de los T.*)

"ciudadanas" que hoy en día somos tratadas como ganado.

A los fascistas, cualquiera sea su pelaje, les decimos (aquellos que lo reivindican y nos agreden físicamente, católicos, integristas, demógrafos, médicos, expertos, juristas, "hombres responsables", a Debré, Peyret, Lejeune, Pompidou, Chauchard, el Papa) que a partir de ahora están desenmascarados. Que son unos asesinos y que por lo tanto les prohibimos terminantemente utilizar el término "respeto a la vida". Ésta es una obscenidad en sus bocas. Somos 27 millones y lucharemos hasta el final para lograr lo que se nos debe: poder disponer libremente de nuestros cuerpos.

Los diez mandamientos del estado burgués

1. Feto en lugar del ser humano elegirás cuando este Ser es una hembra.

2. Mujer nunca deberá abortar, sobre todo si Debré reclama 100 millones de franceses.

3. 100 millones de franceses tendrás, a condición de que estos no te cuesten nada.

4. Sumamente severo será con todas aquellas hembras pobres que no pueden darse el lujo de ir a abortar a Inglaterra.

5. Siempre mantendrás un margen de desempleo, a fin de complacer los deseos de los capitalistas.

6. Muy moralista serás, sólo Dios sabe lo que "nuestras" mujeres harían si por ventura fueran libres.

7. Fetos tú preservarás. Resulta más rentable matarlos a los 18 años, cuando hacen el servicio militar.

8. Necesidad de estos últimos siempre tendrás, porque tu política imperialista proseguirás.

9. En cuanto a ti: contracepción utilizarás, así los pocos hijos que tendrás podrán matricularse en las escuelas de élite. Y también porque sólo dispondrás de un departamento de diez habitaciones.

10. En lo que respecta a los otros individuos, la pastilla anticonceptiva denigrarás siempre. ¡Porque no faltaba más!

Manifiesto de la Liga de los Derechos de la Mujer*

Cuando ella, que es aplastada por la explotación más antigua del mundo, se dé cuenta que ésta debe ser derrocada y no gestionada, finalmente, el mundo tendrá la oportunidad de cambiar.

Hace cuatro años, hubo un resurgimiento colectivo del movimiento de mujeres. ¿Por qué? En teoría, tenemos derechos iguales a los de los hombres, gracias a las acciones de las primeras feministas. ¿Pero qué pasa en la práctica?

Seguimos asumiendo la responsabilidad exclusiva de los niños y el trabajo doméstico. Sistemáticamente asumimos los trabajos más ingratos y recibimos un salario promedio 30% menor que el de los hombres. Somos siete en la Asamblea Nacional. Nos están prohibidos los métodos que nos permitan elegir cuándo quedar embarazadas. La prostitución está floreciendo como nunca. Partes de nuestros cuerpos se muestran en las calles de la ciudad para la gloria de esta sociedad impulsada por las ganancias.

* "Presidée par Simone de Beauvoir, La Ligue de Droit des femmes veut abolir la prostitution". (La Liga de los Derechos de la Mujer, presidida por Simone de Beauvoir, quiere abolir la prostitución), *Le monde*, marzo de 1974 (*N. de los T.*)

Tuvimos que conquistar algunos derechos para comprender que no son más que un señuelo de liberación en un sistema de explotación que sólo beneficia a los explotadores. Fundamentalmente, la servidumbre de las mujeres en la sociedad masculina no ha cambiado. ¿Somos realmente libres e iguales cuando se nos lava el cerebro desde la infancia para ser sumisas y obedientes a los hombres? ¿Somos realmente libres e iguales cuando toda nuestra vida se desarrolla en subordinación y bajo restricciones?

"Cambiando nosotras mismas"

Y, sin embargo, la mayoría de las mujeres no se atreven a reconocer su opresión. ¿Por qué? Porque la dominación masculina está tan arraigada en nuestras mentes que muchas mujeres creen que es "natural" y ya no la sienten. Porque durante generaciones hemos sido condicionadas por nuestra educación y nuestra vida diaria para sentirnos inferiores, y algunas veces, terminamos creyéndolo. Por estas razones, nuestra lucha no es sólo externa; también debemos llevar a cabo esta lucha dentro de nosotras mismas. Debemos cambiar nosotras mismas si queremos cambiar nuestra condición. Debemos tomar conciencia de nuestra alienación sin dejarnos engañar por la propaganda que dice: "*Ha llegado; estás liberada ¿Qué más quieres?*" Debemos eliminar las nociones de inferioridad y pasividad que nos han enseñado los hombres, y que nos hacen decir: "Siempre ha sido así. No hay ninguna razón para que cambie".

Y, sin embargo, "eso" ¡ya ha cambiado! Las mujeres finalmente se dieron cuenta de su solidaridad. Reconocen que son parte de esta misma "categoría", es decir, una mayoría oprimida. Esta misma unidad ha tenido éxito, en un período de tiempo muy corto, en hacer que la indignación

del aborto clandestino se convierta en un debate público y nacional. Esto es una prueba de que cuando se rebelan los oprimidos, se los escucha. El momento de hablar ha llegado para nosotras, después de siglos de silencio.

La Liga de los Derechos de la Mujer es un nuevo instrumento de acción. Nos permite reunirnos donde sea que estemos, para denunciar incidentes específicos de discriminación de los que somos víctimas en todas partes: en el hogar, en la calle, ante la ley. Cada vez, se trata de convencer a más mujeres para que tomen conciencia de su situación y se comprometan en la lucha contra el sexismo, que está en la raíz de nuestro sistema económico y social. La Liga de los Derechos de la Mujer plantea los siguientes objetivos:

1. Denunciar la discriminación sexual en todas sus formas

Debemos atacar a quienes usan nuestros cuerpos como mercancía en sus expresiones o palabras escritas, en carteles o vallas publicitarias. Nuestros derechos a la capacitación, el trabajo y la igualdad de salarios y responsabilidades no se respetan. Recibimos todos los trabajos devaluados económica o culturalmente: tareas domésticas, enseñanza o cuidado de enfermería. Debemos eliminar la discriminación flagrante o hipócrita en el lugar de trabajo. Para obtener las mismas calificaciones y salarios, primero debemos obtener acceso a un trabajo igual.

Nuestros derechos al uso libre de nuestros cuerpos y la igualdad sexual son denegados. Debemos abolir la moralidad masculina, que se reserva el derecho al placer físico y la iniciativa sexual a los hombres, limitando a las mujeres a los roles de virgen y luego de madre o puta. Las chicas

están siendo psicológicamente mutiladas; desde la infancia, la niña está entrenada para no ser ella misma, pero es la segunda del hombre. Toda su creatividad e iniciativa está siendo sofocada.

Debemos atacar el sexismo en su base, en los libros de texto de la escuela primaria y en los libros para niños, que refuerzan la imagen de la linda-y-pequeña-niña-que-ayuda-a-la-madre-y-obedece-al-padre. En todas partes somos tratadas como menores y seres irresponsables. El siguiente tipo de juicio nunca debe formularse de nuevo: "La ORTF (*Office de radio-télévision française*) es un lugar difícil, constantemente agitado, sin análisis en profundidad, un lugar que yo llamaría femenino… y que de hecho necesita un verdadero jefe" (Sr. Malaud, octubre de 1973)[1].

2. Defender a las mujeres e informarlas de sus derechos reales

La sociedad masculina nos impide aplicar los derechos que hemos adquirido. Lucharemos por la aplicación de estos derechos en todos los dominios, especialmente en asuntos legales relacionados con la familia y el trabajo. Peor aún, la sociedad masculina nos engaña al otorgarnos lo que llaman las victorias de las mujeres, para reforzar su dominación. Denunciaremos el peligro de los pseudoderechos, como la asignación de ama de casa, que prohíbe a las mujeres la independencia económica y las confina a sus cargas familiares. Con este objetivo en mente, la Liga de los Derechos de la Mujer incluye un grupo legal.

[1] Philippe Malaud (1925-2007) fue un diplomático y político francés que sirvió en la Asamblea Nacional en el mismo momento en que Beauvoir escribía este texto (*N. de los T.*)

3. Emprender todas las acciones que promuevan nuevos derechos para las mujeres

Debemos aumentar los derechos de las mujeres más allá del mínimo de derechos ya ganados. La sociedad masculina siempre nos los ha rechazado porque nos ha colocado en una situación fundamental de opresión. No pedimos un derecho específico que contribuya a reforzar nuestro estatus "protegido" como menores. Muy por el contrario, queremos transformar completamente las leyes, que no son más que una coartada para la dominación masculina, y afirmar nuestro derecho de acceso al poder de toma de decisiones. Mientras tanto, las luchas en torno a cuestiones específicas pueden alentar al público en general a tomar conciencia de la opresión y sus causas profundas.

Nuestra lucha por el aborto libre y sin restricciones debe entenderse bajo esta luz. Nuestro objetivo final no es obtener el derecho a abortar, lo que en el sistema actual sólo sería un derecho truncado ya que los hombres siguen tomando decisiones sobre nuestra procreación. Esta lucha, como la de los que están por venir, es una forma de movilizarnos en torno a un aspecto de la opresión y hacernos comprender que no se irá con unos pocos derechos más. Nuestro objetivo sólo se alcanzará mediante un derrocamiento total de las relaciones y valores sociales que forman la base de nuestra civilización patriarcal, que está marcada por la explotación.

Prefacio a *Divorcio en Francia*[*]

Para la mayoría de las mujeres, el matrimonio es una trampa que la sociedad establece para ellas desde la niñez y en la cual caen ciegamente tan pronto como la adolescencia termina. Al no tener experiencia con la vida, los hombres o ellas mismas, vinculan su existencia a la de un extraño. Ciertamente hay algunas uniones felices; muchas son tolerables. Pero para muchas parejas que se han unido por casualidad o por malentendidos, la vida conyugal es un infierno. En general, el hombre hace lo mejor posible porque huye de él; él trabaja, él es independiente. Con el apoyo de él, atrapada en el hogar, la mujer tradicional es encarcelada en su función de esposa, incluso si ya no puede soportarla. Después de varios años de esclavitud, muchas mujeres sueñan con liberarse. Si realmente lo quieren, el divorcio es una solución disponible para ellas. Eso es lo que Claire Cayron ha elegido. Y no ha sido fácil para ella. Pero también ha llegado a comprender cuán falaces son algunos de los argumentos que la condenan. Ella quería que su experiencia beneficiara a todas las mujeres afectadas por este asunto. La gente ha objetado que el suyo era un caso especial: todos lo son. He conocido a muchas mujeres, ya sea en persona o por correspondencia, que deseaban divorciarse. Algunas de ellas han dudado, y otras han

[*] Este texto es el prefacio que Simone de Beauvoir escribió para el libro de Claire Cayron *Divorce en France*. Paris: Denoël-Gonthier, 1974 (*N. de los T.*)

decidido seguir adelante, pero en más de un punto sus historias confirman la que se relata en este libro. También se podría decir que este es un caso extremo, pero eso es exactamente lo que lo convierte en un buen ejemplo.

El marido de Claire Cayron era más tiránico, más sádico y más neurótico que el hombre común, sin embargo, esperó más de tres años antes de pedir permiso a un juez para abandonar el hogar conyugal. Lo obtuvo de inmediato ya que los abusos que había sufrido eran evidentes en su apariencia física: medía 1,75 metros y pesaba 47 kilogramos. ¿Por qué lo había pospuesto durante tanto tiempo? la mayoría de las mujeres lo hacen y muchas veces por un tiempo mucho más largo. Conocen la verdad muy rápidamente pero no quieren admitirlo para sí mismas. Todavía tienen una sensación de indulgencia por un hombre a quien han amado. Se niegan a admitir el fracaso y el miedo a la crítica de sus familias y vecinos. Se sienten más o menos culpables y, sobre todo, vacilan en privar a sus hijos de las "comodidades" del hogar. En lugar de superar estos obstáculos, muchas se resignan a la infelicidad.

Aquellas que, como Claire Cayron, se dan el lujo, se topan con un sistema judicial inhumano, burocrático, a menudo absurdo, que sistemáticamente pone a las mujeres en desventaja. Ambos sexos sufren el absurdo inhumano y burocrático de la ley, ya que dos cónyuges que aceptan separarse no pueden obtener el divorcio por consentimiento mutuo; deben presentar pruebas de agravios. Claire Cayron quedó atónita cuando tuvo que someterse a los absurdos del sistema. Se quejó de que había sido golpeada, violada y amenazada con un cuchillo casi todos los días por un hombre cuya brutalidad había traumatizado severa-

mente a su hija mayor, pero sus acusaciones no fueron confirmadas. Tenía que establecer una prueba de adulterio para obtener el divorcio, aunque no le importaba si su marido la había engañado o no.

Cuando se trata de adulterio, la discriminación contra las mujeres es flagrante. Para el esposo, el adulterio se comete sólo si es atrapado en el acto en el hogar conyugal. Pero cuando Claire Cayron encontró un trabajo como secretaria, su abogado le aconsejó que nunca la vieran con un colega masculino en un automóvil, en un restaurante o en la calle, porque una fotografía de ella en compañía de un hombre, tomada por un detective privado acompañado por un alguacil, sería suficiente para establecer el adulterio, y el tribunal podría negarle la custodia de sus hijas.

Hostil hacia las mujeres y sin tener en cuenta los aspectos prácticos, la ley apenas se preocupa por el interés superior de los niños. Un médico más allá de toda sospecha, el profesor V., había declarado en un informe oficial que la pequeña S., que se había convertido en autista como resultado de la violencia de su padre, no podía recuperarse a menos que la separaran en breve, y en condiciones improbables, de él. Sin embargo, a pesar de que el padre demostró su indiferencia hacia sus hijos hasta el punto de recibir una sentencia de prisión preventiva de un mes por el abandono de su familia, el tribunal le otorgó "derechos de visita", permitiéndole llevarse a sus hijas con él por la mitad de todas sus vacaciones. (Afortunadamente no se aprovechó de esto, pero una visita de unas pocas horas fue suficiente para poner a S. en convulsiones y retrasar su progreso).

Como no tenía poder para defenderse a sí misma y a sus hijos contra un código legal que favorece deliberadamente a los hombres, la joven se vio obligada a buscar la ayuda de profesionales. La descripción de la autora de sus interacciones con notarios, abogados, y especialmente abogados hombres, es espantosa. Ella había esperado sus excusas de que había escogido un mal momento. Pero sin amigos o parientes bien conectados, una mujer que quiere el divorcio tiene infinitamente más posibilidades de elegir un momento equivocado que elegir uno bueno. De hecho, el propio sistema judicial alienta a los profesionales del derecho a ser perezosos, negligentes y sin escrúpulos, y les ofrece todas las oportunidades para dejarse corromper.

Aunque la autora enfatiza en lo que ella llama "el lado oscuro" del divorcio en la primera parte del libro, ciertamente no pretende desalentar a las mujeres de seguir este curso de acción. Más bien, es para persuadirlas a solicitar el divorcio sólo después de haberse preparado seriamente para ello. Deben proceder con precaución, informarse, estudiar la ley y, si es posible, ponerse en contacto con personas en las que puedan confiar. La segunda parte de este ensayo es más alegre; es la victoria de una madre divorciada de los trastornos que había causado en su hija mayor la vida con su familia biológica. En su primer año, S., con un buen desarrollo, testigo y víctima de la violencia de su padre, se convertiría luego en una niña autista a los dos años. A través de mucha vigilancia, paciencia, amor y con la ayuda de educadores inteligentes, Claire Cayron sacó a S. de su neurosis; hoy es una adolescente sincera y feliz con una mente aguda que tiene éxito en sus estudios. Aquellas personas bien intencionadas que se oponen al divorcio en principio afirman que siempre es destructivo para los niños, pero un niño puede ser "asesinado" por padres que

insisten en vivir uno al lado del otro en desunión, y pueden ser resucitados gracias a su separación. Aquí nuevamente, el caso de S. es extremo, pero tiene un valor demostrativo. Esto prueba la falsedad de dichos tales como, "es mejor tener un padre malo que no tener padre".

El divorcio no es una panacea. Sólo libera realmente a las mujeres si saben cómo usar su libertad de manera positiva. Pero para descubrir sus propias posibilidades, el divorcio a menudo es una condición necesaria. El libro de Claire Cayron dará a algunas mujeres vacilantes el coraje para enfrentarlo, y también impulsará a las mujeres a luchar en este campo contra la discriminación de la que son víctimas. Debemos obtener una modificación en la ley para que ya no favorezca a los hombres; debemos inventar los medios que garanticen que veamos los beneficios de este cambio en la práctica. Esta es la única conclusión posible después de haber seguido, junto con la autora, los caminos tortuosos y angustiosos que le impuso el actual código legal.

Amor y política*

Creo que a Lise London[1] no puede entendérsele si tampoco se comprende qué es el comunismo y por qué ella tiene una fe absolutamente incondicional en él. Lise London es una mujer heroica. Ella fue quien, durante la Ocupación, se puso de pie en el mostrador de una tienda en la esquina de la calle Daguerre y la avenida de la Porte-d'Orléans, y lanzó un llamamiento a todas las mujeres de Francia, diciéndoles que deben resistir y ayudar a sus maridos a resistir de todas las formas posibles. Por cierto, fue una manifestación organizada: cantaron "La Marsellesa", y allí estaba el FTP[2] para defender a Lise London. Cuando llegaron los alemanes, el FTP disparó contra ellos y hubo muertes en ambos lados. Lise London logró escapar, pero más

* "Amour et politique" fue publicado en *Le nouvel observateur* en febrero de 1969 (*N. de los T.*)

1 Lise London (1916-2012) fue una activista de la resistencia francesa y superviviente de los campos de concentración nazis. Fue la viuda de Artur Gerard London (1915-1986), que era un alto funcionario comunista checoslovaco. En 1951, fue acusado falsamente de traición y se convirtió en una de las víctimas del juicio de Slansky, que fue parte de una purga inspirada por Stalin de "elementos desleales" en los partidos comunistas nacionales en Europa Central, así como una purga de judíos del liderazgo de los partidos comunistas. Después de su liberación y rehabilitación, Artur, en colaboración con Lise, escribió un poderoso relato autobiográfico de su terrible experiencia. *L'aveu* (*N. de los T.*)

2 Francs Tireurs et Partisans (FTP) era el ala militar del Partido Comunista Francés y se convirtió en una organización de resistencia militar activa (*N. de los T.*)

tarde, fue arrestada, torturada y deportada. Antes de la guerra, ella había ido a pelear en España, y había sido una activista durante toda su vida.

El comunismo era su fe, su creencia incondicional en la URSS y en Stalin. Después de la victoria, ella mantuvo su fe absolutamente intacta. Ella creía en dos cosas que se fusionaron en una sola: su marido y el comunismo. Ella misma se había preguntado cómo sería, para un militante, darse cuenta de que su marido es un traidor ya que, durante el juicio de Rajk[3], le había dicho a su esposo: "debe ser terrible ser la esposa de un comunista militante, a quien amas y admiras, y darte cuenta de que él era un traidor y que tus hijos tienen un traidor como padre"

[…][4] Cuando su esposo fue arrestado, pensó que ella estaba en esa situación. Así que luchó tanto como pudo para negarse a creerlo, pero lo que finalmente fue más convincente que su convicción fue que escuchó a su esposo admitirlo. Entonces, en la medida en que tenía confianza en él, que es exactamente por lo que el dilema es terrible, ella creía en su confesión. Mientras él no había confesado, ella dijo: "No, no es posible", incluso cuando sus camaradas, incluso cuando todos los demás murmuraban: "Algo no está del todo bien". Cuando lo oyó confesar, pensó:

[3] László Rajk (1909-1949) fue un político comunista húngaro, que se desempeñó como Ministro del Interior y Ministro de Relaciones Exteriores. Fue un importante organizador del poder de los comunistas húngaros, por ejemplo, organizó la Autoridad de Protección del Estado, pero finalmente fue víctima de los juicios de Mátyás Rákosi (*N. de los T.*)
[4] Estos puntos suspensivos entre paréntesis aparecen en el artículo original; *Le nouvel observateur* aparentemente imprimió sólo extractos de una intervención más larga que se emitió en Radio Luxemborg. Esto se repite en el penúltimo párrafo (*N. de los T.*)

"Nunca le dijo nada a la Gestapo; nunca tuvo una debilidad en su carácter; él es un hombre sincero y honesto; por lo tanto, si él confiesa, ¡debe ser cierto!"

"Por lo tanto, él es culpable"

Era un poco como una tentación religiosa. Ella pensó: "Es mi amor por él lo que me impide creerle culpable, pero debo ser una buena comunista y vencer lo que proviene de mi amor por él. Por lo tanto, él es culpable". Creo que fue para resistir lo que su amor la empujaba a creer que ella hizo lo que tal vez fue incluso un poco más de lo necesario, y escribió esa carta en la que se separó completamente de él. Pero lo que también es conmovedor es que, la primera vez que pudo verlo sola, en su prisión, sus hijos estaban distrayendo la atención del guardia y London le dijo: "No soy culpable; todo está arreglado; todo es falso ¡esto es un completo montaje!" Y ella inmediatamente le creyó, retirando su pedido de divorcio ese mismo día.

Y después de eso, ella luchó incesantemente por él con todas las convicciones posibles, energía y, debo agregar, también con eficiencia. Tanto es así que London también se encontró íntimamente unida a él y vivieron *juntos* todo el encarcelamiento de la manera más armoniosa, y desde entonces continúan viviendo en una armonía absolutamente perfecta. […] No siento ningún derecho a criticar a esta mujer. Yo misma nunca tuve una convicción política tan incondicional como la de ella. No la entiendo completamente desde dentro —no puedo ponerme exactamente en su lugar—, pero puedo entender, desde el exterior, que dada su fe política y dado que ni ella ni su marido dudaron de la legalidad de las pruebas, estaba molesta y había creído por un momento que su esposo era culpable. Debe

entenderse que se amaron mutuamente a través de la política y que para ellos no era cierto, no es cierto que "el amor lo excusa todo", una expresión, por cierto, que es un cliché sin mucho sentido.

Ya es hora de que la mujer ponga una nueva cara al amor*

Ya es hora de que la mujer ponga una nueva cara al amor. Se están volviendo independientes y responsables, constructoras activas del mundo. Pero esta metamorfosis sigue causando consternación. Miles de profetas murmuran que ellas llevarán el amor a su ruina, y con él toda la poesía, la ilusión y la felicidad. Hasta ahora nuestra civilización nunca ha conocido un amor que no esté fundado en la desigualdad. Las mujeres capaces de pasión genuina se arrodillan con adoración ante su maestro, soberano, dios. Esta idea está tan profundamente enraizada en el corazón de los hombres que, si una mujer no cae rendida a sus pies, temen que ellos mismos puedan ser forzados a jugar al esclavo ignominioso. El mito de la paciente Criseida ha sido remplazado por el de la mantis religiosa. El uno entrega, el otro explota. Los dones que de la primera llueven sobre él son una carga, y el segundo logra sacar beneficios de la masculinidad sólo a través de la sumisión a él; ambos son parásitos que camuflan, cada uno a su manera, su dependencia. ¿No es posible concebir un nuevo tipo de amor en el que ambas partes sean iguales?, ¿uno que no busque la sumisión del otro? ¿O en la sociedad del futuro solo habrá lugar, como muchos afirman, para una camaradería en la

* "It's About Time Women Put a New Face on Love" se publicó en *Flair*, 1, 3 en abril de 1950. Originalmente en inglés (*N. de los T.*)

cual el sexo ocurra solo cuando sea absolutamente necesario?

Me parece que el papel privilegiado del amor no depende de esto o de esa estructura superficial de la sociedad. Una explicación mucho más fundamental se puede encontrar en la ambigüedad de la naturaleza humana. Cada ser humano tiene una doble naturaleza. Una la comparte con sus compañeros. Ésta es la que lo impulsa; por la cual mira hacia el futuro, define sus ambiciones, construcciones, actos. El buscavidas, se destaca por los resultados que otros han logrado obtener. Pero cada uno de nosotros posee otra, una naturaleza singular: está encerrada dentro de un sobre que no le pertenece a ningún otro, dentro de una vida única limitada sólo por la irreparable muerte. La humanidad sólo vale la pena cuando reúne a estas dos naturalezas. Privado del esfuerzo de masas y la ambición, el hombre no estaría más en esta tierra que un animal entre otros, un insignificante accidente. La humanidad, la suma de estos ceros, sería en sí misma igual a cero. Sin embargo, si uno fuera, a premio, sólo codicia y un futuro lejano, si uno no le diera sentido al individuo, el valor del hombre como un todo sería cancelado. Para creer en la importancia del mundo y la del propio lugar en él, cada cual debe encontrarse en su trabajo y en su individualidad, como una partícula diminuta de la humanidad y como un ser irremplazable. Y es el amor dado y el amor recibido, la ayuda más poderosa para lograr esta paradójica síntesis.

Hay un amor denunciado por cada época como estéril: aquél que congela a los amantes en una absorción mutua. Separado de quienes lo rodean, indiferente hacia el futuro, el par se hunde en una soledad egoísta y vacía. El mito lo posee, y naturalmente, su fin casi siempre es la muerte. Por

si acaso el uno devora al otro, ellos son devorados mientras tanto por la inacción, la inmovilidad, el aburrimiento: ya están muertos. A esta emoción, que revela la tontería de los amantes que hacen de la pasión toda su existencia, se opone el ideal de camaradería: camaradas unidos por objetivos que persiguen juntos; cada uno reconociendo en el otro una libertad y actividad similares. Fusionan sus voluntades; prescinden de lo que es individual: todo se nivela, y sus muertes, como sus vidas, podrían intercambiarse. La sexualidad ingresa como una necesidad a esa camaradería entre hombre y mujer sin alterar su carácter esencialmente impersonal: sin duda sólo en el acto sexual alguna vez el uno posee físicamente al otro, pero no luego en lo que simplemente es general. Para atesorar en lo individual aquello que le da su diferencia y seguir otorgándole los derechos universales que todos los seres humanos poseen; para estar unidos con él a través de sus impulsos impersonales y sus ambiciones y seguir lleno de asombro en lo que es único e inigualable en su naturaleza: ese es el milagro alcanzado solo por el amor, en su forma más alta.

Hombres como Nietzsche, Tolstoi y D.H. Lawrence entendieron bien que un amor verdadero y fructífero debe abarcar tanto la presencia física inmediata del amado, así como sus objetivos en la vida. Pero proponen este ideal sólo para la mujer, pues según ellos no tiene otro propósito; el hombre sólo tiene que encontrar en ella su reflejo complaciente. Yo creo que en un amor igualitario ella no renunciará a este buen papel como aliada, sino que el hombre también estará dispuesto a asumirlo. Se entiende que esta reciprocidad es posible sólo cuando los dos comparten los mismos objetivos en la vida o pueden conciliarlos: el amor que describimos aquí presupone amistad, pero cuanto más fructífero sea menos puede ser una devoción

unilateral. La mujer entonces sería capaz de traer al hombre la confianza, el apoyo que exige tan concretamente, pero ella también debe entregarse a un esfuerzo que la ponga hombro a hombro con él: de lo contrario, su docilidad es ciega y servil. El hombre, en lugar de buscar una especie de exaltación narcisista en su pareja, debe descubrir en el amor una forma de salir de sí mismo, de abordar otros problemas distintos a los suyos propios. Con todo el alboroto que se ha escrito sobre el esplendor de tal generosidad, ¿por qué no darle al hombre la oportunidad de participar en tal devoción, en la autonegación que se considera el terreno propio envidiable de las mujeres? Dejemos que cada pareja piense simultáneamente en el otro y en sí mismo: la mujer será rescatada de la timidez que tan a menudo la detiene, y el hombre será curado de su orgullo egoísta: cada uno se beneficiará con un sabor de virtudes que hasta ahora han sido reservados para el otro sexo.

Sin embargo, esta armoniosa entente todavía no constituye el amor. El amor coloca a cada uno para el otro como un aliado, un semejante en el seno de la comunidad humana, mientras cada uno se establece abrumadora e incomparablemente aparte. Juntos, los amantes enfrentan el mundo y el futuro; pero cada uno está tan asombrado de ver a un cómplice mirando afuera desde esos ojos queridos; que no puede haber otro como el amado en la vida, no hay reemplazo en muerte. Este amor es la relación más completa posible con otra persona: verlo tanto en su actividad impersonal como en su realidad irremplazable; como constructor y como objeto; como todo lo que se trasciende a sí mismo y como criatura finita. Si la mujer se convierte para el hombre en su verdadero igual, ella no sentirá ni esa necesidad de ser maravillosamente confirmada en

su interior ni de confirmar con su amor al que con amor la corona.

Como lo hemos definido aquí, el amor puede ser tanto platónico como sexual: es suficiente que la presencia del amado sea revelada en lo que es único, contingente y patéticamente perecedero; esta revelación puede operar en más de una sola dirección. Sin embargo, los hechos dicen que la atracción sexual es el instrumento habitual. Es el deseo el que más a menudo otorga a la presencia física del ser querido su valor inigualable. Por lo tanto, sería peligroso para el futuro del amor si las mujeres a medida que avanzan en su estado perdiesen su encanto ante los ojos de los hombres. En este punto, los profetas de la aflicción se lamentan más fuerte: "¡la feminidad se perderá, la feminidad se perderá!". Esta catástrofe ha sido anunciada como inminente por tanto tiempo que tenemos derecho a nuestro escepticismo: puede ser que la atracción de un sexo por el otro tenga causas más profundas que el crujido de una enagua o la forma de una bota. Creo que lo que fascina a cada uno del otro es el descubrimiento de un mundo humano como el suyo, pero diferente: el otro sexo tiene la fascinación de un país exótico; es un tesoro, un Edén, simplemente porque es diferente. Aun así, nuevamente los hombres persisten en considerar esta diferencia como otro aspecto de la desigualdad, pero nada prueba que esto no sea posible cambiarlo. Los dos sexos pueden convertirse en iguales, aliados, sin abolir la distancia entre ellos que hace que cada uno sea deseable para el otro. A decir verdad, no puedo concebir posible cómo esta capacidad del deseo podría ser alguna vez destruida, ya que el cuerpo y la sexualidad del hombre y la mujer son diferentes, y por lo tanto son diferentes en su sensualidad, su sensibilidad, su relación con el mundo; y la necesidad física que cada uno tiene

por el otro lo hará mantener su magia mutua. Esa conciencia y libertad deberían encontrar encarnación dentro de una carne que es mi destino biológico – esto siempre será para mí, ya sea hombre o mujer, un milagro abrumador: quizás todo lo más inspirador, por el contrario, para los poderes espirituales —el pensamiento, la voluntad— que se afirman a sí mismos con el mayor brillo. Los hombres que manifiestan estas virtudes, en medio de la humanidad, parecen a los ojos de las mujeres estar dotados de cualidades viriles; puede ser que algún día las virtudes humanas de las mujeres mejorarán su feminidad a los ojos de los hombres.

Las conjeturas pueden ser precipitadas en este punto: el futuro no nos pertenece. Y es por eso que nadie tiene el derecho de condenar el futuro en nombre del presente. En todas las épocas ha habido quienes lamentan el mundo del futuro simplemente porque prometía ser diferente del pasado. Debemos evitar caer en esta trampa: nuestra falta de imaginación desacredita, despopulariza a estos tiempos más allá de nuestro conocimiento, pero hay otros para quienes algún día será real y seguramente más rico de lo que deseamos suponer. Sin duda hay formas de la sensibilidad que están llamadas a desaparecer como muchas otras antes que ellas: pero otras nacerán. En lugar de aferrarnos severamente a lo que está muriendo, o repudiarlo ¿no sería mejor tratar de ayudar a inventar el futuro? Hoy, también muchas mujeres luchan contra el amor porque evoca antiguas esclavitudes, y demasiados hombres se niegan a creer en él porque no lo conocen más que por su rostro antiguo. Dejemos que ambos, hombres y mujeres, superen su desconfianza, y encontrarán que es posible restaurar, en libertad e igualdad, el par humano.

Qué es y qué no es el amor*

¿Por qué te enamoras? Nada es más simple. Te enamoras porque eres joven, porque estás envejeciendo, porque eres *viejo*; porque la primavera se está desvaneciendo, porque el otoño está comenzando; del exceso de energía, de la fatiga; de la alegría, del aburrimiento; porque alguien te ama, porque él no te ama… Encuentro demasiadas respuestas: tal vez la pregunta no sea tan simple, después de todo.

La experiencia del amor es tan universal que parece no tener ningún misterio. En todas partes, a cada hora, incluso en este mismo momento, miles de hombres y mujeres se dicen entre sí con asombro o temor: "Te amo". Estoy enamorado. Lo dicen en voz alta o en voz baja, con estas palabras u otras, pero lo dicen, porque de lo contrario no sería amor. "Te necesito. Voy a sufrir sin ti. Ya no puedo vivir sin ti". El tiempo y el espacio cuelgan en la balanza, inmovilizados ante un rostro que contiene la esencia de todo lo que es precioso en este mundo.

Como ya no creemos en el mito de los amantes predestinados, ¿cómo podemos explicar estas elecciones exclusivas? Para los amantes, son evidentes por sí mismas. Sin embargo, los amigos se preguntan unos a otros: "¿Qué es lo que él encuentra en ella? ¿Qué es lo que ella ve en él?"

---

* "What Love Is—and Isn't", fue publicado en *McCall's*, en agosto de 1965 (*N. de los T.*)

Stendhal ha descrito este proceso como una "cristalización" que puede transformar a cualquiera en un ser único. Hoy, los psicoanalistas hablan de ello como una "inversión". Pero ¿por qué Paul y Paulette comenzaron a "invertir", a "cristalizar" precisamente con Pierrette y Pierre? La elección sorprende a sus amigos.

Se ha dicho que "los amantes están solos en el mundo". Ninguna declaración es más falsa. Según Freud, la relación amorosa no involucra a dos personas sino a cuatro. En realidad, va mucho más allá e involucra a toda la sociedad. "Eres diferente. Eres una excepción. No eres como nadie". Todos los que han estado enamorados han dicho estas palabras, y cuando lo hacen, dicen que su amada ha sido elegida en comparación con todas las demás y contra todas las demás. Una persona que está demasiado armoniosamente ajustada a la sociedad puede nunca conocer el amor. En el pasado, e incluso en el presente, ha habido civilizaciones enteras que desconocían el amor romántico.

El primer gran romance en Occidente, Tristán e Isolda, es la historia de una revuelta. Amas desafiando a un esposo o una esposa, desafiando a tus padres, en oposición a los amigos y al entorno, desafiando a todos aquellos que de alguna manera te han frustrado. De repente, niegas su importancia; incluso te olvidas de su existencia. Los amantes se aíslan a sí mismos; pero su soledad no les ha sido dada; la han aprovechado con desafío. El amor no tendría su violencia sombría si no fuera siempre, al principio, una especie de venganza: venganza contra una sociedad cerrada a la que de repente puedes pertenecer; contra un país extranjero en el que de repente puedes echar raíces; contra un círculo provincial del cual de repente escapas.

El amor a menudo nos toma por sorpresa. Sólo cuando conocemos al hombre, a la mujer, que cumple nuestras expectativas, estas expectativas se nos revelan. Pero incluso antes de esto, teníamos en nosotros, enmascarado o disfrazado, ese vacío, esa necesidad. No te enamoras cuando estás completamente feliz o en la cresta de la ola; es sólo cuando la vida ha perdido su sabor. Tampoco te enamoras en la víspera de un largo viaje, sino en un entorno extraño y especialmente en la decepción del final del viaje.

Sin embargo, la infelicidad extrema, una catástrofe inminente que destruye todas las esperanzas, todos los planes, también puede hacer que el amor sea imposible. El aburrimiento, por otro lado, es particularmente adecuado para el amor. Es cuando la monotonía del mundo se vuelve aparente, que comienzas a soñar con nuevos horizontes. El amor no se aparece cuando la vida te satisface, ni cuando te aplasta, sino sólo a aquellos que abiertamente o en secreto desean cambiar. Porque es entonces cuando anticipas el amor y lo que el amor trae: a través de otra persona, un nuevo mundo se revela y te es dado.

Este tipo de experiencia se puede capturar por otros medios. El hombre ambicioso, el hombre de acción, el artista puede cambiar su relación con el mundo o incluso el mundo mismo. Si se lanza a sí mismo en cuerpo y alma en su proyecto, el amor no tiene control sobre él. Pero no todos están en condiciones de imponer su voluntad de esta manera, y es por eso por lo que las mujeres de hoy están particularmente predispuestas al amor. Rara vez poseen los implementos —un arte, una profesión— que les permitirán agrandar o volcar el universo sin la ayuda de otra persona. El amor es su única oportunidad. Pero incluso los

más privilegiados a menudo prefieren la alegría inesperada y maravillosa de recibir todo sin tanto esfuerzo. Explorar un país desconocido es trabajo, pero poseerlo a través del amor de un extranjero atractivo es un milagro. En este caso, como en muchos otros, el amor es un atajo maravilloso.

Aun así, el atajo debe presentarse. Debes, para enamorarte, encontrar un objeto atractivo. Lo que es atractivo difiere, comprensiblemente, para cada individuo. Los valores que son socialmente aceptables —belleza, fortuna, inteligencia— no dan lugar en todos los casos al amor. Lo que esperas de un amante depende de tu infancia, tu pasado, tus planes, en todo el contexto de tu vida. Puedes estar buscando algo muy específico: un padre, un niño, un espíritu afín; seguridad, verdad; una imagen exaltada de ti mismo. O su necesidad puede ser ambigua, indefinida o incluso infinita. Es posible que desees algo más, no importa qué, siempre y cuando sea algo que no tienes.

Sin importar cuáles sean los valores, los símbolos o el rol, sin embargo, nadie despertará mi amor a menos que lo vea básicamente como el Otro. Si se anexa a mí, pierde el poder de llevarme a otro mundo. Es por eso por lo que la envidia a menudo da a luz al amor. El sólo hecho de que un hombre o una mujer se te escape puede ser suficiente: te encuentras proyectando sobre él todas las cualidades que estás buscando en el Otro. Sin embargo, si se detiene demasiado obstinadamente, entonces dejas de esperar nada de él; el amor es malogrado.

Puedes, por otro lado, quedar encantado por la fascinación que sientes por otra persona, por la imagen deslum-

brante que te da a ti mismo. Esta es la trampa de los narcisistas. Los masoquistas y todos los que han elegido la derrota caen en otra trampa: amar a quienes les son indiferentes. Porque puedes amar no sólo por la alegría de amar o la gloria de ser amado, sino también a veces por la conmovedora amargura de no ser amado.

Y aquí vuelvo a mi punto de partida. ¿Por qué te enamoras? Nada podría ser más complejo: porque es invierno, porque es verano; por exceso de trabajo, por demasiado ocio; de la debilidad, de la fuerza; una necesidad de seguridad, un gusto por el peligro; de la desesperación, de la esperanza; porque alguien no te ama, porque alguien te ama…

Prefacio a *Mihloud*[*]

Amor: ¿puede ser lo suficientemente fuerte como para superar los enfrentamientos entre civilizaciones y culturas? Esta es la pregunta conmovedora que plantea este fino libro escrito por un autor anónimo.

Un abismo separa a los dos amantes. Alan, el narrador, es un americano muy rico y muy culto, de unos cincuenta años; posee una tienda de joyas de arte en París y un precioso apartamento al otro lado de la calle. Mihloud es un joven marroquí, ignorante y pobre, que comparte habitación en Belleville con su hermano y trabaja como obrero. Sin embargo, tienen algunas cosas en común. Mihloud no sólo vive lejos de su propio país, sino que su padre, al repudiar a su primera esposa, también lo desheredó, por lo que lleva el nombre de su madre. Este doble exilio es muy doloroso para él. En los Estados Unidos, Alan, que había venido de Polonia con sus padres, también se sentía como un exiliado, y su homosexualidad exacerbó su soledad. Con tristeza, recuerda "el desarraigo que provoca la homosexualidad, la desolación que nace cuando te das cuenta de que eres diferente". Intentó formar parte del mundo "gay", pero este tipo de "ghetto" rápidamente se hizo insoportable para él. Se mudó a París. Allí, tuvo varios asuntos con

[*] Este texto corresponde al prefacio de Beauvoir a la edición en francés de *Mihloud*. Aix-en-Provence: Alinea, 1986 (*N. de los T.*)

jóvenes árabes. Pero para ellos, estos eran sólo juegos eróticos sin sentido, mientras que él tendía a apegarse a ellos; una vez, después de una ruptura, intentó suicidarse. Cuando se enamoró de Mihloud, sus amigos le dijeron: "¡Cuidado! ¡Comenzará de nuevo!" Él respondió: "Mihloud es diferente".

Y de hecho lo era. Uno de los grandes logros del autor es mostrarnos la personalidad de Mihloud de una manera convincente. Primero lo vemos enterrado hasta la cintura en una de esas trincheras que atraviesan París, luciendo en su hermosa cabeza un sombrero pequeño y divertido que lo hace parecer divertido y cínico al mismo tiempo. Él es muy inteligente, apasionadamente interesado en el mundo, curioso acerca de toda experiencia. Acepta fácilmente intercambiar placer sexual con Alan. Pero no hay igualdad entre ellos. Es Mihloud quien "tiene" a Alan, y se niega vehementemente a la reciprocidad que socavaría su masculinidad. Alan, lo más importante, se compromete completamente con esta relación; de ella deriva "satisfacción sexual y emocional infinita". Los dos están tan íntimamente unidos que las descripciones (a menudo muy crudas) de sus relaciones amorosas nunca son obscenas. El cuerpo de Mihloud —como un todo y en cada una de sus partes— se transfigura por el amor de Alan.

Por su parte, Mihloud está profundamente apegado. La alegría que siente las noches que pasa en casa de Alan se debe, en parte, a la comodidad del apartamento, pero también está relacionada con el placer de sus abrazos y, lo que es más importante, con una ternura de la que siempre había estado aislado. Orgulloso, susceptible, es sensible al respeto y la confianza que su amigo le muestra. La noche

en que Alan, al regresar de un viaje a la India, le da las llaves del apartamento, Mihloud está tan conmovido que realiza un rito matrimonial, quitándose todo el vello corporal, antes de unirse a Alan en la cama. Fuera de la cama, también disfrutan de intensos momentos de armonía: caminatas nocturnas en París, un breve viaje a Etretat.

Sin embargo, para Alan, este idilio no siempre es sereno, ante todo por el temperamento caprichoso de Mihloud: es muy alegre; él odia levantarse a las cinco de la mañana; tiene dolores en todo el cuerpo por horas levantando piedras que son demasiado pesadas para él. Alan se ofrece en varias ocasiones para apoyarlo, lo cual, por supuesto, le molesta. Lo que sigue siendo más misterioso es su negativa a todos los trabajos menos agotadores para los que podría calificar, que Alan ha logrado encontrar para él en vano.

Y luego están las llamadas telefónicas. Mientras están juntos en un restaurante, un café, una película, Mihloud se escapa; él tiene que hacer una llamada. Al volver a casa desde la tienda, Alan a menudo lo agarra por teléfono y Mihloud cuelga de inmediato. "Es mi familia", dice. "¡Quieren hablar conmigo todos los días!" A pesar de su soledad, de hecho, tiene una familia viviendo en las afueras de París, una multitud de medio hermanos y hermanas, los hijos del segundo matrimonio de su padre, además de tíos, tías y primos de ambos sexos. Cuando Alan —que por cierto no se preocupa por las relaciones heterosexuales que podría tener Mihloud— escucha la voz de una mujer por teléfono, siempre es uno de sus primos. Mientras salen a caminar, Mihloud incluso señala a una de ellas, una rubia que trabaja en un salón de belleza. Alan también vislumbra a una morena conduciendo un automóvil. Alan está desorientado por las mentiras o medias tintas, Mihloud

dice que debe protegerse de la influencia de Alan sobre él; un día, él confía, "Quieren casarme con mi prima Rheta. Pero quiero vivir contigo".

Alan quiere compartir todo con su amigo; lo lleva al teatro y a fiestas de moda. Mihloud acepta esto con facilidad; siempre está ansioso por nuevas experiencias, pero también se siente incómodo, sintiéndose fuera de lugar. Tampoco le gusta mucho cuando Alan intenta seguirlo de regreso a su propia vida, pero no puede evitar que Alan vaya a Belleville con él, lo que significa que el lector tiene una descripción convincente del vecindario. Alan se encuentra con algunos de los amigos de Mihloud. Insiste en asistir a la celebración del compromiso (o boda, él no sabe qué) de un primo varón. Durante esta ceremonia, se siente vagamente amenazado por la presencia de todo el clan reunido, por la música, las danzas, un mundo radicalmente extraño. Él está aún más enojado esa noche, cuando Mihloud murmura con nostalgia: "Tendrán un bebé".

Para arrancar a Mihloud de la fuerte influencia del clan, Alan sugiere llevarlo a Estados Unidos. Mihloud está entusiasmado con este plan. Él se lanza a aprender inglés. Alan vende su tienda y su departamento y compra una pequeña casa en California. Ellos van a vivir felices para siempre. Pero, de repente, Mihloud desaparece. Uno de los pasajes más conmovedores del libro describe la búsqueda desesperada de Alan a través de los cafés y las profundidades más bajas de Belleville en un intento por encontrarlo. Él tiene éxito. Mihloud está acostado en un cobertizo donde un amigo lo ha protegido: enfermo, febril, hambriento, con una herida supurante en el costado. Saluda a Alan con tal alegría que, en el ardor de su abrazo, se deja penetrar por primera vez. Alan se lo lleva, lo cuida y lo

cura. Con lágrimas en los ojos, Mihloud le confiesa que escapó el día fijado para su matrimonio con Rheta, lo cual es confirmado por odiosas llamadas telefónicas de su familia. Él la odia. Él los odia a todos. Sólo quiere irse a Estados Unidos con Alan y compartir toda su vida con él. A partir de ahora pasan sus días y noches en un paroxismo de pasión y reciprocidad amorosa total, mientras esperan su partida a América, con la que están soñando juntos.

Todos los arreglos se han completado, los boletos comprados, la salida cerca, cuando, una mañana, Mihloud recibe un telegrama y luego una llamada telefónica de Marruecos; su padre ha perdido un pie en un accidente relacionado con el trabajo. Incapaz a partir de ahora de mantener a su familia, entrega todas sus responsabilidades a Mihloud, su primogénito, quien llevará su nombre a partir de ahora. Sorprendido, Mihloud va inmediatamente a ver a su familia. Y cuando regresa una mañana con aspecto truculento, hostil, casi odioso, anuncia: "Me casé con Rheta". Las súplicas de Alan por su amor son en vano: "Ahora soy el jefe de la familia; quiero un hijo". Cuando Alan le recuerda todo lo que ha dejado por él, él responde: "No has renunciado a nada. No tienes familia". Él ciertamente está molesto, pero sigue adelante de todos modos; empaca sus maletas y cierra la puerta detrás de él para siempre.

El libro se detiene aquí. Alan no agrega nada. En toda la historia, habla muy poco sobre sí mismo. Vemos su personalidad, compleja y problemática, sólo en silueta. Él critica duramente a Estados Unidos, pero no está cómodo en Europa. Él es un hombre de la nada. Rico en múltiples intereses, capaz de una cálida amistad, como lo que siente por Stella, sin embargo, tiene una patética necesidad de una

pasión absoluta y definitiva para anclarlo en el mundo. El fracaso de su relación con Mihloud es más que un fracaso en el amor; es el colapso de todo su ser.

Nota: Apuesto, inteligente, desilusionado pero lleno de humor, el autor, poco después de escribir este libro que tanto hubiera querido ver publicado, murió de una enfermedad poco conocida en Francia: el SIDA.

Introducción a *Las mujeres insisten**

"Interrupción, mi hermana…" Este problema (de *Les temps modernes*) se presenta con interrupciones en mente. El lector que espera encontrar aquí una explicación metódica y completa de la condición de la mujer quedará decepcionado. No pretendemos denunciar aquí todas las injusticias sufridas por las mujeres, ni redactar una declaración exhaustiva de sus demandas, y mucho menos proponer una táctica revolucionaria. Sólo esperamos provocar algunos disturbios en las mentes de las personas. El principio predominante al reunir estos textos fue el de la libertad. No establecimos un plan preconcebido. Algunas mujeres, algunas de las cuales incluso han permanecido en el anonimato con nosotras, optaron espontáneamente por hablar sobre temas que significan mucho para ellas, y agradecimos sus escritos. Una denegación radical de la opresión de las mujeres era a priori una característica común entre ellos. Como resultado, ciertos temas volvieron a aparecer en los artículos que recibimos, lo que nos permitió reagruparlos luego en un pequeño número de encabezados. Sin embargo, existen grandes diferencias entre los artículos y algunas veces incluso contradicciones. El pensamiento feminista está lejos de ser monolítico; cada mujer en la lucha

* "Présentation" a *Les femmes s'entêtent* en el número especial de *Les temps modernes*, abril-mayo de 1974 (*N. de los T.*)

tiene sus propias motivaciones, perspectivas, su experiencia singular, y nos las presenta a su manera.

Algunos lectores pueden sentirse desconcertados al leer algunas de estas páginas. Entre las mujeres que optan por expresarse, algunos creen que el lenguaje y la lógica actualmente en uso en nuestro mundo son instrumentos universalmente válidos, aunque hayan sido forjados por hombres; el problema es robar la herramienta. Otros, por el contrario, consideran que la cultura misma representa una de las formas de su opresión. Debido a esta opresión, y por la forma en que reaccionaron ante ella, las mujeres han creado un universo cultural diferente al de los hombres; quieren referirse a sus propios valores inventando un discurso en el que se refleje su especificidad. Esta es una invención difícil, que a veces requiere un enfoque de prueba y error, pero cuando tiene éxito, este esfuerzo nos enriquece con una contribución verdaderamente nueva.

En ambos casos, las voces que va a escuchar quieren sobre todo molestarle. La opresión de las mujeres es un hecho al que la sociedad está tan acostumbrada que incluso aquellos entre nosotros que la condenan en general, en nombre de los principios democráticos abstractos, asumen que muchos de sus aspectos han sido enmendados. Incluso para mí, porque yo misma tengo más o menos desempeñado el papel de la mujer simbólica, pareció durante mucho tiempo que ciertos inconvenientes inherentes a la condición de la mujer deberían ser simplemente ignorados o superados; que no había necesidad de atacarlos. Lo que la nueva generación de mujeres en rebelión me hizo comprender es que mi despreocupación casual conllevaba cierta complicidad. De hecho, aceptar la menor desigualdad entre los dos sexos es consentir a la desigualdad. A las

feministas se las ve a menudo como infantiles y mezquinas por atacar el vocabulario y la gramática, como el hecho de que en francés el adjetivo que modifica tres sustantivos femeninos y un sustantivo masculino debe ser masculino. Por supuesto, no es sobre esta base que la lucha debe comenzar. Pero pasarlo de largo es arriesgarse a cerrar los ojos a muchas cosas. La vigilancia debe ser parte de nuestro lema. Y, de hecho, las nuevas feministas miran el mundo con la mirada ingeniosa y exigente de un niño. El niño es débil; uno lo escucha y sonríe. Las mujeres son y quieren ser más y más fuertes. Hacen que la gente se sienta incómoda, y es por eso por lo que algunas personas intentan desacreditar su visión de las cosas, convertirlas en algo ridículo y tratarlas como musarañas.

Los lectores —mujeres u hombres— que aborden estos textos de buena fe corren el riesgo de sentirse cuestionados cuando terminan de leer. La lucha anti-sexista no está dirigida, como la lucha anticapitalista, sólo contra las estructuras de la sociedad tomadas como un todo; ataca dentro de cada uno de nosotros lo que nos es más íntimo y lo que parece más seguro. Cuestiona nuestros propios deseos, las formas mismas de nuestro placer. No nos alejemos de este cuestionamiento, porque más allá de la angustia que tal vez provoque dentro de nosotros, destruirá algunos de nuestros grilletes y nos abrirá a nuevas verdades.

Prefacio a *Miradas de las mujeres*[*]

Cuando comencé a escribir, muchas escritoras se negaron específicamente a clasificarse en esa categoría. Los críticos estaban felices de revisar nuestros libros en columnas tituladas "Obras de damas", y eso nos irritó. Querían confinarnos dentro de los estrechos límites de un mundo reservado para nuestro sexo: casa, hogar, niños, con algunas escapadas a la naturaleza y el culto al amor. Rechazamos la noción de literatura femenina porque queríamos hablar en un plano de igualdad con los hombres sobre el universo entero. Y aún queremos hacerlo. Sólo la evolución reciente del feminismo nos ha hecho comprender que ocupamos una situación singular en este universo, y que, lejos de negar esta singularidad, debemos reclamarla.

¿Esto quiere decir que para escribir debemos inventarnos un lenguaje específico? Algunas de nosotras lo creemos, pero yo no. Uno no puede crear un lenguaje artificialmente. Esto resultó ser el fracaso de las *précieuses*[1] —cuyo feminismo era muy parecido al nuestro— pero cuyo discurso

[*] "Prefacio" al libro de Anne Ophir. *Regards féminins*. Paris: Denoël-Gonthier, 1976 (*N. de los T.*)

[1] *Précieuses* son las mujeres de la Francia del siglo XVII que tienen un exceso y refinamiento y afectación del lenguaje y los modales conocidos como preciosismo. El movimiento comenzó en París, entre la aristocracia después de mediados de ese siglo y luego murió en el ridículo en la década de 1660 (*N. de los T.*)

sólo fue comprendido dentro de su grupo y rápidamente se desvaneció. Lo mismo es cierto hoy; *l'écriture au féminin* llega sólo a un pequeño círculo de iniciadas. Me parece elitista, destinado a satisfacer el narcisismo de la autora en lugar de establecer una comunicación con las demás.

Sé que el lenguaje cotidiano está lleno de trampas. Reivindicando la universalidad, de hecho, lleva la marca de los hombres que lo desarrollaron; refleja sus valores, sus pretensiones y sus prejuicios. Por lo tanto, debe usarse sólo con precaución. Sin embargo, es el instrumento elegido por las tres novelistas en este libro —Claire Etcherelli[2], Christiane Rochefort[3] y yo—, porque nos pareció el más adecuado para hacer oír lo que teníamos que decir.

Lo que las tres queríamos expresar, a través de nuestras muy diferentes obras, ciertamente no era el universo femenino en el que la tradición intentaba confinarnos en tiempos pasados, sino toda la sociedad actual, tal como se revela para nosotras, basada en nuestra condición de mujeres. En las novelas que Anne Ophir ha elegido estudiar, Christiane Rochefort denuncia, a través de su heroína, a la sociedad de consumo. Claire Etcherelli describe, a través de los ojos de Élise, los horrores de trabajar en una cadena de montaje y los estragos del racismo. En cuanto a mí, intenté, en *La mujer rota*, representar los momentos críticos de tres existencias fe-

[2] Claire Etcherelli (1934) es una novelista francesa que ganó el Premio Femina por su novela *Elise, ou la vraie vie* (*N. de los T.*)

[3] Christiane Rochefort (1917-1998) fue una escritora feminista francesa que ganó el Prix Médicis en 1988. Su exitosa novela *Le repos du guerrier* se convirtió en una película protagonizada por Brigitte Bardot en 1962 (*N. de los T.*)

meninas: el encuentro con la vejez, la exasperación de la soledad y el final brutal de un romance. Esencialmente en estas historias fue la mala fe a la que mis heroínas se aferraron más o menos obstinadamente a lo largo de sus luchas. Me sorprendió gratamente al leer el ensayo de Anne Ophir, ver que mis narraciones podían verse de una manera completamente diferente. Los críticos raramente me enseñan algo sobre mis libros. La mayoría de ellos están contentos con un resumen superficial. Algunos quieren parecer demasiado inteligentes y leer demasiado en mis intenciones. Anne Ophir, por el contrario, me llevó a hacer algunos descubrimientos. Puede parecer extraño que una autora no sepa exactamente lo que ha escrito. Pero el hecho es que sigo una determinada línea y estoy más o menos ciega sobre el fondo en el que se traza esta línea. Anne Ophir demostró que la sociedad de consumo, de la que hablo implícitamente en *Las bellas imágenes*, es el contexto implícito en el que se desarrollan mis tres narrativas. Murielle en "Monólogo" es la víctima de esto; la mujer en "La edad de la discreción" lo rechaza violentamente; Monique en "La mujer rota" trata de escapar de ella, pero en los tres casos está presente sin que yo realmente lo sepa. Les conté las historias de mujeres y, del mismo modo que un aficionado apasionado por uno de los protagonistas de un partido de tenis o de boxeo termina por no ver al otro durante el partido, apenas intenté dilucidar el papel de los hombres. Anne Ophir me hace algunas preguntas muy pertinentes sobre ellos: ¿por qué André, durante tres años, dejó que su esposa escribiera un libro que creía que era malo? ¿Cuáles son las fallas de Maurice y los límites de sus buenas intenciones? ¿Qué acontecimientos, injusticias y desgracias hicieron que Murielle se hundiera en un rencor paranoico?

Por otro lado, hay temas que conscientemente traté sin entender su importancia, que son destacados por Anne Ophir. El rechazo del tiempo, por ejemplo. Murielle ha detenido el tiempo: vive en un presente perpetuamente renovado de odio e ira; la mujer en "La edad de la discreción" se niega a admitir que está envejeciendo; "La mujer rota" no quiere entender que los sentimientos cambian. Sobre todo, el problema que atormenta estas tres narrativas es el de la comunicación: imposible en "Monólogo", casi imposible en "La mujer rota" y difícil en "La edad de la discreción". Creo que el mayor elogio que se puede dar a un estudio crítico es que aporta una luz inesperada al trabajo de la escritora. En lo que a mí respecta, es por eso por lo que espero que el libro de Anne Ophir tenga muchos lectores.

Mujeres de letras*

Quizás porque las mujeres todavía no se atreven a abordar de frente los grandes problemas que enfrenta el mundo, ni a mirar muy profundamente dentro de sí mismas, su literatura sigue siendo en parte una literatura escapista. Uno sabe que, mucho más que los hombres, siempre han intentado crear en la imaginación o recrear mediante la recolección un dominio que sea fiel a sus anhelos. En particular, han buscado refugio en los recuerdos de su infancia, en la naturaleza o en sueños de amor. Hoy todavía encontramos estos temas en la mayoría de las novelas escritas por mujeres. Sin embargo, ahora se manejan de una manera totalmente diferente a como lo hacían en la generación anterior. Lo llamativo es que las mujeres siempre se han vuelto nostálgicamente hacia su infancia. Este rasgo no pertenece únicamente a las escritoras: casi todas las mujeres conservan un pesar sincero por un paraíso perdido. Cuando aman a un hombre, su primera preocupación es abrirle las puertas de este pasado; infelices y decepcionadas, vuelven allí en largas peregrinaciones solitarias. Es mucho menos probable que un hombre le conceda tanta alegría a sus primeros años y ellos rara vez le dedican un lugar muy grande en sus libros. Es tal vez porque una mujer es consciente de haber sido en su infancia, y únicamente en su infancia, un ser perfectamente autónomo. En ese momento, sintió, como todos los niños pequeños, que ella también era

* "Femmes de Lettres" fue publicado en *Francia-Amérique*, el 9 en marzo de 1947 (*N. de los T.*)

el centro del universo. Más tarde, en sumisión o en rebeldía, aprendió la dependencia, y si encontraba o no felicidad en ellas, ahora tiene la sensación de una especie de abdicación. Es por eso que intenta recrear ese momento cuando era una conciencia soberana e indomable, y por lo que intenta resucitar las dulces promesas que se le ofrecieron en ese mundo.

Esta idea se expresa con mucha fuerza, por ejemplo, en *Souvenirs*, de Colette Audry [1], cuyos cuentos ya he mencionado. Cree que ha sido degradada al convertirse en una adulta. Sin embargo, este libro, así como *L'Asphyxie*, de Violette Leduc [2], también dedicada a los recuerdos de la infancia, está lejos de representar esos años desaparecidos como un paraíso maravilloso. Al elegir tener su parte en el mundo real, las mujeres de hoy han dado la espalda deliberadamente a lo maravilloso. No usan la ternura que todavía sienten por su niñez como una excusa para inventar espejismos; allí de nuevo, quieren ver claramente. Ponen su pasado nuevamente en el marco de lo real. Los recuerdos de Violette Leduc son completamente crueles; ella evoca con una precisión despiadada el mundo en el que creció, así como todo un trasfondo social y sensual que por sí solo hace que la figura trágica de su madre sea inteligible. Su infancia es un aprendizaje de la vida en toda su crudeza y sus terribles misterios pesan con todas las dificultades del destino de una mujer. El tono de Colette Audry es

[1] Colette Audry (1906-1982) fue una prolífica escritora francesa, miembro de la Resistencia y activista de izquierdas durante toda su vida. Construyó una fuerte relación de amistad con de Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre (*N. de los T.*)

[2] Violette Leduc (1907-1972) fue una escritora francesa. Hija ilegítima de Berthe Leduc y André Debaralle. Su obra más conocida, las memorias de *La Bâtarde* (La bastarda), fue publicada en 1964, con esta obra ganó el Premio Goncourt (*N. de los T.*)

más objetivo. Sin embargo, a través de una visión infantil, se representa todo un universo burgués y provincial para nosotras, con su mezquindad, sus rutinas y el intolerable hastío que este universo emite. En ambos casos, estamos lejos de la actitud joven y despreocupada de una Claudine[3]. Aquí, una vez más, las autoras han intentado, sobre todo, colocarse en el mundo como un todo, sin entregarse complacientes a imágenes y emociones subjetivas.

Una ternura similar caracteriza la manera en que se aborda el tema de la naturaleza, un tema que entra en juego mucho más directamente que el pasado y bajo una luz diferente. Antiguamente, la naturaleza desempeñaba un papel bastante privilegiado en la vida de las mujeres: era la única figura de lo absoluto a la que podían acceder directamente. Una mujer tenía contacto con la realidad humana sólo a través de intermediarios, pero nada se interponía entre ella y los árboles, los manantiales, el cielo, los animales y las flores. En vista de estas bellezas, de estos placeres que no tienen nada que ver con las personas, ella podría redescubrir la independencia perdida de su infancia. El vínculo entre los dos temas es notable en Anna De Noailles[4] o Colette, por ejemplo, y en las novelistas británicas. Incluso hoy en día, los paisajes y las plantas silenciosas son las presas más fáciles de capturar para una mujer, y todavía le gusta hablar de ellas. Sin embargo, dado que ya no se resigna a poseer solo derechos, no le otorga el primer lugar en sus libros. La naturaleza está muy presente

[3] Claudine es el nombre de la protagonista que se retrata en la saga autobiográfica de Colette Audry (*N. de los T.*)

[4] Anna, condesa Mathieu de Noailles (1876-1933) fue una poetisa francesa de origen rumano. Tuvo relaciones amistosas con la élite intelectual, literaria y artística de su época, incluyendo a Marcel Proust, Francis Jammes, Colette, André Gide, etc. (*N. de los T.*)

en las novelas modernas de las mujeres, pero es un escenario, o incluso un refresco furtivo, y ya no es un paraíso donde descansa una pasión mística y edificante. En Violette Leduc o en *La vie tranquille* de Marguerite Duras[5], la naturaleza es percibida y evocada con sensibilidad y fuerza, pero esto está en su relación con el mundo humano. Porque, también en este dominio, las mujeres ya no eligen ceder a las tentaciones escapistas que se les ofrecen. El dominio de la imaginación pura es donde las mujeres se abandonan más; y es quizás aquí donde su intuición es más característica. Ciertamente, ya no es una cuestión de amores con vestidos de flores. Sin embargo, las historias inventadas por nuestras jóvenes novelistas a menudo no tienen más verdad en ellas que los insulsos idilios románticos a los que deliberadamente se oponen.

Desde este punto de vista, lo que me parece el elemento más llamativo es el importante papel que se le da a la violencia en estos trabajos. El libro de Marguerite Duras, mencionado anteriormente, que en otros aspectos tiene un tono tan auténtico, comienza con la violencia y se desarrolla en un clima de violencia. *Pascal Vituret* de Claude Le Coguiec[6] tiene un final violento. Hay violencia otra vez en *La voile noire* de Maria Le Hardouin[7] y en *Les marais* de Dominique Rolin[8]. Ciertamente, las influencias de escritoras anteriores

[5] Marguerite Duras, seudónimo de Marguerite Germaine Marie Donnadieu (1914-1996) fue una novelista, guionista y directora de cine francesa (*N. de los T.*)

6 Claude Le Coguiec, escritora francesa. En 1945 escribió Pascal Vituret, su única novela reconocida, publicada por Gallimard *(N. de los T.)*

[7] Maria Le Hardouin (1912-1967) fue una escritora suiza de habla francesa y una mujer de letras. Fue galardonada con el Premio Femina en 1949 por su novela *La dame de cœur* (*N. de los T.*)

[8] Dominique Rolin (1913-2012) fue una novelista belga. A lo largo de unos sesenta años, desarrolló una voz feminista única en la escritura de

son evidentes aquí: la de Emily Brontë[9] y más cerca de nosotros que la de Faulkner. Sin embargo, estas influencias no son suficientes para explicar el fenómeno. Quizás las mujeres deseen rechazar las cualidades de discreción y encanto a las que durante tanto tiempo han sido limitadas; desean mostrar vigor, crueldad y audacia. Esto también puede ser una forma de escapismo que se permiten a sí mismas porque no lo reconocen como tal; pueden expresar en estos inventos los dramas interiores que no se atreven a exponer directamente. Escribí que su situación era ambigua. En este período de crisis, los dramas se desarrollan dentro de ellas, y las imágenes sangrientas y apasionadas que inventan son seguramente una forma de exteriorizar estos dramas.

Al releer este breve bosquejo, noto que puede parecer duro. La literatura de mujeres de hoy parece carecer de cierta autenticidad. Esta es una crítica bastante seria, y algunos hombres tal vez interpretarán que las mujeres deberían volver a su hogar, al jardín y a los niños, tanto en la literatura como en la vida. De hecho, muchos hombres comúnmente declaran que una mujer sólo puede traer algo de valor si se limita a un dominio específicamente femenino: que renuncie a sus intrusiones en el mundo de los hombres. Es fácil cargarla con el peso de grandes nombres y demostrar que no está a la altura de su estatura. "Las mujeres", me dijo una vez un escritor, "no saben cómo escapar

---

novelas francesas, combinando perfectamente la autobiografía y la ficción. Fue ganadora del Premio Femina y miembro de la Real Academia Belga (*N. de los T.*)

[9] Emily Jane Brontë (1818-1848) fue una escritora británica. Su obra más importante es la novela *Cumbres borrascosas* (1847), considerada un clásico de la literatura inglesa, que fue publicada bajo el seudónimo masculino de Ellis Bell para sortear así las dificultades que tenían las mujeres del siglo XIX en el reconocimiento de su trabajo literario (*N. de los T.*)

de lo particular para remontarse a la verdadera grandeza". Hay una gran cantidad de verdad en esta afirmación. Las mujeres son expertas en agarrar lo concreto; su estilo casi siempre tiene una cualidad carnal que falta en los escritos de los hombres, pero a menudo son torpes en mostrar la verdad universal de su experiencia. Sin embargo, no creo que esto siempre sea cierto. La generación actual es vacilante y carece de confianza en sí misma porque está intentando nuevas conquistas; ya no tiene la armonía interna que permitió a Madame de La Fayette[10], o a Colette, escribir sus obras maestras. Y puede que no ofrezca ningún nombre capaz de hacer coincidir estos grandes nombres, pero está allanando el camino para algo nuevo. Estoy convencida de que las mujeres del mañana cosecharán el fruto de los esfuerzos desplegados por las mujeres de hoy. Las últimas aún avanzan por ensayo y error en este mundo al que los hombres las invitan a regañadientes. Y si eligen ser rencorosas, se dirá que están persiguiendo un arcoíris, que se niegan a expresar su singular verdad, y que no tienen la fuerza suficiente para expresar verdades universales. La mezcla de autocontrol y audacia que se encuentra en sus obras y se refleja en su propio estilo ya da a sus libros un encanto ambiguo, ligeramente cáustico y de vez en cuando con un toque de patetismo que se apodera del corazón. Tal vez ninguno de los libros que he citado merece ser llamado un gran libro, pero son ricos en promesas y una riqueza tan abundante ya es un logro.

[10] Marie-Madeleine Piochet de la Vergne, condesa de La Fayette, más conocida con el nombre de Madame de La Fayette (1634-1693) fue una escritora francesa que escribió la primera novela histórica francesa *La Princesa de Cléves* (*N. de los T.*)

Problemas de la literatura femenina*

Criticando una novela escrita por una mujer, Thierry Maulnier[1] comentó un día que la literatura hecha por mujeres ha puesto el problema de la felicidad en el primer plano de sus preocupaciones. De hecho, tanto en sus trabajos como en sus vidas, las mujeres han estado especialmente interesadas en la construcción de su propia existencia y, por lo general, han buscado contar la historia de éxitos o fracasos individuales. Es fácil entender el motivo de esto.

Durante siglos, han sido hombres y sólo hombres quienes han formado el mundo en el que vivimos. Es decir, que este mundo les pertenece. Las mujeres tienen su lugar en él, pero no están cómodas allí. Es natural que un hombre busque explorar el dominio del cual se siente dueño; que busque con curiosidad para conocerlo, se esfuerce por dominarlo con su pensamiento, e incluso pretenda, a través del arte, crearlo de nuevo. Nada lo detiene, nada lo limita. Pero, hasta estos últimos años, la situación de las mujeres ha sido completamente diferente.

---

* "Problèmes de la littérature féminine" fue publicado en *France-Amérique*, el 23 de febrero de 1947 (*N. de los T.*)

[1] Thierry Maulnier (1909-1988) fue un escritor, ensayista y periodista francés. Fue miembro de la Académie Française (*N. de los T.*)

Las mujeres no fueron teórica ni concretamente aceptadas como iguales a los hombres. Una mujer no podría intentar superar el mundo dado; todavía no tenía una verdadera influencia sobre él, y esta influencia era lo que tenía que conquistar primero. Se le presentaron dos caminos: o bien podía luchar para que se reconocieran sus derechos o bien utilizar lo mejor posible los medios que ya tenía a su disposición para acceder a la existencia más rica posible. En ambos casos, su drama fue completamente personal. Ella tenía que alcanzar el nivel de un hombre o aceptar vivir en su sombra. La segunda solución fue la más propicia para el florecimiento de una obra literaria, ya que una agenda propagandística y la defensa obstinada de una tesis representan peligros obvios en el dominio del arte. Las novelas estrictamente feministas de la generación anterior apenas han dejado rastro. Si, por el contrario, una mujer intentase describir los dominios que le estaban reservados, podría, dentro de sus límites, demostrar los dones de invención y expresión que hacen al verdadero escritor. El éxito de Colette lo demuestra de manera contundente[2]. Sin embargo, la obra de Colette se centra precisamente, en su totalidad, en la búsqueda de la felicidad. Lanzada a un mundo que va más allá de ella y sobre el cual no pretende actuar, una mujer debe crear para sí misma el nido más acogedor posible. Ella explora sus riquezas, reúne sus tesoros: sus recuerdos de infancia; la tierra con sus flores, mascotas, manantiales y estaciones; amor y afecto; y hogar, que encarnan la unidad armoniosa de una vida. Sin embargo, a lo largo de los últimos años, la situación de las mujeres ha cambiado profundamente. Sus demandas han

[2] Sidonie-Gabrielle Colette (1873-1954) fue una novelista, periodista, guionista, libretista y artista de revistas y cabaré francesa. Siendo miembro de la Academia Goncourt desde 1945, llegó a presidirla entre 1949 y 1954 (*N. de los T.*)

sido escuchadas. Se les ha concedido una influencia directa en el mundo. Es interesante considerar las consecuencias de esta evolución en la literatura hecha por mujeres hoy.

Hay dos tendencias diferentes, pero no irreconciliables que dominan la literatura francesa contemporánea. Los escritores jóvenes intentan aumentar su conocimiento externo del mundo; quieren integrar la experiencia más amplia posible en la literatura. Esto lleva a la importancia actual y al éxito de todas las formas de informes de noticias, y al desarrollo de este género complejo que podría llamarse la novela periodística. Por otro lado, también buscan una profundización del conocimiento interno de sí mismos. Se vuelcan hacia la filosofía; quieren integrar en la literatura las regiones más misteriosas de su ser.

Las mujeres también son arrastradas por estas dos corrientes. Algunas mujeres han sido corresponsales de guerra; algunas se dedican apasionadamente al periodismo; viajan, cuentan lo que han visto, y tienen tanto éxito como los hombres al observar y comunicar los frutos de su observación. Otras hacen estudios teóricos; escriben ensayos críticos, filosóficos y psicológicos, y en este campo de pura abstracción no se muestran diferentes de los hombres. Sin embargo, cuando intentan expresar su visión concreta de la existencia en el campo estrictamente literario, entonces su condición como mujeres se revela. Esta condición es muy ambigua. De hecho, teóricamente, la disputa sobre el feminismo acaba de concluirse a favor de las mujeres. Las mujeres están invitadas a participar en la edificación del mundo; ya no tienen que luchar para conquistar sus derechos. Ellas los han conquistado. Su trabajo ya no necesita ser negativo, sino positivo. Ellas lo saben, y también saben

que los curiosos están esperando a ver qué beneficio podrán obtener de su victoria. Por lo tanto, están doblemente incitadas a alejarse de sus propios problemas y aplicarse, como los hombres, a temas de interés universal. Ahora que tienen un papel que desempeñar en la vida política y social, esta vida se ha convertido verdaderamente en su vida; sienten una auténtica necesidad de hablar de ello en sus libros. Aun así, una obligación externa les pesa. Deben mostrar a los hombres que son capaces de explotar los campos que se les han abierto recientemente. Por lo tanto, las mujeres de hoy escriben como hombres: sobre la resistencia, la guerra y los conflictos sociales.

Sin embargo, no es cierto que su condición actual ya sea la de un hombre. Precisamente porque sus conquistas son recientes, este mundo en el que han sido admitidas sigue siendo un mundo de hombres, y es abstracto y teórico afirmar que la singularidad de su situación ha sido abolida. Las mujeres lo saben; aún son conscientes de sus dificultades personales y desean remediarlas. Esta es la razón por la cual la observación de Thierry Maulnier sigue siendo cierta, incluso hoy en día. Todavía están preocupadas por lo que llaman felicidad, y uno de los aspectos originales de su literatura es su esfuerzo por reconciliar esta preocupación con el interés que aportan al universo y a la historia. Lo sorprendente de Edith Thomas[3] y Elsa Triolet[4] es que

[3] Edith Thomas (1909-1970) fue un novelista, archivista, historiadora y periodista francesa, estudió en la École des chartes, donde se graduó en 1931. Además, fue integrante del Partido Comunista durante siete años (*N. de los T.*)

[4]. Elsa Triolet (1896-1970) su nombre real era Elza Yúrievna Kagán, fue una escritora francesa de origen ruso. Tras publicar *La puesta en palabras* (1969) y *El ruiseñor calla al alba* (1970) muere de una dolencia cardíaca el 16 de junio de 1970 (*N. de los T.*)

sus novelas toman prestados sus materiales de grandes eventos, como la guerra civil española, la guerra falsa, el éxodo y la resistencia, pero estos temas se abordan a través de la historia singular de una mujer heroína. Lo que parece ser esencial no es tanto el gran drama humano en sus términos generales, sino las conexiones que tiene esta heroína con las circunstancias en las que ha sido arrojada. El verdadero tema de estos trabajos es cómo, en el mundo de hoy, el destino singular de una mujer se logra o se rompe. La tesis común de todos los cuentos de la colección recientemente publicada por Colette Audry, *On joue perdant*, es el fracaso de cada intento de felicidad individual en el mundo de hoy: el fracaso del amor, de la vida, de la maternidad, de los sueños e incluso de la renuncia. En la mayoría de estos libros, hechos por mujeres, el mundo social e histórico, es decir, el mundo real, está presente, pero sólo en el horizonte: no es el sujeto mismo el asunto que el escritor intenta manejar y controlar.

Esta timidez no debe sorprendernos y de ninguna manera predice el futuro. Debo reiterar que las mujeres tendrán las mismas oportunidades que los hombres sólo cuando estén establecidas en esta tierra tan sólidamente como los hombres. Todavía son principiantes y vacilan. Esta vacilación se encuentra nuevamente cuando no hablan de eventos externos sino de sí mismas. Uno podría pensar que su individualismo y su sentido subjetivo de existencia las llevarían a profundos descubrimientos internos. Hay que admitir que carecen de la audacia de un Proust, un James Joyce o un Sartre. Colette era famosa por hacer retroceder los límites que se les habían asignado a las mujeres hasta ese momento. Ella se acercó a los temas sexuales con franqueza. Sin embargo, los trató con tanta ele-

gancia y reserva que, a decir verdad, apenas tocó la superficie. Además, la sensualidad que ella describe está cerca de la codicia. El sabor de un beso parece tener para ella la simplicidad de saborear una fruta. Sobre esta pregunta, otras mujeres podrían ciertamente proporcionar testimonios muy diferentes. Después de los libros de Colette, casi todo queda por decir. Sin embargo, las mujeres apenas lo hacen. El libro corto *L'Asphyxie*, de la recientemente publicada escritora Violette Leduc, dio lugar a un movimiento de gran interés porque, tal vez por primera vez en Francia, una mujer luchó, con la audacia de un hombre, para entregar una auténtica sensualidad. Todavía no eran más que sugerencias, pero eran tan crueles, tan inquietantes que parecían ricas en promesas. Y, sin embargo, este caso es más o menos único. Torpes al hablar de hombres, a quienes conocen sólo desde fuera, las mujeres apenas se atreven a hablar en voz alta sobre ellas mismas.

Aquí nuevamente su timidez es bastante natural. Cada vez que un hombre intentaba arrojar una nueva luz sobre la oscuridad de su cuerpo o su corazón, provocaba un escándalo. Uno necesita una gran cantidad de orgullosa certeza para atreverse a centrar en uno mismo la atención maliciosa que despierta cualquier revelación sincera. El escándalo y la malicia se multiplican si es una mujer quien los incita. Y ella no está tan armada como un hombre para enfrentarlos. Además, en este atrevido camino, los hombres tienen detrás de ellos la ayuda de una tradición proveniente de Grecia y Roma. Las mujeres han sido alabadas sobre todo por su discreción y su decencia. Si una de ellas desea renunciar a esta medida, debe inventar todo, su técnica y su propio lenguaje. No es una empresa fácil.

Hay otra razón que explica por qué las mujeres no aceptan voluntariamente este riesgo. Es debido al hecho, como ya he mencionado, que su victoria es sólo una apariencia. Los hombres sólo parecen considerar a las mujeres como iguales, mientras que, a decir verdad, se consideran superiores a las mujeres. En lo que respecta a los hombres, las mujeres aún sufren un complejo de inferioridad cuya irritante reflexión va de un lado a otro entre ellas. Son conscientes de que la lucha no ha terminado, y aunque ya no escriben libros feministas, las preocupaciones feministas no están ausentes de su trabajo. Todavía necesitan defenderse ante los ojos de los hombres y exhortarse unas a otras a tener confianza en sí mismas. Esto lleva a un aspecto moralista en sus escritos. Y sabemos que la ética y la psicología no siempre se llevan bien. La psicología es aún más audaz y válida cuando intenta ser más sincera. La preocupación por lo que uno debe ser le impide a uno describir exactamente lo que es. Cuando las mujeres representan a una heroína, persiguen un objetivo moral en lugar de intentar dar un testimonio desinteresado. Y esta moral que emerge de sus libros es significativa. Para ellas, es sobre todo una cuestión de exaltar a un tipo de mujer que posee las mismas cualidades que un hombre, pero sin perder su feminidad. Las heroínas contemporáneas no son hechiceras ni mujeres resignadas. Son mujeres que logran su destino con la dureza, el coraje y la honestidad de un hombre, y especialmente con lucidez. Esta es una palabra que uno encuentra en las novelas de mujeres en cada vuelta de página. Como no pueden modificar su condición de la noche a la mañana, las mujeres están decididas, al menos, a enfrentarla. La lucidez es lo opuesto a la huida; es una aceptación reflexiva de la situación y la primera condición de una verdadera independencia.

Uno no podía sino aprobar esta voluntad manifestada por las mujeres de hoy: ver con claridad, no mentir, y no aceptar que se les mintiera. Pero deben estar alertas al hecho de que la lucidez no es suficiente para ganar el juego, y que comprender la ambigüedad de una situación ni la disipa ni la controla. Una mujer que se cuestiona lúcidamente antes de ceder a sus sentidos, como Grisélidis, de Clara Malraux[5], no ha eliminado por ese comportamiento los verdaderos problemas de la sensualidad femenina. En esta voluntad de lucidez existe un racionalismo que es, ante todo, un arma de combate. Uno entiende bastante bien que sólo las personas que se sienten seguras en sí mismas se darían el lujo de cuestionarse ansiosamente. Las mujeres todavía se sienten demasiado perdidas en este mundo para intentar perderse aún más. Primero deben tratar de armar las cosas, hacer un balance. Sin embargo, esta es sólo una primera etapa. Cuando les parece completamente natural poseer lo que llaman, con demasiada humildad, las virtudes de los hombres entonces podrán comenzar a aportar contribuciones verdaderamente nuevas al conocimiento de la realidad humana, tal como la encuentran en sí mismas.

[5] Clara Malraux (1897-1982) fue una escritora francesa cuya novela, *Retrato de Grisélidis*, se publicó en París en 1945. Estaba casada con el novelista y político francés André Malraux (*N. de los T.*)

Prefacio a *Djamila Boupacha*[*]

Una argelina de veintitrés años, enlace del FLN[1] ha sido secuestrada, torturada y violada con una botella por militares franceses: y es una historia banal. Desde 1954, todos nosotros somos cómplices de un genocidio que, con el nombre de represión, y más tarde de pacificación, ha dejado más de un millón de víctimas: hombres, mujeres, ancianos, niños, ametrallados durante las razzias, quemados vivos en sus pueblos, fusilados, estrangulados, despanzurrados, sofocados hasta la muerte; tribus enteras abandonadas al hambre, al frío, a los golpes, a las epidemias, en esos "centros de reagrupamiento" que son en realidad campos de exterminio —y que además sirven ocasionalmente de burdeles para los personajes más distinguidos— y donde agonizan actualmente más de quinientos mil argelinos. Durante estos últimos meses, hasta la prensa más moderada del país nos ha ofrecido la narración de numerosos horrores: asesinatos, linchamientos, "ratonadas", la cacería del hombre en las calles de Orán; en París, flotando en el Sena, colgados en los árboles del *Bosque de Boulogne*,

[*] Este texto corresponde al prefacio que escribió Simone de Beauvoir para el libro *Djamila Boupacha* de Gisèle Halimi, Paris: Gallimard, 1962 (*N. de los T.*)

[1] El Frente de Liberación Nacional es un partido político argelino. Junto a su brazo militar, el Ejército de Liberación Nacional, lideró la independencia del país respecto de Francia en 1962 y gobernó el país en carácter de partido único hasta 1991, cuando fue introducido el multipartidismo (*N. de los T.*)

decenas de cadáveres; manos quebradas; cráneos reventados; la *Toussaint rouge* de Argel[2]. ¿Puede conmovernos todavía la sangre de una muchacha? Al fin y al cabo —como insinuó sutilmente M. Patin, presidente de la *Comission de Sauvegarde,* durante una entrevista a la que asistí—, Djamila Boupacha está viva: lo que ha sufrido, por tanto, no es tan terrible[3].

Gisèle Halimi, al contar esta historia, no pretende despertar los remordimientos de los que a estas alturas no estén aún avergonzados; su libro es importante, ante todo, porque desmonta, pieza por pieza, una máquina de mentiras tan perfectamente construida que, durante los últimos siete años, apenas si ha permitido que se filtrasen algunos vislumbres de verdad. ¡Cuántas veces me he topado contra esta respuesta: "de todos modos, si fuese una cosa tan corriente, tan enorme, tan horrible, ya se sabría"! Pero precisamente porque es tan corriente, horrible y enorme, era necesario ocultarla. Públicamente elogiada por el general Massu, abiertamente enseñada a los jóvenes oficiales, aceptada por un gran número de eclesiásticos, aplaudida por la población europea de Argelia, sus practi-

[2] El Toussaint rojo, a veces llamado Toussaint sangriento, se refiere al 1 de noviembre de 1954, día en el cual el Frente de Liberación Nacional (FLN) manifestó por primera vez su existencia al cometer una serie de ataques en varias partes del territorio argelino, en ese momento bajo la administración francesa. Este día se considera retrospectivamente como el comienzo de la guerra de Argelia (1954-1962) y se ha convertido en un feriado nacional en ese país (*N. de los T.*)

[3] M. Patin se refería a la tortura con la botella que padeció Djamila: "Temía —dijo— que la hubiesen *sentado* encima de la botella como hacían en Indochina con los Viets. En ese caso los intestinos se rompen y el individuo muere, pero esto no es lo que le ha sucedido". Añadió con la sonrisa de un hombre que no se dejaría engañar.

cada temáticamente en los "centros de selección", las cárceles, los cuarteles, los *Djebels*, ha sido fácil, merced a esa unanimidad, negar la tortura en cada caso particular. Lo excepcional en el caso de Djamila Boupacha no son los hechos: lo excepcional es que hayan sido puestos al descubierto. La obstinación de una abogada, el amor propio de la querellante, una coyuntura favorable, el valor profesional de un juez, han permitido levantar la cortina de oscuridad y de niebla que protege el horror cotidiano de la "guerra subversiva". Sólo un obstáculo se ha revelado invencible, pero por lo menos ha quedado perfectamente patente: por boca del general Ailleret, comandante superior de las Fuerzas en Argelia, nombrado por el general De Gaulle, el ejército se resiste deliberadamente a que sean desenmascarados los verdugos de Djamila.

Gisèle Halimi nos señala, etapa por etapa, el camino recorrido hasta esta última instancia; a la luz de su relato, considerando las trampas que se han eludido, los peligros que se han evitado, los esfuerzos que se han desplegado, las casualidades y los azares que han hecho posible este éxito relativo, el lector comprenderá por qué los gemidos, los gritos, los chillidos ensordecedores que se elevan desde hace tanto tiempo desde la tierra de Argelia —y también desde Francia— no se han oído, o se han escuchado tan débilmente que un poco, de mala fe, han sido suficientes para omitirlos.

Un hombre es torturado; sucumbe, o lo rematan, o se suicida; se desaparece su cadáver: no hay cadáver y por consiguiente no hay crimen. A veces un padre, una esposa pregunta; se le responde: desaparecido, y el silencio vuelve a cerrarse. En torno al nombre de Audin, un francés universitario con muchas amistades, el murmullo se hizo muy

fuerte, pero ha sido inútil, ya que su asesino pudo ser impunemente condecorado con la Legión de Honor. Después del "suicidio" espectacular de Boumendjel, se alzaron algunas fuertes voces, pero igualmente vanas; pero por lo que hace a todos esos argelinos oscuros que señala el *Cahier vert* a todos aquellos, mucho más numerosos, que no figuran en ninguna parte, su ausencia ha quedado sumida en la indiferencia; de los suplicios que sufrieron no queda el menor rastro.

En el caso de que la víctima sobreviva, sea declarada inocente y puesta en libertad, le cierran la boca con amenazas cuyo peso conoce demasiado bien y, en general, para mayor seguridad se le asigna una residencia: los carceleros garantizan su silencio. Si es condenada, generalmente es demasiado tarde para interponer una querella. ¿Pero acaso la vista no le da una ocasión para hablar? Justamente no; sabe que, en caso de no ratificarse en sus confesiones, volvería a ser "interrogada": a veces sus torturadores le aguardan delante de la puerta del propio juez de instrucción. En Argelia —y sobre esta colusión descansa todo el sistema— los jueces, los médicos, los abogados consideran al acusado como un enemigo. Hay que condenarlo: la sentencia se pronuncia antes del juicio y el procesamiento sólo sirve para disimular su arbitrariedad. A este respecto, el caso de Djamila Boupacha es edificante. Ante un magistrado hostil, con la carne marcada de recuerdos ardientes, traumatizada, aterrorizada, la muchacha, después de repetir sus confesiones, dijo: "He sido torturada. Pido que me reconozca un médico..." El juez no volvió a empezar el interrogatorio; no le hizo ninguna pregunta, se limitó a mandar que la frase constase en el atestado. Luego llamó a uno de esos médicos que se encargan de cubrir al juez cuando éste

quiere hacer ver que respeta las formas. Unos meses después, los médicos parisinos, llamados para una contraprueba pericial convinieron en que Djamila había sufrido una "desfloración traumática". En Argel, sin embargo, el doctor Lévy-Leroy afirmó al cabo de cinco minutos que, habiendo examinado a Djamila "completamente desnuda", había visto "trastornos de las reglas, de carácter constitucional", después —el 14 de junio exactamente— habría de declarar que durante la visita Djamila no se había quitado las bragas y que él no había procedido a ningún reconocimiento ginecológico para no "humillarla". Ante una contradicción tan flagrante, se siente uno tentada a denunciar una ausencia escandalosa de conciencia profesional; pero ésta es una noción que no se cotiza entre los "habituales" de Argel; están ahí no para constatar las sevicias, sino, en todo caso, para negarlas; hacen su papel. De la misma manera, tampoco a los abogados argelinos se les ocurre ayudar a sus clientes; y si la idea se les viniese a la mente, el miedo bastaría para paralizarlos: el letrado Popie tuvo que pagar con la vida su valentía; pero, para la gran mayoría de ellos, el problema no se plantea siquiera; no piden otra cosa que colaborar con el ejército, la policía, los tribunales y el conjunto de la población europea para eliminar al adversario por el medio que sea. Djamila no podía esperar nada de su defensor argelino, que le dijo alegremente a Gisèle Halimi: "Todo está claro: los informes ante el tribunal durarán diez minutos".

Así pues, Djamila se salvó por un pelo de ser condenada, como tantos otros —sin que hubiese ninguna prueba en contra de ella— a base de confesiones arrancadas a la fuerza. Los días horribles de El Biar y Hussein Dey no habrían existido más que en su recuerdo.

Un acontecimiento imprevisto quebró el clásico aparato escénico: una carta enviada desde el campo Bossuet por el hermano de Djamila, llegó hasta Gisèle Halimi. Son extraños los abogados que llegan desde Francia para defender a los argelinos y, a pesar de su buena voluntad, sólo pueden encargarse de un número ínfimo de casos; además —y ya verá el lector mediante qué clase de procedimientos— no se pierde ocasión de entorpecer su tarea. Gisèle Halimi consiguió no obstante abrir una brecha en el sistema: habló con Djamila, la incitó a interponer una querella, avisó al Fiscal General de Argel, y yo la ayudé a sublevar a la opinión. Se creó un comité para sostener a Djamila. Hizo tanto ruido en Francia y en el extranjero que el 17 de junio, las autoridades habían prohibido a Gisèle Halimi la entrada en Argel, el tribunal —que normalmente no se hubiera preocupado por ello temió provocar un escándalo serio si condenaba a la chica en ausencia de su abogada, y decidió posponer el juicio. Poco tiempo después, le propusieron un trato: un psiquiatra la declararía bajo interdicción; sería absuelta, pero, al mismo tiempo, sus revelaciones no tendrían ya ningún crédito; el proceso que pensaba comenzar contra sus torturadores no tendría lugar. Djamila se negó.

Sin embargo, no había muchas esperanzas de que su tenacidad diera ningún fruto. Cuando —a despecho de los peligros que ya he indicado— se llega a interponer una querella, los jueces de Argel resuelven el asunto rápidamente declarando que no ha lugar. No sólo el abogado se convierte generalmente en su cómplice, sino que los testigos convocados por el querellante no comparecen: el miedo les amordaza. En cambio, los militares y los policías niegan los hechos con un aplomo que el juez decide esti-

mar convincente. Así es como fueron silenciadas centenares de querellas —horribles, desgarradoras— que he tenido ocasión de leer; si hubiese continuado en manos de M. Courmontagne, la de Djamila habría corrido la misma suerte; se encaminaba a vías forzadas hacia un "no ha lugar".

¿Pero acaso no existe una *Comission de Sauvegarde*? En efecto. Lo malo es que se preocupa por proteger la seguridad de los torturadores y no la de los torturados. Yo ya lo sabía. Pero, de todas formas, antes de que una delegación del comité Boupacha, del cual yo formaba parte, tuviese con M. Patin la entrevista que cuenta Gisèle Halimi en detalle, no tenía idea de hasta qué punto llegaban la devoción del presidente y de la Comisión respecto del ejército, su racismo y su miedo. Las negociaciones de Melun estaban a punto de comenzar; M. Patin, como M. Michelet, a quien habíamos visto en la mañana, soñaba cosas maravillosas: así se explica el abandono con el que nos hablaron. M. Michelet, a quien habíamos ido a pedir que inhibiese a los tribunales de Argel, no pareció poner en duda los suplicios sufridos por Djamila y por su padre. Al acompañarnos a la puerta de su despacho, me dijo, a mí personalmente: "Esta gangrena nos viene del nazismo; lo invade todo, lo pudre todo, no se puede llegar a detenerla. El contrabando de tabaco, bueno: eso es normal; no existiría la policía si no hubiese contrabando de tabaco; pero la tortura, ya es otra cosa, es inaceptable. Yo trato de hacerles comprender; les digo; hay un límite que no se debe cruzar". Hizo un movimiento con los hombros que confesaba su impotencia y su complicidad, "una gangrena", repitió. Luego reaccionó y concluyó con entusiasmo: "¡En fin, esto ya se acaba!" Al oír, de boca del propio ministro de Justicia, esta confesión espontánea, me quedé perpleja. En cuanto a M. Patín, no

me habría atrevido a atribuirle en una novela las frases que nos dijo. Sobre todo, hubo un gesto suyo que me impresionó. Una de nosotras —Germaine Tlllion, creo— señaló que el número de civiles musulmanes maltratados era infinitamente más elevado que el de las víctimas europeas y que nunca se ha decretado públicamente ninguna sanción contra sus asesinos. El hombre extendió la mano señalando un enorme montón de carpetas: "Ya sé", dijo "ya sé". Imposible reconocer de un modo más explícito que, lejos de proteger nada, lo cubría todo.

Para obtener la inhibición de los tribunales de Argel, era preciso que el ministro de Justicia se aviniese a pedirla al Tribunal de Casación, y luego, que éste creyese oportuno pronunciarla: no existe ningún recurso contra estas autoridades soberanas. Pueden perfectamente hacer naufragar una querella dejándola en manos de los jueces argelinos. Afortunadamente, las ilusiones de una paz próxima y la presión de la opinión pública llevaron a M. Michelet a permitirnos el traslado de Djamila a Francia, donde fue sometida de nuevo a reconocimiento médico, el cual concluyó la probabilidad de las torturas que la joven denunciaba, y fue exigida la inhibición, que el Tribunal de Casación decidió.

Aun llegando a ese estadio, el curso de la Justicia podía ser fácilmente contrariado. Si hubiera sido parcial o indiferente, el juez de Caen habría echado mano del perezoso procedimiento que Argel le sugería: dejar que una comisión rogatoria recogiese los testimonios en Argelia; no hace falta decir que no se habría obtenido ninguno en favor de Djamila. La continuación del asunto había de mostrarlo claramente: en Argel, el terror cierra todas las bocas. Zineb Laroussi, detenida de derecho común "al

mando" de los policías argelinos, sugirió dos veces que Djamila, con la cual compartía la celda, no había sido torturada, y que por otra parte parecía loca. En Caen, sin embargo, describió con detalle a Djamila desvanecida, herida, con las bragas ensangrentadas; sus afirmaciones coincidían con los relatos de la propia Djamila, y también con los de Zakia El Mehdaoui a quien Zineb había contado los hechos en Barberousse. Zakia, por su parte, hacía ya tiempo que había escrito a M. Michelet para decir que no podría hablar a menos que fuese en Francia; la declaración que hizo durante la última visita, declaración que corroboraba la de Zineb Laroussi y acababa de establecer irrefutablemente la verdad, jamás se hubiese atrevido a hacerla en el campo de Tefeschoun donde se hallaba internada.

Afortunadamente, M. Chausserie-Laprée se tomaba en serio sus funciones y la verdad. Habiendo reunido informes, expedientes, quejas, persuadido de que Djamila había sido torturada y decidido a perseguir a sus verdugos, venció una tras otra las trabas que se le interponían. Hizo recoger y fotocopiar documentos referentes al viejo Abdelaziz Boupacha, cuya querella instruía también, y lo mismo hizo con Abdelli Ahmed, el cuñado de Djamila. Se las arregló para carear en su gabinete a los diferentes miembros de la familia Boupacha; citado como testigo, Abdelli Ahmed —por una maniobra acreditada—, fue inmediatamente puesto en libertad: una vez fuera de la cárcel o del campo, es fácil escamotear a un testigo molesto, ya sea intimidándole para que se oculte, ya sea secuestrándolo. Pero el juez mandó unos guardias a Argel que, en el mismo momento en que Abdelli salió a la calle, le invitaron a seguirles a Caen. Y así fue posible el largo y detallado interrogatorio que acabó de convencer al juez de la buena fe de los que-

rellantes. Tuvo menos suerte con las dos argelinas que habían oído en Barberousse el relato de Zineb Laroussi. Nadja Hanchi y Safia Morcelli, a pesar de haber sido condenadas a muerte, fueron puestas en libertad: esa mansedumbre sin precedentes tuvieron que comprarla olvidando lo que les había dicho Laroussi. Pero estas defecciones tuvieron poca importancia ya que la propia Zineb Laroussi negó sus antiguas mentiras. En Caen, luego de describir el estado en que se hallaba realmente Djamila, explicó claramente las maniobras mediante las cuales la policía se asegura los falsos testimonios que necesita:

> Las declaraciones que hice ante el juez de instrucción civil y el juez de instrucción militar de Argel son en efecto exactamente opuestas a las de hoy. Cuando fui citada ante estos dos magistrados, había sido convocada anteriormente al cuartel de Ingenieros de Hussein Dey, donde el teniente D... y los inspectores *G* y T... me indicaron las declaraciones que tenía que hacer, debía decir que no había visto nada y *que* Djamila estaba herida en el costado antes de que la arrestaran. También me dijeron que tenía que declarar que Djamila en Hussein Dey había simulado estar loca. Por miedo —ya que entonces me hallaba en libertad condicional— seguí las instrucciones que se me habían dado. El 3 de noviembre de 1961, G… y T… volvieron a verme en el *Centre Pierre et Marie Curie*, en la avenida Battandier, donde yo trabajaba. Cuando estuvimos solos en el vestíbulo, me pidieron la citación y, después de haberla examinado, me dijeron que debía hacerles a ustedes las mismas declaraciones que a los jueces de Argel y que si, al sentirme lejos de Argel, se me ocurría la idea de hablar, seria condenada, desaparecería y mis padres no volverían a verme…

De otro lado, fue fácil probar que Djamila había sido secuestrada. Para maquillar su detención arbitraria, preten-

dían que había estado en el campo de Beni-Messous: el director informó oficialmente al juez de que Djamila no había estado jamás en ese campo.

El juez fue acumulando los cargos y las pruebas. El sumario había reconstituido los crímenes de los que Djamila había sido víctima. No quedaba ya más que lanzar las inculpaciones. Y oír a los inculpados. A partir del mes de febrero de 1961, el juez había reclamado al comandante de Argel-Sahel la lista, de los policías, guardias y militares que habían tenido algún contacto con Djamila, su padre y su cuñado. El 8 de marzo volvió a hacer su petición de

> un estado nominativo de todos los militares, gendarmes (oficiales, suboficiales, simples soldados) y de los policías que participaron en la operación de la noche del 10 al 11 de febrero de 1960 en el domicilio de los Boupacha, que interrogaron a Djamila Boupacha en El Biar y en Hussein Dey. Una fotografía reciente, tamaño postal, de diversas personas...

Le comunicaron la identidad de los militares y policías que habían firmado los informes y cuyos nombres, por tanto, le eran ya conocidos. En cuanto a los demás, se topó con el silencio. En esas condiciones, era imposible convocar a nadie. Encontró un medio —el único— de sortear el obstáculo; Djamila naturalmente no sabía el nombre ni siquiera las funciones de sus verdugos. Pero recordaba sus caras. M. Chausserie-Laprés reclamó de nuevo, y con insistencia, las fotografías de todos los que se habían acercado a ella, de suerte que pudiera identificarlos. No pudo obtener más que una negativa del general Ailleret:

> No obstante, debo comunicarle que las fotografías recientes, tamaño postal de cada uno de los militares y policías que tomaron parte en las distintas operaciones en el transcurso de las cuales fueron detenidos Djamila Boupacha, Abdelaziz

> Boupacha y Ahmed Abdelli, y que interrogaron a estas personas o asistieron por cualquier razón a alguno de dichos interrogatorios, no formarán parte de este próximo envío. He estimado que la petición de su fotografía a todos los militares y policías que pudieran haber tenido algún contacto con Djamila Boupacha puede provocar repercusiones desagradables sobre su estado de espíritu y también sobre la moral de los cuerpos y servicios a los que pertenecen. He expuesto mis consideracioes al ministro de los ejércitos, que ha tenido a bien comunicarme el 29 de mayo de 1961 (carta n° 15, 842 MA/ CC/ C) que comparte enteramente mi modo de ver y se inclina por adoptar en este asunto el normal procedimiento.

La hipocresía de la última frase no puede engañar a nadie para volver al procedimiento "normal" de audición, habría sido necesario que fuesen "normalmente" puestas al descubierto las identidades de los sospechosos; no obstante, las autoridades militares las ocultaron, lo cual, en circunstancias "normales", habría hecho que esas autoridades fuesen perseguidas por encubrimiento de criminales. Negarse a enviar las fotos, significa sustraer definitivamente a sospechosos de las persecuciones que exige la ley. Una acción como ésta es una violación de la Constitución, nada menos. Ésta garantiza la separación de los poderes. Aquí se ve que el poder ejecutivo —encarnado por el general Ailleret y por el ministro Messmer— niega su autonomía al poder judicial, e incluso entra en conflicto con él y le hace fracasar en su misión. En una democracia auténtica, semejante abuso sería considerado como un delito y su autor comparecería ante una sala de lo criminal.

El motivo planteado para justificar esta ilegalidad merece ser cuidadosamente analizado. Se teme ofender al ejército y a la policía; pero las fotos —que, por otra parte,

no era preciso "pedir" a los interesados ya que se encuentran en los ficheros de los cuerpos y servicios a los cuales pertenecen— estaban destinadas a un *dossier* secreto: si eran inocentes no tendrían por qué temer a que se divulgase el informe iniciado sobre su persona; incluso hubieran podido ignorarlo. Los únicos "desmoralizados" habrían sido los que Djamila hubiese reconocido y el juez hubiese inculpado. Éste es el riesgo contra el cual el general Ailleret y el ministro de los ejércitos quieren proteger a militares y policías: el riesgo de no poder torturar sin exponerse a sanciones.

A principios del año 1958, el general De Gaulle, habiéndosele pedido que protestara contra las torturas, respondió con arrogancia que eran inherentes al "sistema": se suprimirían al derrocar la IV República. Después del 28 de mayo, Malraux anunció al mundo entero que efectivamente habían sido abolidas. Y he aquí que, a los dos años y medio de régimen gaullista, el ministro de los ejércitos del general De Gaulle y el comandante superior de las Fuerzas en Argelia designado por De Gaulle deciden asegurar la impunidad de sus subalternos hagan lo que hagan: lo cual es lo mismo que aceptar abiertamente para ellos el derecho a perpetrar, con toda tranquilidad física y "moral" cualquier clase de exacciones. Durante mucho tiempo hemos estado haciendo respetuosamente la distinción: se tortura en el ejército, pero no es el ejercito quien tortura. La carta del general Ailleret nos imposibilita ya estos matices; al proteger los crímenes cometidos bajo el uniforme, los toma a su cargo: es el ejército quien tortura.

Sería inútil indignarse; protestar hoy en nombre de la moral contra "excesos" o "abusos" es una aberración que se parece a la complicidad. En ninguna parte hay abuso o

exceso; lo que reina en todas partes es un sistema. La moral, en una guerra como esta, no tiene nada que hacer; el ejército le opone una lógica tan irrefutable que no hay más que un medio de evitar sus consecuencias: quitarle al ejército su poder.

Porque no ha necesitado vencer en sus levantamientos y en sus complots para gobernarnos. El hombre a quien, en mayo de 1958, el ejército prestó la apariencia de la autoridad no ha sido capaz, con sus maniobras, sus paños calientes, sus equívocos, de acabar con la soberanía del ejército; la sufre y nos la hace sufrir a nosotros. El ejército, por motivos que le competen —y que no interesan más que a él— quiere mantener sometido a un pueblo que está resuelto a morir en masa antes que renunciar a su independencia. Contra esta voluntad colectiva e indomable, el ejército se ve obligado a desafiar todas las leyes, escritas y no escritas; su problema no tiene, en efecto, más que una solución: el exterminio. *et ubi solitudinem faciunt, id pacem appellant*, decía Tácito de los romanos[4]. Estas palabras se aplican exactamente a lo que los militares llaman la pacificación: sólo la han conseguido en las regiones que han convertido en desiertos; no la terminarían hasta que todos los argelinos estuviesen muertos o agonizando detrás de las alambradas. No se puede concebir ninguna otra victoria. Y si es la victoria lo que se pretende, como proclaman los generales, coroneles, paracaidistas y legionarios ¿para qué andarse con remilgos respecto de los medios? El fin los justifica plenamente, todos, y hasta los supera con creces.

"No soy más que una detenida entre millares" le decía el otro día Djamila a su abogada. Efectivamente hay 14.000 argelinos encerrados en los campos y las prisiones

[4] Y donde hacen un desierto, lo llaman paz (*N. de los T.*)

de Francia, 17.000 en las cárceles de Argelia, centenares de miles en los campos de concentración argelinos. Los esfuerzos desplegados a propósito por Djamila no tendrían gran razón de ser si no estuviesen encaminados a despertar la rebelión contra las sevicias que se infligen a sus hermanos, y de las que su caso no representa más que un ejemplo sumamente corriente. Pero esta rebelión no tendrá realidad mientras no tome la forma de una acción política. No hay más que una alternativa: o usted, a quien hacen verter abundantes lágrimas las desgracias pasadas —Ana Frank o el gueto de Varsovia—, se coloca de parte de los verdugos de quienes sufren hoy y consiente tranquilamente el martirio a que, en nombre de usted, y casi ante sus ojos, son sometidos millares de Djamilas y de Ahmeds; o bien rechaza usted no sólo ciertos procedimientos, sino también el fin que los autoriza y los reclama. Rechaza esta guerra que no se atreve a decir su nombre, el ejército que, en cuerpo y alma, se alimenta de la guerra y el gobierno que se inclina ante ese ejército. Y hace todo lo que puede para que su rechazo sea eficaz. No hay terceros caminos: espero que este libro contribuirá a convencer de ello a los lectores. La verdad les ataca por todas partes, ya no pueden seguir balbuciendo: "Nosotros no sabíamos..."; y, sabiéndolo, ¿pueden ustedes hacer como que no lo saben o limitarse a algunos gemidos inertes? Espero que no.

Pro Djamila Boupacha*

Lo más escandaloso del escándalo es que uno se acostumbra a él. No obstante, parece imposible que la opinión permanezca indiferente ante la tragedia que está viviendo una joven de veintidós años, Djamila Boupacha.

En septiembre de 1959 fue puesta una bomba —que se inutilizó antes de que hiciese explosión— en *la Brasserie des Facultés* de Argel. Cinco meses después, Djamila Boupacha fue arrestada. Su proceso se abrirá el 17 de junio; ningún testigo la ha identificado, no existe contra ella ni una sombra de prueba. Para establecer su culpabilidad, era necesario que ella confesase: y eso lo consiguieron. En la querella por secuestro y torturas que acaba de interponer, Djamila se retracta y describe las condiciones en que dio su confesión. Un gran número de testigos, cuyos nombres y señas menciona, están dispuestos a confirmar los hechos de su narración. La acusada y su abogada, la señora Gisèle Halimi, reclaman que una encuesta los compruebe oficialmente antes de que se abra el proceso. Helos aquí, tal como ellas nos los presentan:

La noche entre el 10 y el 11 de febrero, unos cincuenta guardias móviles, "harkis" y oficiales de policía, hicieron irrupción en la casa donde Djamila vivía con sus padres.

* Este texto se publicó en *Le Monde* el 3 de junio de 1960. A él se debe en gran parte la creación del Comité "Pro Djamila Boupacha". También se publicó como un capítulo para el libro *Djamila Boupacha* de Giséle Halimi, Gallimard, 1962 (*N. de los T.*)

La azotaron, así como a su padre y a su cuñado, y se los llevaron como sospechosos a El Biar. Allí, los militares, entre ellos un capitán de paracaidistas, arremetieron a patadas contra Djamila y le atrofiaron una costilla[1]. Después, fue trasladada a Hussein Dey, donde tres "harkis", dos militares y tres oficiales vestidos de paisano le administraron "el segundo grado". Le pegaron electrodos en la punta de los senos con papel *scotch* engomado, luego se los aplicaron en las piernas, en la ingle, en el sexo, en la cara. Golpes de puño y quemaduras de cigarrillos se intercambiaban con la tortura eléctrica. Luego colgaron a Djamila con un bastón encima de una bañera y la sumergieron en agua varias veces. Unos días después, los hombres que la interrogaban le dijeron: "no te vamos a violar, aún serías capaz de disfrutarlo". Y Djamila dice:

> Me administraron el suplicio de la botella; es el más atroz de los sufrimientos; después de amarrarme en una particular postura, me hundieron en el vientre la punta de una botella. Grité y perdí el conocimiento durante dos días, me parece.

Un testigo, cuyo nombre y dirección son conocidos la vio en Hussein Dey, desmayada, ensangrentada, arrastrada por sus carceleros (Djamila era virgen).

La llevaron todavía jadeante junto a su padre, un hombre de setenta años, el cual, después de varias sesiones de tortura, tuvo que ser admitido de urgencia en el hospital Maillot. Actualmente se encuentra en el campo de Beni-Messous, pese a que no se ha podido formular ningún

[1] El tribunal militar de Burdeos acaba de dejar en libertad, alegando insuficiencia de pruebas al comandante del grupo móvil de seguridad Jean Bivaud y a sus cinco hombres, acusados de haber provocado la muerte de Madani Said: a consecuencia del interrogatorio al que le obligaron Said murió, con el pulmón perforado a través de una costilla.

cargo contra él. En El Biar, Djamila fue puesta frente a frente con su cuñado Abdelli Ahmed, el cual, según ella, llevaba también terribles marcas de golpes y torturas, y que actualmente está detenido en la prisión de Argel. Detenidos juntos, acusados de la misma participación en la misma asociación criminal, sus casos han sido, sin embargo, disociados: cada uno de ellos ha sido testigo de los tratos infligidos al otro y temen que, en el caso de que fuesen llevados a la misma audiencia pública, diesen testimonio de su experiencia común.

Detenida el 10 de febrero, pero sin ser puesta bajo auto de prisión y procesamiento sino hasta el 15 de marzo, Djamila ha estado secuestrada durante treinta y tres días en uno de esos locales de tortura que se bautizan con el nombre de "centros de selección". Durante todo este tiempo nadie, ninguna autoridad, ningún control la defiende contra las violencias que sus verdugos quisieran ejercer sobre ella. Argel ha hecho todo lo posible para dificultar la defensa. Habiéndose fijado el proceso en un principio para el 18 de mayo, la abogada Halimi fue autorizada a permanecer en Argel únicamente del 16 al 19 de mayo para hablar con su defendida, consultar el sumario, preparar la defensa, ella sólo disponía de treinta horas. El derecho a la defensa era violado de un modo tan evidente que obtuvo el aplazamiento del proceso, pero la nueva fecha que se estableció, el 17 de junio, está demasiado cerca para que la revisión reclamada por Djamila pueda ser llevada a cabo antes de que se reúna el tribunal. ¿Se permitirá que los jueces utilicen contra la acusada las confesiones que sus torturadores le arrancaron con atroces suplicios?

Ya no está en poder de nadie borrar los tormentos que le fueron infligidos ni los que sufrieron su padre y su cuñado, pero todavía se puede detener la marcha de la injusticia. Se puede y se debe retrasar el proceso hasta que se hayan aclarado las circunstancias en las que Djamila dio su confesión. Si nuestros dirigentes no se decidiesen a actuar en este sentido, admitirían abiertamente que en Argelia la justicia no es ya más que una siniestra parodia, contrariamente a sus declaraciones públicas; consentirían que la tortura fuese sistemáticamente empleada como medio previo a la información judicial.

Se imponen otras medidas. El padre, el hermano y el cuñado de Djamila están detenidos, su madre recibe visitas amenazadoras de militares que le rompen las puertas y las ventanas; están en peligro; los testigos citados por Djamila y dispuestos a declarar en su favor corren el riesgo de "desaparecer" como tantos otros han desaparecido. El gobierno debe asegurar eficazmente su protección.

Y esto no es todo; hasta hoy nunca se ha inquietado a ningún torturador. ¿Los hombres que interrogaron a Djamila van a seguir ejerciendo tranquilamente sus atroces actividades? Ha llegado la hora de demostrarles que en esa Argelia que ellos llaman francesa no se pueden violar impunemente las leyes de Francia. El viejo Abdelaziz Boupacha, extenuado y aturdido, gritó con desesperación: "¡De Gaulle ha prohibido la tortura!". "De Gaulle —respondió el capitán que coordinaba las operaciones— que dicte las leyes en su casa, aquí nosotros somos los amos!"[2]

[2] El capitán empleó otros términos, demasiado ordinarios para reproducirlos aquí.

Si el Gobierno vacilara en castigar, confirmaría estas arrogantes palabras, confesaría haber renunciado definitivamente a hacerse obedecer por los militares de Argel, y abandonaría a Argelia a la ilegalidad, a la arbitrariedad, a los caprichos feroces de unos cuantos fanáticos.

Con esta abdicación traicionaría a Francia entera, a cada uno de nosotros, a mí, a usted. Porque, tanto si los hemos escogido, como si los soportamos con disgusto, resulta que voluntaria o involuntariamente, somos solidarios de quienes nos gobiernan. Cuando los dirigentes de un país consienten en que se ejecuten crímenes en su nombre, todos los ciudadanos pertenecen a una nación criminal. ¿Vamos a consentir que sea la nuestra? El caso de Djamila Boupacha incumbe a todos los franceses. Si el Gobierno anda con dilatorias es la opinión la que debe presionarlo, exigir imperiosamente el aplazamiento del proceso de Djamila, la instrucción de la revisión que ella reclama, una protección y seguridad efectiva para su familia y sus amigos, y para sus verdugos los rigores de la ley.

AVORTEMENT
ET CONTRACEPTION
LIBRES ET GRATUITS

ennegativo ediciones
Medellín
2019

Escritos feministas

BEAUVOIR

"Creo que no hay ningún mito más irritante y más falso que el del eterno femenino que fue inventado, con la ayuda de mujeres, por hombres, que las describen como intuitivas, encantadoras, sensibles. Los hombres tienen la capacidad de dar a estas palabras una resonancia favorecedora, hasta el punto de que la imagen absorbe a muchas mujeres. Ella despliega los misterios de su corazón, el secreto de sus aleteos íntimos; dócilmente ofrece a los hombres el reflejo de sus propios deseos y los respalda en el sentido de su superioridad. Pero lo que los hombres realmente quieren decir cuando hablan de la sensibilidad de la mujer es la falta de inteligencia, la necedad cuando dicen encanto, la traición cuando dicen capricho. No seamos tontos. Es evidente que sólo en los documentos legales y en los registros civiles los dos sexos parecen iguales. Incluso la palabra Hombre, en muchos países, significa al mismo tiempo el varón y la raza humana".

Simone de Beauvoir

9 789584 866998